

JUAN

ESTADO AUTÓNOMO DE NUEVA

CIUDAD GENERAL DE BIBLIOTECA

ALBONTE

ESTADO
MILITAR
DE LA
MEXICANA
EN 1846

MEMORIA
DE UN
MUERTO

UA603

E7

C.



1080013980



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ESTADO MILITAR

DE LA

REPUBLICA MEXICANA

EN 1846.

U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

Tipografía de Ignacio Pombo, Calle Sur, n. 821.

HOSPITAL REAL, n. 3.

UA 603

.E7



Es propiedad del Autor.



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

155485

I.

A publicar mis *Apuntes* sobre "La Invasión Americana de 1846 á 1848," además de otros motivos, me impulsó el deseo de dar á conocer con toda la verdad y la posible claridad, los acontecimientos militares de aquella funesta guerra que yo había presenciado y que después ví oscuramente referidos en varias publicaciones.

Preocupado con tal idea, no juzgué oportuno ocuparme extensamente del estado político y militar que entonces guardaba la República; pero sí toqué incidentalmente este último punto, diciendo que el ejército se componía de unos doce mil hombres, ayudados por tropas auxiliares y guardias nacionales, é hice también someras apreciaciones sobre elementos de defensa.

Confieso que hice mal en tratar semejante asunto con la ligereza que lo hice, y que en ello cometí un grave error que sinceramente deploro.

Por fortuna aún vivo para poder hacer las rectificaciones convenientes y librar así á mis *Apuntes* de aquel lunar que pudiera dar pábulo á sospechar que, como él, se habrían deslizado otros semejantes en la narración de los sucesos, dando lugar á que el lector se manifestara receloso de mi veracidad.

La causa de mi error consistió en la persuasión en que estaba de que el ejército permanente no pasaba de los doce mil hombres aludidos, y este error provino del razonamiento siguiente:

Por el examen de cinco Memorias del Ministerio de la Guerra, resultaban los datos que siguen:

Año de 1839,	General Tornel	14,587	hombres.
" "	1840, " Almonte	15,559	"
" "	1841, " "	12,074	"
" "	1844, " Tornel	16,903	"
" "	1845, " García Conde	18,882	"

No aparecieron las Memorias de los años de 1842 y 1843, que sin duda no debieron formarse por no existir el Congreso, á consecuencia de regir las bases de Tacubaya.

Tomando el término medio en el quinquenio, resulta ser de 15,605 hombres.

En este número se hallan comprendidos los cuerpos de inválidos, el depósito de reemplazos, los presidiales y los detalles de las plazas, ninguno de los cuales pueden contarse como tropas de combate.

Si á esto se agregan los procesados, los ordenanzas, asistentes, enfermos, etc., no parecerá fuera de propósito asegurar que, el término medio de la fuerza disponible en el quinquenio, acaso no pasaría de los doce mil hombres.

A estas ideas, admitidas en mi ánimo por el recuerdo que de este asunto conservaba, se debe el que las hubiera asentado en mis *Apuntes*.

Es verdad que debía haber clasificado numéricamente las fuerzas en permanentes, milicias activas y guarda-costas; pero repito, que tocando esta cuestión incidentalmente, no hube de preocuparme mucho de ella.

El trabajo que ahora emprendo, espero que remediará mi falta y que podrá dar una idea bastante aproximada del "Estado militar de la República en 1846," y podrá también servir como apéndice ó complemento á mis referidos *Apuntes*.

Si he excluido á los presidiales de las tropas de combate, aun cuando figuran en el ejército permanente, consiste en que destinados á una guerra especial y diseminados en una grande ex-

tensión del país, poco ó nada podía esperarse de ellos en operaciones importantes.

El General Almonte, en su Memoria de 9 de Diciembre de 1846, en que desempeñaba el Ministerio de la Guerra, después de quejarse del mal estado en que se hallaban los presidiales, se expresaba así:

"El mal reconoce también por causa, la *indisciplina en que entraron estas tropas*, y haberse elegido para mandarlas en épocas anteriores algunos jefes muy poco á propósito que sólo cuidaban de su provecho particular....."

Y luego añadía:

"Y de aquí, en fin, *que las treinta y cinco compañías permanentes y doce activas*, creadas por la ley de 20 de Marzo de 1826, *existan casi en el nombre.*"

Otras rectificaciones de poca importancia tengo que hacer: La una, es un error tipográfico en la página 57, penúltima línea, que dice: al terminar el año de 1847, debiendo decir: . . . de 1846. Otra, es á fojas 65, en donde se asienta haber llegado el Cuartel Maestre, General D. Pedro de Ampudia, cuyo nombramiento no resultó cierto ó se revocó.

Al concluir el volumen, hay una nota importante del tenor siguiente: "La guerra duró dos años. El número de hombres que enviaron los Estados Unidos, fué el de noventa y seis mil, apoyados en una numerosa escuadra. Las pérdidas que sufrieron, fueron de veinticinco mil.

"Los gastos erogados, doscientos millones."

No pude entonces comprobar estos asertos, por haberse traspapelado las notas en que constaban.

Ahora lo puedo hacer.

La asociación nombrada "The American Peace Society," ofreció un premio en numerario, para la persona que escribiera la obra más exacta é imparcial sobre la guerra que los Estados Unidos hicieron á la República Mexicana, obligándose también á imprimirla por su cuenta.

La obra de la que tomé aquellas noticias fué puntualmente la que obtuvo el premio ofrecido por la referida Sociedad y que se imprimió con el título de "The war with Mexico reviewed by Abiel Abbot Livermore," y se publicó en Boston el año de 1850.

Entre multitud de noticias interesantes y curiosas, tiene la siguiente:

Desertaron del ejército americano 4,966 hombres. Los que de éstos fueron aprehendidos, resultaron con las nacionalidades que se expresan:

Págs. 157 y 160 de la obra.	}	Nacidos en los Estados Unidos	54
		" en Irlanda	34
		" en Alemania	17
		" en Escocia	4
En Inglaterra 1, en Nueva Escocia 1, en Francia 1, en Polonia 1		4	
		Total	113

Esto prueba que la mayoría del ejército americano se componía de hijos de aquel país, y que de éstos también desertaban; cosas ambas negadas por muchos y que es conveniente que se tengan presente.

Después de hechas las anteriores declaraciones, voy á comenzar el trabajo que me he propuesto, que deseo resulte de alguna utilidad.

II.

El Sr. Mayor de Caballería D. Eduardo Paz, publicó el año pasado un cuadernito con el título de "La Invasión Americana."

En él aparece un estado de las fuerzas y una noticia de los elementos de guerra con que entonces contaba la Nación.

Como á muchas personas les podría parecer que aquellos elementos bastaban para sostener una larga lucha, soy de opinión que puede y debe hacerse un examen minucioso y un análisis concienzudo en que se pruebe lo contrario.

Deberá comenzarse por conocer la extensión del país que había de defenderse; los medios de comunicación que facilitarían las operaciones; el estado en que se hallaba el espíritu público; si la paz y el sociego reinaban en la nación, y no había más atenciones que la defensa del territorio; las fuerzas y elementos de guerra de que se podía disponer; el medio con que debía proveer-

se para reemplazar los consumos que se hicieran; si el tesoro nacional podía satisfacer las necesidades consiguientes á una larga guerra; y por último, las alianzas probables con que se podía contar.

Confieso que este trabajo es algo laborioso y que tropezará con la dificultad de no poder adquirir las noticias que se han de necesitar para llevarlo á cabo.

No obstante, me propongo desempeñarlo hasta donde sea posible, persuadido de que el reunir una serie de datos, aunque sea incompletos, referentes á los asuntos de que voy á tratar, siempre será de utilidad y auxilio á los que después quieran continuar este trabajo.

Creí conveniente, para comenzar, investigar la extensión territorial que tenía la República antes del tratado de Guadalupe.

Ocurrió al "Ensayo Político sobre la Nueva-España," publicado por el Barón Alejandro de Humboldt.

Este señor daba al reino 118,478 leguas cuadradas, en esta forma:

En la Zona templada	82,000
En la Zona tórrida	36,478
Total	118,478

O de otro modo:

En las Provincias internas	67,189
En el Virreinato	51,289
Total	118,478

Hay que deducir por Texas 10,948, por Yucatán 5,977.

Quedan 101,553

Si admitimos estos datos, la Nación tenía que defender una superficie de 101,553 leguas cuadradas, que contenía desiertos considerables. La población que se calculaba, en 1846, en siete millones de habitantes poco más ó menos, se componía en la mayor parte de indígenas que vivían en la miseria; se hallaba ex-

parcida desigualmente en la República, algo condensada hacia el S., SO. y SE., y se debilitaba á proporción que avanzaba hacia el N., NO. y NE. hasta desaparecer en los desiertos cercanos á la frontera de los Estados Unidos. En la Zona templada tocaban solamente ocho habitantes por legua cuadrada, siete en la Alta California y uno en la Baja.

Pero entiendo que estas noticias no deben de pasar sin examen.

Con efecto, el Sr. Sánchez de Bustamante, en su "Nuevo Curso completo de Geografía Universal," resumiendo á "Balbi," "Malte-Brun," "Letronne" y otros autores, en edición de París de 1844, asigna á la República 142,690 leguas cuadradas, sin incluir á Texas, á la que da 21,000 leguas.

El Sr. García Cubas, en su "Geografía Universal," calcula que la República tiene actualmente una superficie de 113,000 y pico de leguas.

Mr. de Cortambert, en su "Curso de Geografía," le señala . . . 112,362 leguas.

Y el "Atlas Geográfico Universal de Bouret é hijo," 112,405.

Como estos autores publicaron sus obras, el primero antes, y los tres últimos después del tratado de Guadalupe, por el cual perdió la Nación acaso cerca de la mitad de su territorio (1), resultaría, que dando preferencia á los cálculos del Barón, hoy no podría tener la República arriba de cincuenta ó sesenta mil leguas cuadradas, lo que no puede admitirse.

Hay que tener en cuenta que los mencionados autores escribieron muchos años después que lo hizo el Barón, cuando los viajes se habían hecho más fáciles, y los instrumentos y métodos de observación más perfectos; de lo que resulta que sus cálculos, sin duda, se han acercado más á la verdad.

Aceptando, pues, las 112,000 leguas cuadradas, en que con poca diferencia coinciden los tres últimos autores, será necesario convenir en que el territorio de la Nueva España podría valuar-se en más de doscientas mil leguas cuadradas.

El Sr. Sánchez de Bustamante no llega por cierto á esta cifra, aunque supera en mucho al cálculo del Barón.

(1) Véase el croquis adjunto.



Distancias medidas por tierra.



Territorio cedido á los Estados Unidos por el tratado de Guadalupe.

ESTADOS UNIDOS

Río Colorado.

Río Gila.

Texas.

Río Sabina.

Río de las mareas.

Río Braco.

Territorio que quedó á la República despues del tratado de Guadalupe.

GOLFO DE MÉXICO

716 leguas.

716 leguas.

Yucatán.

Bélice.

Guatemala.

Croquis de la Carta de la República en 1846.

Longitud Occidental entre los 89° y 126°
Latitud Boreal entre los 16° y 42°

Tomado de la Geografía de Sanchez Bustamante.

Y si añadimos á las 142,690 leguas que calcula, las 21,000 que supone á Texas, sumarán 163,690.

Pero como el año de 1845 ya estaba perdido Texas y separado virtualmente Yucatán, es necesario deducir la extensión de estas comarcas de la suma general.

En consecuencia, y á falta de datos más seguros, aceptaremos la hipótesis de 150,000 leguas que el país tenía que defender.

En este supuesto, el número de habitantes que correspondía en la Zona templada por legua cuadrada, debía disminuir considerablemente.

Respecto de la extensión del litoral en ambos mares, no me ha sido posible adquirir noticias que puedan satisfacer plenamente.

De las que me voy á valer son las que más luz me han dado sobre el particular.

Mr. de Cortambert asigna á la mayor extensión de la República, del NO. al SE. 3,000 kilómetros, ó sean 716 leguas aproximadamente.

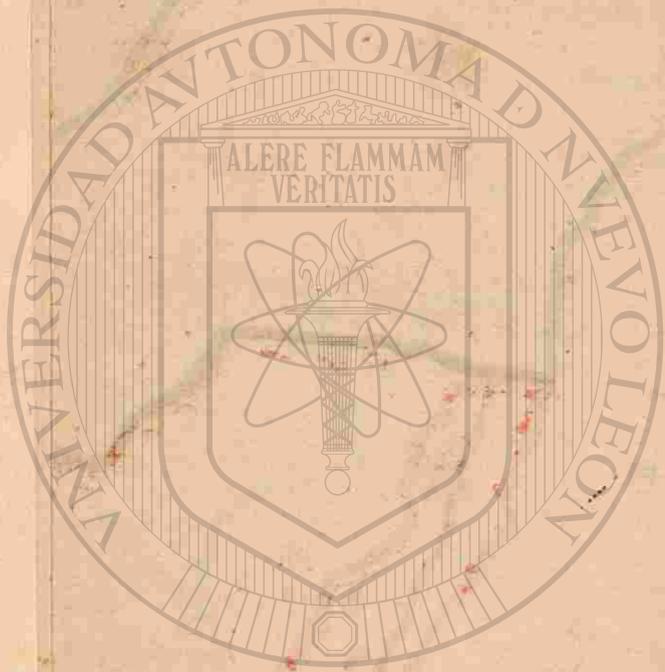
Como para esto ha de suponerse una recta trazada sobre el mapa y en el litoral se encuentran curvas, y entrantes y salientes en abundancia, alargan necesariamente la distancia, y por consecuencia tiene que ser mucho mayor; y si á esto se añade el espacio comprendido entre la antigua y la nueva frontera, creo que no será aventurado calcular en más de 1,000 leguas el litoral del Pacífico desde el límite de Guatemala hasta la antigua frontera de los Estados Unidos.

Por lo que hace al litoral del Golfo, hé aquí las noticias que he tomado de los "Itinerarios y Derroteros de la República Mexicana," publicados por los Ayudantes del Estado Mayor del Ejército, José J. Alvarez y R. Durán:

De la frontera de Yucatán á Veracruz . . .	198 leguas.
De Veracruz á Tampico.	110 "
De Tampico á Matamoros.	128 "
De Matamoros á Río de las Nueces	67 "

Total . . . 503 leguas.

Distancias medidas por tierra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS

(1) Véase el croquis adjunto.

El Sr. Bustamante dice en su obra que las costas Occidentales de la República se reputan en más de 1,200 leguas, y que las del Golfo, desde la desembocadura del río Sabina hasta el cabo Catoche, se reputan en 452 leguas.

Los itinerarios dan, como hemos visto, desde el límite de Yucatán hasta el río de las Nueces, 503, medida tomada por tierra; y suponiendo que para esto se hayan dado algunos rodeos, siempre aparece la diferencia demasiado grande.

El Sr. Bustamante da 452 leguas desde el Cabo Catoche hasta el río Sabina, y siendo solamente 132 las que estima en la Costa de Yucatán, quedarían 320 leguas, de las que aún había que rebajar las que median entre el río de las Nueces y el Sabina, quedando por lo tanto, entre el primero y la frontera de Yucatán, casi la mitad de la distancia que marcan los itinerarios.

Como no me puedo conformar con este resultado, me ha parecido mejor dejar indicada la cuestión para que la juzgue el lector, pues no me parece fácil dilucidarla con los datos que poseo.

De todas maneras, queda demostrado que el litoral que en los dos mares tenía que guardarse era en extremo dilatado.

Creo ahora conveniente dar una idea de las grandes distancias que tenían que vencerse en los movimientos de las tropas, las que he tomado de los referidos itinerarios.

De México á la Ciudad de Chihuahua.	404 leguas.
" " á Paso del Norte.	503 "
" " á Guaymas.	563 "
" " á Ures.	621 "
" " á la Magdalena.	657 "
" " al Altar.	660 "
" " á Santa Fe de Nuevo México, por Chihuahua.	638 "
" " á la misma, por Ures.	935 "
" " á San Francisco de California, por id.	1,037 "
" " al Placer Estanislao, por id.	1,064 "
" " á Mazatlán.	329 "
" " á Culiacán.	396 "
" " á la Paz, Baja California, por Mazatlán, con 87 leguas por mar.	416 "

De México á la misma, por San Blas, con 160 leguas por mar.	437 leguas
De la Paz á Tia Juana, límite con la Alta California.	417½ "
De México á Matamoros, por San Luis, Saltillo y Monterey.	340 "
" " á id., por Victoria, con 25 leguas camino de herradura.	350 "
" " á Victoria por San Luis, con las mismas 25 leguas de Sierra.	218 "
" " á id. por la Huasteca, con camino de Sierra hasta Tampico.	163 "
" " á Tampico, por la Huasteca.	109 "
" " al Saltillo, por San Luis.	226 "
" " á Monterey, por id.	251 "

Los caminos que conducían á estas poblaciones y los que las ligaban entre sí y con otras importantes, distaban mucho de hallarse en buen estado (1). Algunos de ellos no permitían el paso de la Artillería, y por consiguiente de tropas numerosas que necesitaran llevarla. Otros atravesaban desiertos, en donde no se hallaban recursos de ninguna clase, y había comarcas que no podían comunicarse porque sierras infranqueables lo impedían.

Los medios de transporte que podían conseguirse, eran en extremo inadecuados para las operaciones activas, y en muchas partes no se conseguían ni de los más imperfectos, á causa del despoblado.

El estado general del país no podía ser más deplorable.

Hé aquí cómo se expresaba el Sr. Ministro de la Guerra:

"Texas perdido, la Alta California sublevada; Nuevo México, Sonora, Chihuahua, Durango, Zacatecas, Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, assolados los unos é invadidos los otros por los bárbaros de una manera tan atroz, como no hay ya memoria en los anales de nuestra historia."

(1) Véase en mis *Apuntes* citados, los trabajos que pasó la Artillería de la Brigada Ramírez, de México á Cuautitlán.

Hay que agregar la separación de Yucatán (1) y los amagos de una guerra de castas, que en estado latente parecía esperar una ocasión favorable para estallar, y que de vez en cuando se iniciaba por sublevaciones parciales, que era necesario reprimir con mano firme.

Esta tristísima situación tenía á gran parte del país reducido á la mayor miseria, que era agravada por las constantes contiendas políticas de que era teatro.

Por estas causas, el espíritu público se hallaba abatido hasta el último extremo, sin que vieran los pueblos el más débil destello de luz que les diera esperanza alguna sobre mejoría de su suerte.

Las circunstancias eran, por lo mismo, las menos favorables para que la República pudiera rechazar una invasión.

Aunque los hombres pensadores preveían hacia tiempo la guerra, no por eso la Nación podía prepararse para ella.

La paz se alteraba con frecuencia, y los gobiernos, á pesar de dedicar toda su atención á restablecerla, eran derribados unos después de otros, y preocupados con tener que atender á su conservación, no podían auxiliar á los Estados asolados por los bárbaros, ni menos preparar á la Nación para su defensa.

III.

Toca ahora investigar las fuerzas y elementos con que podía contarse, para el suceso desgraciado que se preparaba.

Para esto he ocurrido á la Memoria del Ministro de la Guerra, presentada al Congreso por el General D. Pedro García Conde el año de 1845, sin omitir consultar las de otros años cuando ha sido necesario.

(1) Según la Memoria del General Almonte, de 1846, Yucatán había vuelto á la unión Nacional con arreglo á los convenios celebrados en 1843.

De la referida Memoria he tomado las noticias que siguen:
Las fuerzas militares de la Nación se componían de Ejército Permanente, de Milicia Activa y Cuerpos Guarda-costas, en esta forma:

Permanentes.	18,882
Activos	10,495
Guarda-costas	4,155
Total.	33,532

Clasificando por armas:

Infantería.	21,595
Artillería.	1,840
Zapadores.	433
Caballería.	9,664
Total.	33,532

Clasificando la infantería:

Permanente.	11,501
Activa	6,470
Guarda-costas	3,624
Total.	21,595

Clasificando la caballería:

Permanente	3,934
Idem presidial.	1,174
Activa	3,990
Idem presidial.	35
Guarda-costa	531
Total.	9,664

En la Memoria aparece el extracto siguiente:

Artillería...	1,840
Zapadores	433
Infantería	21,557
Caballería.	9,539
Total.	33,369

Hay que agregar la separación de Yucatán (1) y los amagos de una guerra de castas, que en estado latente parecía esperar una ocasión favorable para estallar, y que de vez en cuando se iniciaba por sublevaciones parciales, que era necesario reprimir con mano firme.

Esta tristísima situación tenía á gran parte del país reducido á la mayor miseria, que era agravada por las constantes contiendas políticas de que era teatro.

Por estas causas, el espíritu público se hallaba abatido hasta el último extremo, sin que vieran los pueblos el más débil destello de luz que les diera esperanza alguna sobre mejoría de su suerte.

Las circunstancias eran, por lo mismo, las menos favorables para que la República pudiera rechazar una invasión.

Aunque los hombres pensadores preveían hacia tiempo la guerra, no por eso la Nación podía prepararse para ella.

La paz se alteraba con frecuencia, y los gobiernos, á pesar de dedicar toda su atención á restablecerla, eran derribados unos después de otros, y preocupados con tener que atender á su conservación, no podían auxiliar á los Estados asolados por los bárbaros, ni menos preparar á la Nación para su defensa.

III.

Toca ahora investigar las fuerzas y elementos con que podía contarse, para el suceso desgraciado que se preparaba.

Para esto he ocurrido á la Memoria del Ministro de la Guerra, presentada al Congreso por el General D. Pedro García Conde el año de 1845, sin omitir consultar las de otros años cuando ha sido necesario.

(1) Según la Memoria del General Almonte, de 1846, Yucatán había vuelto á la unión Nacional con arreglo á los convenios celebrados en 1843.

De la referida Memoria he tomado las noticias que siguen:
Las fuerzas militares de la Nación se componían de Ejército Permanente, de Milicia Activa y Cuerpos Guarda-costas, en esta forma:

Permanentes.	18,882
Activos	10,495
Guarda-costas	4,155
Total.	33,532

Clasificando por armas:

Infantería.	21,595
Artillería.	1,840
Zapadores.	433
Caballería.	9,664
Total.	33,532

Clasificando la infantería:

Permanente.	11,501
Activa	6,470
Guarda-costas	3,624
Total.	21,595

Clasificando la caballería:

Permanente	3,934
Idem presidial.	1,174
Activa	3,990
Idem presidial.	35
Guarda-costa	531
Total.	9,664

En la Memoria aparece el extracto siguiente:

Artillería.	1,840
Zapadores	433
Infantería	21,557
Caballería.	9,539
Total.	33,369

Como puede notarse, yo saco 163 hombres de más, sin que haya podido averiguar la causa de esta diferencia, aunque noté algunas erratas en los estados.

Aceptaré desde luego el extracto del señor Ministro con tanta mayor razón, cuanto que la nota que copio en seguida obvia todas las dificultades.

Dice el Sr. Ministro: "Esta fuerza tenía (el ejército) al terminar la Administración anterior; pero hoy, por el desorden que se introdujo á la caída del General Santa-Anna, por los muchos movimientos, por los cambios de jefes y por otras causas, ha ocurrido una baja de *más de tres mil hombres.*"

Queda, pues, asentado que el ejército se había reducido á treinta mil hombres, poco más ó menos.

Pero de esta fuerza tenemos que deducir:

Inválidos de México.	234
Inválidos de Puebla.	373
Depósito de reemplazos	537
Presidiales	1,209
En receso	652
Detalles de plazas.	64

Total. 3,069

Existen también en los estados 90 hombres del Escuadrón de Yucatán que se hallaba en la península, y una nota que expresa que á la Caballería Activa le faltaban 632 caballos.

Estas cifras, agregadas á las bajas accidentales indispensables de que hice mención al principio de este escrito, me autorizarían, á no dudarle, á rebajar todavía dos mil hombres del efectivo del ejército, lo que no creo exagerado; por lo que quedaría reducido á veinticinco mil hombres; aunque á la verdad que mil hombres, de más ó de menos, no importan gran cosa para nuestro propósito.

¿De qué manera se hallaba distribuida esta fuerza?

Los cuerpos permanentes formaban en mucha parte el Ejército del Norte, y con los de Milicia Activa y Guarda-costas, indistintamente, daban guarnición en los puertos y en las principales

Para colocár entre las páginas 14. y 15.

En la hipótesis aceptada de 100,000 leguas cuadradas que defendes, con un ejército de 25,000 hombres, resultaría:

Que tocaría $\frac{1}{6}$ de hombre para cada legua cuadrada, ó lo que es lo mismo, que cada soldado tenía que defender 6 leguas cuadradas. Si, pues, para concentrar 100,000 hombres en un punto, se tenían que abandonar 600 leguas; para reunir 1,000, 6000 leguas, y en fin, la concentración de 10,000 hombres, importaría el abandono de 60,000 leguas cuadradas. ¿Era posible la defensa?

poblaciones de la República que el Gobierno no podía dejar sin tropa.

Esta circunstancia venía á aumentar las dificultades que se presentaban para la concentración de fuerzas considerables donde amenazara el peligro.

Por lo que hace á la Guardia Nacional, no comenzó á formarse sino en los últimos meses de 1846, á consecuencia del restablecimiento del sistema federal.

Con el objeto de vigilar y guardar el litoral, se habían establecido los cuerpos Guarda-costas.

Para el litoral del Pacífico había 2,560 infantes y 339 caballos que hacían 2,899 hombres; y para el del Golfo, 1,064 infantes y 192 caballos, sumando 1,256; siendo el total en ambas costas de 4,155.

Algunos de estos cuerpos se hallaban verdaderamente en cuadro: el Batallón de Alvarado tenía 190 hombres; el de Tabasco 60, el de Colima 150, la Compañía de Acapulco 58, las dos de Tabasco 36 y el Escuadrón de Tampico 42.

Estas milicias, como su nombre lo indica, eran locales, y no estaban constituidas para expedicionar ni formar parte de las tropas que operaban á largas distancias, ni podía tampoco dejarse abandonada la grande extensión del territorio que cubrían.

No obstante, cuando amenazaba algún peligro á alguno de los puertos, se replegaban á él las que estaban más próximas y contribuían á su defensa.

Por el estudio que antecede, se puede conocer que las grandes distancias en que se hallaba diseminada la fuerza pública, las comarcas casi desiertas en que tenía que operar, el mal estado de los caminos, donde los había, la falta de medios de transporte y de recursos pecuniarios, y el estado político del país, eran causas fatales que dificultaban extraordinariamente la concentración de las tropas en donde era necesario.

Se tenía, pues, que luchar con todos estos inconvenientes; había á la vez que atender á todas partes, de lo que resultaba que en todas éramos débiles.

En consecuencia, una fuerza de algunos miles de hombres, y á veces de algunos centenares, que se presentara en ciertas co-

marcas del país, era un poder formidable al que no podía oponerse una fuerza competente para resistirle.

Las Californias, Nuevo México y Sonora, que se hallaban en este caso, no podían esperar del centro socorro de ninguna clase.

Un levantamiento de la Nación en masa, hubiera sido el único remedio en situación tan angustiada; pero el espíritu público profundamente abatido, la falta de armamento y el temor del Gobierno de armar al pueblo, impedían que tan plausible suceso se realizase.

Conocida ya la fuerza militar de la Nación, pasaremos á examinar sus cualidades y organización.

El General García Conde se expresa así:

“El vestuario se halla en un estado deplorable, y los armamentos contratados no son de lo mejor.”

Con respecto á la recluta, instrucción, disciplina, armamento y modo de ser del ejército, me remito al examen que de todo ello tengo hecho en mis repetidos *Apuntes*.

Continúa el Señor Ministro:

“Con la denominación de la Plana Mayor del Ejército, se decretó la existencia del Cuerpo del Estado Mayor; *pero no llena el objeto de su institución.*”

Bien sabida es la importancia de los “Estados Mayores” en los ejércitos modernos, que no se pueden pasar sin ellos en la dirección de la guerra y de los que una célebre autoridad militar ha dicho, “un ejército sin Estado Mayor es un cuerpo sin cabeza.”

Con relación á la movilidad de la Artillería, el mismo Señor Ministro se expresa de esta manera:

“Es lamentable que este servicio sea contratado con particulares para los momentos críticos, no teniendo los carreteros disciplina ni conocimientos ningunos en la táctica del arma, conduciendo ganado bronco sin la costumbre de las evoluciones, con guarniciones poco á propósito para el objeto; y concluye diciendo que, semejante sistema, *es nocivo y contrario al sentido común.*”

Si á esto añadimos que todos los carruajes de artillería eran del antiguo sistema de Gribeauval, tendremos que con el pésimo método de tracción que se usaba, eran casi imposibles las evo-

luciones de las baterías, que tácitamente se habían suprimido, quedando reducido su papel á seguir á las tropas en los caminos y en ser colocadas las piezas, una á una, en los campos de batalla.

El arma de artillería contaba con 1,840 individuos de tropa, 363 caballos de silla y 85 de tiro. Debía tener 3,188 de tropa, 536 caballos de silla y 300 caballos de tiro. Le faltaban 1,348 de tropa, 173 caballos de silla y 215 caballos de tiro.

No se toman en cuenta las mulas de tiro de la artillería de á pie, que, como queda dicho, se alquilaban por contrata.

En cuanto al personal, se encontraba diseminado en partidas, de suerte que no podía prestar servicios eficaces.

En la Alta California había 3 oficiales y 26 individuos de tropa para servir 45 piezas que no tenían ganado para moverlas. En Colima, 12 artilleros. En Acapulco, 10 para servir 13 piezas montadas y 48 desmontadas. En Chiapas, 15 artilleros con 6 piezas montadas y 3 desmontadas. En Oaxaca, 9 artilleros con 4 piezas. En Perote, 46 artilleros, 64 piezas montadas y 7 desmontadas. En Nuevo México, 8 artilleros con 3 piezas.

El número de obreros de plaza de la maestranza llegaba á 52. En el año siguiente, á fines de 1846, las compañías de obreros, acaso por las necesidades de la guerra, se elevaron á 105 hombres, incluso los maestros, oficiales y 26 aprendices.

De estas compañías había de proveerse la dotación que marchaba á campaña con las divisiones y brigadas.

El personal del Ministerio de Cuenta y Razón de Artillería, entre Comisarios, oficiales primeros, segundos, terceros y escribientes, constaba de 56 individuos. Esta oficina proveía de guarda-almacenes y guarda-parques á las tropas que expedicionaban.

Para el buen servicio de los parques es indispensable una dotación competente de carruajes contruidos exprofeso, con el ganado y personal militar correspondiente, para su conservación, conducción y manejo.

Esto era desconocido entre nosotros, y cuando llegaba el caso, se embargaban atajos de mulas y carros del comercio. En consecuencia, este servicio se hallaba expuesto á mil vicisitudes que el Sr. General García Conde expresa exactamente.

Igual cosa tenía que hacerse para la conducción del tesoro, medicinas y equipajes del ejército; y ocurría con frecuencia que una expedición quedaba detenida ocho ó quince días por falta de bagajes; porque los dueños de atajos ó de carros, cuando temían los embargos, huían en todas direcciones.

Por lo que se puede juzgar, el arma de artillería tan importante, no estaba preparada para entrar en campaña, pues su organización dejaba mucho que desear.

A pesar de todo, *siempre obtuvo los elogios y el respeto del enemigo.*

El cuerpo de Ingenieros contaba, entre generales, jefes y oficiales, incluyendo la Dirección del arma, 34 individuos.

El Batallón de Zapadores, sin distinción de pontoneros y minadores, se componía de 433 hombres, distribuidos en el Ejército del Norte, Mazatlán y la Capital de la República.

Por lo que hace al parque particular de Ingenieros, se hallaba en el mismo caso que el de Artillería.

Tampoco existía un Cuerpo de Administración Militar, que atendiera á las necesidades del ejército en campaña, que carecía de una proveeduría de viveres y de los medios necesarios para conducirlos.

Las tropas marchaban siempre sin esos elementos, atenuadas tan solo á lo que el país por donde transitaban pudiera proporcionar; y cuando faltaba el dinero, que solía ser con frecuencia, para pagar lo que se consumía, el general ó jefe que mandaba extendía un documento con la promesa de que el importe sería pagado algún día por la Tesorería General de la Nación.

No deberá, pues, extrañarse, si además de la natural escasez de recursos, éstos tenían que disminuir por las ocultaciones que forzosamente hacían los pueblos, haciendas y ranchos.

Los haberes del ejército eran cubiertos con prorratéos de haber económico, que la Tesorería General suministraba según sus penurias lo permitían.

Había meses que salían los cuerpos con veinte, quince, y aun ménos días.

Como la contabilidad era complicada, especialmente en tiempo de operaciones militares, y de falta de cumplimiento en cubrir los presupuestos, resultaba que nunca sabía el soldado lo

que alcanzaba, y al separarse del servicio generalmente perdía sus alcancés.

El Cuerpo de Salud Militar se hallaba completamente desorganizado, con cirujanos repartidos en los cuerpos, sin ambulancias, camillas, ni otros útiles esenciales en campaña, y á veces hasta sin botiquines.

En 1846, el General Paredes fijó su atención en ramo tan importante; decretó la formación del Cuerpo-Médico y de dos compañías de ambulancia; pero no tuvo tiempo de perfeccionar su obra porque cayó del poder de resultas de un pronunciamiento.

IV.

La Marina de guerra nacional constaba de los buques que se expresan:

En el Golfo.

Vapor "Guadalupe," 775 toneladas, con 2 cañones de á 68 y 4 de á 12	6
Vapor "Moctezuma," 1,111 toneladas, un cañón de á 68, 2 de á 32, 1 de á 9 y 4 carronadas de á 32	8
Bergantín "Veracruzano," 174 toneladas, un cañón de á 32, 6 carronadas de á 18	7
Bergantín mexicano, 208 toneladas, 2 gonadas de á 8 y 14 carronadas de á 18	16
Goleta "Águila," 130 toneladas, un cañón de á 32, 6 carronadas de á 18	7
Goleta "Libertad," 89 toneladas, un cañón de á 12	1
Pailebot "Morelos," 59 toneladas, un cañón de á 12	1
Pailebot "Guerrero," 48½ toneladas, un cañón de á 24	1
Pailebot "Victoria," 48½ toneladas, un cañón de á 24	1

En el Pacífico.

Goleta "Anahuac," 105 toneladas, un cañón de á 12 y 2 pedreros	3
Goleta sonorensis, 27 toneladas, un cañón de á 12	1
Total	52

Véamos lo que dice el General Almonte, de este ramo, en su Memoria citada de Diciembre de 1846.

"Marina de Guerra." "Ha desaparecido el resto de nuestra "escuadrilla, y en el Océano Pacífico ni en el Atlántico contamos con un solo buque de guerra."

"En el segundo teníamos varios; pero un principio de honor nacional obligó á un jefe bizarro á echar tres á pique para obstruir la barra á nuestros enemigos, quedando cuatro desmantelados, y en disposición de pegarles fuego si penetraba al Río de Alvarado la escuadra americana."

Los vapores "Moctezuma" y "Guadalupe" fueron vendidos oportunamente á una casa extranjera.

Sin elemento tan útil para las operaciones militares en el litoral, los Estados lejanos del Pacífico, especialmente las Californias, quedaban en lo absoluto imposibilitados de recibir ningún auxilio.

Nuestras fortalezas se reducían á 4, dos plazas y dos castillos.

Las plazas eran Campeche y Veracruz. De la primera no hablaremos, porque Yucatán, á que pertenecía, se hallaba virtualmente separado de la República.

Los castillos eran San Carlos de Perote y San Diego de Acapulco. De las fortificaciones del puerto de San Blas, que se hallaban destruidas y abandonadas, no debe hacerse mención. Tampoco la haré de ciertos puntos, como Puebla, Zacatecas, Tampico y algún otro, cuyas obras eran de tan poca importancia, que es innecesario ocuparse de ellas.

Veracruz estaba encerrado en un perímetro de 3,174 varas, por una tapia de mampostería de cerca de 4 varas de altura y 1 de espesor, con aspilleras, y llevaba el nombre de muralla. Ésta formaba las cortinas entre 9 baluartes de distintas dimensiones, ge-

neralmente pequeños, pero bien contruidos. Los mayores eran Concepción y Santiago; este último tenía un caballero alto y capacidad para 22 cañones. Por lo demás, la plaza no tenía foso ni obras exteriores.

Podía contener hasta 100 piezas de artillería; en consecuencia, se hallaba á cubierto de un golpe de mano, y aun de un ataque á viva fuerza; pero no hubiera podido resistir un sitio en regla.

Del lado del mar, situado sobre un islote á 1,280 varas, defendía á la plaza el castillo de San Juan de Ulúa, obra de muy buena construcción, con cuarteles casamatados á prueba de bomba, que aun existe.

Su planta es un cuadrilátero algo irregular, con buenos baluartes en los ángulos.

Sus obras exteriores consisten en una media luna con su reducto y plazas de armas, que cubren la cortina que mira hácia el mar; dos baterías bajas delante de los baluartes NO. y SE., con objeto de aumentar los fuegos sobre los canales que por esos rumbos dan entrada al puerto; y en fin, una batería corrida á flor de agua en el glacis, construida después del ataque de la escuadra francesa en 1838.

Esta construcción, que se apoya en las baterías bajas, envuelve todas las obras del frente ya indicado. Su trazo está formado por varias líneas rectas, que afectan parte de un polígono cuya convexidad ve al mar. La batería no tenía cañoneras, sino que los cañones bomberos de á 86 y de á 64 con que estaba armada, quedaban colocados á barbata, para aprovechar un campo de tiro más amplio; pero se hallaban protegidos por altas y espesas transversas que los cubrían de los enfilamentos.

La importancia de esta fortaleza aumentó mucho después del ataque de los franceses, tanto por la erección de esta batería, como por la gruesa artillería con que fué armada; de suerte que, podría resistir con buen éxito un ataque, aun cuando fuese contra fuerzas superiores al que sufrió.

Pero el mal consistía en que perdido Veracruz, Ulúa no podría sostenerse, careciendo de una escuadra que lo avituallase y auxiliara.

El fuerte podía recibir hasta 2,500 hombres de guarnición.

San Carlos de Perote es un castillo situado en una llanura, á la subida de la cordillera del Orizaba, á poca distancia del pueblo de aquel nombre, sobre el camino de México á Jalapa.

Su planta es un cuadrado con baluartes, rodeado con foso, camino cubierto y glacis, pero sin obras exteriores.

Su construcción es excelente, y puede servir como plaza de depósito para las tropas que operen en la costa, y también como plaza de refugio para recibir los restos de las que vengan derrotadas. Acaso en ciertas circunstancias podría construirse al amparo de sus fuegos, un campo retrincherado, donde una fuerza inferior en número pudiera esperar el ataque de un enemigo superior.

Entregado el castillo á sí propio y haciendo una brillante defensa, podría resistir un sitio en regla por ocho ó diez días de trinchera abierta. Hoy, con los grandes adelantos de la artillería, habría que rebajarse este cálculo.

En 1846, el Castillo de San Carlos no se hallaba preparado al efecto, como se verá.

Cuerdo hubiera sido retirar la artillería y municiones que en él había, para armar á Puebla y ayudar también á la Capital; pero parece que no se pensó en ello.

El Castillo de San Diego de Acapulco es muy pequeño: su planta es un pentágono con sus cinco baluartes, foso y camino cubierto: se hallaba casi desartillado y en estado ruinoso. Creo que no hubiera podido resistir el ataque de una corbeta.

Respecto de arsenales, no existía en la República nada á que se pudiera dar en conciencia este nombre. Por lo que hace á equipajes de puente, eran absolutamente desconocidos. (1)

El material de guerra con que se contaba, diseminado aquí y allá sin orden ni concierto, no era tampoco en cantidad suficiente para bastar á las necesidades de una defensa enérgica y prolongada.

Los establecimientos de construcción consistían en talleres

(1) El General D. Mariano Arista pasó el Río Bravo del Norte con una división de más de 3,000 hombres, en 2 chalanes solamente. Derrotado en la Resaca, las consecuencias fueron desastrosas.

que no podían ocuparse más que en reparaciones, y cuando mucho, en la construcción de algunas cureñas ú otros carruajes de artillería.

Después, el Teniente Coronel del arma, D. Bruno Aguilar, estableció, por orden del Gobierno, una fundición de cañones en el "Molino del Rey;" pero no tuvo tiempo, mas que para fundir y montar una batería de 4 cañones de á 8 y 2 obuses de á 24, ó sea de 15 centímetros.

VI.

El número de bocas de fuego de todas clases que poseía la Nación, según la Memoria del Ministro de la Guerra D. Pedro García Conde, era el que consta en la siguiente relación:

Cañones bomberos de á 86	10
Id. id. de á 64	16
Id. de bronce de plaza de á 24	52
Id. de hierro de id. id.	69
Id. de id. de id. de á 18	6
Id. de bronce de id. de á 16.	27
Id. de hierro de id. de á id.	29
Id. de bronce de á 12.	40
Id. de hierro de id.	18
Id. de bronce de á 8	58
Id. de hierro de id.	50
Id. de bronce de á 6	36
Id. de hierro de id.	31
Id. de bronce de á 4	133
Id. de hierro de id.	38
Culebrinas de bronce de á 4.	8
Id. de hierro de id.	3

A la vuelta. 624

El fuerte podía recibir hasta 2,500 hombres de guarnición.

San Carlos de Perote es un castillo situado en una llanura, á la subida de la cordillera del Orizaba, á poca distancia del pueblo de aquel nombre, sobre el camino de México á Jalapa.

Su planta es un cuadrado con baluartes, rodeado con foso, camino cubierto y glacis, pero sin obras exteriores.

Su construcción es excelente, y puede servir como plaza de depósito para las tropas que operen en la costa, y también como plaza de refugio para recibir los restos de las que vengan derrotadas. Acaso en ciertas circunstancias podría construirse al amparo de sus fuegos, un campo retrincherado, donde una fuerza inferior en número pudiera esperar el ataque de un enemigo superior.

Entregado el castillo á sí propio y haciendo una brillante defensa, podría resistir un sitio en regla por ocho ó diez días de trinchera abierta. Hoy, con los grandes adelantos de la artillería, habría que rebajarse este cálculo.

En 1846, el Castillo de San Carlos no se hallaba preparado al efecto, como se verá.

Cuerdo hubiera sido retirar la artillería y municiones que en él había, para armar á Puebla y ayudar también á la Capital; pero parece que no se pensó en ello.

El Castillo de San Diego de Acapulco es muy pequeño: su planta es un pentágono con sus cinco baluartes, foso y camino cubierto: se hallaba casi desartillado y en estado ruinoso. Creo que no hubiera podido resistir el ataque de una corbeta.

Respecto de arsenales, no existía en la República nada á que se pudiera dar en conciencia este nombre. Por lo que hace á equipajes de puente, eran absolutamente desconocidos. (1)

El material de guerra con que se contaba, diseminado aquí y allá sin orden ni concierto, no era tampoco en cantidad suficiente para bastar á las necesidades de una defensa enérgica y prolongada.

Los establecimientos de construcción consistían en talleres

(1) El General D. Mariano Arista pasó el Río Bravo del Norte con una división de más de 3,000 hombres, en 2 chalanes solamente. Derrotado en la Resaca, las consecuencias fueron desastrosas.

que no podían ocuparse más que en reparaciones, y cuando mucho, en la construcción de algunas cureñas ú otros carruajes de artillería.

Después, el Teniente Coronel del arma, D. Bruno Aguilar, estableció, por orden del Gobierno, una fundición de cañones en el "Molino del Rey;" pero no tuvo tiempo, mas que para fundir y montar una batería de 4 cañones de á 8 y 2 obuses de á 24, ó sea de 15 centímetros.

VI.

El número de bocas de fuego de todas clases que poseía la Nación, según la Memoria del Ministro de la Guerra D. Pedro García Conde, era el que consta en la siguiente relación:

Cañones bomberos de á 86	10
Id. id. de á 64	16
Id. de bronce de plaza de á 24	52
Id. de hierro de id. id.	69
Id. de id. de id. de á 18	6
Id. de bronce de id. de á 16.	27
Id. de hierro de id. de á id.	29
Id. de bronce de á 12.	40
Id. de hierro de id.	18
Id. de bronce de á 8	58
Id. de hierro de id.	50
Id. de bronce de á 6	36
Id. de hierro de id.	31
Id. de bronce de á 4	133
Id. de hierro de id.	38
Culebrinas de bronce de á 4.	8
Id. de hierro de id.	3

A la vuelta. 624

De la vuelta	624
Morteros de bronce de á 14 pulgadas	4
Id. de hierro de id.	3
Id. de id. de á 13 id.	6
Id. de bronce de á 12 id.	4
Id. de id. de á 9 id.	2
Obuses de bronce de á 8 pulgadas	7
Id. de id. de á 7 id.	11
Id. de id. de á 5½ id.	2
Obuses de bronce de montaña de á 4	15
Cañones de id. irregulares de á 5¾	5
Pedreros de hierro de 18¾ pulgadas.	2
Suma	685

Existían en las fortalezas y puntos artillados 500 piezas, de las cuales 328 estaban montadas y 172 desmontadas.

Rebajando estas 500 piezas de las 685, como se expresa en el siguiente cuadro, resulta:

Número total de piezas 685

	Montadas.	Desmontadas.	Total.
En Veracruz	83	57	140
En Ulúa	113	46	159
En Perote	64	7	71
En Goatzacoalcos.	4	8	12
En Tampico	10	2	12
En Acapulco	13	48	61
En Alta California.	41	4	45
Totales.	328	+ 172 =	500 500

Quedan. 185

Pero el número de piezas desmontadas en todo el país, era de. 217

Rebajando las de las fortalezas. 172

Quedan. 45 45

Por lo que solo quedaban. 140

Si las plazas y los puntos artillados habían de permanecer en estado de guerra, no podía sacarse de ellos artillería para campaña; además de que la mayor parte estaba en afustes de plaza ó costa, y la de fuertes calibres no era apropiado; y si bien es cierto que abundaban los calibres ligeros, muchos de ellos eran de fierro, probablemente procedentes de la marina, montados en cureñas especiales y demasiado pesados para campaña.

En el estado del que he tomado estos apuntes se halla la significativa nota que copio:

“2.^a La mayor parte de la artillería que se figura, está *desabocardada*, y los montajes necesitan varias recomposiciones y *muchos de ellos construirse de nuevo.*”

En resumen, el estado de las bocas de fuego se podría definir de esta manera:

Piezas en puntos fortificados	328
Piezas en puntos fortificados, desmontadas	172
Piezas en otros puntos, desmontadas.	45
Piezas para operar en campaña.	140
Total.	685

Se debe notar que de las 140 piezas disponibles, algunas se hallaban en lugares distantes, donde no podían utilizarse, y también que corrían el riesgo de perderse inútilmente.

Además, es de tomarse en cuenta la gran cantidad de cañones de los calibres de á 6, de á 4, y los pequeños obuses de montaña de este calibre, verdaderos juguetes que había, en comparación del número total de piezas siendo así, que todos estos calibres, por ser demasiado débiles, se suprimieron en todas partes desde que fué adoptado el “Sistema de Artillería del General Paixhans.” Entonces, los trenes de campaña se compusieron de cañones de á 8 y de á 12, de obuses largos de á 15 y 16 centímetros, y de obuses de á 12 centímetros para montaña.

Los Estados Unidos hacía tiempo que habían adoptado este sistema, conservando, no obstante, los cañones de á 6 y obuses de á 12 centímetros alargados, para maniobrar con la caballería.

Los antiguos obuses cortos de distintos calibres, corrieron la

misma suerte, siendo suprimidos, y de ellos figuran aún 20 en el estado.

Ahora bien; de las piezas que quedaban disponibles ¿cuántas se hallaban abocardadas, desfogonadas, con cavidades ó grietas, y con necesidad de graves reparaciones en los montajes? Y por acaso ¿estaban todas provistas de los útiles y juegos de armas indispensables para su servicio?

Mucho lo duda, porque casi siempre que se alistaba una batería para marchar, eran las prisas y las dificultades para proveerla de lo necesario.

Y para montar las 217 piezas que en distintos lugares había desmontadas y proveerlas de lo necesario, ¿bastarían los 105 obreros de maestranza, incluyendo maestros y aprendices, con que se contaba?

Pero éstos tenían también que recomponer el armamento de la infantería y de la caballería, construir, cargar y recalcar espoletas, hacer saleros, botes de metralla, cajones para empacar las municiones, guarniciones para el tiro del ganado, fuegos artificiales y tantas otras cosas como exige el complicado material del arma.

Es cierto que se podía ocurrir á hacer contratas con los particulares y ocupar obreros eventuales para aumentar las obras; pero además de que la falta de práctica en la especialidad del trabajo era un inconveniente, el remedio no hubiera sido eficaz para la premura que el caso exigía, ni en todas partes en que se necesitaban podían encontrarse obreros inteligentes. Por último, la falta de dinero siempre sería un obstáculo insuperable.

No he hablado, exprofeso, de la elaboración de municiones (cartuchos para infantería, caballería y artillería), porque para este trabajo se podían emplear, como con frecuencia se hacía á los inválidos hábiles del cuerpo, á las tropas del mismo, y en casos apurados también se echaba mano de las del ejército.

La cantidad de proyectiles que había en distintos lugares, y de los que de ellos tocaban á cada pieza, según su calibre, se expresa en la siguiente relación.

PIEZAS.—BALAS SÓLIDAS.	DE BRONCE.	DE HIERRO.	TOTALES.	POR PIEZA.
121 de á 24	11,431	48,350	59,781	494 $\frac{7}{12}$
6 de á 18	7,482	7,482	1,247
56 de á 16	5,983	20,388	26,371	470 $\frac{1}{5}$
58 de á 12	12,220	2,095	14,315	246 $\frac{1}{3}$
103 de á 8	11,800	10,136	21,936	203 $\frac{1}{10}$
67 de á 6	8,753	11,167	19,920	296 $\frac{2}{3}$
182 de á 4	8,366	2,727	11,093	60 $\frac{1}{10}$ (1)
3 de á 3	1,015	596	1,611	537 (2)
1 de á 2	1,052	1,052	1,052

BALAS HUECAS.

Bomberos: 10 de á 86	2,727	2,727	272 $\frac{7}{10}$
idem 16 de á 64	1,627	1,627	101 $\frac{1}{4}$

BOMBAS.

Morteros: 7 de á 14 pulgadas . . .	4,336	4,336	619 $\frac{3}{4}$
" 6 de á 13 pulgadas . . .	2,307	2,307	230 $\frac{7}{10}$ (3)
" 4 de á 12 pulgadas . . .			
" 2 de á 9 pulgadas	6,827	6,827	3,413 $\frac{1}{2}$
" 0 de á 8 pulgadas	912	912 (4)

GRANADAS.

Obuses: 7 de á 8 pulgadas	256	256	36 $\frac{3}{4}$
" 11 de á 7 pulgadas	2,964	2,964	269 $\frac{5}{11}$
" 2 de á 5 $\frac{1}{2}$	1,431	1,431	715 $\frac{1}{2}$
" 15 de á 4 de montaña	647	647	43 $\frac{2}{15}$
Granadas de mano	3,702	3,702

(1) El número de cañones de á 4 era de 171; pero les agrego 11 culebrinas del mismo calibre y hacen 182.

(2) Aunque en el estado no aparecen cañones de á 3 ni de á 2, en la Memoria del año 46, hay tres de los primeros y 1 de los segundos.

(3) Los morteros de á 12 son 4, los de á 13 son 6; entre los diez distribuyo las 2,307 bombas de á 12, pues en caso preciso pueden adaptarse á los de á 13.

(4) No existían morteros de á 8

PROYECTILES CARGADOS.

Granadas de á 7: 824, con 269 descargadas	dan	344 $\frac{4}{7}$
Idem de á 5 $\frac{1}{2}$: 60, con 115 $\frac{1}{2}$ idem	dan	745 $\frac{1}{2}$
Idem de á 4: 820, con 43 $\frac{2}{5}$ idem	dan	97 $\frac{2}{5}$
Idem de mano 4.249, con 3.702 idem	dan	7.951

Había además en México 500 balas y 250 botes de metralla para los 5 cañones de á 5 $\frac{1}{2}$: tocábales 100 balas y 50 botes.

VII.

Conocido el número de proyectiles que tocaban á cada boca de fuego, suponiendo á todas montadas, investigaremos ahora cuántos les correspondía tener.

Según la ayuda de Memoria para el uso de los oficiales de artillería, publicada en París el año de 1844, la provisión de municiones para las plazas de guerra y para los ejércitos en campaña, es como sigue:

POR CADA BOCA DE FUEGO.

	Balas.	Granadas.	Bombas.	Término medio de metralla para obuse y cañón.
Plaza de 1 ^a clase, por frente de ataque	1,000	800	500	38
" " 2 ^a " " " " " "	800	600	400	25
" " 3 ^a " " " " " "	600	500	300	25
" " 1 ^a fuera del frente de ataque	300	250	180	19
" " 2 ^a " " " " " "	250	200	130	14
" " 3 ^a " " " " " "	200	150	90	14

Granadas de muralla 3,000: de mano 5,000; Total8,000.

Una nota dice: que la provisión de proyectiles para toda boca de fuego del frente de ataque, podía elevarse á 1,500 tiros, si no fuera por el excesivo gasto.

El número mayor de bocas de fuego en un frente de ataque, será de 146, en esta forma: cañones, incluyendo 20 de campaña, 75, obuses con los de campaña, 35; morteros, 21; pedreros, 15; *Además 24 morteros de 15 centímetros.*

El armamento de los frentes no atacados se calcula de esta manera. Designando por m el número de bastiones de una plaza expuesta á un solo ataque, sería $146 + 5(m - 2)$. Para las plazas expuestas á un falso ataque, ó á dos ataques ligados $219 + 5(m - 4)$, y para las plazas expuestas á dos ataques separados $292 + 5(m - 4)$.

Pueden rebajarse 10 piezas por bastion á las plazas inferiores al octágono. Éstas no están por lo común expuestas á dos ataques separados, y las inferiores al exágono no lo están á un falso ataque.

Como puede observarse, el mayor número de piezas que contenga una plaza estará en el frente ó frentes atacados; así es, que al hacer el cálculo de las municiones de cada boca de fuego, debe tenerse esto presente.

Para las piezas de batalla destinadas á las salidas, debe haber una provisión de 400 balas y cien botes de metralla por cañón, y de 300 granadas y 20 botes de metralla por obús.

Para los morteros de á 15 centímetros, 600 granadas por pieza; y para los pedreros, 60 metros cúbicos de piedra por cada uno.

Debe haber también en las plazas gran cantidad de efectos de respeto; pero aquí solo me referiré á los más importantes, á saber:

Montajes para cañones obuses, de á 22 centímetros, montados en cureñas, de plaza $\frac{1}{2}$ del número de estas bocas de fuego.

Para los cañones montados en cureñas de sitio, con armones, $\frac{1}{2}$

Para los montados en cureñas de batalla con armones, $\frac{1}{3}$.

Para morteros de á 32 y 27 centímetros, $\frac{1}{3}$.

Para los de á 22 centímetros y pedreros, $\frac{1}{4}$.

Carros porta-cuerpos para cañones de á 24 y 16, morteros de á 32 y 27 c. centímetros y pedreros $\frac{1}{4}$.

Carros de municiones de batalla, uno por cada pieza de salida.
Trinquibales, $\frac{1}{5}$ de las bocas de fuego de grueso calibre.

Carros cubiertos ordinarios, $\frac{1}{10}$.

Cabrias, según el capitán "Samtemarie," 1 en cada parte del recinto en que sea necesario, y también 4 criks, 4 cabrestantes, etc.

Fraguas, además de las permanentes, $\frac{1}{30}$.

"La ayuda de Memoria para los oficiales de ingenieros, edición de Paris de 1853, asigna á las plazas la dotación de proyectiles que á continuación se menciona, sin distinción de frentes de ataque:

Para cañones de á 24	900 tiros por pieza.			
Para cañones de batalla	400	"	"	"
Para grandes morteros	500	"	"	"
Para pequeños morteros	600	"	"	"
Para obuses	500	"	"	"
Botes de metralla para los mayores calibres	30	"	"	"
Idem para los pequeños	75	"	"	"
Idem para piezas de batalla	200	"	"	"
Idem para obuses de batalla	15	"	"	"

Por último, el Jefe de Artillería Española, D. Ramón de Salas, dice: que en las plazas de primera línea se dotan generalmente las piezas con mil tiros cada una.

El General D. Mariano Arista, en la Memoria que como Ministro de la Guerra presentó el año de 1849, propuso que las piezas de plaza se dotaran cada una con 600 tiros.

Véamos ahora cómo deben dotarse las baterías de Campaña:

A las baterías de las divisiones que marchan con ellas, 200 tiros por pieza.

Además, para las baterías { 100 tiros en el parque de reserva.
de Cuerpos de ejército.. { 100 tiros en el parque general.

Para las baterías de la reserva general ó de una reserva de caballería, 200 tiros, todos en el parque general.

Según la disposición anterior, la dotación de campaña que se

debe disponer para la artillería, será de 400 tiros por pieza, 200 que la siguen y 200 en los respectivos parques; aunque descontando los botes de metralla, puede valuarse en 350 proyectiles.

Es natural que en los arsenales debe quedar una cantidad competente, tanto para reponer los consumos, como para dotar nuevas expediciones.

En el estudio que sigue, respecto de la cantidad de proyectiles, podrá juzgarse si la artillería existente estaba convenientemente dotada.

Por lo que hace á cureñas de respeto y máquinas de guerra, se puede asegurar que de las primeras no existían, puesto que gran parte de las piezas se hallaban desmontadas; y de las segundas, no solamente no estaban en la proporción que se requiere, sino que sería mucho que existiera alguna cabria ó algún trinquibal en México, en Veracruz y tal vez en algún otro punto.

Por otra parte, en los estados de artillería no figura ninguna de estas máquinas, acaso por no hacer aparecer las poquisimas con que se podía contar.

Respecto de los grandes depósitos de madera de construcción, de cordelería y de tantos efectos como son necesarios en la provisión de una plaza, para su defensa, creo sin temor de equivocarme, que si existía alguna cosa, sería en cantidad tan insignificante que no debe tomarse en consideración, ni hay datos para ello.

Proporción en que se hallaban los proyectiles con sus respectivas piezas, según sus calibres, en cada uno de los puntos artillados.

Carros de municiones de batalla, uno por cada pieza de salida.

Trinquibales, $\frac{1}{5}$ de las bocas de fuego de grueso calibre.

Carros cubiertos ordinarios, $\frac{1}{10}$.

Cabrias, según el capitán "Samtemarie," 1 en cada parte del recinto en que sea necesario, y también 4 criks, 4 cabrestantes, etc.

Fraguas, además de las permanentes, $\frac{1}{30}$.

"La ayuda de Memoria para los oficiales de ingenieros, edición de Paris de 1853, asigna á las plazas la dotación de proyectiles que á continuación se menciona, sin distinción de frentes de ataque:

Para cañones de á 24	900 tiros por pieza.			
Para cañones de batalla	400	"	"	"
Para grandes morteros	500	"	"	"
Para pequeños morteros	600	"	"	"
Para obuses	500	"	"	"
Botes de metralla para los mayores calibres	30	"	"	"
Idem para los pequeños	75	"	"	"
Idem para piezas de batalla	200	"	"	"
Idem para obuses de batalla	15	"	"	"

Por último, el Jefe de Artillería Española, D. Ramón de Salas, dice: que en las plazas de primera linea se dotan generalmente las piezas con mil tiros cada una.

El General D. Mariano Arista, en la Memoria que como Ministro de la Guerra presentó el año de 1849, propuso que las piezas de plaza se dotaran cada una con 600 tiros.

Véamos ahora cómo deben dotarse las baterías de Campaña:

A las baterías de las divisiones que marchan con ellas, 200 tiros por pieza.

Además, para las baterías { 100 tiros en el parque de reserva.
de Cuerpos de ejército.. } 100 tiros en el parque general.

Para las baterías de la reserva general ó de una reserva de caballería, 200 tiros, todos en el parque general.

Según la disposición anterior, la dotación de campaña que se

debe disponer para la artillería, será de 400 tiros por pieza, 200 que la siguen y 200 en los respectivos parques; aunque descontando los botes de metralla, puede valuarse en 350 proyectiles.

Es natural que en los arsenales debe quedar una cantidad competente, tanto para reponer los consumos, como para dotar nuevas expediciones.

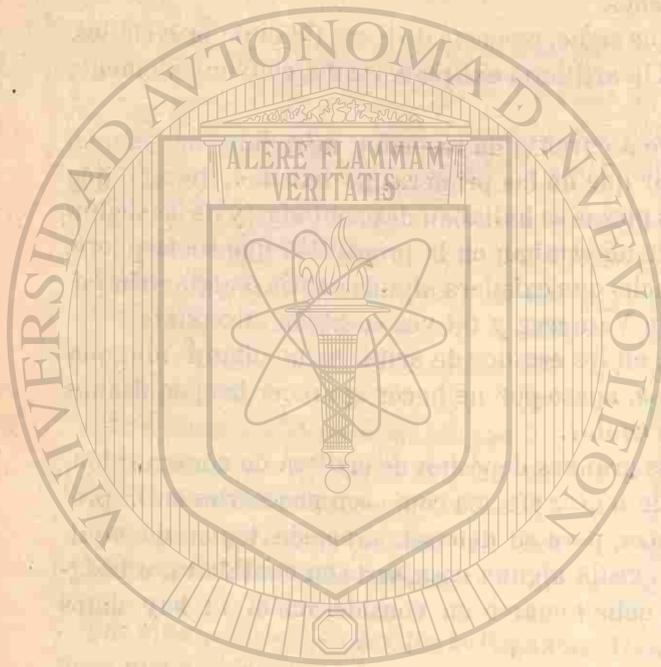
En el estudio que sigue, respecto de la cantidad de proyectiles, podrá juzgarse si la artillería existente estaba convenientemente dotada.

Por lo que hace á cureñas de respeto y máquinas de guerra, se puede asegurar que de las primeras no existían, puesto que gran parte de las piezas se hallaban desmontadas; y de las segundas, no solamente no estaban en la proporción que se requiere, sino que sería mucho que existiera alguna cabria ó algún trinquibales en México, en Veracruz y tal vez en algún otro punto.

Por otra parte, en los estados de artillería no figura ninguna de estas máquinas, acaso por no hacer aparecer las poquisimas con que se podía contar.

Respecto de los grandes depósitos de madera de construcción, de cordelería y de tantos efectos como son necesarios en la provisión de una plaza, para su defensa, creo sin temor de equivocarme, que si existía alguna cosa, sería en cantidad tan insignificante que no debe tomarse en consideración, ni hay datos para ello.

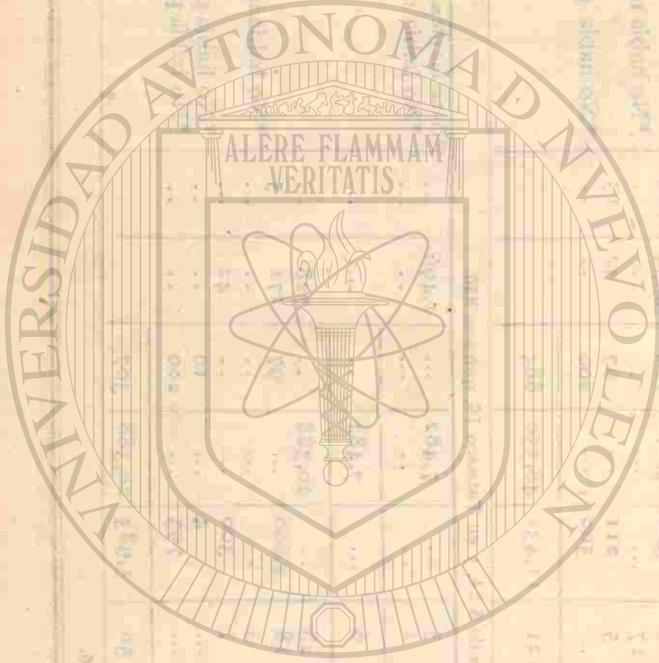
Proporción en que se hallaban los proyectiles con sus respectivas piezas, según sus calibres, en cada uno de los puntos artillados.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PROYECTILES SOLIDOS.

PUNTOS.	Calibres.	Piezas montadas.	Piezas desmontadas.	TOTAL.	BALAS.		Metral.	TIROS POR PIEZA		OBSERVACIONES.
					De bronz.	De hierro		Balas.	Metral.	
Veracruz.....	De á 24.	1	1	2	8,143	3,496	...	5,819	..	Reuniendo los proyectiles de Uliá y de Veracruz, tocaban 576, y sin las desmontadas, 918.
Uliá.....	"	58	34	92	965	41,606	375	462	4	
Tabasco.....	"	4	...	4	1,306	...	142	326	35	*No había municiones.
Tampico.....	"	1	...	1	306	3,248	100	3,554	100	
Acapulco.....	"	13	4	17	*No había piezas.
Alta California.	"	5	...	5	211	...	67	42	13	
Matamoros.....	"	500	...	200	
Sumas.....	"	82	39	121	11,431	48,350	884	
NOTA.—Existían en Veracruz 829 palanquetas de á 24, y en Tabasco 16, que son 845.										
Veracruz.....	De á 18.	0	5	5	...	7,482	...	1,496	...	*Todas las piezas desmontadas. *No había municiones.
Tampico.....	"	...	1	1	
Sumas.....	"	...	6	6	...	7,482	
Uliá.....	De á 16.	21	7	28	...	20,388	...	728	...	*No había municiones.
Veracruz.....	"	15	3	18	4,886	...	97	271	5	
Perote.....	"	3	...	3	*No había piezas. *No había piezas.
Goatzacoalcos..	"	1	6	7	300	42	...	
Tabasco.....	"	4	...	10	
Tampico.....	"	793	...	200	
Sumas.....	"	49	16	56	5,983	20,388	307	
NOTA.—En Perote había 16 palanquetas de 16.										

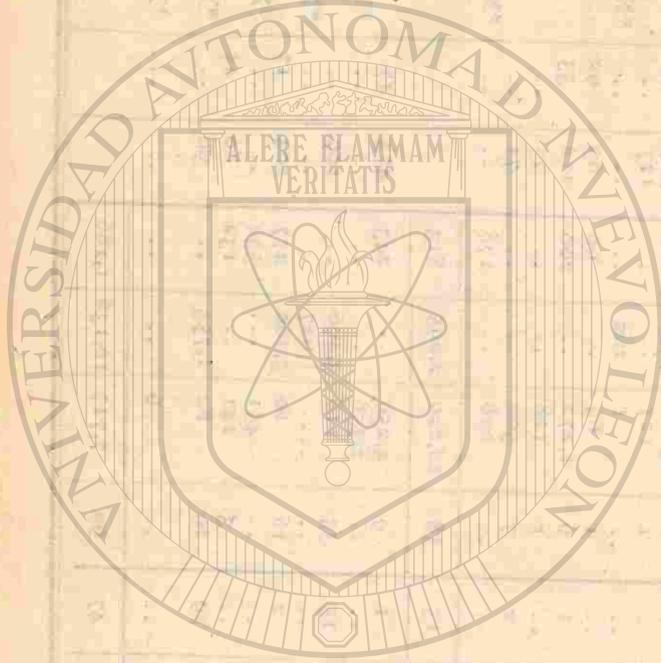


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

PROYECTILES SOLIDOS.

PUNTOS.	Calibres.	Piezas mon-tadas.	Piezas des-montadas.	TOTAL.	BALAS.		Metral.	TIROS POR PIEZA		OBSERVACIONES.
					De bronce.	De hierro.		Balas.	Metral.	
México.....	De á 12.	3	1	4	332	..	95	83	23	
Veracruz..	"	17	10	27	7,409	..	32	274	1	
Perote.....	"	6	1	7	2,106	1,835	218	563	31	
Puebla.....	"	1	..	1	127	127	..	*No había piezas.
Acapulco.....	"	1	260	
Tabasco.....	"	1	..	1	69	..	90	69	90	
Tampico.....	"	5	1	6	1,272	..	200	212	33	
Mazatlán.....	"	5	..	5	128	25	..	
Alta California.....	"	5	2	7	500	71	..	
Matamoras.....	"	276	..	178	*No había piezas.
Sumas.....		43	15	58	12,220	2,095	813	
México.....	De á 8.	8	1	9	4,259	..	243	473	27	*No había piezas.
Puebla.....	"	2,556	
Veracruz.....	"	18	15	33	110	3,496	..	109	..	*No había piezas.
Uliúa.....	"	1,627	
Perote.....	"	14	2	16	10	3,260	277	204	17	*No había piezas.
Tabasco.....	"	451	..	534	
Tampico.....	"	3	..	3	241	..	132	80	44	*Todas las piezas desmontadas.
Acapulco.....	"	..	29	29	84	1,753	..	96	..	*No había piezas.
Mazatlán.....	"	6	
A la vuelta.....	"	43	47	90	7,717	10,136	1,186	



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE REQUISICIONES

PROYECTILES SOLIDOS.

PUNTOS.	Calibres.	Piezas mon- tadas.	Piezas des- montadas.	TOTAL.	BALAS.		TIROS POR PIEZA		OBSERVACIONES.	
					De bronce.	De hierro.	Metral.	Balas.		Metral.
De la vuelta..		43	47	90	7,717	10,136	1,186	..		
Alta California.....	De á 8.	12	..	12	2,674	..	355	222	29	*No había piezas.
Monterrey.....	"	21	..	10	
Matamoros.....	"	5	1	6	717	..	554	119	92	
Guadalajara.....	"	662	..	158	*No había piezas.
San Luis Potosí.....	"	9	*No había piezas.
Ejército del Norte..	"	28	*No había piezas.
Sumas.....	60	48	108	11,800	10,136	2,291	
México.....		2	4	6	1,140	..	125	190	20	
Veracruz.....	De á 6.	5	14	19	..	486	124	25	6	
Perote.....	"	15	1	16	1,860	6,362	269	513	16	
Oaxaca.....	"	2	..	2	1	..	127	0	63	
Tabasco.....	"	1	..	1	197	..	99	197	99	*No había balas.
Goatzacoalcos.....	"	1	1	2	150	75	..	
Tampico.....	"	1	..	1	196	657	..	853	..	
Acapulco.....	"	..	5	5	1	1,750	..	350	..	*Todas las piezas desmontadas.
Chihuahua.....	"	..	1	1	46	46	..	*La única pieza desmontada.
Alta California.....	"	10	..	10	1,105	..	489	110	49	
Monterrey.....	"	1	3	4	238	..	229	59	57	
A la vuelta.....	38	29	67	4,934	9,255	1,462	

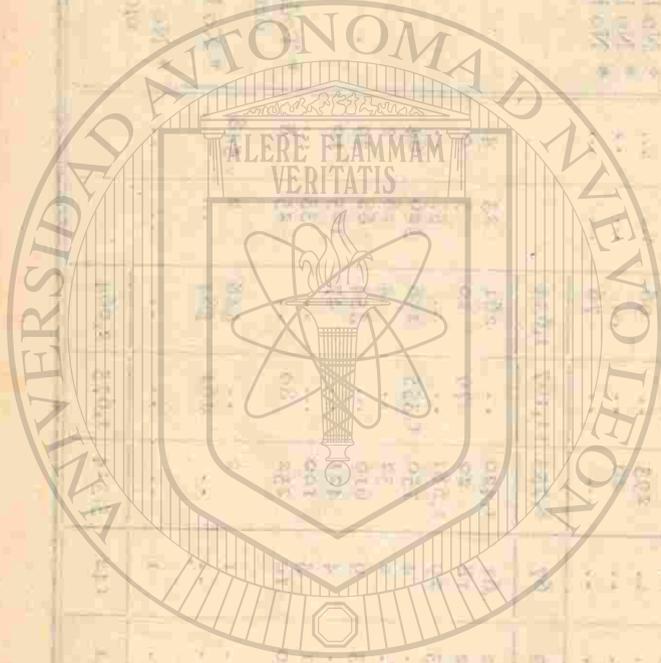


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BALAS SOLIDAS.

PUNTOS.	Calibres.	Piezas desmontadas.	TOTAL.	BALAS.		Metralla.	TIROS POR PIEZA		OBSERVACIONES.
				De bronce.	De hierro.		Balas.	Metrall.	
De la vuelta.	De á 6.	38	67	4,934	9,255	1,462	* No había piezas.
Puebla.....	"	3,506	* No había piezas.
Guadalajara..	"	1,912	* No había piezas.
Matamoros...	"	293	..	96	* No había piezas.
Mazatlán.....	"	20	* No había piezas.
Ejército del Norte..	"	76	* No había piezas.
Sumas.....	38	67	8,753	11,167	1,634	23	4	
México.....	De á 4.	39	61	1,420	..	261	5	0	
Veracruz.....	"	16	18	20	79	10	
Puebla.....	"	26	29	1,681	57	64	
Perote.....	"	4	4	750	1,355	256	526	2	
Oaxaca.....	"	2	2	52	..	4	26	2	
Chiapas.....	"	6	9	616	..	354	68	39	
Tabasco.....	"	4	4	421	..	47	105	10	
Goatzacoalcos.....	"	2	3	100	33	..	
Acapulco.....	"	..	10	252	80	..	25	8	* Todas las piezas desmontadas.
Zacatecas.....	"	1	1	2	..	548	2	548	* No había piezas.
Tampico.....	"	161	584	* No había municiones.
San Luis.....	"	1	1	
A la vuelta...	101	142	5,314	1,675	2,064	



DIRECCIÓN GENERAL DE BALAS Y MUNICIONES

BALAS SOLIDAS.

PUNTOS.	Calibres.	Piezas desmontadas.	Piezas desmontadas.	TOTAL.	BALAS.		Metralia	TIRAS POR PIEZA	OBSERVACIONES.
					De bronce.	De hierro.			
De la vuelta.	De á 4.	101	41	142	5,314	1,675	2,064
Morcia.....	"	6	0	6	154	27	* No había balas.
Chihuahua.....	"	3	1	4	170	...	64	42	* No había municiones.
Mazatlán.....	"	2	..	2	* No había municiones.
Jalapa.....	"	1	..	1
Alta California.....	"	9	1	10	1,341	...	325	134	32
Monterrey.....	"	1	4	5	40	...	112	8	22
Nuevo México.....	"	2	..	2
Salinas.....	"	3	..	3	* No había municiones.
San Fernando.....	"	2	..	2	* No había municiones.
Guerrero.....	"	2	..	2	* No había municiones.
Matamoros.....	"	3	..	3	449	1,052	229	500	76
Ejército del Norte.....	"	290	...	95
Guadalajara.....	"	562	...	100
Querétaro.....	"	200	...	199
Sumas.....	135	47	182	8,366	2,727	3,352

De á 3, había 1,015 balas de bronce, y 596 de hierro en esta forma:

En Veracruz 424; en Tampico 121; en Guadalajara 51. De metralia 253 botes; en Chiapas, 204; en Tamasopo 25; en Chihuahua 10; en Monterrey 34.



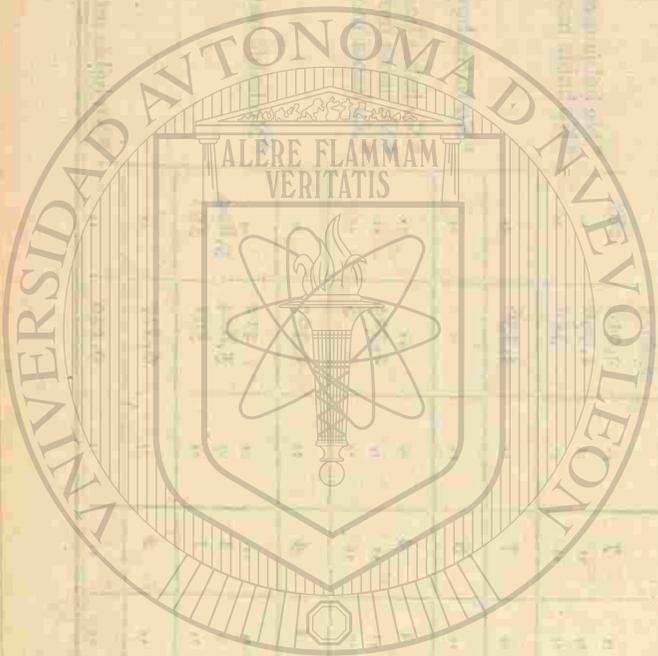
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PROYECTILES HUECOS.

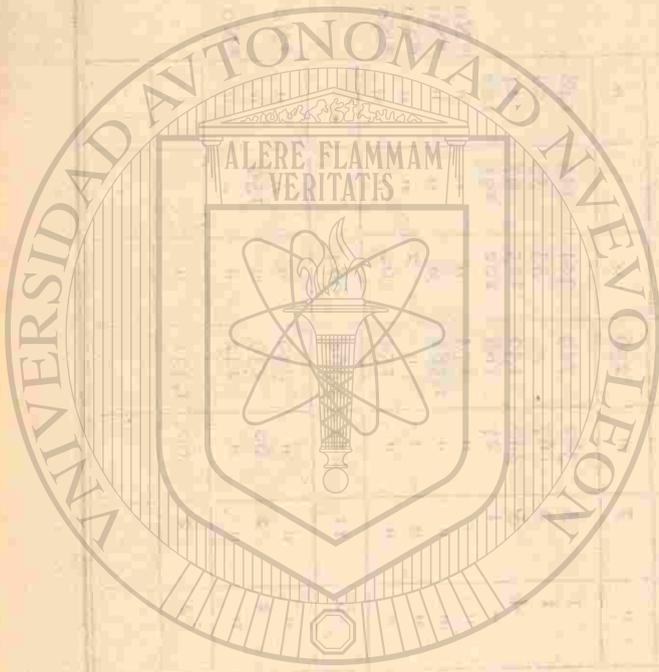
PUNTOS.	CALIBRES.	Piezas montadas.		Piezas desmontadas.		Total.	BALAS HUECAS.		TIROS POR PIEZA.	OBSERVACIONES.
		montadas.	desmontadas.	Cargadas.	Descargas.					
Uluá.....	Bomberos de á 86.	9	1	"	"	10	"	2,727	272	
Uluá.....	De á 64.	12	4	"	"	16	"	1,627	101	
Uluá.....	MORTEROS.									
Veracruz.....	De á 14 pulgs.	7	"	"	"	7	"	BOMBAS. 2,018	288	*No había morteros de á 14
Veracruz.....	"	"	"	"	"	"	"	1,996	"	*No había morteros de á 14
Perote.....	"	"	"	"	"	"	"	322	"	
Sumas.....		7	"	"	"	7	"	4,336	"	
Uluá.....	De á 13 pulgs.	6	"	"	"	6	"	"	"	*No había bombas.
Veracruz.....	De á 12 pulgs.	3	1	"	"	4	"	"	"	*No había bombas.
Uluá.....	"	"	"	"	"	"	"	2,304	"	*No había morteros
Acapulco.....	"	"	"	"	"	"	"	3	"	*No había morteros.
Sumas.....		3	1	"	"	4	"	2,307	"	
Veracruz.....	De á 9 pulgs.	"	"	"	"	"	"	412	"	*No había morteros.
Uluá.....	"	1	"	"	"	1	"	5,824	5,824	
Perote.....	"	1	"	"	"	1	"	591	591	
Sumas.....		2	"	"	"	2	"	6,827	"	
Uluá.....	De á 8 pulgs.	"	"	"	"	"	"	9,120	"	*No había morteros.

PUNTOS.	CALIBRES.	Piezas montadas	Piezas desmontadas	TOTAL.	Cargadas.	Descargadas	Metralia.	TIROS POR PIEZA		OBSERVACIONES.
								Granadas	Metralia	
Veracruz.....	Obuses de á 8 pulgadas.	7	"	7	"	255	"	36	"	*No había obuses.
San Luis Potosí.....	"	"	"	"	"	1	"	"	"	
Sumas.....	7	"	7	"	256	"	"	"	
Matamoros.....	De á 7 pulgs.	2	1	3	382	749	344	343	148	*No había obuses. *No había obuses. *No había obuses. *No había obuses.
México.....	"	1	1	2	67	"	53	33	26	
Veracruz.....	"	1	4	5	348	139	123	97	24	
Monterrey.....	"	1	"	1	27	168	102	195	102	
Puebla.....	"	"	"	"	"	173	"	"	"	
Perote.....	"	"	"	"	"	1,581	"	"	"	
Tabasco.....	"	"	"	"	"	"	"	"	"	
Guadalajara.....	"	"	"	"	"	154	60	"	"	
Sumas.....	5	6	11	824	2,964	684	"	"	
Uta.....	De á 5 1/2	"	"	"	"	930	"	"	"	
Monterrey.....	"	"	2	2	60	259	"	159	"	
Puebla.....	"	"	"	"	"	242	"	"	"	
Sumas.....	"	2	2	60	1,431	"	"	"	

GRANADAS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PROYECTILES HUECOS.

PUNTOS.	Calibres. obuses de 4	Piezas monta- das.	Piezas desmon- tadas.	TOTAL.	GRANADAS.		Metral.	TIROS POR PIEZA		OBSERVACIONES.	
					Cargs.	Descarg.		Granads	Metral.		
México.....	...	8	...	8	253	...	325	31	40	*No había granadas.	
Veracruz.....	...	2	2	2	*No había granadas.	
Puebla.....	...	2	...	2	*No había granadas.	
Acapulco.....	...	1	...	1	136	*No había granadas.	
Chihuahua.....	...	1	2	2	194	380	46	287	23		
Morelia.....	373	...	48	*No había piezas.	
Guadalajara.....	105	48	*No había piezas.	
Matamoros.....	162	66	*No había piezas.	
Sumas.....	...	11	4	15	820	647	621				
Granadas de mano.					Cargadas.	descarga- das.	TOTAL.				
México.....					322	557	879				
Puebla.....					30	...	30				
Veracruz.....					2,297	847	3,144				
Oaxaca.....					251	...	251				
Perote.....					...	470	470				
Acapulco.....					260	1,819	2,079				
Querétaro.....					193	...	193				
Monterrey.....					36	9	45				
Matamoros.....					860	...	860				
Sumas.....					4,249	3,702	7,951				

Balas sueltas para metralleta. Había: de bronce 24 de fierro 1,098

Total.....1,722

Existía una cantidad considerable de cartuchos de cañón de todos calibres, cargados; y otra, de cartuchos vacíos, de cartuchería de fusil y de pistola, de balas de fusil y de piedras de chispa; de pólvora á granel para cañón y para fusil, de galápagos de plomo, de fuegos artificiales, etc.

Del conocimiento de la distribución de todo este material en la República, creo que no se sacaría gran provecho; porque por la facilidad de conseguir las materias primas y de construir las municiones, con un poco de celo que desplegara la autoridad militar, ayudada por la civil, en cada lugar que fuese necesario, proveerían á las necesidades que se presentaran.

Admitamos, pues, que todos los proyectiles utilizables quedarían dotados con los cartuchos correspondientes, y que á las tropas no había de faltarles municiones.

La noticia que ya tenemos de las cantidades de los proyectiles existentes, y del número de ellos en cada lugar, nos pone en aptitud de saber los que tocaban á cada boca de fuego, como se demuestra en los estados preinsertos.

Por las reglas que quedan asentadas, conoceremos los proyectiles que debe haber para cada pieza en las plazas de guerra y en los ejércitos en campaña, y esto nos servirá de base para averiguar si la artillería se hallaba convenientemente dotada.

Comenzaremos por la única plaza fuerte, si bien irregular, con que contábamos, y que atendidas ciertas circunstancias, consideraremos como de segunda clase.

Aplicando la fórmula prescrita para un eneágono, tendremos

$$146 + 5 (m. - 2) = 146 + 35 = 181 \text{ piezas.}$$

De este número, 146 pertenecerían al frente de ataque, y 35 al armamento de los baluartes no atacados.

A las primeras corresponderían 800 tiros para los cañones, 600 para los obuses y 400 para los morteros. A las segundas, es decir, á las de los baluartes, 250 para los cañones, 200 para los obuses y 130 para los morteros.

Pero Veracruz no encerraba tan fuerte armamento, pues que solo se componía de 83 piezas montadas y 57 *desmontadas*, si bien Ulúa, con 113 piezas montadas que tenía, podía en caso necesario facilitar algunas á la plaza.

Las 83 piezas de Veracruz, eran: 1 de á 24, 15 de á 16, 17 de 12, 18 de á 8, 5 de á 6 y 16 de á 4, 3 morteros de 12 pulgadas, 7 obuses de 8 pulgadas y 1 de 7 pulgadas.

Desde luego se advierte un gran número de cañones de pequeños calibres y escasez de morteros y de obuses.

"Santemarie" asienta, hablando del armamento de las plazas, que la comisión mixta del año VII, señaló, para las de segundo orden, de 70 á 90 bocas de fuego.

Supondremos, pues, 50 cañones, 3 morteros y 5 obuses para el frente ó frentes atacados, y 22 cañones y 3 obuses para los demás frentes.

Tendríamos, pues, según la fórmula:

$$(50 \times 800) + (22 \times 250) = 45,500$$

que divididos entre 72, les toca á 631 tiros y una fracción á los cañones; á los morteros 400, y á los obuses 450; esto es:

$$\frac{(5 \times 600) + (3 \times 200)}{8}$$

Ahora comparemos el número de proyectiles que había en la plaza.

Tenemos un cañón de á 24 con 11, 639 balas, y 800 y pico de palanquetas, pero sin metralla; por consiguiente, había un excedente de 11,008 balas y de las palanquetas.

15 cañones de á 16 con 4,886 balas y 97 botes de metralla, tocándoles 325 balas y seis botes de metralla, sin contar las fracciones, de manera que no tenían ni la mitad de la dotación.

17 piezas de á 12 con 7,409 balas y 32 botes de metralla, tocando á cada pieza 435 balas y casi dos botes de metralla.

18 cañones de á 8 con 3,606 balas y sin metralla; es decir, 200 tiros por pieza.

5 de á 6 con 486 balas y 124 botes de metralla, que son 97 balas y 24 botes de metralla.

16 de á 4 con 99 balas y 10 tiros de metralla, que les tocaban 6 balas.

El número de morteros de 12 pulgadas montados, era de 3; pero sin bombas, porque estaban en Ulúa.

Los obuses de á 8 pulgadas montados eran 7, tenían 255 granadas; es decir, 36 tiros por obús.

Por último, las granadas de mano cargadas sumaban 2,297, que con 847 descargadas hacían 3,144.

Del examen que acabamos de hacer, resulta: que exceptuando la pieza de á 24 que tenía proyectiles de sobra en gran cantidad, todas las demás se hallaban malísimamente dotadas, porque las mejor provistas tenían poco más de la mitad de la dotación y otras no llegaban á ella, habiendo algunas que no tenían municiones para hacer fuego diez minutos.

Ocurrían en Veracruz cosas dignas de llamar la atención. Había cinco cañones de á 18 desmontados con 7,482 balas; no había morteros de á 14 pulgadas; pero sí 1,996 bombas de este calibre; tres morteros de á 12 pulgadas sin bombas y 412 bombas de á 9 sin morteros.

Aquí viene bien una observación.

La atmósfera de Veracruz ejerce una influencia nociva sobre el fierro, de manera que los barandales de la mayor parte de las casas los hacen de madera para evitar su destrucción.

En todos los lugares en donde existen parques de artillería, las pilas ó chilleras de bombas ó de balas, se deshacen cada año, y para volver á formarlas, los proyectiles se pintan y alquitranan para preservarlos de la acción de la atmósfera.

Esta práctica es más necesaria en Veracruz; pero entiendo que no se había de cumplir con esta prevención de las Ordenanzas, porque nuestros gobiernos rehusaban suministrar lo preciso para la conservación del material, á consecuencia de que la escasez constante del erario les impedía atender aún á necesidades más urgentes.

Así se explica el deterioro en que se hallaba el material de guerra en toda la República.

Las balas expuestas á la intemperie, sin las precauciones prevenidas, comienzan á oxidarse, produciendo escorias en forma de escamas, que se desprenden fácilmente con la mano; de lo que resulta que al cabo del tiempo se descalibran, esto es, que disminuyen su volumen, perdiendo también su forma esférica.

Soy de opinión de que mucha parte de los proyectiles de Ve-

racruz y Ulúa, principalmente los de los calibres de que no había piezas, se hallarían en aquel estado.

Cuando los franceses atacaron el Castillo el año de 1838, la pólvora se hallaba tan desvirtuada y los proyectiles tan deteriorados, que la fragata "La Nereida" llevó incrustadas en el casco gran número de balas, sin que ninguna de ellas hubiera podido penetrarle.

De Veracruz pasaremos á Ulúa y veremos si esta fortaleza se hallaba mejor provista.

Sabemos que había en ella 113 piezas montadas y 46 desmontadas.

Haremos abstracción de las segundas, como lo verificamos en Veracruz.

Hé aquí la relación de sus calibres:

58 cañones de á 24 con 42,571 balas y 375 botes de metralla, que les tocaba á 733 balas y 6 botes de metralla, despreciando las fracciones.

21 cañones de á 16, con 20,388 balas y sin metralla: tocábanles á 970.

9 cañones bomberos de á 86, con 2,727 proyectiles: tocábanles á 303.

12 cañones bomberos de á 64, con 1,627 proyectiles: les tocaban á 135.

7 morteros de á 14 pulgadas, con 2,018 bombas, que les tocaban á 288; pero aquí hay que advertir que en Veracruz había 1,996 bombas de este calibre, que se podían trasladar á Ulúa, en cuyo caso les tocarían á 573 á cada mortero.

6 morteros de á 13 pulgadas, sin municiones.

1 mortero de 9 pulgadas, con 5,824 bombas.

En Ulúa, como en Veracruz, habían de llamar la atención varias anomalías.

Además de los 6 morteros de á 13 sin municiones, teníamos 2,304 bombas de á 12, cuyos morteros estaban en Veracruz sin una sola bomba, y había 9,120 bombas de á 8, sin que hubiese morteros de este calibre. También debemos contar 1,627 balas de á 8 sin un sólo cañón de este calibre.

Por lo demás, la artillería de Ulúa, exceptuando los bomberos de á 86 y los de á 64, que eran los de mayor importancia, se

hallaba bien dotada; pero la gran cantidad de proyectiles sin utilidad que allí había, deberían mandarse á donde pudieran ser aprovechados, ó rematarlos en subasta pública, si otra cosa no era posible.

De lo que hemos examinado se deduce, que Veracruz con la fortaleza de Ulúa, contenía la mayor parte del material de guerra con que contaba la Nación, aunque hacinado confusa y desordenadamente; y que perdida aquella plaza, el país quedaría poco menos que desarmado.

No me propongo llevar el examen á todos los puntos de la República, en donde había material de guerra, porque sería un trabajo impropio é inútil, y porque en los estados que preceden se llama la atención del lector por medio de asteriscos, para que note fácilmente el desconcierto en que se hallaba el ramo de que se viene tratando, y para cuyo arreglo hubiera sido necesario, mucha dedicación, mucho tiempo, mucho dinero, y con ninguna de las tres cosas se contaba.

Se podrá notar que en varios lugares había gran cantidad de proyectiles pertenecientes á calibres de los que no existían piezas en muchas leguas á la redonda: en otros, existían piezas sin que hubiese proyectiles, y también había algunos en que las piezas se hallaban dotadas con cantidades insuficientes para una función de armas.

Llamaré la atención sobre algunos casos en extremo notables.

Mientras que Acapulco contaba 13 cañones de á 24, sin tener una sola bala, en Matamoros existían 500 balas de bronce de este calibre y 200 botes de metralla, sin que en toda la frontera del Norte hubiera una sola pieza de á 24.

En Tampico solo había un cañón de este calibre y tenía 3,554 balas y 100 botes de metralla; mientras que la Alta California, que no podía recibir ningún auxilio en caso de guerra extranjera, tenía 5 piezas con 42 balas y 13 tiros de metralla por cada una.

En Perote teníamos 3 cañones de á 16 sin proyectiles, siendo así que en Tampico, en donde no existía este calibre, había 793 balas y 200 botes de metralla.

En la Baja California parece que no existía armamento de ninguna clase.

Podría seguir largamente haciendo comparaciones á cual más lastimosas; pero repito, que los estados que anteceden me relevan de este trabajo, en el caso de que el lector tenga interés y curiosidad de enterarse de ellos.

Lo que se desprende desde luego de su examen, es el caos en que se hallaban los almacenes de artillería, y la imposibilidad de organizar la defensa nacional.

Procuraré más adelante estudiar las causas que tenían á ramotán importante en aquel punible abandono.

IX.

Pasaremos ahora al examen de las armas portátiles, de su distribución en diversos puntos y del estado de servicio en que se hallaban.

Puntos.	Fusiles.		Carabinas.		Tercerolas.	
	DE NUEVOS.	SERVICIO.	DE NUEVAS.	SERVICIO.	DE NUEVAS.	SERVICIO.
México	0,000	1,501	000	000	0,000	753
Puebla	73	1	000	000	128	000
Veracruz	3,937	1,299	000	000	1,826	377
Oaxaca	0,000	63	000	2	0,000	000
Querétaro	0,000	281	000	13	0,000	000
Guadalajara	0,000	751	000	000	0,000	000
San Luis	140	181	000	000	0,000	000
Zacatecas	58	0,000	000	000	0,000	000
División del Norte	630	101	914	560	0,000	000
Acapulco	0,000	31	000	000	0,000	000
Mazatlán	455	0,000	000	000	0,000	000
Tabasco	0,000	90	000	000	0,000	000
Chiapas	0,000	22	000	000	0,000	004
Chihuahua	356	70	0	2	0,000	000
Sumas	5,649	4,391	914	577	1,954	1,134

Mientras que en la capital solamente había 1,501 fusiles y 753 tercerolas de servicio; en Veracruz teníamos 3,937 fusiles nuevos, 1,229 de servicio, 1,826 tercerolas nuevas y 377 de servicio; lo que hace un total de 7,369 armas portátiles, es decir, más de la mitad del armamento que se hallaba esparcido en la República.

¿Qué hacía aquel armamento en Veracruz, cuando es bien sabido que el Estado nunca había levantado más tropas que sus guardias nacionales, puesto que para guarnecer el puerto era necesario que bajasen tropas del interior, mientras que en México y en Guadalajara se hubiera utilizado muy bien?

Dejando, pues, al Estado lo que necesitara para armar sus guardias, lo restante debía de haberse trasladado al interior, con tanto más motivo, cuanto que, como llevo dicho, aquel clima ejerce una funesta acción sobre los objetos de hierro ó de acero.

Pasaremos ahora á las armas blancas.

En la Baja California parece que no existía armamento de ninguna clase.

Podría seguir largamente haciendo comparaciones á cual más lastimosas; pero repito, que los estados que anteceden me relevan de este trabajo, en el caso de que el lector tenga interés y curiosidad de enterarse de ellos.

Lo que se desprende desde luego de su examen, es el caos en que se hallaban los almacenes de artillería, y la imposibilidad de organizar la defensa nacional.

Procuraré más adelante estudiar las causas que tenían á ramotán importante en aquel punible abandono.

IX.

Pasaremos ahora al examen de las armas portátiles, de su distribución en diversos puntos y del estado de servicio en que se hallaban.

Puntos.	Fusiles.		Carabinas.		Tercerolas.	
	DE NUEVOS.	SERVICIO.	DE NUEVAS.	SERVICIO.	DE NUEVAS.	SERVICIO.
México	0,000	1,501	000	000	0,000	753
Puebla	73	1	000	000	128	000
Veracruz	3,937	1,299	000	000	1,826	377
Oaxaca	0,000	63	000	2	0,000	000
Querétaro	0,000	281	000	13	0,000	000
Guadalajara	0,000	751	000	000	0,000	000
San Luis	140	181	000	000	0,000	000
Zacatecas	58	0,000	000	000	0,000	000
División del Norte.	630	101	914	560	0,000	000
Acapulco	0,000	31	000	000	0,000	000
Mazatlán	455	0,000	000	000	0,000	000
Tabasco	0,000	90	000	000	0,000	000
Chiapas	0,000	22	000	000	0,000	004
Chihuahua	356	70	0	2	0,000	000
Sumas	5,649	4,391	914	577	1,954	1,134

Mientras que en la capital solamente había 1,501 fusiles y 753 tercerolas de servicio; en Veracruz teníamos 3,937 fusiles nuevos, 1,229 de servicio, 1,826 tercerolas nuevas y 377 de servicio; lo que hace un total de 7,369 armas portátiles, es decir, más de la mitad del armamento que se hallaba esparcido en la República.

¿Qué hacía aquel armamento en Veracruz, cuando es bien sabido que el Estado nunca había levantado más tropas que sus guardias nacionales, puesto que para guarnecer el puerto era necesario que bajasen tropas del interior, mientras que en México y en Guadalajara se hubiera utilizado muy bien?

Dejando, pues, al Estado lo que necesitara para armar sus guardias, lo restante debía de haberse trasladado al interior, con tanto más motivo, cuanto que, como llevo dicho, aquel clima ejerce una funesta acción sobre los objetos de hierro ó de acero.

Pasaremos ahora á las armas blancas.

PUNTOS.	LANZAS.		Espadas de Caballería.		Sables.		Espadas de Infantería.		Espadas para Músicos.	
	Con Asta.		Montadas.		Hojas Sueltas.		Nuevos Servicio Nuevos Servicio		Nuevas Servicio Nuevas Servicio	
	Nuevas Servicio	Nuevas Servicio	Nuevas Servicio	Nuevas Servicio	Nuevas Servicio	Nuevas Servicio	Nuevas Servicio	Nuevas Servicio	Nuevas Servicio	Nuevas Servicio
Veracruz.....	652	561	"	"	"	"	"	"	"	"
Puebla.....	"	"	269	"	"	80	"	"	"	"
Pedrote.....	"	1,523	5,768	191	"	3,656	180	68	"	"
Querétaro.....	"	"	"	3	"	"	"	"	"	"
Zacatecas.....	40	"	"	"	"	"	"	"	"	"
División del Norte.....	80	"	6	106	"	"	"	"	"	"
Chiapas.....	50	"	"	"	"	"	"	"	"	"
México.....	"	240	1,370	116	244	44	39	"	"	"
Sumas.....	864	240	2,084	7,413	416	244	44	119	3,656	180

En la Memoria de guerra, del año de 1846, del General Almonte, aparece el armamento que en seguida se expresa:

ARMAS DE FUEGO PORTÁTILES.

Fusiles Ingleses.	Id. de diversas fábricas.	Rifles.	Carabinas.	Tercerolas.	Esmeriles.
N. De servicio.	N. De servicio.	N. De servicio.	N. De svo.	N. De svo.	N. De svo.
100	157	39	0	114	0
3,311	0	0	0	138	1
					Total: 3,860

ARMAS BLANCAS.

Lanzas con asta.	Moharras.	Sables.	Espadas.	Hojas sueltas.	Espadas de Infantería.
N. De servicio.	N. De svo.	N. De svo.	N. De svo.	N. De servicio.	N. De servicio.
0	31	356	2,733	219	20
1,140	640	0	1,606	0	182
					Total, rebajando las moharras y las hojas sueltas: 6,037

Por la comparación de estos estados con los anteriores, se viene en conocimiento, de que en el año de 1845 había en almacenes 14,619 armas de fuego portátiles de diversas clases y 13,582 armas blancas.

Por la Memoria de 1846, solamente quedaban 3,860 de las primeras y 6,037 de las segundas, resultando una baja de 10,759 armas de fuego y de 7,545 armas blancas; y continuando en la misma proporción, en el año siguiente no debería quedar en almacenes ningún armamento. Como en aquella fecha el país se hallaba en guerra y todos sus puertos bloqueados, no era posible reparar de algún modo tan sensibles pérdidas.

Debo advertir que en los estados aparece una gran cantidad de material de guerra con la clasificación de inútil, cuyo material se había ido aglomerando desde el principio de nuestras revoluciones, y de él se había aprovechado todo lo posible.

Una administración prudente hubiera dispuesto que semejante acumulación de estorbos se rematara al mejor postor, para evitar embarazos en los almacenes y para no ocupar la atención de la Secretaría de Guerra ni la de los empleados de cuenta y razón con anotaciones de partidas de objetos inservibles.

Por estas razones yo no las he tomado en cuenta, y por idénticos motivos no he incluido entre las armas blancas las moharras, ni las hojas sueltas de espada, que no deben darse de alta sino cuando entren completas en los almacenes.

Es de llamarse la atención sobre la cantidad respectivamente considerable de armamento de caballería comparado con el de infantería, y mucho más sobre las 3,836 espadas de infantería que no tenían objeto y que estoy persuadido que nunca sirvieron para nada.

Es también notable que en la Alta California hubiera un depósito de 2,433 bayonetas sueltas, que sería curioso averiguar cómo fueron á dar allí, donde no había en qué emplearlas, mientras se carecía de ellas en el centro del país.

La falta de proporción en las diferentes clases de armamento, y la adquisición de cosas inútiles, están indicando que no había método ni sistema alguno establecido para proveerse del material de guerra, ó que no se tenía conciencia de la utilidad de lo que se compraba.

Sensible como es el tener que confesar que reinaba el mayor desorden en todo lo relativo al ramo de guerra, la estricta justicia así lo exige y no hay modo de eludirla.

Que la Nación no estaba en posibilidad de sostener ninguna guerra extranjera, salta desde luego á la vista con solo el estudio que hemos venido haciendo.

Ahora bién, ¿quién ó quiénes eran los responsables de tan gran desbarajuste?

La misma justicia que hemos invocado nos obliga á decir, que los culpables fueron todos.

Es decir, lo fué la Nación.

Véamos por qué.

Dividida la población en bandos irreconciliables, vivía en una constante lucha que no le dejaba un momento de reposo.

Al siguiente día de elevado un Gobierno, comenzaban los trabajos para derribarlo: todos los que le eran contrarios y los que habian quedado descontentos, se unían haciendo los mayores esfuerzos para conseguir su objeto.

La prensa de oposición no descansaba un instante para causar el desprestigio de los funcionarios públicos; la calumnia, la difamación, las noticias falsas ó alarmantes, la seducción de los militares; todos los medios parecían buenos, si se lograba zafar los cimientos del nuevo edificio.

El Gobierno, por su parte, tenía que defenderse luchando con las mayores dificultades. Los Ministros se sucedían con frecuencia viviendo en una continua agitación.

El Departamento de la Guerra se ocupaba en recompensar á los que habían coadyuvado al último pronunciamiento: se extendían despachos de ascensos y diplomas, se recibían y contestaban solicitudes de empleados, de militares y de viudas: se reorgani-

zaban los cuerpos, refundiéndose unos, suprimiéndose otros, creándose algunos: se reformaban los uniformes, ya modestamente, ya con esplendor, según las ideas dominantes.

El Ministro seguía una activa correspondencia con los generales y jefes del ejército, y con las personas influyentes en la política.

Se podía percibir en las altas horas de la noche el trabajo incesante de la Secretaría, cuyos salones iluminados denunciaban la actividad que reinaba en ellos.

Se tendrá una idea del movimiento que solía haber en este Departamento, sabiendo, que desde el mes de Octubre de 1841, á fin de Diciembre de 1843, se despacharon 57,070 expedientes, sin contar el cúmulo de cartas particulares contestadas; y que se expidieron desde 13 de Octubre de 41 á 6 de Diciembre de 44, 11,278 despachos y diplomas.

Seguían después las intrigas, las denuncias de conspiraciones, las alarmas, las órdenes para acuartelamientos, los manejos indignos para causar el desprestigio de unos y la elevación de otros.

Comenzaban las sublevaciones de pequeñas partidas que aparecían en los campos, dispersándose á la aproximación de las fuerzas del Gobierno para aparecer por otro rumbo aumentadas.

Llegaba la crisis más terrible, la falta absoluta de dinero.

El Ministro de la Guerra ocurría al de Hacienda en demanda del pan del soldado.

¡No había para los ranchos! ¡A los Jefes y Oficiales se les debían dos ó más quincenas! ¡Faltaban medios de transporte para que marcharan las tropas nombradas para expedicionar!

El Ministro de Hacienda en tan angustiosos momentos se veía obligado á ocurrir á los agiotistas, quienes movidos á compasión facilitaban uno ó dos días de haber para la guarnición, mientras se arreglaba un préstamo á su gusto.

A veces sucedía que la Tesorería con mil apuraciones conseguía dar medio día de haber para la tropa á las once de la noche.

Otras ocasiones ocurría que ya lista una tropa para expedicionar, tenía que detenerse algunos días por falta de dinero.

Al fin, el Ministro abrumado de fatiga, conseguía que el Go-

bierno le diera alguna comisión honorífica, como pretexto para dejar el puesto, ó bién aburrido de tanto batallar renunciaba la cartera, dejando que su sucesor continuase aquel trabajo de Sisifo.

Por último, aquella situación sostenida á tanta costa acababa por derrumbarse: un nuevo pronunciamiento triunfaba, y grandes esperanzas de paz y bienandanza surgían por todas partes: pero antes que trascurrieran seis meses, el estado político del país volvía á entrar en aquel círculo vicioso de que acababa de salir.

No es de omitirse la circunstancia, de que además de los trastornos de que acabo de hacer mención, siempre se hallaba preocupada la atención del Gobierno con los acontecimientos que ocurrían en el litoral ó en las fronteras de la República.

En los tiempos en que tuvieron lugar los primeros pronunciamientos, aún permanecían los españoles en Ulúa, y se tenía que combatir para desalojarlos de aquel último terreno que ocupaban.

Capitulado Ulúa, se llevaron las hostilidades al puerto de la Habana, donde sucumbió gloriosamente el bergantín "Guerrero" combatiendo con la fragata española "La Lealtad."

Poco después, en 1829, desembarcó en Tampico la expedición que mandaba el Brigadier Barradas, la que después de varios combates se vió obligada á capitular.

En 1835 ocurrió la sublevación de Texas, con los hechos de armas consiguientes. En el mismo año marchó una división con el objeto de reducir á los sublevados de Texas, y en 1836, después de varias acciones de armas bastante sangrientas, la división tuvo que retirarse.

En 1838, la Francia nos vino á visitar; se apoderó á viva fuerza del castillo de Ulúa; fué rechazada en Veracruz y después se firmó la paz.

Desde 1838 hasta 1845, no cesaron las hostilidades entre nuestras tropas y los texanos, invadiéndose mutuamente ambas regiones.

De consiguiente, puede decirse, que desde 1821 hasta 1845, México nunca tuvo un momento de sosiego, ya por la constante

guerra de los bárbaros, ya por guerras extranjeras, ó bién por nuestros frecuentes pronunciamientos.

Ahora, yo pregunto: ¿podrían los Ministros tener la tranquilidad de ánimo bastante, para ponerse á estudiar con calma el estado en que se hallaban los almacenes, fortalezas y maestranzas; para dedicarse á remediar las faltas que hubiera, adquirir lo que fuese necesario, hacer desaparecer lo superfluo ó inútil, armonizar todos los elementos de defensa que debía de tener el país, y todo esto faltando el primer móvil que es el dinero?

Yo creo que esta era una empresa superior á las fuerzas de cualquier hombre.

El personal encargado de la conservación y reparación del complicado y variadísimo material de guerra, encontrando obstáculos insuperables para desempeñar su cometido, principalmente por la carencia de numerario, sin el cual no podía remover ni trasladar de un punto á otro lo que en éste sobraba y en aquel faltaba; que no le era posible conservar los efectos en buen estado por no contar con lo necesario para el efecto; cansado de dar partes, de hacer pedidos y de formar presupuestos, concluía por aburrirse y naturalmente descuidaba los intereses que estaban á su cargo.

Venía en seguida la revolución con el desorden correspondiente; se sacaba y se introducía en almacenes sin llevar cuenta ni razón, se removían y cambiaban empleados, cesando de hecho toda responsabilidad.

Estos acontecimientos repetidos por muchos años, fueron aglomerando ruinas sobre ruinas, y mucho fué que quedase algo en pié en la época á que me refiero.

Durante la Administración del General Santa-Anna, de los años de 1841 á 1844, se encontraron en Inglaterra los efectos de guerra que siguen:

- 5,000 fusiles de chispa.
- 3,000 tercerolas de idem.
- 3,000 espadas de caballería.
- * 5,800 espadas para infantería.
- * 200 espadas para músicos.

10 cañones bomberos de á 10 pulgadas.
 10 id. id. de á 8 id.
 6 id. de batalla de á 12.
 10 id. de id de á 8.
 6 morteros de á 12 pulgadas.
 6 obuses de á 8 pulgadas.

(Memoria de 11 de Enero de 1844.)

NOTA.—De los bomberos faltaron cinco montajes, y una pieza de batalla de á 12.

Bién poco era esto para las necesidades de la Nación; pero si hubiese sido posible destinar cada año una partida del presupuesto para aumentar el material de guerra, habría sido muy conveniente, aunque á ello se oponía la notoria repugnancia con que la opinión pública miraba esta clase de gastos, y los continuos trastornos que sufría el país.

Convendría averiguar ¿de dónde provenía aquella turbulencia constante, y de dónde emanaban los continuos pronunciamientos?

Siempre se ha dicho que el ejército era el autor de los pronunciamientos, y á él se ha hecho responsable de todas las desgracias de la Patria.

Ya hemos visto que la Nación entera, siendo víctima del frenesí de las pasiones políticas, tomaba parte activísima en la rencorosa lucha que devoraba sus entrañas; y si bién es cierto que en último resultado aparecía en la escena la fuerza armada, ya fuese del ejército, de la milicia activa ó de la cívica, es también verdad que aquellas fuerzas eran compelidas y empujadas por los partidos que no dejaban de azuzarlas ni un momento.

Los militares, como hombres, también tenían pasiones, tomaban una parte considerable en las cuestiones políticas, y no parece racional pretender, que los que en los campos de batalla tenían que dirimir con las armas la suerte de un partido, fuesen estoicos é insensibles instrumentos de las camarillas que los lanzaban al combate.

La sociedad conmovida hasta lo más profundo, y dividida en opiniones, ejercía naturalmente una influencia poderosa en la fuerza armada, que había nacido de su seno, y que se hallaba

ligada íntimamente á ella, por los lazos de la sangre, de la amistad, ó de relaciones ó compromisos sociales.

De aquí que el ejército se hallase también dividido en opiniones y que llegando determinadas circunstancias estallase un conflicto.

Por esto se le ha visto proclamar diferentes planes que representaban las distintas opiniones; mas no sería justo negar, que siempre una parte del ejército permanecía fiel al Gobierno, y que no cedía sino á la fuerza ó á la opinión pública.

Es verdad que la ambición comenzó á desvirtuar la sinceridad con que muchos sostenían sus opiniones, y que vista la facilidad con que tantos se elevaban, se introdujo la desmoralización en la fuerza armada y disminuyó considerablemente el número de los que de buena fe sostenían sus principios.

Mas, cuando se ha visto á los simples ciudadanos tomar la política como un medio para alcanzar los puestos más elevados del Estado, ¿se podía pretender que tan funesto ejemplo no cudiese entre los militares?

No obstante, numerosos ejemplos se podían citar, de generales, jefes y oficiales que prefirieron vivir con sus honrosos servicios en la pobreza y en la oscuridad, que especular para elevarse con las desgracias de la Patria.

En resumidas cuentas, puede asegurarse, que no existía corporación, gremio, clase y acaso ni individuo, que no tomase ó hubiese tomado parte más ó menos activa en nuestras revoluciones; en las que hasta el bello sexo llegaba á veces á preocuparse con vehemencia por el triunfo de un partido.

En las comarcas rurales, y en los distritos montañosos se improvisaban fuerzas irregulares, que inopinadamente aparecían proclamando algún plan revolucionario.

A ellas se adherían, por lo regular, las llamadas "Acordadas" que los pueblos sostenían en los caminos para su policía.

De los lugares poblados comenzaban á salir antiguos militares de los que estaban fuera de servicio, y también paisanos que, unos por sostener el nuevo plan, y otros en busca de fortuna, se iban á incorporar á los revoltosos.

Empezaban después las defecciones de las tropas, ó de las mi-

licias, y á proporción que crecía el desprestigio del Gobierno, aumentando aquellas, arrastraban con su ejemplo hasta el resguardo del tabaco, el de las aduanas y aún á los guardas de las garitas.

Al principio, las tropas del Gobierno adquirían fáciles victorias sobre aquellas masas mal organizadas, cosa que después se hacía más difícil.

Las defecciones eran más frecuentes, la bola de nieve crecía sin cesar, hasta que el Gobierno agobiado, execrado, aborrecido de todos, se hundía en el abismo del pasado.

Poco más ó menos esta fué la historia de la mayor parte de nuestros Gobiernos.

En la época á que me refiero, el general Santa-Anna acababa de correr la misma suerte que los demás.

Un nuevo gobierno apoyado en la opinión, con propósitos de moralidad y de orden, había sido elevado por el pueblo, y la sociedad parecía satisfecha.

Empero, el 7 de Junio de 1845, los partidarios del Gobierno caído lograron sublevar al Batallón de Granaderos, que se apoderó del Palacio Nacional, poniendo preso al Presidente, que lo era el general D. José Joaquín de Herrera.

El bizarro comportamiento del Batallón núm. 4, que por el Jardín Botánico penetró en el edificio, conducido por su coronel D. José López Uruga, logró sofocar aquel levantamiento, no sin cruel derramamiento de sangre.

A fines del mismo año, las relaciones con nuestros vecinos habían llegado á tal grado de tirantez, que la guerra parecía inevitable.

A pesar de esto, el general D. Mariano Paredes y Arrillaga, que tenía orden de marchar con su división á la frontera del Norte, al salir de San Luis Potosí, se pronunció en "El Peñasco" y contramarchó sobre la Capital, á donde llegó á fines de Diciembre con cerca de siete mil hombres.

Secundado por parte de la guarnición, la defensa se hizo imposible y Paredes ocupó la Presidencia.

El general no se alojó en el Palacio, ni recibió sueldo de Presidente.

Se ocupó con actividad en allegar recursos, estableciendo la mayor economía: se dedicó con asiduidad á organizar, disciplinar é instruir al ejército, creyendo que con los elementos que él pudiera reunir, lograría dirigir la campaña con mejor éxito que ningún otro.

Pero los demás no pensaban como él, y en el Sur de México, en Mazatlán y en Guadalajara, apareció la revolución cuando ya el extranjero pisaba nuestro territorio.

El 1º de Agosto de 1846, después de los desastres de Palo-Alto y la Resaca, se pronunció la Ciudadela de México con el general Salas, por la Federación y el General Santa-Anna.

A consecuencia de este movimiento, entró á ejercer la Presidencia D. Valentín Gómez Farías.

Pasada la batalla de la Angostura y amenazado Veracruz por el enemigo, una parte considerable de la Guardia Nacional se pronunció en la ciudad de México por "Religión y fueros."

Ya en Querétaro el Gobierno, donde se había refugiado á consecuencia de la pérdida de la Capital, se pronunciaron los indígenas de la Sierra de Xichú por su independencia, y aún se aseguró que enviaron comisionados al general Scott, proponiendo la anexión á los Estados Unidos.

Poco después, ya ajustada la paz, se pronunció de nuevo, en Guanajuato el General Paredes, que había regresado de Europa, proclamando la continuación de la guerra, y este pronunciamiento tuvo eco en Mazatlán y en S. Luis Potosí, aunque en todas partes fué sofocado.

XI.

Por el examen justo é imparcial que he venido haciendo del estado general en que se hallaba la República: de la cruel y devastadora guerra que tenía que sostener con las diversas tribus bárbaras: de la miseria que en toda ella reinaba: del abatimiento del espíritu público: del inmenso territorio que tenía que defen-

der con una población escasa y diseminada en tan grande extensión, y un ejército desarreglado é incompetente por su número: de la escasez de material de guerra y del desorden en que se hallaba: de la excitación en que los partidos políticos vivían y de la influencia nociva que ejercían sobre la fuerza armada, cualquiera que fuese su denominación; se deberá convenir, como tantas veces lo llevo dicho, que no era absolutamente posible que pudiera sostener una guerra con expectativa de buen éxito.

Pero á cuadro tan desconsolador, aun tendré que añadir algunas pinceladas que lo harán más sombrío.

Como es bien sabido, el nervio de la guerra es el dinero, y con él se habrían remediado, obrando oportunamente algunos de los males que nos aquejaban. Pero el estado que guardaba nuestro erario era tan triste, como podrá verse por la noticia que sigue.

El Ministro de Hacienda D. Luis de la Rosa, en su Memoria presentada á las Cámaras á principios del año de 1845, hace el análisis siguiente de las rentas públicas:

"El verdadero producto disponible de las rentas	
"se reduce, con corta diferencia, á la cantidad	
"de trece millones de pesos.....\$	13.000,000
"De esta suma habrá que deducir, para las atenciones tan preferentes del crédito público.....\$	3.000,000
	Quedan...\$ 10.000,000
"Más aún el deficiente que causará la asignación	
"de rentas de los Departamentos.....\$	2.000,000
	Quedarán...\$ 8.000,000

Véamos el *Presupuesto de Egresos*:

Departamento de Justicia.....\$	394,853
" " Relaciones.....\$	529,649
" " Hacienda.....\$	1.563,893
" " Guerra.....\$	11.305,004
	Suma...\$ 13.793,399
Se calculan los productos en.....\$	8.000,000
Resulta un deficiente de.....\$	5.793,399

¡Con que, según esto, la Nación contaba con ocho millones de pesos para prepararse para la guerra y atender á todos los ramos de la Administración!

Pero aun los ocho millones eran una ilusión; porque todos los puertos se verían bloqueados en cuanto comenzase la guerra, (como en efecto se verificó) y es notorio que el mayor ingreso que tenía el erario provenía de los derechos de las Aduanas Marítimas.

XII.

Para concluir, me resta solamente dirigir una mirada investigadora al otro lado del Atlántico, para inquirir si de alguna parte podíamos albergar esperanzas de socorro; si la idea de una alianza, aunque fuere poco probable, podría alentarnos en la lucha desigual que teníamos que sostener. Si siquiera auxilios indirectos se podrían esperar.

En vano: el vacío se hacía en derredor nuestro, y se nos veía sucumbir con la mayor frialdad.

Esto no obstante, la prensa de las naciones *amigas* nos ultrajaría en nuestra desgracia.

La Europa hubiera visto con complacencia, que se estableciera en México un Gobierno Monárquico, mas en general estos deseos eran absolutamente platónicos.

España y Francia eran las más interesadas; pero querían que México hiciera por sí mismo el cambio apetecido, á reserva de apoyarlo después, mirando las ventajas que podían sacar; por supuesto sin comprometerse, ni mucho menos verse envueltas en una guerra.

España, que había rechazado con horror el Plan de Iguala y los tratados de Córdoba, por la esperanza que abrigaba de la reconquista; cuando por sus desgracias interiores se convenció de que esto no era posible, vino á conformarse con aceptar aquel Plan y alentaba á los que en la República trabajaban por él.

Francia, acerca de cuyo Gobierno parece que el partido conservador hacía frecuentes gestiones, con objeto de procurarse su apoyo, y que aquel no veía sin duda con malos ojos, permanecía á la expectativa del avance de las ideas monárquicas en México y es probable que no escasease las promesas.

Es de presumir que al acercarse la tormenta que iba á descargar sobre la República el partido conservador, contaba demasiado con el auxilio de aquellas naciones ó de alguna de ellas.

A esto, sin duda, obedeció el pronunciamiento del General Paredes, quien al ocupar la capital estableció un Gobierno netamente conservador, cuyas ideas expresadas en la prensa con tal claridad como jamás lo habían sido, manifestaban sin embargo el deseo del cambio radical de nuestras instituciones.

A pesar de manifestaciones tan patentes, no se anunció ningún auxilio exterior, y la República, como era de esperarse, se encontró sola en la crisis que se le preparaba.

Lo único que se logró con el pronunciamiento del General Paredes, fué desviar de la frontera aquel auxilio que habría sido provechoso, é inutilizar un hombre que, sin duda, era el general más capaz con que entonces contábamos.

La obstinación con que persistían los partidos en disputarse el poder aun al frente del enemigo extranjero, fué una circunstancia que por sí sola debía hacer fracasar los esfuerzos que se intentaban para conseguir la victoria; y si á esa circunstancia agregamos las mil calamidades que pesaban sobre la República, fuerza será convenir en que era absolutamente imposible que aquel buén deseo se pudiera lograr. Por esto creo que los que perecieron en defensa de la Patria, que no fueron pocos, merecen el respeto de sus compatriotas.

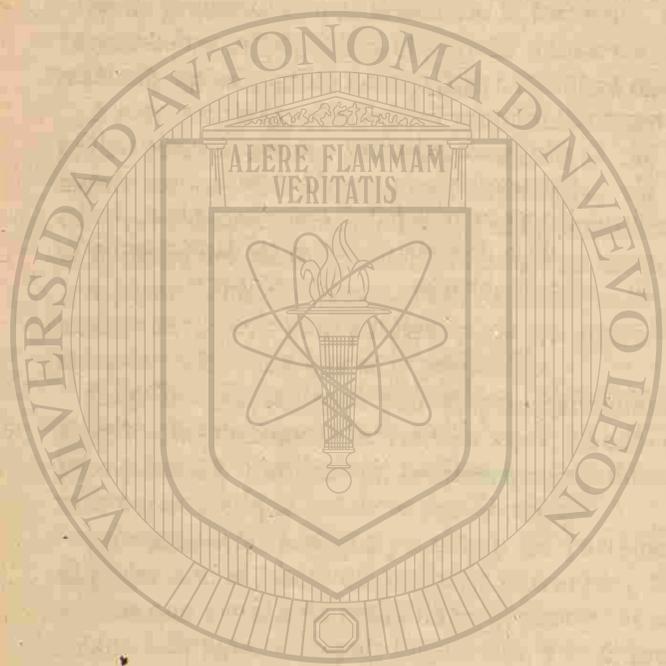
He terminado; quisiera que éste humilde trabajo fuera de alguna utilidad, contribuyendo á la formación de la Historia de aquellos tristes días, que nos dejaron tan amargos recuerdos, y tantos motivos de estudio y de meditación.

México, Diembre de 1890.

Manuel Balbontín.

FE DE ERRATAS.

PÁGINAS.	LINEAS.	DICE.	DEBE DECIR.
29	38	32 y 27 c. centímetros.	<i>32 y 27 centímetros.</i>
30	4 ^a	Samtemarie.	<i>Santemarie.</i>
50	26	No tenían ni la mitad de la dotación.	<i>tenían poco más de la mitad de la dotación</i>
61	30	se encontraron.	<i>se contrataron.</i>



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEMORIAS
DE UN MUERTO

MEMORIAS
DE UN MUERTO

JUAN L

®



MEMORIAS

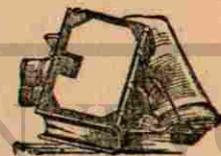
DE

UN MUERTO

CUENTO FANTASTICO

POR

MANUEL BALBONTIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

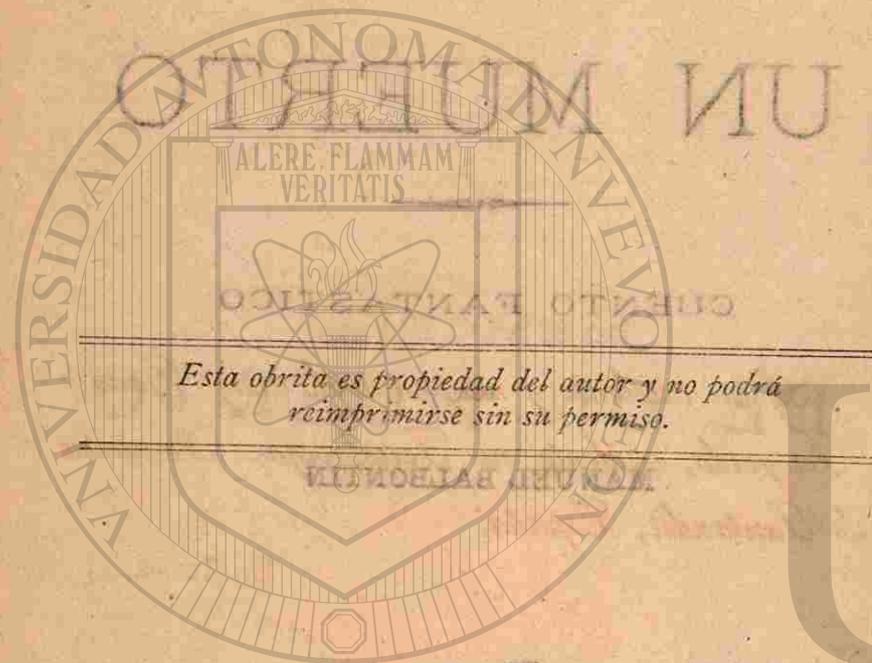
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
MÉXICO

IMP. DE I. CUMPLIDO, CALLE DEL HOSPITAL REAL NÚM. 3

1888

MEMORIAS

DE



Esta obra es propiedad del autor y no podrá
reimprimirse sin su permiso.

*A mi excelente y muy estimado amigo Genaro
Peregordo, residente en Torrelavega, Provincia
de Santander, España.*

EL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

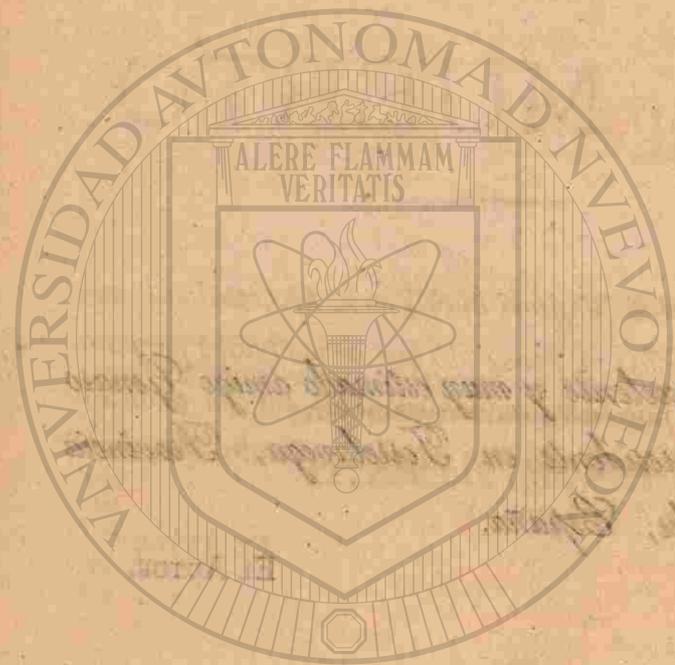


FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

MEXICO

Imp. de I. Cuatrecasas, calle del Hospital, 17, 66000 Monterrey, N.L.

1988



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



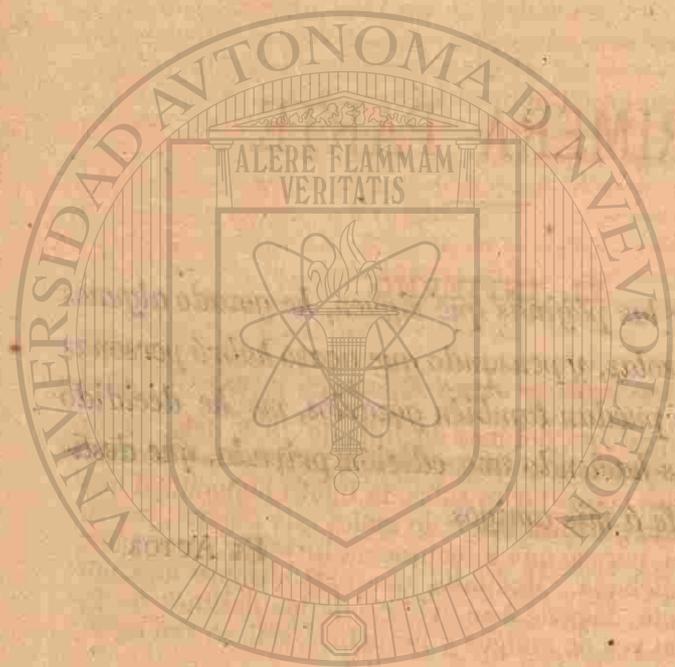
FONDO HISTÓRICO
GOBIERNO DEL ESTADO

PRIMERA PARTE

Al escribir las páginas que siguen, he gozado algunos momentos de solaz, y pensando que acaso habrá personas que al leerlas puedan también gozarlos, me he decidido á imprimirlas haciendo una edición privada, que destinaré solamente á mis amigos.

EL AUTOR.

SECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

PRIMERA PARTE.

EL INFIERNO.

I.

Una noche tempestuosa del mes de Julio de 1858, leía, antes de entregarme al sueño, la obra titulada "Las prisiones de Estado." Hacía tristes comentarios sobre la infeliz humanidad que no satisfecha con la inmensa suma de males que reporta, por su misma naturaleza, parece que se ocupa en inventar otros para hacerse más desdichada. Meditaba que casi siempre una minoría insignificante dispone á su arbitrio de los destinos de la multitud, y que en vez de amigos y hermanos, sólo se ven en el mundo víctimas y verdugos.

Afectado con tantas iniquidades cometidas en las mazmorras de la Bastilla, de Vincennes y de la Isla de Santa Margarita, maldecía con toda mi alma á los monstruos que ordenaban aquellas barbaridades, y á los estúpidos que tan prolija y friamente las ejecutaban.

Sin embargo, el sueño me fué venciendo poco á poco, y, como me suele suceder, quedéme dormido con el libro en la mano y la vela encendida. A poco rato parecióme que soñaba. A través de los párpados, distinguí una figura humana que se hubo de introducir á mi calabozo, por algún procedimiento desconocido, puesto que la puerta permaneció cerrada y la ventana estaba defendida por doble reja. Yo dudaba si lo que veía era realidad ó producto de la imaginación excitada por el sueño.

La figura se fué aproximando á mi cama, dando pequeños pa-

sos y cruzando los brazos sobre el pecho, me contemplaba con un aire entre compasivo y burlón. Entonces pude distinguir fácilmente todos los detalles de la fisonomía y del traje de aquel que hombre me parecía. Su rostro era ovalado, sus carrillos, sin ser prominentes, estaban suficientemente llenos y provistos de dos hermosas chapas de color, que lucían sobre un finísimo cutis ligeramente bronceado. La frente era espaciosa, la nariz delgada y recta, con las ventanillas un poco abiertas y sonrosadas: los labios rojos, un poco gruesos, estaban apenas cubiertos por un ligero bigote negro, y agitados por una sonrisa maliciosa, dejaban ver dos hileras de dientes blancos, unidos y brillantes: los ojos negros, adornados de largas pestañas y cejas rectas y pobladas, despedían una llama fosfórica, que parecía atravesar mi cráneo, iluminando mi cerebro. A pesar de todo, aquel fantasma que me hacía sufrir con su provocativa mirada, me era altamente simpático.

Quise hacer un esfuerzo para libertarme de tan molesta pesadilla, pero fué en vano. La visión implacable, con su cáustica sonrisa, permanecía delante de mí. Me revestí entonces de resolución y afronté su mirada, viéndola de hito en hito, y examinando el modo extraño con que venía vestida. Traía un sombrero de fieltro de figura cónica; las alas cortas y dobladas hacia arriba, dejaban ver una hermosa y poblada cabellera que bajaba hasta los hombros: la parte superior del cuerpo la tenía cubierta con un casacón de cuello derecho, abrochado hasta la cintura, desde donde bajaba hacia las corvas, inclinándose atrás: los faldones estaban provistos de grandes bolsas con cartera que dejaban asomar algunos rollos de papel: los pantalones eran sumamente estrechos, y se abrochaban sobre el tobillo, dejando ver una media de seda que cubría en parte una elegante pantufla. Todo el traje era negro; pero la cinta del sombrero, los botones y las pantuflas, eran de un color rojo, deslumbrador, que lastimaba la vista. El cuello lo rodeaba una especie de golilla de fino encaje, de lo cual eran también los puños de la camisa, que salían un poco de las mangas. En la mano derecha traía una varita de ballena, y debajo del brazo izquierdo, un libro farrado de encarnado. Cuando el fantasma me hubo contemplado un rato, hizo desaparecer su sonrisa sardónica, y tomando un aire meditabundo, como quien recuerda sucesos pasados, lanzó un suspiro y exclamó: "¡Pobre amigo mío; cuánto has sufrido desde que la muerte me separó de tí! Empero, a pesar de tus sufrimientos, siempre mi memoria se albergó en tu

corazón. Yo tampoco te he olvidado y vengo á darte una prueba de la amistad que te conservo. Adios, sé feliz, y piensa algunas veces en los días dichosos que pasamos juntos."

Diciendo estas palabras, colocó sobre la silla que estaba próxima á la cabecera de la cama, el libro encarnado que traía bajo del brazo. Después la visión desapareció, con la misma facilidad con que había aparecido.

Agitado, palpitante, hice un esfuerzo desesperado para despertar: el libro que tenía en la mano cayó en el suelo, y con él, el candelero, apagándose la vela. Al fin me hallé despierto, pero en una oscuridad profunda, y preocupado el ánimo á consecuencia del fatal sueño.

Traté de serenarme, queriéndome persuadir que había sido víctima de una pesadilla, cuando repentinamente me llamó la atención un objeto que yacía en el suelo, salpicado de puntos luminosos. Lleno de terror alargué el brazo para alcanzarlo, y temblando reconocí que era el libro que había dejado el fantasma, y lo que brillaba en la oscuridad, el título escrito con caracteres de fuego. Trémulo y conteniendo la respiración, leí lleno de asombro:

"Memorias de un muerto!"

Lancé un grito de horror, el libro se deslizó de mis manos y me cubrí la cabeza con la ropa de la cama, ni más ni ménos como lo hacen los niños para no ver el "coco." Pero ni las telas que me cubrían, ni el tener cerrados los ojos, fueron precauciones bastantes para dejar de ver, á través de todo, aquellas letras tenaces y misteriosas.

Convencido de la ineficacia de mis esfuerzos, y dudando todavía si lo que me pasaba era sueño ó realidad, me resolví á encender la vela, puesto que la luz ahuyenta los espectros. Encendí un cerrillo y comuniqué la flama á la bujía, después de haberla recogido. El tremendo libro yacía imponente junto á "Las Prisiones de Estado."

Después de un rato de lucha conmigo mismo, y habiendo vencido al terror la curiosidad, me resolví á recoger el fantástico libro. Las letras luminosas habían desaparecido; pero, con caracteres negros, pude leer el mismo título que tanto me había alarmado.

A pruebas tan palmarias hube de convencerme de que me hallaba despierto, teniendo entre mis manos un objeto precioso por más de un motivo, y que sin embargo me inspiraba temor.

Vacilé mucho tiempo antes de resolverme á leerlo; pero el deseo de saber lo que pasa más allá de la tumba, y el recuerdo de las palabras afectuosas que me dirigió el aparecido al retirarse, me hicieron formar el propósito firme de recorrer aquel volumen, desde el principio hasta el fin.

Al volver la primera hoja, encontré un párrafo, cuya letra me pareció conocer. Quedéme pensativo, recordando dónde podía haber visto semejante escritura; pero á poco que reflexioné, creí un despropósito semejante suposición, y no queriendo calentarme la cabeza, me decidí á leer sin más averiguación. El párrafo era una dedicatoria dirigida á mí; decía de esta manera:

“Querido amigo: ¿A quién mejor que á tí, que fuiste en la tierra el preferido en mi amistad, pudiera dedicar estas memorias? ¿Y quién mejor que tú las apreciaría, puesto que estabas tan deseoso de tener noticias exactas del Infierno? No he vacilado, pues, en elegirte por Mecenaz, dándote así una prueba de mi amistad constante y de los recuerdos de tu cariño, que he conservado á través del sepulcro. Tuyo como siempre.”

“Pascual Pintó Pasos.”

A proporción que avanzaba en la lectura, un temblor febril agitaba todo mi cuerpo; los dientes castañeteaban de un modo alarmante, y un sudor frío inundaba mi rostro. La letra, el estilo, me eran familiares, aunque no atinaba á quién pertenecían. Al fin, la firma disipó mis dudas: el libro estaba escrito por mi amigo Pascual, muerto en la campaña de 1854.

Apenas podía dar crédito á mis ojos: me parecía ser víctima de algún cruel engaño. ¡Yo, que no creo en almas en pena, ni en brujas, ni en duendes de ninguna clase! ¿Tener en mis manos un libro escrito en el Infierno, por un antiguo amigo? ¡Había para perder el juicio!

Además, y á pesar de toda mi filosofía, no las tenía todas conmigo; mi conciencia, por más elástica que quiera suponérsela, alarmábase á la idea de estar en contacto con el mundo invisible. ¡Y, con qué mundo! Nada menos que con el mundo infernal. Dejé, pues, por entonces el libro en quietud, apagué la luz y dormí hasta que el sol se hallaba á la tercera parte de su carrera.



II.

La lucha entre la curiosidad que me empujaba y el temor que me contenía, duró algunos días martirizándome la cabeza, que no tenía un instante de reposo. Me causaba cierto pavor reanudar mi antigua amistad con un condenado, exponiéndome así, tal vez, á acompañarlo más tarde en el infierno. Por otra parte, me devoraba el deseo de saber los misterios de la Eternidad, y no hallaba sosiego ni de día ni de noche. Era, pues, necesario tomar una resolución cualquiera para salir de una situación tan difícil. Hubo un momento en que me revestí de audacia, y persignándome con devoción, abrí repentinamente el malhadado libro y como quien se echa al agua, así dejé caer mi vista sobre el papel, recorriendo una página tras otra, con la mayor celeridad.

El libro decía así:

“Memorias escritas en la Eternidad, por Pascual Pintó Pasos.”

Dan principio el 5 de Octubre de 1854.

Combatíamos alegres con una guerrilla enemiga, cuando repentinamente me sentí tocado por una bala. Al punto fui conducido al hospital ambulante, donde me dieron esperanzas de que sanaría; pero la falta de botiquín y la inhabilidad de los galenos, pronto dieron al traste con mi pobre vida, cosa que le sucede á muchos de los desgraciados, que sin recibir mortales heridas, tienen la mala suerte de caer en manos de la ambulancia.

En el momento en que mi alma, libre ya de las ataduras terrestres, se disponía á alzar el vuelo á las regiones etéreas, se encontró con unos señores diablos que la esperaban.

Me hicieron un recibimiento muy cortés, y uno de ellos anató en su cartera mis generales y el lugar á donde debería ser conducido.

Me llamó mucho la atención el aseo y compostura de aquellos señores, cosas tan contrarias á las ideas que yo tenía de los espíritus malignos. Todos se hallaban vestidos elegantemente de negro, con sombreros cónicos y grandes casacas, por cuyos puños y cuellos asomaban muy ricos encajes.

[Faint text at the bottom of the page, likely bleed-through from the reverse side.]

Vacilé mucho tiempo antes de resolverme á leerlo; pero el deseo de saber lo que pasa más allá de la tumba, y el recuerdo de las palabras afectuosas que me dirigió el aparecido al retirarse, me hicieron formar el propósito firme de recorrer aquel volumen, desde el principio hasta el fin.

Al volver la primera hoja, encontré un párrafo, cuya letra me pareció conocer. Quedéme pensativo, recordando dónde podía haber visto semejante escritura; pero á poco que reflexioné, creí un despropósito semejante suposición, y no queriendo calentarme la cabeza, me decidí á leer sin más averiguación. El párrafo era una dedicatoria dirigida á mí; decía de esta manera:

“Querido amigo: ¿A quién mejor que á tí, que fuiste en la tierra el preferido en mi amistad, pudiera dedicar estas memorias? ¿Y quién mejor que tú las apreciaría, puesto que estabas tan deseoso de tener noticias exactas del Infierno? No he vacilado, pues, en elegirte por Mecenas, dándote así una prueba de mi amistad constante y de los recuerdos de tu cariño, que he conservado á través del sepulcro. Tuyo como siempre.”

“Pascual Pintó Pasos.”

A proporción que avanzaba en la lectura, un temblor febril agitaba todo mi cuerpo; los dientes castañeteaban de un modo alarmante, y un sudor frío inundaba mi rostro. La letra, el estilo, me eran familiares, aunque no atinaba á quién pertenecían. Al fin, la firma disipó mis dudas: el libro estaba escrito por mi amigo Pascual, muerto en la campaña de 1854.

Apenas podía dar crédito á mis ojos: me parecía ser víctima de algún cruel engaño. ¡Yo, que no creo en almas en pena, ni en brujas, ni en duendes de ninguna clase! ¿Tener en mis manos un libro escrito en el Infierno, por un antiguo amigo? ¡Había para perder el juicio!

Además, y á pesar de toda mi filosofía, no las tenía todas conmigo; mi conciencia, por más elástica que quiera suponérsela, alarmábase á la idea de estar en contacto con el mundo invisible. ¡Y, con qué mundo! Nada menos que con el mundo infernal. Dejé, pues, por entonces el libro en quietud, apagué la luz y dormí hasta que el sol se hallaba á la tercera parte de su carrera.



II.

La lucha entre la curiosidad que me empujaba y el temor que me contenía, duró algunos días martirizándome la cabeza, que no tenía un instante de reposo. Me causaba cierto pavor reanudar mi antigua amistad con un condenado, exponiéndome así, tal vez, á acompañarlo más tarde en el infierno. Por otra parte, me devoraba el deseo de saber los misterios de la Eternidad, y no hallaba sosiego ni de día ni de noche. Era, pues, necesario tomar una resolución cualquiera para salir de una situación tan difícil. Hubo un momento en que me revestí de audacia, y persignándome con devoción, abrí repentinamente el malhadado libro y como quien se echa al agua, así dejé caer mi vista sobre el papel, recorriendo una página tras otra, con la mayor celeridad.

El libro decía así:

“Memorias escritas en la Eternidad, por Pascual Pintó Pasos.”

Dan principio el 5 de Octubre de 1854.

Combatíamos alegres con una guerrilla enemiga, cuando repentinamente me sentí tocado por una bala. Al punto fui conducido al hospital ambulante, donde me dieron esperanzas de que sanaría; pero la falta de botiquín y la inhabilidad de los galenos, pronto dieron al traste con mi pobre vida, cosa que le sucede á muchos de los desgraciados, que sin recibir mortales heridas, tienen la mala suerte de caer en manos de la ambulancia.

En el momento en que mi alma, libre ya de las ataduras terrestres, se disponía á alzar el vuelo á las regiones etéreas, se encontró con unos señores diablos que la esperaban.

Me hicieron un recibimiento muy cortés, y uno de ellos anató en su cartera mis generales y el lugar á donde debería ser conducido.

Me llamó mucho la atención el aseo y compostura de aquellos señores, cosas tan contrarias á las ideas que yo tenía de los espíritus malignos. Todos se hallaban vestidos elegantemente de negro, con sombreros cónicos y grandes casacas, por cuyos puños y cuellos asomaban muy ricos encajes.

[Faint text at the bottom of the page, likely bleed-through from the reverse side.]

Después de haber lanzado algunas sátiras contra los doctores en cuyas manos hubo de caer mi pobre cuerpo, el que parecía ser jefe llamó á un diablejo de mala catadura que hasta entonces no había yo visto, le hizo formal entrega de mi espíritu y te ordenó que lo condujera á la *factoría*.

El diablejo de mala facha, me ofreció el brazo, y despidiéndonos de los otros, que nos saludaron con la mano, con la misma coquetería que se acostumbra en México, echamos á andar.

A poco, empecé á notar que nos desprendíamos de la Tierra, y que nuestros piés no tenían ya necesidad de moverse. Caminábamos impelidos por una fuerza extraña é irresistible, elevándonos sin cesar hasta la región de las nubes, donde tomamos rumbo directo al Norte. Mi compañero sonreía maliciosamente al ver mi azoramiento; yo que lo advertí, llamé en mi socorro al amor propio y me hice tan valiente como pude.

Corto rato permanecemos en silencio; mi conductor me hizo notar la magnífica perspectiva que se extendía á nuestros piés. A la sazón cruzábamos sobre el Valle de México.

Suntuosas cordilleras de altísimas montañas cubiertas de umbrosos bosques y coronados de eterna nieve sus mas elevados picos, formaban una especie de círculo á una extendida y verde llanura, cruzada por multitud de arroyos y canales, cuyas aguas desembocaban en cuatro lagos, semejantes á otros tantos enormes espejos. Una gran capital, rodeada de cien poblaciones, se bañaban placenteras en las frescas aguas del magnífico valle. Grupos de árboles gigantescos, tan viejos como el mundo, acá y allá esparcidos, convidaban con su apacible sombra á los seres vivientes que la buscaban ansiosos, agoviados por el ardiente sol de la Zona Tórrida. Antiguos caminos, bordados de saúces y fresnos, conducían de la capital á los pueblos, y después subían serpeando por las montañas, dando salida al valle por mil partes.

¡Jamás espectáculo tan hermoso se ha presentado á la vista del hombre! En vano se recorrería la tierra en todos sentidos, para descubrir un valle tan admirable!

Yo lancé un suspiro profundo que llamó la atención de mi conductor.

¿Te pesa mucho, me dijo, dejar las bellezas de tu ciudad natal y los afectos que en ella tienes? ¿Quisieras volver á la miserable existencia que has arrastrado en el mundo, y al comercio de los hombres, que se llamaban tus hermanos, tus amigos, y te sacrificaban por el interés más mezquino?

No, le respondí, no es cosa tan apetecible la vida, para desear volver á ella, después de pasar por el amargo trance de la muerte.

Pues, entonces ¿por qué suspiras?

Suspiro al pensar que tantas maravillas acumuladas por la mano de Dios en este rincón del mundo que se llama Valle de México, sean insuficientes para formar un Edén á los que lo habitan; pues ellos, con sus pasiones y con sus miserias, lo han convertido en un infierno, tal vez peor que el tuyo.

Acaso tengas razón de quejarte del mal uso que hacen tus paisanos de los beneficios con que Dios los ha colinado; pero te advierto que no andas exacto en tus comparaciones. Ustedes los hombres, tienen una muy pobre idea del Infierno, y tú mismo exclamas como exagerando que tu país puede ser peor. Lo es, con mucha diferencia, pronto lo juzgarás.

Asonbrado quedé con las alabanzas que del Infierno hacía mi compañero de viaje, y comencé á calmarme del gran sobresalto que llevaba. En esto el Valle de México había desaparecido, y el panorama cambiaba á cada instante.

Veíamos una gran aglomeración de montañas, que inclinándose gradualmente, formaban como escalones que descendían hasta el mar. Torrentes caudalosos se despeñaban formando cataratas espumosas, que se abrían paso á través de una prodigiosa vegetación. Mas al lado de tanta hermosura, se distinguían por todas partes señales de barbarie, de desolación y de muerte. Pueblos arruinados por la acción destructora de la artillería, ó reducidos á cenizas por el incendio; campos solitarios y sin cultivo; caminos abandonados; puentes derruidos.

Un silencio sepulcral parecía envolver toda la Tierra: ni bailaban las zagalas, ni los pastores cantaban, ni se escuchaban los mil ruidos de la industria que con sus potentes brazos transforma la materia bruta en tantas cosas útiles á la humanidad. ¡Sólo se ocupaban los hombres en abrir tumbas para sus semejantes!

De vez en cuando, aquel silencio lúgubre se interrumpía por multitud de detonaciones que producían un humo blanco, que se elevaba, ya de un barranco, ya de la cima de una montaña, ya de un frondoso bosque, ya, también, de las calles de los pueblos.

¡Eran los hombres que se destruían con las armas de fuego!

En la grande extensión que podíamos descubrir, aquellas escenas sangrientas se repetían á la vez en varios lugares, á don-

de descendían en bandadas las aves de rapiña, atraídas al festín con que les brindaba la humanidad.

En esto, la Tierra huía de nosotros, que pasábamos como un huracán, sobre un mar azulado y tranquilo.

Al principio, el piélago no era más que un desierto; mas á proporción que avanzábamos, descubrimos gran cantidad de embarcaciones cuyo número aumentaba sin cesar.

Bien pronto apareció la Tierra de nuevo á nuestra vista, y pudimos distinguir un inmenso río, cuyo nacimiento se perdía en el horizonte, y que después de fertilizar con sus aguas las vastas regiones que bañaba, desembocaba magestuosamente en el mar.

A la entrada del río, y en toda su extensión, el número de embarcaciones que lo surcaban era prodigioso; los pabellones de todas las naciones del mundo le pagaban tributo besando sus aguas.

El viento, los remos y el vapor, ponían en movimiento aquella multitud de bajeles, que llegaban ó eran despachados á los países mas remotos.

Mas adelante, á derecha é izquierda, mil pintorescas poblaciones se estrechaban con sus brazos de hierro, por donde circulaban rápidamente, arrastrados por poderosas locomotivas, los átomos humanos, llevando el movimiento y la vida á los sitios mas distantes.

El pensamiento, ese agente inmaterial y divino, que Dios puso en el cerebro del hombre, esa potencia sublime que domina los elementos y modifica el mundo, se trasmittía á lugares lejanos, por medio de hilos metálicos, cordinando las ideas y el sentimiento de un pueblo numeroso é inteligente.

Las campiñas, fecundadas con el sudor del agricultor, producían ópimos y sabrosos frutos. Grandes rebaños de animales preciosos al hombre pastaban tranquilos, sin temor á la visita del salvaje, ni á las bestias feroces. En los pequeños pueblos, en las plantaciones y en las quintas, á la caída del Sol, ya era la tarde, los ancianos gozaban á la puerta de sus habitaciones, viendo bailar á los jóvenes y travesear á los chicuelos.

¡Ay, exclamé, desventurado! ¿Cómo no acerté á nacer en un país tan dichoso?

¿Aborreces por ventura á tu patria? me dijo el diablejo frunciendo el ceño.

No, la amo, le respondí; pero hubiera sido más feliz en este bello país, en donde la paz y la abundancia imperan, coronadas por la civilización.

Consuélate, me replicó, tu país llegará á ser más grande que este.

Mucho me temo, le dije suspirando, que nunca lo sea.

No desconfíes ni pierdas la esperanza, que los bienes del Señor son para todos; tal vez este gran pueblo, que va desapareciendo á nuestras espaldas, pronto sea más infeliz que el tuyo.

Por largo rato continuamos embebecidos con los hermosos horizontes que á cada instante aparecían á nuestra vista.

Poco á poco fué cambiando el aspecto de la Tierra, haciéndose mas estéril y despoblada. El Sol se ocultó tras unos montes lejanos, y la luz fué desapareciendo hasta que quedamos envueltos en una oscuridad profunda.

Por fortuna, poco tiempo permanecimos rodeados de tinieblas, porque la Luna, levantándose en el horizonte, comenzó á iluminar la Tierra con su luz plateada, proyectando sus rayos sobre el planeta, que reflejaban como sobre una coraza.

Llamé la atención de mi guía sobre el extraño aspecto que presentaba la Tierra á la luz de la Luna.

Estamos, me dijo, sobre la nieve del Polo, á donde ningún hombre ha llegado hasta ahora.

¿Y llegaremos nosotros al Polo? le pregunté.

Sí, me replicó, allá está nuestro destino.

Pues yo había oído decir á los hombres que el Infierno se hallaba en el centro de la Tierra, y que era una mansión de fuego y de tinieblas.

¿O es acaso que la entrada se halla en el Polo?

El diablo soltó una carcajada, y me respondió: los hombres, en su orgullo, creen saberlo todo, y cuando no encuentran la verdad de las cosas inventan lo que más les place.

El Infierno no está en la Tierra, lo que tenemos aquí es una "factoría," y á ella vamos, pues está en el Polo.

En efecto, recuerdo que te ordenaron me trajeras á la factoría; pero mi distracción ha sido tanta que no me ha ocurrido preguntarte por tal establecimiento.

Es, me dijo mi conductor, una especie de sucursal que se entiende con los negocios de lo que ustedes llaman "El Globo Terraqueo." Es un lugar de donde se reparten comisiones á las cinco partes de este planeta, para influir en las agitaciones y discordias de los hombres, y recoger las almas que nos pertenecen.

Muy bien; ¿pero dónde se halla situado el Infierno?

En el gran planeta que ustedes llaman Júpiter.

¡Hum! muy largo es el viaje, contesté.
No tanto como lo que tú piensas, replicó el diablo con una sonrisa maliciosa.

Caminaba yo de sorpresa en sorpresa, no menos preocupado del espectáculo imponente que ofrecía el inmenso globo que giraba á nuestros piés y del vacío que se extendía sobre nuestras cabezas, como de las revelaciones que me hacía mi conductor.

Abrumado por mil contrarios pensamientos, no percibí que la Luna nos abandonaba, descendiendo á nuestras espaldas, sobre unas montañas que pronto la ocultarían á nuestra vista.

Hacia el Norte, siniestros grupos de negras nubes, nos amenazaban, cerrándonos el paso, y despidiendo relámpagos y truenos.

La débil luz de la Luna desapareció cuando penetramos en el torbellino de la tempestad, quedando envueltos en la más negra oscuridad.

Pero nada fué bastante para detenernos, y seguimos avanzando con la misma velocidad que traíamos, á despecho de la electricidad y del viento.

Así iba yo arrastrado en un caos de que no entendía una palabra, temiendo que mi guía extraviase el camino y quedáramos condenados á vagar mucho tiempo en aquel mar de nubes.

Repentinamente descubrimos á lo lejos un punto luminoso, como una estrella, que crecía á proporción que nos acercábamos, y hería mi vista como si fuera el Sol.

Hé aquí el lugar de nuestro destino, por ahora, me dijo el diablo, de aquí á algunos minutos habremos llegado.

La claridad que esparcía el faro de la factoría, se extendía á larga distancia, dejando ver la muchedumbre de almas, que acompañadas por sus respectivos diablos, afluan de todas partes, como mariposas al gran foco de luz que las atraía.

Descendimos por fin en una plaza inmensa, ocupada por muchas parejas que nos habían precedido. Se elevaba en medio de la gran plaza una pirámide altísima, con el hermoso faro, que iluminado por la luz eléctrica, la transmitía á muchas leguas en contorno.

Tres lados de la plaza eran ocupados por vastos hoteles, donde se alojaban los espíritus el tiempo que permanecían en la factoría. El cuarto lado lo ocupaban las oficinas.

La estructura de estos edificios construidos con grandes témpanos de hielo, excede en magnitud y hermosura á todo lo que

los hombres conocemos. Nada es comparable con aquellos muros transparentes por donde penetra la luz del gran fanal.

Me hallaba yo abismado contemplando tanta magnificencia, cuando mi compañero, llamando mi atención, me hizo notar el aspecto de las almas que paseaban en la gran plaza.

Al primer golpe de vista quedé sorprendido por un espectáculo que no aguardaba. En primer lugar, los espíritus, que antes me parecían sombras, conservaban perfectamente la forma humana, aunque compuestos de una sustancia sutil é indefinible. Las nieblas habían provisto al pudor, formando las vestiduras, calcadas en los usos de los diferentes países de donde los espíritus provenían. Se distinguían, pues, los diversos tipos de las razas que pueblan la Tierra, y podía uno reconocer sin dificultad, á sus parientes y á sus amigos. Otra de las cosas que me llamó grandemente la atención, fué que allí se hablaban todos los idiomas; pero al revés de lo que sucedió en la Torre de Babel, los espíritus se entendían perfectamente. Era que las almas, despojadas de la materia corruptible, recobraban toda la energía y poder que al unirse á la carne perdieran.

Las conversaciones que por todas partes se escuchaban, referentes á las aventuras ocurridas á cada uno, antes y después de su muerte, excitaban la hilaridad aquí y allá, dando á aquella reunión un tinte de alegría que nadie habría sospechado.

En medio de mi preocupación, pude notar que el movimiento de los espíritus era casi uniforme hacia la factoría, y creí que fueran atraídos por la curiosidad del edificio; pero mi infernal compañero me sacó de la duda diciéndome que iban á presentarse á las oficinas, para hacerse inscribir en el gran libro de la Eternidad.

Seguimos nosotros la marcha de todos, cruzamos el gran pórtico cuyas elevadas columnas parecían perderse en la altura, y nos hallamos en un extenso patio, en cuyo centro se elevaba un pedestal, que sostenía un enorme libro con la marca 119,850. Una máquina prodigiosa, colocada delante, daba movimiento á millares de plumas, que escribían á la vez los nombres y la procedencia de otras tantas almas, las que, después de inscritas, salían por el fondo del patio. Esta máquina se hallaba á cargo de un diablo de mucho saber, con multitud de subalternos que le ayudaban á manejarla, y que transmitían por medio de la electricidad á las demás oficinas, las relaciones que escribían en el gran libro.

Así que me hube inscrito, atravesamos el patio, introducién-

donos por una galería que nos condujo á un salón, en cuya puerta se leía: "Departamento de América."

Adentro había una multitud de diablos encargados del despacho, y para mayor comodidad, el salón estaba rodeado de una barandilla, detrás de la cual se hallaban las mesas y estantes necesarios para el servicio.

Mi camarada me tomó de la mano, y atravesando por la muchedumbre, me condujo á un sitio en donde se leía con letras grandes pintadas en la pared: "República Mexicana." Debajo de este renglón había otros con los nombres de los Estados y Territorios de la federación, por orden alfabético. No hicimos alto hasta que pudimos leer: "Distrito de México." Por fortuna no había muchas almas en espera; el diablo encargado de la mesa sonrió al verme, de una manera inteligente, y echó mano á un registro marcado con la letra P.

Otro diablo auxiliar, tomó una pluma y un papel encarnado con sellos negros, y se dispuso á escribir. El jefe, después de haber consultado el registro, tomó un libro del estante, en el que en letras grandes se leía "México," y le dictó á su compañero:

"Pascual Pintó Pasos.—Procedente de México.—Murió de edad de 25 años, de resulta de un balazo que recibió en una de tantas escaramuzas como hay en su país.—Su historia, que no carece de originalidad, será remitida oportunamente.—Va consignado á Duenditania.—Tiene aptitud para desempeñar comisiones importantes.

"Nota.—Este documento que debe presentar al entrar á la República Infernal, le servirá de pasaporte y le abrirá todos los caminos hasta llegar á su destino."

Terminadas las acotaciones, rubricaron y sellaron aquellos buenos diablos, y doblando el papel de una manera particular, lo entregaron á mi conductor.

Al salir del salón, fui leyendo los letreros que había fijos en la pared, y noté que los nombres de las diferentes naciones de América estaban colocados en el orden de su posición geográfica.

Cuando salimos, atravesamos otra galería que nos condujo á la calle, de donde nos dirigimos á un hotel con ánimo de descansar.

Pasado un rato, mi conductor me anunció que iba á salir una caravana para el Infierno, con la cual deberíamos marchar, proponiéndome que fuéramos entre tanto á dar un paseo, cosa que acepté, y salimos del hotel.

La gran plaza estaba siempre llena de espíritus que llegaban sin cesar, y que desaparecían después bajo la inmensa columnata del pórtico de la factoría.

Paseábamos mi guía y yo, con los chinos, griegos, tártaros, persas, árabes, indus, rusos, turcos y de las mil naciones que pueblan la Tierra, mezclando confusa y agradablemente sus diversos trajes, como en un baile de máscaras. Una china poblana y un charro plateado que distinguí, me causaron tal alegría, que me dispuse á reunirme con ellos y darles un abrazo, impulsado por el cariño de paisanaje; pero sonando á este tiempo tres campanadas en la factoría, mi conductor me detuvo. Esta es, me dijo, la señal de la partida, y no tenemos tiempo que perder. Tómeme del brazo y nos dirigimos á un lugar que dijo llamarse "El Partidero."

III.

El "Partidero" se hallaba situado detrás de la factoría: era una especie de circo de figura oval, formado por un muro de hielo de bastante elevación. En uno de los extremos de su eje mayor, estaba la entrada formada por tres grandes arcos. En el extremo opuesto, al cual se llegaba por una rampa, se elevaba una pirámide truncada de considerable altura y á cuya plataforma se subía por una escalinata que daba al interior del circo.

Sobre la plataforma se colocaron los encargados de dirigir el viaje, formando un ángulo, cuyo vértice se inclinaba hácia el rumbo que se había de seguir. La escalinata y toda la superficie del Partidero, la cubrían los espíritus formando en filas cerradas, como una tropa que se prepara á dar una carga: la retaguardia la cerraba otro grupo de diablos formando ángulo en posición inversa del primero. Los flancos de aquella especie de columna, iban igualmente cubiertos. Yo pude colocarme en una de las orillas, para estar cerca de mi guía á quien iba tomando afición.

Reinaba un profundo silencio, interrumpido apenas por el tenue ruido de la nieve que caía sin cesar.

Todos los espíritus, se hallaban sobrecogidos de cruel ansiedad, tanto por ir á regiones desconocidas y maravillosas, donde su

eterno destino se iba á decidir, como por acabar de abandonar la Tierra, donde el que más y el que ménos, habían sufrido horribles tormentos.

La campana de la factoría volvió á sonar y al instante, comenzó á moverse aquella legión de séres invisibles á los ojos de los mortales.

Los que estaban en la pirámide, echaron á andar lanzándose al aire cuando les faltó la plataforma. Los demás los siguieron subiendo la escalinata, atravesando la plataforma y lanzándose cómo ellos en el espacio.

Así comenzamos nuestro viaje aéreo, con una rapidez inconcebible, y el gran faro del Polo pronto se ocultó á nuestra vista.

Entramos en seguida en una zona oscura y tempestuosa, que recorrimos en algunos segundos. Una faja plateada que apareció al Sur sobre las montañas, nos anunció que íbamos á entrar en la región de la luz. Efectivamente, aquella cinta luminosa se fué ensanchando, tomando todos los tintes de la Aurora. Cuando los rayos del Sol, tangentes á las montañas, hirieron nuestra vista, se presentó un espectáculo sorprendente. El Sol salía por el Mediodía, elevándose con una rapidez asombrosa. Era la velocidad con que ascendíamos.

Por fin, salimos de la atmósfera de la Tierra. Un inmenso globo de oro giraba magestuosamente á nuestros piés. Las más grandes montañas aparecían sobre la superficie como ligeros manchones, semejantes á los que se dibujan en los planos topográficos.

Los mares y los ríos, heridos por los rayos del Sol, parecían de cristal líquido, ó de plata fundida.

Las nubes, agrupándose como montañas de algodón interrumpían aquí y allá la vista, y cambiaban por momentos el aspecto del panorama.

En cuanto estuvimos fuera de la influencia terráquea, los diábolos comenzaron á entonar un cántico de despedida, que los espíritus repetían á su vez.

- ¡Adios, Tierra de maldición!.....
- ¡Lugar de llanto y de dolor!.....
- ¡Mansión de la injusticia!.....
- ¡Donde se persigue la virtud!.....
- ¡Donde se proscribe el amor!.....
- ¡Foco de ambiciones y de crímenes!.....
- ¡Imperio de los malos!.....
- ¡Lugar de prueba para los buenos!.....

¡Adios para siempre!.....

¡No volveremos á tí!.....

¡Quédate con tu vanidad y tus engaños!.....

¡Adios para siempre, mansión de los dolores!.....

¡Vamos al país de la verdad!.....

¡Vamos al Infierno, sí, pero allí al menos, hallaremos la verdad y la justicia!.....

¡Allí, nadie puede engañar!.....

¡Allí, cada uno tiene el puesto que ha merecido!.....

¡Adios, Tierra de maldición!.....

¡Adios para siempre!.....

¿Quién sería el necio que después de la muerte, quisiera volver á tí?.....

¡Adios! ¡Adios!

Terminado este canto solemne, todos los espíritus guardaron un profundo silencio.

La Tierra se alejaba, y disminuía de volumen cada vez más: por el contrario, la Luna, acercándose, dejaba ver sus horribles barrancos y sus profundos cráteres.

Pregunté á mi compañero si tenía el Infierno alguna factoría en la Luna.

Me respondió que nó, porque allí no había habitantes; pero que sí las tenía en todos los planetas habitados; que no tardaríamos en ver la emigración que iba de éstos al infierno. En efecto, no pasó mucho tiempo sin que notáramos que el espacio se hallaba cruzado en distintas direcciones por largas columnas de espíritus, de las cuales unas nos precedían, otras seguían nuestro camino y muchas se veían á derecha é izquierda.

El sistema planetario aparecía con toda su magnificencia á nuestra vista absorta.

Marte, con su sanguinolenta luz, que parece ser el tutelar de la Tierra.

Venus, protector de los amores, esparciendo sus blancos y brillantes destellos.

Saturno, con sus anillos fulgurantes y sus ocho lunas de colores.

Palas, Astréa, Juno, Ceres, Flora, Hebé, Iris y otra multitud de asteróides que por su pequeñez no son vistos sin instrumentos desde la Tierra, giraban en aparente confusión, pero sin que sus órbitas se encontraran jamás.

Júpiter, más brillante que ningún otro, se veía delante de nosotros, mostrándonos el término de la peregrinación.

Nuestro viaje se prolongaba sin tiempo ni medida. Un día

eterno nos privaba de la comparación del tiempo por la sucesión de la luz y las tinieblas, y cuando atravesábamos los conos de sombra que proyectaban los cuerpos celestes, veíamos no solamente el sistema planetario con mayor brillantez, sino el inmenso espacio, poblado por millones de soles que nos envolvían por todas partes, como una ilimitada esfera cuyo centro nosotros ocupábamos.

Júpiter comenzaba á crecer por momentos á nuestra vista; su disco, de una luz apacible aunque brillante, parecía caminar hacia nosotros, acercándose sin cesar, como una figura fantasmagórica. Sus satélites se distinguían, unos, entre el planeta y nosotros, eclipsándolo parcialmente por la sombra que proyectaban, los otros, del lado opuesto y á conveniente altura, reflejaban su luz sobre el hemisferio que no alumbraba el Sol.

Llegó un momento en que todo desapareció, porque el extraordinario volumen de aquel globo, parecía ocupar todo el espacio.

Pudimos después observar las montañas, los mares y los ríos; y cuando fué fácil apreciar los detalles de la región que se presentaba, cerrándonos el paso, observamos un gran lago, en cuyo centro se alzaba una verde y frondosa isla. A ella se dirigieron nuestros conductores, y nosotros los seguimos, posándonos como un bandada de pájaros.

IV.

Quando nos hallábamos en la parte más elevada de la "Isla del Término," que así se llama, sólo pudimos ver el agua azul y tranquila que la rodea perdiéndose en el horizonte por todos lados.

Allí comenzó á operarse una metamorfosis sorprendente en los espíritus. La virtud de locomoción aérea que hasta entonces habíamos tenido, cesó, y comenzamos á condensarnos de manera que adquirimos cualidades parecidas á las de los cuerpos humanos, llamando principalmente la atención, la perfección y pureza de las formas. Las mujeres, sobre todo, se pusieron bellísimas. Nada era comparable con el brillo de sus ojos y lo fino y terso de su tez: encantaba su estilo sencillo y casto, y todo parecía de-

cirnos que despojados de las materias impuras que dejamos en la tierra, nos habíamos regenerado al entrar en una nueva vida.

La necesidad de la nutrición apareció desde luego: todos manifestamos deseos de comer y beber. Descendimos de la cumbre de la montaña penetrando en un lindo bosque, donde abundaban las más extrañas y exquisitas frutas y flores.

Allí nos detuvieron los diablos, diciéndonos que podíamos alimentarnos. Así lo hicimos, experimentando sensaciones desconocidas y agradables.

Aquellas frutas, aquellas flores, de un sabor delicioso, nos llenaban de sensaciones voluptuosas, nos nutrían sin hastiarnos, y una vez digeridas, se exhalaban en deliciosos perfumes por todos los poros.

Apagamos nuestra sed en un arroyo diáfano y apacible, y después de haber reposado, tomamos de nuevo el camino para acercarnos á la playa.

Durante la marcha no descubrimos señal alguna de que la isla estuviese habitada, y no se notaba otro movimiento que el de los espíritus que descendían á cada momento sobre la montaña.

El Sol, que desde Júpiter se distingue seis veces menor que desde la Tierra, y cuyos rayos calientan sin quemar, se perdía en el horizonte, reemplazándolo ventajosamente dos hermosísimas lunas, que dejaban caer sus hebras de plata ó de esmeralda, sobre la isla encantada.

Envueltos en el encanto y poesía de aquellas suaves luces, y embriagados con las emanaciones gratisimas que exhalaba la floresta, llegamos á la orilla del lago donde nos entregamos al descanso en un bosquecito inmediato, viniendo el sueño, por primera vez, después de la muerte, á adormecer nuestros sentidos.

Despertónos la fresca y perfumada brisa de la mañana; el Cielo apareció con los apacibles tintes de la Aurora; y luego, los rayos del Sol, hiriendo las aguas bullidoras del lago resbalando, de ola en ola, vinieron á brillar sobre las arenas de la playa.

No pude menos de recordar las madrugadas de la Tierra, á que fui tan afecto. ¡Pero, cuánto más bella, más fresca y perfumada era aquella mañana del Infierno!

Nos dieron permiso para recorrer el bosque, mientras llegaban los buques que nos debían de conducir á tierra firme.

Paseábamos á lo largo de la costa, en una playa de finísima arena, limitada por el lado de la tierra con una cadena de rocas, que horadadas por las olas, habían formado grutas caprichosas que convidaban al recogimiento y á la meditación.

eterno nos privaba de la comparación del tiempo por la sucesión de la luz y las tinieblas, y cuando atravesábamos los conos de sombra que proyectaban los cuerpos celestes, veíamos no solamente el sistema planetario con mayor brillantez, sino el inmenso espacio, poblado por millones de soles que nos envolvían por todas partes, como una ilimitada esfera cuyo centro nosotros ocupábamos.

Júpiter comenzaba á crecer por momentos á nuestra vista; su disco, de una luz apacible aunque brillante, parecía caminar hacia nosotros, acercándose sin cesar, como una figura fantasmagórica. Sus satélites se distinguían, unos, entre el planeta y nosotros, eclipsándolo parcialmente por la sombra que proyectaban, los otros, del lado opuesto y á conveniente altura, reflejaban su luz sobre el hemisferio que no alumbraba el Sol.

Llegó un momento en que todo desapareció, porque el extraordinario volumen de aquel globo, parecía ocupar todo el espacio.

Pudimos después observar las montañas, los mares y los ríos; y cuando fué fácil apreciar los detalles de la región que se presentaba, cerrándonos el paso, observamos un gran lago, en cuyo centro se alzaba una verde y frondosa isla. A ella se dirigieron nuestros conductores, y nosotros los seguimos, posándonos como un bandada de pájaros.

IV.

Quando nos hallábamos en la parte más elevada de la "Isla del Término," que así se llama, sólo pudimos ver el agua azul y tranquila que la rodea perdiéndose en el horizonte por todos lados.

Allí comenzó á operarse una metamorfosis sorprendente en los espíritus. La virtud de locomoción aérea que hasta entonces habíamos tenido, cesó, y comenzamos á condensarnos de manera que adquirimos cualidades parecidas á las de los cuerpos humanos, llamando principalmente la atención, la perfección y pureza de las formas. Las mujeres, sobre todo, se pusieron bellísimas. Nada era comparable con el brillo de sus ojos y lo fino y terso de su tez: encantaba su estilo sencillo y casto, y todo parecía de-

cirnos que despojados de las materias impuras que dejamos en la tierra, nos habíamos regenerado al entrar en una nueva vida.

La necesidad de la nutrición apareció desde luego: todos manifestamos deseos de comer y beber. Descendimos de la cumbre de la montaña penetrando en un lindo bosque, donde abundaban las más extrañas y exquisitas frutas y flores.

Allí nos detuvieron los diablos, diciéndonos que podíamos alimentarnos. Así lo hicimos, experimentando sensaciones desconocidas y agradables.

Aquellas frutas, aquellas flores, de un sabor delicioso, nos llenaban de sensaciones voluptuosas, nos nutrían sin hastiarnos, y una vez digeridas, se exhalaban en deliciosos perfumes por todos los poros.

Apagamos nuestra sed en un arroyo diáfano y apacible, y después de haber reposado, tomamos de nuevo el camino para acercarnos á la playa.

Durante la marcha no descubrimos señal alguna de que la isla estuviese habitada, y no se notaba otro movimiento que el de los espíritus que descendían á cada momento sobre la montaña.

El Sol, que desde Júpiter se distingue seis veces menor que desde la Tierra, y cuyos rayos calientan sin quemar, se perdía en el horizonte, reemplazándolo ventajosamente dos hermosísimas lunas, que dejaban caer sus hebras de plata ó de esmeralda, sobre la isla encantada.

Envueltos en el encanto y poesía de aquellas suaves luces, y embriagados con las emanaciones gratisimas que exhalaba la floresta, llegamos á la orilla del lago donde nos entregamos al descanso en un bosquecito inmediato, viniendo el sueño, por primera vez, después de la muerte, á adormecer nuestros sentidos.

Despertónos la fresca y perfumada brisa de la mañana; el Cielo apareció con los apacibles tintes de la Aurora; y luego, los rayos del Sol, hiriendo las aguas bullidoras del lago resbalando, de ola en ola, vinieron á brillar sobre las arenas de la playa.

No pude menos de recordar las madrugadas de la Tierra, á que fui tan afecto. ¡Pero, cuánto más bella, más fresca y perfumada era aquella mañana del Infierno!

Nos dieron permiso para recorrer el bosque, mientras llegaban los buques que nos debían de conducir á tierra firme.

Paseábamos á lo largo de la costa, en una playa de finísima arena, limitada por el lado de la tierra con una cadena de rocas, que horadadas por las olas, habían formado grutas caprichosas que convidaban al recogimiento y á la meditación.

Sobre las rocas, seguía un terreno elevado, unido, alfombrado de larga y tupida yerba y poblado de arbustos y de flores.

Por allí vagaban los espíritus, recreándose en la vista del clarísimo lago, ó gustando de los sabrosos frutos, que convidaban con sus bellos colores y aroma incitativo. Pero la llegada de los vapores hizo que todos corrieran á la playa para embarcarse, y terminar de una vez tan largo viaje.

Un muelle formado con gruesas estacas, relleno de tierra, se introducía considerablemente en el lago. Los vapores atracaron, uno después de otro, y los espíritus, con el orden acostumbrado, pasaron á su bordo.

Concluida la operación, aquellas embarcaciones, poniendo en movimiento sus poderosas máquinas, comenzaron á navegar con la mayor celeridad.

Durante la travesía, que fué corta, no ocurrió más incidentes que el haber hallado en el camino, otros vapores, que navegaban en dirección encontrada á la que seguían los nuestros.

Estos buques, de dimensiones colosales y cualidades inmejorables, habían sido construidos por cuenta de la República Infernal, para metodizar y facilitar la inmigración. Todos ellos tenían nombres mitológicos, cosa á que los diablos son muy aficionados.

Se llamaban, Caron, Proserpina, Plutón, Cancervero, Radamanto, Minos, etc.

El diablo que me conducía, no se separaba de mí, gozándose en la admiración que me causaban las cosas del Infierno; pero, con la mayor galantería, como persona bien educada, satisfacía mi curiosidad, contestando mis preguntas. No dejé, pues, de manifestarle mi sorpresa por aquellos vapores, cuyo lujo, poder y dimensiones, sobrepujaban tanto á los que había visto en la Tierra.

Sonrió el diablito, como si compadeciera mi ignorancia, y me contó en seguida que hacía más de tres mil años que se usaban los vapores y los ferrocarriles en el Infierno, lo mismo que el telégrafo eléctrico: que estas cosas, más perfeccionadas que en la Tierra, y otras muchas que yo veía, me convencerían de que el Infierno era una República mucho más adelantada, y mejor gobernada que todos los pueblos de los demás planetas; y que muchos de los descubrimientos con que se envanecen los hombres, les han sido inspirados por algunos espíritus compasivos, con el permiso de la Divinidad.

En esto, los vapores atracaban á un muelle, semejante al que

habíamos dejado. Desembarcamos alegremente en una playa semicircular, encerrada del lado de tierra por altas rocas tajadas á pico, que servían de base á una elevada montaña, cuya cima se perdía entre las nubes.

En el fondo de aquel anfiteatro, se veía una gruta, defendida por una pared, bastante alta, que se apoyaba en los ángulos de la montaña. Aquella pared tenía muchas aberturas, que sólo dejaban paso suficiente para un espíritu, y en cada una de ellas había un diablo, que después de marcar los pasaportes con un sacabocado, permitía franquear aquella especie de muralla.

La gruta se ensachaba, formando un gran salón, de cuya bóveda pendía una campana. Diez túneles ó galerías, suficientemente amplias, divergentes y bien iluminadas, desembocaban en el gran salón.

Mi guía consultó el pasaporte, y hallando en él marcado el número 7, me condujo á la galería que ostentaba el mismo número de colosal tamaño.

Poco después, se dejó oír un ruido extraño y terrible, que fué creciendo por momentos, circunstancia que no dejó de consternarme, pero mi compañero me tranquilizó, manifestándome que aquel ruido era producido por los trenes que no tardarían en llegar.

En efecto, apenas pasarian algunos minutos, cuando vimos aparecer en la galería número 7 una locomotiva, seguida de varios wagoes, é incontinenti fueron llegando otros trenes por las otras galerías, hasta completar el número de diez.

Cada tren dió un repicoteo de campana, y en seguida se pusieron á vocear los conductores.

¿Quién vá á Satanasiápolis?

¿Quién vá á Barrabasia?

¡Aquí está el tren de Demoniana!

¡Aquí está el de Diablosinia!

¡Vamos á Asmodea!

¡Vamos á Infiernópolis!

¡Vamos á Brujas!

¡A Duenditania!

¿Quién va para Endriagonia?

¿Quién va para Vestiglogia?

A estas voces, los espíritus y los diablos que los acompañaban, corrian en todas direcciones, con el objeto de tomar los wagoes que les correspondían. Mi compañero me condujo á uno, donde se leía:

"Primera línea de Duenditania."

Subimos, y nos encontramos con un salón elegante y amplio, que entre otras cosas, que me llamaron la atención, contenía una pequeña librería para recreo de los viajeros.

Los asientos eran cómodos, y tenían delante una mesita, de la cual, pendía una cesta con frutas y flores, y en un cajón había dominó, ajedrez y otros juegos que no conocí.

Una vez en mi asiento, movido por la curiosidad, pedí á un *servicial* un libro entretenido, para divertirme y formar juicio de la literatura infernal, cosa fácil, atendiendo á que el wagón se hallaba perfectamente iluminado.

Me trajo un volumen pequeño que tenía por título:

"Travesuras del duende Yoya."

Comenzaba á leer el primer renglón, cuando vibró la campana que pendía de la bóveda, con tal fuerza, que me dejó aturdido.

Todos los viajeros permanecieron en una completa inmovilidad.

Una segunda campanada sonó, y los conductores previnieron á los maquinistas, que estuviesen listos para marchar.

A una tercer campanada, todos los trenes partieron como rayos, por los largos túneles.

Repuesto de esta última impresión, abrí de nuevo el libro, y leí lo que sigue:

"En el año de los cristianos 1,851 recibí orden de ir á la Tierra.

"Llegué á la factoría, donde el Intendente me dió instrucciones para México."

Yo creí estar soñando al leer los anteriores renglones, y me excité extraordinariamente al encontrar, cuando ménos lo esperaba, recuerdos de mi Patria.

Un vehemente deseo de conocer lo que Yoya podía contar de México, me hizo continuar la lectura con encarnizamiento. El duende continuaba de esta manera:

"La principal comisión que llevaba consistía en intervenir en los amores de los mortales, cosa que me halagó sobremanera, porque el asunto se prestaba maravillosamente á las travesuras que tanto me agradan.

"Lleno de satisfacción me lancé por los aires, y llegué á México de noche.

"Como era martes de carnaval, me diriji desde luego al "Gran Teatro.

"¡Aquello era una Babilonia! ¡No se podía echar un alfiler! Todo lo que puede haber en el mundo de locura se había reunido allí!

"Multitud de *cotorronas* se hallaban de tal manera disfrazadas, que solamente yo, con mi segunda vista, podía escaparme de caer en el garlito.

"Muchos jóvenes, que pasaban por elegantes, habían tenido que hacer grandes sacrificios para procurarse un dominó, un boletó y algunos duros para ir á cenar en la casa de *Salvatori*, ú otras de las fondas que se establecen fuera del local.

"Los artesanos, que consiguen dinero más facilmente que los elegantes de profesión, iban mejor provistos y llevaban á sus queridas para divertirlos. Pero, los extranjeros, más filósofos, dejaban á las suyas en plena libertad, mientras ellos corrían en busca de nuevas sensaciones, ó se influían con los vapores del *Champagne* espumoso.

"El gran tono.....

"Aquí necesito poner puntos suspensivos. El gran tono de México, ocupando los palcos y las plateas, ceñía el salón con una triple guirnalda de gasas, de flores y de diamantes. Nada más encantador que la vista de tantas hermosuras, que desprovistas de disfraz lucían sus ardientes ojos, negros como el azabache, sus cutis de raso, sus labios rojos y sus finos y abundantes cabellos, graciosamente arreglados. Estoy por decir que aquellas criaturas eran tan bellas como las del *Infiernópolis*. Sí noté, que sus maneras eran estudiadas, que aparentaban un indiferentismo glacial, y que miraban con un supremo desdén á todo mortal de poca fortuna.

"De los hombres, ¿qué diré? arrellanados en el fondo de sus sillones, en la parte menos iluminada de los palcos, parecían disgustados por la alegría loca del patio, y su aire pretencioso, demostraba á las claras que creían comprometida su alta dignidad, al autorizar con su presencia aquella bacanal.

"Yo quedé pensativo un rato, meditando si aquellas buenas gentes eran tan superiores á las otras, como aparentaban creer, y en tal caso si eran de otra especie.

"No me cabía en el juicio, cómo es, que siendo los mortales terráqueos, descendientes de Adán y Eva, cosa que ellos mismos confiesan, con el trascurso de los tiempos se hayan fraccionado en castas de las que una es de nobles y otra de plebeyos; llegando á tal grado la diferencia, que hasta en la sangre han sufrido grandes modificaciones, puesto que á los primeros

se les ha vuelto azul, mientras que los segundos la conservan encarnada: color que los azules repugnan mucho, á pesar de que, segun todos los datos, así la tuvieron sus primeros padres; de lo que debía deducirse, en consecuencia, que los que se tienen por nobles han degenerado.

“Hubiera ido muy lejos en mis observaciones, si no me desviaran de ellas dos jóvenes elegantes, que sin disfraz, pasaron junto á mí dándose el brazo, y entretenidos en una sabrosa plática.

“Fabian, decía el más joven á su compañero: ¿no te parece que la concurrencia es brillante?

“Sí, contestó Fabian con ironía, el oropel siempre brilla como el oro á la luz artificial.

“¿Por qué motivo lanzas ese epigrama, en tono tan amargo? ¿Porque ya estoy hastiado de impresionarme de cosas falsas, que puestas en tela de juicio, no valen un bledo.

“Creo que tú ves el mundo á través de lentes azules.

“Tú eres quien traes en los ojos una gasa color de rosa, y todo lo ves risueño.

“En todo caso, replicó el joven, prefiero verlo color de rosa y no sombrío.

“Porque eres un niño, que ahora comienzas á vivir, y te dejas engañar con apariencias. Ya verás, cuando seas víctima de un desengaño cruel, cómo sientes el candor con que hasta ahora juzgas al mundo.

“Tú dirás lo que quieras, querido Fabian; pero yo gozo con toda mi alma mirando divinidades, que con su candor y modestia, despiertan en mí sentimientos purísimos, que no tienen nada de humanos.

“¡Divinidades! ¡candor! ¡sentimientos sobrehumanos! ¡já, já, já! Bien, señor poeta, deje usted flotar su espíritu inocente en esa atmósfera de ilusiones, que pronto se habrá usted de arrepentir.

“Por Dios, Fabian, esta noche estás insoportable, parece que en vez de sangre, circula veneno por tus venas.

“Mira, mira los dulces ojos de Florinda Campo Umbrio, cómo se fijan en tí. No parece sino que solicitan piedad de tu lengua viperina.

“¡Sí, miradas! ¡miradas! No hay duda que debo agradecerlas; ¿cuesta tan poco regalar miradas! no hay pobre diablo que no las recoja á la vuelta de una esquina.

“¿Pardiez que eres descontentadizo! ¿Quieres por ventura que te vayan á enamorar á tu casa?

“Lo que quisiera que fueran menos coquetas, más decididas cuando dicen que aman, y que una vez elegido un amante, fuesen mas constantes y más resueltas, para conseguir la unión apetecida.

“Eso es demasiado exigir: tú ves que la distinta posición social de los amantes, se opone muchas veces á su felicidad.

“En efecto, respondió Fabian con sarcasmo; el caudal la nobleza vengañ como vinieren, son obstáculos insuperables. Ya ves á D. Quintin Buscavidas, se ocupaba en cebar puercos; logró tener algunos ahorros; cansado de su perro oficio, se metió á usurero y hoy es poderoso; ¡y ay de tí si diriges una mirada tierna á su hija Elena; el vejete sería capaz de estrangularte!

“Ahora verás; vamos á pasar una revista de inspección; dijo Fabian, disponiéndose á contar con los dedos.

“D. Rufo Acuña improvisó su fortuna á consecuencia del saqueo del *Paridn*.

“D. Federico Camaleón se encontró un tesoro al limpiar una atarjea.

“D. Lorenzo Petaca, antiguo sacristan de una parroquia excéntrica y humilde, se sacó la lotería, y ahora es mayordomo de monjas.

“D. Homobono Miravales, quedó de apoderado de su compadre Oscuras, cuyos hijos se arrastran en un petate, mientras al buen señor lo arrastran en landó.

“El agiotista Apaña, hace dos años apenas, que era un triste empleado, y ahora casi es millonario. Ultimamente ha recogido una gran cantidad de bonos de la deuda interior, para colocarlos en un negocio colosal que tiene proyectado. Parece que la mayor parte de su caudal lo tiene invertido en papel viejo, que espera cambiarle al gobierno, á la par, por plata sonante; cosa que no es de dudarse, atendiendo al talento que siempre ha distinguido á nuestros gobernantes.

“Allí, tienes al noble marqués del Laverinto, con un aire tan distinguido, que nadie podía reconocer en él al nieto de un pobre ranchero.

“¿Y, el conde de Peñahendida, cuyo título lo adquirieron sus antepasados, por los eminentes servicios prestados á un señor Virey, en un solemne día de campo?

“Ya ves á lo que queda reducido el esplendor, de una parte de ese gran tono que te encanta. Pues bien, pobre amigo mio; si tú, cuya familia siempre ha ocupado un buen lugar en la so-

ciudad, ahora que sus negocios se hallan mal, tienes la desgracia de acercarte á esos señores orgullosos, por algun motivo, tendrás que devorar su supremo desdén, ó su *alta protección*.

“Si por tus desdichas, aciertas á enamorarte de alguna de sus hijas, aunque logres por lo pronto ser correspondido, no por eso conseguirás el triunfo, porque constantemente sonarán á sus oídos palabras deseconsoladoras, que causarán tu desprestigio.

“Le dirán que eres un pobre diablo, un bolsas huecas, un trahán.

“Le probarán que la amas por su dinero, y, que, aunque así no fuera, el amor es un sentimiento fantástico é inverosímil, que desvanece en el momento una posición humilde. Que el único negocio de las mujeres es casarse bien, es decir, con un hombre acomodado, para asegurar un porvenir de bienestar y de placeres. Que todo lo que esto no sea, son delirios y tonterías, que no conducen más que á una vida llena de privaciones y de desprecios. Le dirán también otra porción de cosas, que ahora no te quiero contar, y al fin la jóven prescindirá de tí.

“Por lo pronto, ella se entristecerá, y maldecirá tu pobreza, pero, poco á poco, entrará en conformidad, y el día menos pensado, la encontrarás del brazo de un ricacho, que será su marido.

“Entonces, tú sentirás que te traspasan el corazón; pero, como todo tiene término en esta vida, te entregarás á la filosofía, dándote mil plácemes, por no haber sacado ninguna contusión en tu individuo, por más que tu amor propio esté hecho girones, ¡ja! ¡ja!

“Decididamente, no hay que contar contigo para hablar con formalidad; siempre has de salir con tus amargas sátiras.

¡Inocente Perico! contestó Fabián: estás demasiado preocupado con tus ilusiones, para que puedas elevarte á las altas regiones del positivismo; ni más ni menos que nuestro amigo Pintó Pasos, que está enfrente del palco de la lindísima Clarita Bullanga, *haciendo el oso*.”

Al leer el último renglón, se me cayó el libro de las manos, y poco faltó para que me desmayara. La sangre se me agolpó al corazón, mi cabeza se desvanecía y las orejas me zumbaban, como si me las estuviesen soplando con dos fuelles de gran poder.

¿Cómo era posible que hubiera libros escritos en el Infierno, ocupándose de mí y de la mujer que tanto había amado en la Tierra?

¿Habría acaso leído mal? ¿Sería una alucinación? Pero nó, todas las personas de que el libro hablaba, las conocí yo perfectamente. Fabián Corrales y Perico Bardas fueron amigos míos. Yo mismo había estado en el baile del teatro la noche de que hablaba Yoya. No cabía duda, el libro se ocupaba de mí, y una curiosidad irresistible me obligó á seguir la lectura, que continuaba de esta manera.

V.

“Pobre Pintó Pasos! exclamó Perico: hace algunos años que es víctima de esa pasión calcinadora, que lo va carbonizando día á día.

“Pues mírate en ese espejo, dijo riendo Fabián.

“En esto, una oleada de gente me arrebató aquel par de calaveras que tanto me divertían, y fui á dar junto al joven enamorado de que hablaban.

“Era éste de estatura regular, grandes y rasgados ojos negros, de pestañas viradas y cejas pobladas, buen color, poco bigote y menos perilla. A pesar de su buena naturaleza, se conocía fácilmente que lo agobiaba el dolor; los ojos un poco hundidos, languidecían, circundados por unas ojeras azuladas, y dos arrugas horizontales imprimían á su frente una severidad que chocaba en un joven de veintidos años.

“Estaba Pintó Pasos recargado en una columna, con la vista fija en el palco donde se hallaba la interesantísima Clara, morenita apañada, de largos y sedosos cabellos, negros como el ébano, adornados con una corona de azahares. Tenía dos ojazos que hubieran podido alumbrar todo el teatro, si las luces se apagaran, y un no sé qué de negligente y apasionado, que era capaz de enamorar á un bronce.

“Coqueteaba irreprochablemente con un joven bien parecido, que estaba con ella en el palco; con un *cotorrón*, que le dirigía las brújulas con necedad desde una platea, y no se olvidaba de alimentar, de cuando en cuando, con miradas incandescentes, la llama que consumía lentamente al temerario Pintó Pasos.

“Un rico abanico de plumas, que la joven ostentaba en la derecha mano, suplía á sus ojos, cuando los dirigía á otra parte, y

ciudad, ahora que sus negocios se hallan mal, tienes la desgracia de acercarte á esos señores orgullosos, por algun motivo, tendrás que devorar su supremo desdén, ó su *alta protección*.

“Si por tus desdichas, aciertas á enamorarte de alguna de sus hijas, aunque logres por lo pronto ser correspondido, no por eso conseguirás el triunfo, porque constantemente sonarán á sus oídos palabras deseconsoladoras, que causarán tu desprestigio.

“Le dirán que eres un pobre diablo, un bolsas huecas, un trahán.

“Le probarán que la amas por su dinero, y, que, aunque así no fuera, el amor es un sentimiento fantástico é inverosímil, que desvanece en el momento una posición humilde. Que el único negocio de las mujeres es casarse bien, es decir, con un hombre acomodado, para asegurar un porvenir de bienestar y de placeres. Que todo lo que esto no sea, son delirios y tonterías, que no conducen más que á una vida llena de privaciones y de desprecios. Le dirán también otra porción de cosas, que ahora no te quiero contar, y al fin la jóven prescindirá de tí.

“Por lo pronto, ella se entristecerá, y maldecirá tu pobreza, pero, poco á poco, entrará en conformidad, y el día menos pensado, la encontrarás del brazo de un ricacho, que será su marido.

“Entonces, tú sentirás que te traspasan el corazón; pero, como todo tiene término en esta vida, te entregarás á la filosofía, dándote mil plácemes, por no haber sacado ninguna contusión en tu individuo, por más que tu amor propio esté hecho girones, ¡ja! ¡ja!

“Decididamente, no hay que contar contigo para hablar con formalidad; siempre has de salir con tus amargas sátiras.

¡Inocente Perico! contestó Fabián: estás demasiado preocupado con tus ilusiones, para que puedas elevarte á las altas regiones del positivismo; ni más ni menos que nuestro amigo Pintó Pasos, que está enfrente del palco de la lindísima Clarita Bullanga, *haciendo el oso*.”

Al leer el último renglón, se me cayó el libro de las manos, y poco faltó para que me desmayara. La sangre se me agolpó al corazón, mi cabeza se desvanecía y las orejas me zumbaban, como si me las estuviesen soplando con dos fuelles de gran poder.

¿Cómo era posible que hubiera libros escritos en el Infierno, ocupándose de mí y de la mujer que tanto había amado en la Tierra?

¿Habría acaso leído mal? ¿Sería una alucinación? Pero nó, todas las personas de que el libro hablaba, las conocí yo perfectamente. Fabián Corrales y Perico Bardas fueron amigos míos. Yo mismo había estado en el baile del teatro la noche de que hablaba Yoya. No cabía duda, el libro se ocupaba de mí, y una curiosidad irresistible me obligó á seguir la lectura, que continuaba de esta manera.

V.

“Pobre Pintó Pasos! exclamó Perico: hace algunos años que es víctima de esa pasión calcinadora, que lo va carbonizando día á día.

“Pues mírate en ese espejo, dijo riendo Fabián.

“En esto, una oleada de gente me arrebató aquel par de calaveras que tanto me divertían, y fui á dar junto al joven enamorado de que hablaban.

“Era éste de estatura regular, grandes y rasgados ojos negros, de pestañas viradas y cejas pobladas, buen color, poco bigote y menos perilla. A pesar de su buena naturaleza, se conocía fácilmente que lo agobiaba el dolor; los ojos un poco hundidos, languidecían, circundados por unas ojeras azuladas, y dos arrugas horizontales imprimían á su frente una severidad que chocaba en un joven de veintidos años.

“Estaba Pintó Pasos recargado en una columna, con la vista fija en el palco donde se hallaba la interesantísima Clara, morenita apañada, de largos y sedosos cabellos, negros como el ébano, adornados con una corona de azahares. Tenía dos ojazos que hubieran podido alumbrar todo el teatro, si las luces se apagaran, y un no sé qué de negligente y apasionado, que era capaz de enamorar á un bronce.

“Coqueteaba irreprochablemente con un joven bien parecido, que estaba con ella en el palco; con un *cotorrón*, que le dirigía las brújulas con necedad desde una platea, y no se olvidaba de alimentar, de cuando en cuando, con miradas incandescentes, la llama que consumía lentamente al temerario Pintó Pasos.

“Un rico abanico de plumas, que la joven ostentaba en la derecha mano, suplía á sus ojos, cuando los dirigía á otra parte, y

servía, sin duda, de telégrafo al entusiasta amator, pues seguía sus movimientos sin pestañear.

“Yo, que á pesar de mi calidad de duende, me dejé llevar de la fascinación que producía aquel prodigio de belleza, me quedé como un bobo, haciendo una excelente pareja con Pintó Pasos, en cuya situación habría permanecido mucho tiempo, si la llegada de unos máscaras, que se acercaron á *cocorear* á mi digno socio, no me hubiera sacado de mi estupor.

“Pascualito! le dijo un dominó de raso carmesí, que iba del brazo de un templario. Parece que estás contemplando los astros. ¿Qué, tu vista es tan penetrante, que los distingue á través de la techumbre del teatro?

“No, mascarita, contestó Pintó Pasos, un poco corrido; estoy admirando las hermosas *pinturas* del salón; pero, si mis ojos tuviesen la virtud de ver á través de la techumbre, mejor que contemplar el firmamento, me ocuparía en admirar ese cielo, que traes debajo de la careta.

“Galante estás por demás, Pascualito; ¿pero, quién te ha de creer, cuando todo el mundo sabe, que el único astro que alumbraba tu existencia es esa bella Clarita, por quien suspiras hace un *montón* de años?

“Y, por la que has hecho más locuras que D. Quijote por la bella Dulcinea, añadió otra máscara, de dominó anaranjado que conducía un chino.

“Sí, sí, esos tus amores son escandalosos, dijo el templario; sería bueno que hicieras un largo viaje por mar, para curarte de ellos.

“O que te dediques á estudiar el alemán, agregó el chino, para que te distraigas.

“Me parece un buen consejo, dijo riendo el dominó carmesí, porque no se ha hecho la miel para la boca del asno.

“Además, que Clarita gasta un lujo desmedido, y tú no eres mas que un pobre empleado; exclamó con sorna la del dominó color de naranja.

“Desengáñate, Pascualito, tú debes buscar una estanquerita para ser feliz, gritó el chino con una voz chillona, torciéndose su largo bigote, y haciendo contorsiones.

“O una griseta, moduló el templario con voz aflautada.

“Pascual hubo de sufrir al principio con resignación aquel chubasco que caía sobre él; pero á las últimas puyas, la paciencia le faltó, y se lanzó con los puños cerrados sobre el atrevido templario; mas no pudo alcanzarlo, porque éste con el

chino y sus compañeras, se perdieron entre la multitud, sin que el desventurado Pintó Pasos los pudiera seguir.

“Un *comanche*, cuya cabeza estaba adornada con dos enormes cuernos, y sus hombros cubiertos con una piel de cibolo, á fuerza de trabajo logró acercarse á nuestro heroe, abriéndose paso entre aquella masa compacta.

“Pascualito, ¿me conoces? le dijo, repitiendo esta eterna pregunta de los máscaras.

“No, contestó Pascual bruscamente.

“Hombre, no me trates con esa dureza; soy tu buen amigo y vengo á decirte cosas que te interesan.

“Dudo mucho que pueda interesarme lo que me tengas que decir, contestó Pascual suspirando.

“Acercas tu oído y juzgarás por tí mismo; yo soy Juan Urdiola, tu antiguo amigo, ví unas máscaras que te daban carga, y quise decirte quiénes eran, pero la gente no me permitió llegar á tiempo.

“Bien, te lo agradezco, dime quiénes son, y me harás un buen servicio.

“Pues mira, el dominó naranja es D^a Ramona Ramos, mamá de Clara. El que la lleva del brazo, su grande amigo D. Braulio Porras. El dominó carmesí es Carmelita Bullanga, tía de tu diosa, y el templario, que le sirve de caballero, es Juanito Mijes, el empleado del correo.

“Y, cómo lo sabes tú?

“Toma, los he visto cuasi vestirse, en casa de *Montauriol*.

“¿Pero, estás seguro? ¿no te habrás engañado?

“Hombre, te lo juro por ésta; y el comanche hizo la señal de la cruz y la llevó hacia la boca.

“Gracias, Urdiola, le dijo Pintó Pasos apretándole la mano, no echaré tus noticias en saco roto; verás qué barahunda se va á armar. Anda, diviértete, mientras yo aprovecho el tiempo mirando á Clara, y meditando una ruidosa venganza.

“Adios, pues, Pascual.

“Adios, comanche.

“Y los dos amigos se separaron.

“Pintó Pasos quedó sumergido en una profunda meditación; pero sin quitar la vista del palco de Clarita; yo me fui en busca de las máscaras que lo habían embromado, porque creí que se me presentaba la ocasión de ejercer mi honroso oficio. Después de dar algunas vueltas por el salón, tuve el gusto de encontrarlas y me coloqué entre ambas parejas para gozar de su conversación.

“El chino decía á la sazón á su compañera: Ramoncita, la felicidad que experimento á tu lado, es turbada por ese maldito antifaz que no me permite gozar del hechizo de tu rostro encantador; salgamos del salón, tomaremos una colación en el café y después iremos á donde pueda libremente contemplar tus gracias.

“Eres muy imprudente, contestó el dominó, ¿no consideras que Roque deberá estar desesperado con nuestra tardanza? Allí lo veo en el palco, y según noto, observa las máscaras del salón con ojos celosos. Le dije que trajera á las muchachas, mientras yo iba en coche por Carmelita, y ya ha pasado mucho tiempo desde que él salió de casa.

“No faltará una disculpita, dijo el chino con insistencia.

“Bien, sea como tú desees; pero es necesario consultar con Carmen.

“Eso corre de mi cuenta, contestó el chino, y dijo al oído algunas palabras al templario.

“Este, que había tenido con Carmelita una conversación semejante, manifestó su aprobación con un movimiento de cabeza, y las dos parejas abandonaron el salón dirigiéndose al café del teatro, donde pidieron de cenar, colocándose en un lugar retirado y cubierto á las miradas de los indiscretos.

“Ya concluía la cena, cuando D. Roque Bullanga entró precipitadamente al café, y pidió un vaso de ponch con rom. La inquietud que se advertía en todos sus movimientos, asustó tanto á las máscaras que obligaron á sus compañeros á pagar y á salir inmediatamente del café.

“D. Roque, absorto en sus pensamientos, se retiró también, después de apurar un segundo vaso de ponch, y yo le seguí á su palco donde entró de mal humor.

“Sus hijas, que lo notaron, se pusieron á su lado para distraerlo.

“Después de un rato de hablar cosas indiferentes, Clara le dijo á su padre, con una voz angelical:

“Papá, ¿nos permites que Aníta y yo bajemos un rato al salón, á dar unas vueltecitas con el señor Apaña, para embromar á los amigos?

“Hija mía, contestó Bullanga, no me parece prudente que dos niñas, como ustedes, se disfracen y bajen al patio con un caballero que no es de la familia.

“Pero, papá, insistió Clara, el señor Apaña es mi prometido, y nada tiene de particular; además, vamos dos. . . . ¡si fuera una sola! . . . y que al fin no nos han de conocer.

“Bueno, bueno, trataremos de ese negocio cuando llegue tu mamá, que no debe tardar.

“Estoy conforme, papá, pero te advierto, dijo Clarita en voz baja, que es deseo del señor Apaña, y tú sabes cuánto le debemos.

“Está bien, hija mía, ten una poca de paciencia, que todo podrá arreglarse; pero no es conveniente que me quede yo solo en el palco.

“Como Clara conociera que D. Roque cedería fácilmente, no insistió más: volvió á su mismo asiento delantero, empleando el tiempo en coquetear con Pintó Pasos con la mayor finura, no sin haber abandonado un momento su pequeña mano, á favor de los pliegues del vestido, en la del venturoso D. Severo, que la apretó dulcemente.

“En esto se abrió la puerta del palco, y apareció una señora como de treinta y cinco años, de rara hermosura. La acompañaba otra señora más joven é igualmente bella, cuyo rostro aparecía iluminado por la alegría.

“Muy bien lo han hecho ustedes, señoritas, dijo D. Roque entre risueño y mohino, ¿dónde se han andado ustedes, que tan tarde llegan?

“Cosas que nunca faltan, contestó Doña Ramona sentándose; primero, que Carmen tenía visitas en su casa y fué preciso esperar á que se marcharan; después, Felipe el cochero está más alegre que de costumbre, y al pasar por la calle de Tacuba, donde están haciendo una obra, hubo de atorar el coche, y hemos tenido grandes trabajos para que lo sacaran.

“Afortunadamente Mijes nos acompañaba, añadió Carmelita señalando á un jovencito barbilindo que se había quedado á la puerta del palco; por lo mismo no fué tan grande el susto que llevamos.

“Pase usted, Juanito; no había reparado en usted, dijo D. Roque saludando.

“Mil gracias, señor D. Roque, contestó Mijes, haciendo una reverencia; he tenido el honor de acompañar á estas señoras, y deseo bajar al salón á *chacotear* con las máscaras.

“Como usted guste, Juanito.

“Con permiso de ustedes, dijo Juanito inclinándose cortemente, y se retiró.

“Mientras esto pasaba, Pintó Pasos que había visto entrar á doña Ramona y á Carmelita en el palco, tuvo la idea de tomar su revancha; fué, pues, á alquilar un disfraz para subir á mortificarlas, y acercarse al mismo tiempo á su adorada Clara.

“Cuando el pobre joven subía la amplia escalera, descendían por ella tres dominós de raso blanco, con lazos y caretas color de fuego.

“Eran Clara, Anita y D. Severo Apaña.

“Pascual y Clarita pasaron rozándose por los codos, sin apercibirse de su dicha.

“Dejaremos á Pintó Pasos tomar una dulce desquitanza de doña Ramona, y aburrirse de no haber encontrado á su bella Clara; entraremos de nuevo al patio, en seguimiento de los tres dominós blancos, que se perdieron en aquella barahunda.

“Dulce Clara, decía Apaña suspirando, ¿cuándo podré persuadirte de que me amas?

“Bastantes pruebas te he dado de mi estimación, contestó Clara; pero mi carácter no se aviene con el romanticismo ni con las zalamerías que tú quieres. Yo no comprendo así el amor, y por lo mismo no estoy dispuesta á cambiar contigo esas ternezas que tú deseas. Está bueno que se quiera á las gentes, con cierta formalidad, lo demás son niñerías.

“Además, las pobres mujeres somos demasiado desgraciadas, por lo que debemos divertirnos mientras podamos hacerlo, y si nos tocan hombres celosos y caprichosos, que con el pretexto de un cariño demasiado exagerado, nos acibaren la vida, prohibiéndonos las más inocentes distracciones, y queriendo también monopolizar nuestra atención y nuestros pensamientos; tales déspotas serán más acreedores á nuestro aborrecimiento que á nuestro cariño. Deben, pues, tener plena confianza en nosotras, concediéndonos cierta independencia. Todo lo demás, es una tiranía que mi corazón rechaza, y á la que no me someteré sin luchar.

“Conque así, Apaña, si quieres que mi afecto sea constante, contribuye á hacerme dichosa, porque el verdadero amor consiste en hacer la felicidad y no la desgracia de la persona amada.

“Y, quién lo duda, hermosa Clara, contestó Apaña desconcertado. ¿Acaso intento tiranizarte? Es cierto que soy un tanto celoso, pero eso prueba lo mucho que te amo.

“Eso no prueba nada: los celos son una pasión ridícula, que envilece á los amantes y desprestigia el amor, le respondió Clara, dándole un apretoncito de mano; la felicidad está cifrada, continuó, en una plena y mútua confianza; faltando este requisito, todo viene por tierra. Conque, así, Severo, no seas exigente, y vive seguro de que tú eres el único á quien quiero.

“Cuando esto decía la bella Clara, llegaban al sitio donde

Pintó Pasos estuviera de pié, y á donde ella astutamente, había arrastrado á su compañero, porque es menester decirlo, la joven amaba á Pascual, sus ojos lo buscaban con avidez, y no dejó de turbarse su alegría cuando se convenció que su pretendiente había desaparecido.

“Esto dió lugar á que caminaran en profundo silencio, que Anita interrumpió con una queja.

“Qué ¿no continúan ustedes hablando de sus amores? Será una injusticia que me priven de escuchar conversación tan entretenida ¡Es increíble lo que uno goza con los amores ajenos! . . . Sigán sigan ustedes cortejándose

“Vamos, Anita, no seas envidiosa, le dijo Clara, que ya encontraremos á tu Carlos, y entonces harás un dúo agradable con él.

“De esa manera, ya podría perdonar que ustedes estuviesen contentos, replicó Anita.

“Mentando al ruín de Roma luego asoma, dijo Clara dirigiéndose á Anita; mira, picaruela, allí veo á tu Carlitos muy entretenido con un máscara. Vamos á embromarlo.

“Diciendo esto, el grupo se dirigió hacia donde se hallaba un joven alto, de pelo castaño-claro, con hermosos ojos garzos, y un bigote rubio que acariciaba á la sazón.

“Carlitos, le gritó Clara, ¿es posible que tanto te apegues á la charla insulsa de ese extravagante máscara, olvidándote así de tu Anita, que acaso en este momento pena por tí? ¡Oh! ¡cómo se conoce que no piensas mucho en ella!

“Vaya si piensa, y más de lo que tú crees, contestó el máscara que hablaba con Carlos; puntualmente le daba noticias de ella, y el pobrecillo maldecía su mala suerte, por no haberla encontrado. Yo procuraba consolarlo, asegurándole que está bien correspondido, y como noticias de esta clase para un enamorado son de grande importancia, Carlos me escuchaba con gusto, á pesar de *ser yo extravagante y mi charla insulsa*.

“No hay que tomar las cosas tan á pecho, mascarita; seamos buenos amigos, y pelillos á la mar, exclamó Clara, extendiendo su linda mano.

“En buena hora, dijo el máscara, tocando con cortesía aquella manita encerrada en un blanco y perfumado guante; no se dirá de mí que no rindo á la belleza el culto que merece.

“Pero vamos, Carlitos, dijo Clara dirigiéndose al joven, ¿qué de veras estás muy enamorado de Anita Bullanga?

“¡Oh! como un perdido! mi existencia no tiene más fundamento que este amor, y si me faltara, me derrumbaría en el sepul-

cro, como un edificio que repentinamente se queda sin cimientos.

“¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! no sé por qué siempre he desconfiado de los que exageran las cosas, dijo Anita haciendo un movimiento gracioso de cabeza, y fijando una ardiente mirada en su novio.

“¿Y, cómo puedes asegurar, máscara preciosa, que hay exageración en mis palabras?”

“¡Ah! ¡si tú pudieras comprender el fuego sagrado que circula por mis venas! ¡Si vieras mi corazón derretirse al impulso del torrente abrasador que emana de las divinas miradas del objeto que adoro, entonces, cruel máscara, me creerías. . . . aun más. . . . tendrías compasión y envidia de mí!”

“Desde luego me comprometo á creer lo que tú dices con tanto entusiasmo, aunque, á decir verdad, obra muy poco en tu favor que no se conmueva tu organismo al contacto magnético de la mirada que te acaricia en este instante. Pero, repito, que paso por todo, con tal de que no estemos perdiendo locamente el tiempo, dijo riendo D. Severo, y apretando el brazo de Carlos.

“¡Buen Dios! exclamó Carlos; ¿será posible que tan cerca me halle del objeto adorado, sin que mi corazón me lo haya anunciado? ¡Oh, si no tiene duda, el cielo me proteja! añadió, viendo que la cortinilla de la careta de Anita se levantaba con disimulo, dejando ver su preciosa boca, y su rosada barba con un hoyuelo encantador.”

VI.

Hasta aquí llegaba de mi lectura, cuando se escuchó el pito de otro tren que caminaba en dirección encontrada con el nuestro. Todos los espíritus, llevados de una curiosidad natural, fijaron su atención por el lado donde debía pasar. Pronto lo vimos deslizarse como una exhalación: la locomotiva traía por delante iluminado por su parte interior, un mascarón trasparente, con grandes dientes y colmillos, ojos que despedían llamas, y grandes y retorcidos cuernos; ni más ni menos, que como los hombres pintan la Boca del Infierno. No sé si el gusto por esta

clase de adornos está extendido entre los diablos, ó bien, lo que parece más racional, los ponen por burlarse de los mortales.

A pesar de la rapidez con que pasó aquel tren, se pudo advertir que iba cargado de pasajeros.

Pregunté á mi guía quiénes eran y á dónde podían ir. Él me respondió que eran diablos y duendes, que iban á los planetas en comisión, y me animó con la esperanza de que yo podría también ir alguna vez, si lograba hacer carrera en el Infierno.

Tal noticia me halagó mucho, y hubiera querido imponerme á fondo del modo cómo podía hacerme de fama en el Infierno; pero creí que este deseo me sería fácil realizarlo después, mientras que si salía del *wagón* sin llegar al desenlace de las aventuras que contaba el travieso duende, tal vez encontraría dificultades á dar después con el precioso libro. Seguí, pues, mi lectura.

Yoya continuaba de esta manera:

“Carlos dió el brazo á Anita y las dos parejas continuaron en sabrosas pláticas; pero mientras Clara y D. Severo caminaban por los áridos campos del clásico Positivismo, Carlos y Anita, llevados en las doradas alas de fantásticas quimeras, volaban por las aéreas regiones del Romanticismo más exagerado.

“En seguida las parejas se separaron para bailar.

“Yo seguí á Clara, y como de la conversación de D. Severo, no pude menos que presagiar males para Pintó Pasos, corrí en busca de este joven que tanto me había simpatizado y de quien me había declarado protector.

“Lo hallé pronta y oportunamente. Venía despechado del palco de D. Roque, donde había tenido un fuerte altercado, á consecuencia de las bromas que le dió á doña Ramona y á Carmelita. El resultado había sido que Pascual desafiara á Bullanga para el día siguiente.

“En la disposición de ánimo en que se hallaba mi protegido, me fué fácil persuadirlo de que debía retirarse á descansar, abandonando un lugar donde no encontraría mas que amarguras.

“Una vez decidido, bajó rapidamente las escaleras de los palcos, atravesó el patio exterior, el vestíbulo y el peristilo del teatro, y se dirigió al primer coche que encontró delante.

“Ea, caballero, ese coche es particular, dijo una voz avinagrada.

“Eso no es inconveniente, replicó Pintó Pasos, no lo ocuparé mucho tiempo.

“¿Pero, y si salen los amos, señor *amito*?”

“Eso no es probable; todavía es demasiado temprano, apenas

cro, como un edificio que repentinamente se queda sin cimientos.

“¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! no sé por qué siempre he desconfiado de los que exageran las cosas, dijo Anita haciendo un movimiento gracioso de cabeza, y fijando una ardiente mirada en su novio.

“¿Y, cómo puedes asegurar, máscara preciosa, que hay exageración en mis palabras?”

“¡Ah! ¡si tú pudieras comprender el fuego sagrado que circula por mis venas! ¡Si vieras mi corazón derretirse al impulso del torrente abrasador que emana de las divinas miradas del objeto que adoro, entonces, cruel máscara, me creerías. . . . aun más. . . . tendrías compasión y envidia de mí!”

“Desde luego me comprometo á creer lo que tú dices con tanto entusiasmo, aunque, á decir verdad, obra muy poco en tu favor que no se conmueva tu organismo al contacto magnético de la mirada que te acaricia en este instante. Pero, repito, que paso por todo, con tal de que no estemos perdiendo locamente el tiempo, dijo riendo D. Severo, y apretando el brazo de Carlos.

“¡Buen Dios! exclamó Carlos; ¿será posible que tan cerca me halle del objeto adorado, sin que mi corazón me lo haya anunciado? ¡Oh, si no tiene duda, el cielo me proteja! añadió, viendo que la cortinilla de la careta de Anita se levantaba con disimulo, dejando ver su preciosa boca, y su rosada barba con un hoyuelo encantador.”

VI.

Hasta aquí llegaba de mi lectura, cuando se escuchó el pito de otro tren que caminaba en dirección encontrada con el nuestro. Todos los espíritus, llevados de una curiosidad natural, fijaron su atención por el lado donde debía pasar. Pronto lo vimos deslizarse como una exhalación: la locomotiva traía por delante iluminado por su parte interior, un mascarón trasparente, con grandes dientes y colmillos, ojos que despedían llamas, y grandes y retorcidos cuernos; ni más ni menos, que como los hombres pintan la Boca del Infierno. No sé si el gusto por esta

clase de adornos está extendido entre los diablos, ó bien, lo que parece más racional, los ponen por burlarse de los mortales.

A pesar de la rapidez con que pasó aquel tren, se pudo advertir que iba cargado de pasajeros.

Pregunté á mi guía quiénes eran y á dónde podían ir. Él me respondió que eran diablos y duendes, que iban á los planetas en comisión, y me animó con la esperanza de que yo podría también ir alguna vez, si lograba hacer carrera en el Infierno.

Tal noticia me halagó mucho, y hubiera querido imponerme á fondo del modo cómo podía hacerme de fama en el Infierno; pero creí que este deseo me sería fácil realizarlo después, mientras que si salía del *wagón* sin llegar al desenlace de las aventuras que contaba el travieso duende, tal vez encontraría dificultades á dar después con el precioso libro. Seguí, pues, mi lectura.

Yoya continuaba de esta manera:

“Carlos dió el brazo á Anita y las dos parejas continuaron en sabrosas pláticas; pero mientras Clara y D. Severo caminaban por los áridos campos del clásico Positivismo, Carlos y Anita, llevados en las doradas alas de fantásticas quimeras, volaban por las aéreas regiones del Romanticismo más exagerado.

“En seguida las parejas se separaron para bailar.

“Yo seguí á Clara, y como de la conversación de D. Severo, no pude menos que presagiar males para Pintó Pasos, corrí en busca de este joven que tanto me había simpatizado y de quien me había declarado protector.

“Lo hallé pronta y oportunamente. Venía despechado del palco de D. Roque, donde había tenido un fuerte altercado, á consecuencia de las bromas que le dió á doña Ramona y á Carmelita. El resultado había sido que Pascual desafiara á Bullanga para el día siguiente.

“En la disposición de ánimo en que se hallaba mi protegido, me fué fácil persuadirlo de que debía retirarse á descansar, abandonando un lugar donde no encontraría mas que amarguras.

“Una vez decidido, bajó rapidamente las escaleras de los palcos, atravesó el patio exterior, el vestíbulo y el peristilo del teatro, y se dirigió al primer coche que encontró delante.

“Ea, caballero, ese coche es particular, dijo una voz avinagrada.

“Eso no es inconveniente, replicó Pintó Pasos, no lo ocuparé mucho tiempo.

“¿Pero, y si salen los amos, señor *amito*?”

“Eso no es probable; todavía es demasiado temprano, apenas

es la una, contestó Pintó Pasos mirando el reloj; por lo demás, no se ganan tan fácilmente un par de duros en un cuarto de hora.

“Vaya, señor amo, suba usted, pues.

“Un lacayo de elegante librea y guantes de ante, se apresuró á abrir la portezuela. Pintó Pasos se colocó en la testera del coche, el cochero subió al pescante y empuñó el látigo y las riendas.

“No acababa aún el lacayo de cerrar la portezuela y preguntar la dirección, cuando se acercaron dos máscaras con intención de subir al coche.

“¿Qué se ofrece, mascaritas? Este coche tiene dueño, dijo el lacayo interponiéndose entre la portezuela y las máscaras.

“Abre, Francisco, que yo soy el dueño del coche, replicó una voz vigorosa.

“Francisco se quedó frío.

“¿Qué sucede? gritó el cochero desde el pescante.

“Que aquí está el amo, contestó Francisco.

“Pues abre pronto, que los caballos se impacientan, dijo el cochero, calculando que Pintó Pasos saldría por la otra portezuela.

“Francisco, temblando, no se resolvía á abrir, fingía que la portezuela se había apretado, para dar lugar al escape del que estaba adentro; pero mi heroe no creyó digno de él huir, y se arrellenó en el fondo del coche esperando los acontecimientos.

“Al fin, la portezuela se abrió, dando paso á una linda máscara; yo, que no esperaba más que esto, me lancé sobre los caballos, que salieron al galope asustados con mi presencia, y el lacayo y el amo se quedaron con un palmo de narices, aguardando que el cochero dominaría los caballos y volvería con el coche al teatro. Como después vieron que los caballos tomaron al trote y el coche volteó por la primera de San Francisco, se acabaron de tranquilizar.

“Pero yo no perdía el tiempo: colocado en el pescante junto al cochero, hube de magnetizarlo, de modo que se durmió como una roca; y tomando las riendas, después de dar algunas vueltas para que se perdieran nuestras huellas, salí al paseo de Bucareli, tomé la calzada del Calvario, y me detuve detrás de las tapias del Tivoli Viejo, frente á la Iglesia de San Cosme, lugar propicio á toda clase de aventuras.

“Entre tanto, dentro del coche tampoco se perdía el tiempo. La máscara al encontrarse con un desconocido y sentir que los caballos partían, había caído medio desmayada en el asiento trasero.

“El bueno de Pintó Pasos, á fuer de caballero galante, cifó con sus robustos brazos á la elegante joven por la flexible cintura, tal vez con la piadosa intención de sustraerla á los vaivenes terribles que daba el coche, parte por la velocidad con que caminaba, mucho más por los baches que suelen encontrarse en las calles de la capital.

“La joven pugnaba por desasirse de tan importuno cortesano, pero faltándole donde apoyarse, todos sus esfuerzos eran inútiles.

“Tranquílcese usted, señorita, le dijo Pintó Pasos: una casualidad me ha hecho hallarme en este carruaje, á la sazón que usted entró en él, pero soy caballero, y sólo tiene usted que esperar de mí atenciones y respetos.

“Dios mío! pensó la máscara, esa voz se parece á la de él, y luego dijo en voz alta: caballero, confío en que usted se portará bien, pero suélteme usted, y veamos cómo se conjura el peligro que nos amenaza.

“Pintó Pasos retiró suavemente sus brazos, y contestó á la máscara: Señorita, obedezco á usted; ya se halla completamente libre, pero le ruego que no tema, pues no nos amenaza ningún peligro: ya el cochero ha dominado los caballos, y pronto volverá usted con su familia.

“¡Pero, á dónde vamos por aquí; nos vamos alejando del teatro!

“No se inquiete usted, señorita, habrá tomado el cochero un rodeo para que los animales acaben de saciar su deseo de andar.

“No, señor; no, señor; esta ha de ser una abominable intriga, es necesario pedir socorro.

“Ya se disponía la máscara á ejecutar su pensamiento, cuando la luz de un farol, penetrando en el coche, iluminó el semblante de Pascual, que había arrojado la careta.

“La voz de la joven espiró en su garganta cuando vio las facciones de su compañero de aventura.

“¡Pascual, dijo, ¿qué hacía usted en este coche? ¡dígame usted la verdad!

“Señorita, bajo mi palabra de honor, había suplicado al cochero que me llevara á casa, el cochero condescendió, y apenas monté, cuando hé aquí que usted llega, y empezamos á correr esta aventura que me parece interesante.

“No me engañe usted!

“¡Juro por mi honor, que he dicho la verdad; pero, ¿cómo es que usted me conoce?

“Porque es usted novio de una amiga mía.

“¿De una amiga de usted?”

“Sí, por cierto, de Clarita Bullanga.”

“En efecto, no lo puedo negar, adoro á esa mujer, y sin embargo, ella no se decide á corresponderme.”

“Es que no tiene confianza en el amor de usted.”

“Hace mal, hace mal, yo la amo mucho; puede usted asegurarle que la adoro, que la idolatro, que no puedo vivir sin ella.”

“¿Y si yo le amara á usted, caballero, todavía me suplicaría que le fuera á decir todo eso?”

“Pintó Pasos quedó estupefacto, sin saber qué responder, y como en estos caso el silencio y las acciones son más elocuentes que las palabras, permaneció largo rato sin desplegar los labios, tomó reverente la mano de aquella preciosa criatura, la llevó contra el corazón que le latía con violencia, y luego á la boca, imprimiéndole un beso prolongado, suave y respetuoso.”

“Alentado por el buen suceso, trató de desatar las cintas de la careta de la bella desconocida.”

“¡Quietos, Pintó Pasos! si es usted caballero, si estima en algo mi amor, si teme mi aborrecimiento y mi venganza, respete usted mi incógnito.”

“Por Dios, bella máscara, no me prives del placer dulcísimo de contemplar tu hechicero rostro.”

“Jamás, Pintó Pasos, no insista usted en una cosa que á realizarse, pondría entre los dos una barrera que nunca podríamos franquear. ¿No he hecho lo bastante con descubrir á usted un secreto, que debería morir conmigo? ¿No está usted satisfecho de saber que una mujer lo adora? ¿Es preciso todavía que esa mujer sacrifique su porvenir?”

“Tienes razón, encantadora joven, soy un insensato, pero por piedad, ten compasión de mí, no rehuses mis caricias. Mira, estoy frenético, no sé lo que me pasa, porque todo el inmenso amor que me inspira Clara, lo siento ahora por tí. Diciendo esto Pascual, abrazó lleno de efusión á la preciosa máscara.”

“Pintó Pasos, exclamó la joven, tú sabes que soy feliz á tu lado, puesto que te he confesado mi amor, pero un silencio eterno debe cubrir esta aventura, júrame por tu honor y por el amor de Clara, que no tratarás nunca de descubrir quién soy; mira que de tu discreción depende mi porvenir y acaso mi dicha.”

“Lo juro, contestó Pintó Pasos poniendo la mano derecha sobre el corazón y besando conmovido la frente de la joven, que dejaba un poco descubierta la careta.”

“Un cuarto de hora habría corrido, cuando un coche elegante

paró en una casita del Puente de Alvarado. Se apeó del vehículo un joven, de cuyo brazo izquierdo pendía un dómimo de seda, y con la mano derecha cerró la portezuela. Entonces una cabeza cubierta con un capuchón de raso, adornado con lazos, asomó por la ventanilla, y levantando con su diminuta mano la cortina del antifaz que cubría su rostro, presentó al joven una boquita encarnada y fresca. El joven, delirante de placer, saboreó un dulce, prolongado y ardiente beso.

“Después, los dos actores de esta escena muda, cambiaron un apretón de manos.”

“El coche echó á andar hacia la Mariscala, y el joven entró á la casita. Cuando después de acostarse apagó la vela y se arrebujó en su lecho, exclamó lleno de satisfacción. ¡Esta ha sido la noche más feliz de mi vida!”

Mientras más avanzaba en la lectura del libro del duende, más pábulo daba á la llama de curiosidad en que se abrasaba mi cerebro. Estaba leyendo mi propia historia, historia que en la Tierra había quedado envuelta en las tinieblas. Me devoraba, pues, el deseo de saber quién había sido la bella desconocida, que encontré en el coche aquel inolvidable martes de carnaval.

Era tal la preocupación en que me hallaba, que no me apercibí que el tren había salido del túnel, y caminaba por una verde y risueña campiña, sembrada de árboles y caseríos, que iluminaba el Sol.

Desgraciadamente, cuando más interesado iba en la lectura, paró el tren, y fué preciso abandonarlo, con el precioso libro de Yoya.

Habíase detenido la locomotiva en una estación donde se alzaban varias casitas de madera elegantemente construidas y pintadas, cada una rodeada de un pequeño jardín.

Una de ellas era hotel. Tenía un salón espacioso, con su cantina, y sobre las mesas se veían esparcidos periódicos de todos tamaños.

Me acerqué á leer sus títulos, que me sorprendieron agradablemente: “El Mensajero de Mercurio,” “El Extraordinario de Marte,” “El Noticioso de Venus,” “El Telégrafo de Saturno,” “El Ultra-Aéreo,” “El Espacio,” “La Eternidad,” etc. Algunos tenían grabados, y daban noticia de los acontecimientos de los planetas, circunstancia que los hacía muy amenos, entretenidos é instructivos.

El diablo mi compañero, acercándose á mí, me reconvino por el abandono en que lo había dejado en el wagón. Yo le ofrecí ser más atento en lo sucesivo.

Me llevó en seguida á la cantina, y pidió dos copas de vino de *júbilo*, que nos sirvió una diablesa muy linda, vestida con una especie de bata carmesí, ceñida con un cinturón de charol negro, y que apenas bajaba de las rodillas, dejando ver unas piernas admirables, cubiertas de medias negras, y un lindísimo pié, calzado con un botín de raso, también carmesí.

El peinado que tenía la diablesa, era muy sencillo, sujeto con tridentes de oro y adornado con estrellas del mismo metal, que formaban como una de diadema.

Con una gracia encantadora llenó las copas, y fijando en mí una mirada que no pude sostener, dijo riendo, mostrando una rica dentadura: este caballero bien merece que se le sirva de este vino, porque según yo creo, aún no deja los recuerdos de su planeta.

Es cierto, contestó mi conductor, parece que por allá tuvo unos amores un poco estrafalarios, y como se encontró su historia en el libro de las aventuras de Yoya, se le han avivado los recuerdos.

¡Cómo! le dije sorprendido, ¿has leído tú ese libro?

Toma, si lo sé de memoria, me contestó riendo.

Entonces me contarás el fin de mi aventura.

Ya veremos si hay una oportunidad; por ahora, bebamos.

A la salud de mi amigo Pintó Pasos, me dijo en voz baja, tocando mi copa.

A la tuya, diablo, pues no sé otro modo de nombrarte.

Yo me llamo Rufiano, para servirte.

Mucho gusto tengo de saber tu nombre, porque ya no te llamaré simplemente diablo, cosa que te confunde con los demás.

Apenas vaciamos nuestras copas, cuando se oyó el pito de un tren que llegaba.

Vámonos, dijo Rufiano.

¿No toman antes otra copita? preguntó con cariño la diablesa.

Vamos, sirvela pronto, y la tomaremos á tu salud.

La diablesa sirvió las copas, nosotros las apuramos, y nos despedimos cortesmente de la linda cantinera.

El tren llamaba á los viajeros.

En los wagones se leía: "Segunda linea de Duenditania."

VII.

Subí á un wagón y tomé asiento junto á un espíritu. Busqué á Rufiano para que me contase el desenlace de mi aventura, pero el bribón no estaba allí.

Entonces pedí al servicial el libro de Yoya, y me contestó que no constaba en su catálogo.

Esta contrariedad hubiera producido en mí un humor horrible, pero el vino iba haciendo un efecto admirable. Yo reía, cantaba, me agitaba en el asiento y sentía unas expansiones de felicidad, como un muchacho de escuela á quien le dan suelta en una tarde de verano. Multitud de pensamientos, á cual más risueños, se extendían en mi cerebro, como un ejército que invadía una llanura.

Lo que más halagaba mi corazón, era que sólo venían á mi mente los recuerdos de los sucesos felices de mi existencia terrenal.

Largo rato permanecí absorto en mis ideas, sin apercibirme de la marcha del tren, ni hacer caso del espíritu que caminaba á mi lado.

Este, al fin, cansado de mi indiferencia, me sacó de mi enagenación dándome una palmadita en el hombro: compañero, me dijo, ¿qué cosas buenas se ha encontrado en el Infierno que tan contento le traen?

Nada, le contesté, sino cierto vinillo que me hizo tomar mi conductor; y quedéme admirado contemplando á mi vecino que tenía la facha más rara del mundo.

Su cara era sumamente pequeña y las facciones finas, pero la frente y toda la masa cerebral en extremo desarrolladas, de suerte, que el rostro vendría á ocupar la cuarta parte de la superficie de la cabeza. Los ojos rasgados, aunque muy poco abiertos, dejaban ver dos pupilas color de esmeralda, tan vivas y claras, que denotaban una grande inteligencia; las cejas delgadas, tendidas y prolongadas, eran de un rubio bastante subido; el pelo lo tenía corto y crespo, pocas pestañas, narices pequeñas y boludas en su extremidad, boca grande y labios delgados, la barba aguzada y saliente, sin bello ninguno, y la piel rubicunda por igual en todo el rostro.

El traje que vestía no era menos raro que el individuo. En

Me llevó en seguida á la cantina, y pidió dos copas de vino de *júbilo*, que nos sirvió una diablesa muy linda, vestida con una especie de bata carmesí, ceñida con un cinturón de charol negro, y que apenas bajaba de las rodillas, dejando ver unas piernas admirables, cubiertas de medias negras, y un lindísimo pié, calzado con un botín de raso, también carmesí.

El peinado que tenía la diablesa, era muy sencillo, sujeto con tridentes de oro y adornado con estrellas del mismo metal, que formaban como una de diadema.

Con una gracia encantadora llenó las copas, y fijando en mí una mirada que no pude sostener, dijo riendo, mostrando una rica dentadura: este caballero bien merece que se le sirva de este vino, porque según yo creo, aún no deja los recuerdos de su planeta.

Es cierto, contestó mi conductor, parece que por allá tuvo unos amores un poco estrafalarios, y como se encontró su historia en el libro de las aventuras de Yoya, se le han avivado los recuerdos.

¡Cómo! le dije sorprendido, ¿has leído tú ese libro?

Toma, si lo sé de memoria, me contestó riendo.

Entonces me contarás el fin de mi aventura.

Ya veremos si hay una oportunidad; por ahora, bebamos.

A la salud de mi amigo Pintó Pasos, me dijo en voz baja, tocando mi copa.

A la tuya, diablo, pues no sé otro modo de nombrarte.

Yo me llamo Rufiano, para servirte.

Mucho gusto tengo de saber tu nombre, porque ya no te llamaré simplemente diablo, cosa que te confunde con los demás.

Apenas vaciamos nuestras copas, cuando se oyó el pito de un tren que llegaba.

Vámonos, dijo Rufiano.

¿No toman antes otra copita? preguntó con cariño la diablesa.

Vamos, sirvela pronto, y la tomaremos á tu salud.

La diablesa sirvió las copas, nosotros las apuramos, y nos despedimos cortesmente de la linda cantinera.

El tren llamaba á los viajeros.

En los wagones se leía: "Segunda linea de Duenditania."

VII.

Subí á un wagón y tomé asiento junto á un espíritu. Busqué á Rufiano para que me contase el desenlace de mi aventura, pero el bribón no estaba allí.

Entonces pedí al servicial el libro de Yoya, y me contestó que no constaba en su catálogo.

Esta contrariedad hubiera producido en mí un humor horrible, pero el vino iba haciendo un efecto admirable. Yo reía, cantaba, me agitaba en el asiento y sentía unas expansiones de felicidad, como un muchacho de escuela á quien le dan suelta en una tarde de verano. Multitud de pensamientos, á cual más risueños, se extendían en mi cerebro, como un ejército que invadía una llanura.

Lo que más halagaba mi corazón, era que sólo venían á mi mente los recuerdos de los sucesos felices de mi existencia terrenal.

Largo rato permanecí absorto en mis ideas, sin apercibirme de la marcha del tren, ni hacer caso del espíritu que caminaba á mi lado.

Este, al fin, cansado de mi indiferencia, me sacó de mi enagenación dándome una palmadita en el hombro: compañero, me dijo, ¿qué cosas buenas se ha encontrado en el Infierno que tan contento le traen?

Nada, le contesté, sino cierto vinillo que me hizo tomar mi conductor; y quedéme admirado contemplando á mi vecino que tenía la facha más rara del mundo.

Su cara era sumamente pequeña y las facciones finas, pero la frente y toda la masa cerebral en extremo desarrolladas, de suerte, que el rostro vendría á ocupar la cuarta parte de la superficie de la cabeza. Los ojos rasgados, aunque muy poco abiertos, dejaban ver dos pupilas color de esmeralda, tan vivas y claras, que denotaban una grande inteligencia; las cejas delgadas, tendidas y prolongadas, eran de un rubio bastante subido; el pelo lo tenía corto y crespo, pocas pestañas, narices pequeñas y boludas en su extremidad, boca grande y labios delgados, la barba aguzada y saliente, sin bello ninguno, y la piel rubicunda por igual en todo el rostro.

El traje que vestía no era menos raro que el individuo. En

la cabeza llevaba un aro que la ceñía, y por medio de cuatro listones verticales adheridos á él, se sostenía una especie de casquete esférico, bordado de seda de brillantes colores y raros dibujos, sirviéndole de sombrero.

Su cuerpo lo cubría una dalmática de terciopelo azul, compuesta de dos piezas separadas, una destinada para el pecho y otra para la espalda, adhiriéndose por medio de botones desde el cuello hasta el hombro y desde debajo del brazo hasta la cintura. Las mangas se ponían por separado, asegurándose sobre el hombro por medio de un broche. En la parte delantera, y sobre el pecho, había una gran bolsa con cartera para guardar papeles, que también se cerraba con un broche. Aquella dalmática no bajaba más de una cuarta de la cintura, en cuyo lugar se ceñía con una faja de goma. Por abajo asomaba una enaguilla de mucho vuelo y bien plegada, que descendía hasta media pierna, terminando en picos y dejando ver unas botas de alto cañón charolado.

Después de un examen minucioso é impertinente, no pude menos de preguntar á aquel ente singular, que de qué país de la Tierra procedía, porque yo no recordaba haber visto nunca descrito, ni dibujado, un tipo como el que tenía delante de mi vista.

Yo no soy de la Tierra de usted, me contestó sonriendo.

¡Ah! ¿es usted acaso diablo también!

No, señor, me dijo, soy del planeta Marte.

¿De Marte? Exclamé lleno de admiración.

Sí, señor, del mismo Marte.

Cuánto me place, añadió, encontrar un espíritu que haya habitado otro planeta que el mío, porque de él podré saber otras cosas de las que conozco y menos malas sin duda. Esto se supone, contando con la amabilidad de usted, señor espíritu.

Tendré mucho placer en satisfacer á usted, contestó mi vecino cortesmente, tanto más, cuanto que espero de usted igual condescendencia.

Estoy conforme en contestarle á todas las preguntas que tenga á bien hacerme, le respondi con afabilidad.

En ese caso, voy á comenzar á contar á usted todo lo que pueda interesarle acerca del planeta de donde procedo.

Ya escucho con la mayor atención.

“Existen en el planeta Marte, dijo el espíritu, dos grandes continentes, separados por inmensos mares y colocados de tal manera, que son antípodas el uno del otro. Se extienden de

Norte á Sur en su mayor longitud, el uno se llama Hemisferio Oriental y el otro Occidental.

“Mientras hablaba el espíritu, había sacado de la bolsa del pecho un lápiz, y con la misma rapidez que describía, dibujó sobre la mesa una esfera con sus meridianos y paralelos, y luego la forma de los continentes. Yo lo contemplaba lleno de curiosidad.

“Aunque ambos se hallaban bastante poblados, prosiguió, por muchos siglos ignoraron los habitantes de cada uno, la existencia del otro, porque la navegación, muy imperfecta entonces, impedía á los marineros lanzarse á la alta mar, que ellos creían sin límites.

“Pero lo que los hombres no hicieron, lo vino á hacer la casualidad, ó mejor dicho, la Providencia. Un bajel cargado de viveres salido de un puerto del continente Occidental, para proveer á los habitantes de una isla inmediata, fué arrebatado por una ráfaga de viento llevándolo á la alta mar; después, arrastrado por corrientes impetuosas, siguió sin cesar caminando hasta descubrir tierra por el Oriente.

“Cuando llegó á la costa, atracó á ella y desembarcó la mayor parte de la tripulación que creyó que estaba en una isla desierta. Pero bien pronto descubrieron una aldea, cuyos vecinos, que trabajaban en el campo, atraídos por la novedad, fueron llegando y rodeándolos poco á poco, ofreciéndoles por señas la hospitalidad que los recién venidos aceptaron gozosos, aunque no menos sorprendidos de ver á aquellas gentes que se diferenciaban tanto de ellos.

“Los indigenas occidentales son blancos, de poca estatura, de miembros delgados aunque fuertes, de ojos azules y pelo castaño.

“Y los que encontraron en aquella tierra, en extremo musculosos, altos, de color rubicundo, ojos negros y pelo rojo, con un gesto de fiereza que nunca dejan.

“Ya se puede juzgar si con razón se admirarian unos y otros, de encontrarse con gentes de que no tenían noticia alguna.

“Alojados los huéspedes, se esparció por toda la comarca la noticia de la llegada de aquellos hombres singulares. El jefe de la demarcación dispuso que se custodiara el barco en que llegaron y que á ellos se los remitiesen para mandarlos al rey. En efecto, pocos días después los occidentales fueron conducidos á la corte donde llamaron mucho la atención.

“A lo que ellos pudieron entender, aquel era un pueblo belí-

coso, pues por todas partes encontraban hombres armados y de mala catadura.

“Pasados algunos días, comenzaron á aprender el idioma, y fueron importunados con multitud de preguntas sobre los países occidentales, su riqueza, población, clima, carácter de los habitantes, etc.

“Como las respuestas de los recién llegados daban una alta idea de las remotas regiones de donde procedían, enardecieron la curiosidad y la ambición del rey y de la corte, pasiones ambas, por desgracia, muy generalizadas entre los mortales. Esto dió lugar á que el rey mandara alistar una expedición para la conquista de aquella tierra, que á su imaginación se presentaba como un paraíso. Los marinos, temerosos de lanzarse á la inmensidad de las aguas, opusieron grandes dificultades, pero, como para el despotismo no hay obstáculos, la expedición se hizo á la vela á pesar del gran temor de los que la componían, y con ella embarcaron también á los occidentales.

“La única dirección que por entonces pudo dársele á la escuadra, fué la del rumbo por donde el Sol desaparecía. Así caminaba de día mientras el viento era favorable, pero en caso contrario, y por las noches, aferraban las velas y se mantenían sobre los remos. De aquí provino que el viaje se hiciera tan largo, que todos creyeron aquel mar sin límites y la gente, consternada y aflijida cayó en tal desconsuelo que no hacía otra cosa que gemir.

“Sin embargo, el día menos pensado, la Tierra apareció por la proa con todos sus encantos, arrastrando la brisa matinal los suaves aromas de las flores, que volvieron á aquellos desventurados la confianza y la dicha.

“Anclaron los bajeles cerca de una playa tan fértil como pintoresca, y comenzó la gente á efectuar su desembarco. Al momento se vieron rodeados de una multitud de campesinos que corrían en tropel hacia la orilla, atraídos por la novedad de aquellos buques, que tanto se diferenciaban de los que ellos conocían.

“Pero mayor era su admiración al encontrar hombres, que en su color como en su porte, aparecían tan extraños. A pesar de ésto, les ofrecieron frutas y viandas frescas, con la mejor voluntad.

“Barbarác, jefe de los Rudosianos, que así se llamaban los aventureros, hizo venir á los occidentales que traía consigo, para que sirvieran de intérpretes, con el objeto de tomar lengua sobre el estado del país; mas esto no fué posible por lo pronto, porque su idioma no era entendido por aquel pueblo.

“Entonces supo Barbarác que se hallaban en una nación limítrofe á la que buscaban. No fué por lo tanto difícil hallar un hombre que entendiese el idioma de los occidentales que venían en la expedición, y supieron que se hallaban en la República de Amoria, cuyo pueblo dócil y laborioso, vivía tan feliz como pueden los hombres vivir en los planetas.

“Barbarác pidió entonces que lo guiaran á una población inmediata, y que le indicaran un lugar seguro de la costa, donde fondear su escuadra, al abrigo de los vientos. Inmediatamente le facilitaron un guía para el ejército y un piloto para la escuadra; ambos se pusieron en marcha para la Ciudad de Candora que estaba situada á corta distancia.

“Aquella misma noche, los Rudosianos ocuparon la ciudad donde fueron recibidos fraternalmente, dando fondo la escuadra en una bahía amplia y segura.

“El gobernador de Candora puso en conocimiento del Padre del Pueblo, que así llamaban en Amoria al primer magistrado, la llegada de los extranjeros, y pidió instrucciones.

“Algunos días después, recibió la contestación del gobierno, concebida en estos términos:

“1º. Que los extranjeros debían ser recibidos como hermanos, por el Pueblo Americano, dándoles la bienvenida.

“2º. Que de los terrenos públicos se les dieran los necesarios para sus trabajos.

“3º. Que desde luego quedaban reconocidos como ciudadanos de la República y bajo su protección.

“Los Rudosianos recibieron al parecer con muestras de gratitud las resoluciones del gobierno, y desde luego tomaron posesión del terreno que les destinaban, pero, en vez de casas de campo y de cortijos, levantaron en pocos días, con admiración de los Americanos, una ciudad rodeada de murallas y de torres, que armaron con máquinas de guerra.

“Desde entonces los habitantes de Candora no tuvieron sosiego ni seguridad.

“Los Rudosianos, hacían frecuentes incursiones á la ciudad, donde cometían mil excesos.

“Un día, á consecuencia de un grave ultraje hecho á una ciudadana, el pueblo corrió á las armas. Vencidos por los Rudosianos, los Americanos tuvieron que retirarse al interior del país, abandonando la ciudad, que ocuparon los invasores fortificándose en ella.

“Entre tanto, varios bajeles habían sido despachados para

Rudosía con noticias del país, y no tardaron en llegar abundantes resfuerzos.

“La República, por su parte, llamó á sus hijos á las armas, y un ejército numeroso marchó á reconquistar la plaza perdida.

“Los Rudosianos no esperaron dentro de sus murallas, antes salieron á dar batalla campal.

“Aunque los Americanos eran valientes, una larga paz los habia hecho olvidar el arte de la guerra, y por lo mismo, no podían competir con sus adversarios, hombres belicosos, que casi no tenían otra ocupación.

“Además de la ventaja de sus armas y de su táctica, llevaban unos magníficos perros, que armados de un par de chuzos, sujetos á sus flancos, hacían destrozos en las filas enemigas.

“Cada hombre manejaba fácilmente dos de estos animales, que entendían por sus nombres, y obedecían la voz de sus jefes. Para preservarlos de las armas de los adversarios, llevaban al cuello un corbatín de hierro guarnecido de puas y una especie de caparazón que les cubría el lomo, del cual pendían los chuzos.

“Con semejantes elementos, los Rudosianos ganaron la mayor parte de las batallas, á pesar del heroísmo de los Americanos, á quienes acabaron por conquistar y someter á la esclavitud.

“Desde entonces los Americanos y sus vecinos, á quienes también dominaron los Rudosianos, fueron muy infelices.

“Durante mil doscientos años, sufrieron aquellos pueblos el yugo de fierro que les impusieron sus conquistadores, teniendo que abandonar su religión, su idioma y sus costumbres, para adoptar las de los vencedores. Estos no tuvieron escrúpulo de enlazarse con las bellas Americanas, y de esta unión resultó una raza mixta, á la que yo pertenezco.

“Hace unos ciento cincuenta años que no pudiendo los hijos de Amoría sufrir más el yugo de los dominadores, y habiendo aprendido á manejar las armas, sobre todo, los grandes perros de los Rudosianos, se insurreccionaron, y después de una lucha sangrienta que duró más de veinticinco años, en la que los rasgos heroicos abundaban por ambas partes, consiguieron al fin su independencia.

Muchos años pasaron sin que Rudosía reconociera á Amoría como pueblo independiente, pero después de varias tentativas desgraciadas de reconquista, mirando que sus intereses se perjudicaban, Rudosía aceptó la paz y Amoría entró en la categoría de los pueblos libres.

“Los Americanos se constituyeron en república, como habían

estado sus antepasados, mas una época tan larga de servidumbre habia envilecido al pueblo, y los intereses creados por la monarquía se oponían al desarrollo de las prácticas republicanas.

“Otro elemento nocivo habia en la república.

“Los aristócratas habian odiado á los dominadores por celos del poder que ejercían. Así fué, que al hacerse la independencia, les pareció que debían ser los sucesores de los conquistadores, de manera, que el pueblo no hubiese hecho otra cosa que variar de amo.

“Todo su conato era copiar las añejas formas del tiempo colonial é impedir con todas sus fuerzas el desarrollo físico y moral de la nación, aún cuando á consecuencia de este error el país fuese el juguete de todo el mundo, á causa de su debilidad.

“Los verdaderos patriotas, al contrario, querían ilustrar y educar al pueblo, y hacer fuerte al país, para que quedara asegurada la independencia para siempre.

“Tan contrarios principios dieron origen á una serie de guerras interiores que desmoralizaron la sociedad y debilitaron á la nación, en términos, que las otras potencias ultrajaban impunemente las fronteras y las costas de la patria.

“Cuando los partidos estuvieron equilibrados, las conjuraciones y los motines se hicieron mas frecuentes; ningún gobierno podía permanecer en el poder.

“En vista de semejante inestabilidad, un filósofo propuso que puesto que periódicamente se suplantaban los gobiernos á fuerza de sangre y de exterminio, sería más prudente, que un año gobernare cada partido.

Esta ingeniosa proposición fué admitida, y desde luego se puso en planta. Empero, sucedió que los resultados no correspondieron á las esperanzas de la teoría.

“Cada gobierno que se instalaba no se ocupaba en otra cosa que en destruir lo que habia edificado su antecesor, y de este desorden resultaron tales disgustos que la guerra volvió á asomar su cabeza amenazadora.

“Los hombres pensadores creyeron que se hacía indispensable que uno de los partidos se hiciera de la situación y gobernase el país conforme sus doctrinas.

“Los republicanos que conocían bien esta necesidad, no se atrevieron á violar el pacto solemne que existía. Los absolutistas, menos escrupulosos, pusieron en práctica esta idea y cuando les tocaba entregar el poder se negaron, declarando que sólo ellos po-

dían salvar á la nación que se hallaba en peligro, y que para lograr sus fines harían uso de la fuerza.

“Los republicanos, que en obsequio de la paz habian consentido en tolerar ciertas costumbres y preeminencias que desde el tiempo de la conquista se habian establecido, favoreciendo á determinadas clases de la sociedad, se indignaron con la villanía de los aristócratas, y resolvieron en una asamblea reunida en el campo, que en lo sucesivo no reconocería la república preeminencias de ninguna clase en ninguno de sus hijos, y que todos serían iguales ante la ley.

“Esto dió lugar á una guerra más terrible y sangrienta que las anteriores, pero la ilustración que crecía de día en día, por una parte, y la severidad que desplegaron los republicanos, por otra, debilitaron de tal modo al partido del retroceso, que vencido entonces no volvió á levantarse jamás.

“La República de Amoría se consolidó desde aquella época; hoy su pueblo es ilustrado, virtuoso y feliz, y la nación es respetada en toda la redondez del Planeta Marte.”

VIII.

¡Válgame Dios! exclamé, y cuantas semejanzas encuentro entre las cosas de Marte y las de la Tierra. No parece sino que la naturaleza y los acontecimientos humanos están sujetos en todo el universo á unas mismas leyes.

Así será seguramente, me contestó el espíritu. ¿Pero usted fué habitante de la Tierra?

Sí, señor, y de un pueblo que ha sido víctima de acontecimientos fatales, muy semejantes á los de Amoría, con la diferencia que allí se está aún muy lejos de llegar á un resultado satisfactorio.

Yo nací en una época en que el hombre era un verdadero esclavo. Mil tiranías pesaban sobre él, las cuales parecían conspirar á destruir su energía y los más generosos instintos.

Aunque después las cosas han cambiado mucho, todavía las leyes, los usos, las costumbres, las modas, las preocupaciones, la fuerza, la riqueza, y la arbitrariedad de los gobernantes, pe-

san de tal manera sobre la criatura, desde el momento en que vé la luz, y la acompañan con tal tenacidad en toda su carrera, que no la abandonan sino bajo la tierra de la tumba.

Esfuerzos poderosos hacen los pueblos del Globo Terráqueo especialmente el de mi país, para arrojar de sí tan pesado yugo; mas á pesar de los mil sacrificios impendidos, y de rios de sangre derramada, dista mucho el hombre de la Tierra para llegar á la perfección social que tanto anhela.

Hombres de privilegiado talento han insistido mucho sobre los derechos y las esperanzas de la humanidad, iluminando las oscuras sendas, que ésta sigue, como fanales colocados por la mano de Dios en el camino incierto del porvenir. Empero, el interés y los abusos, más fuertes que estos hombres, les han obstruido muchas veces su camino, aunque sin poder extinguir la luz brillante que de sus cerebros irradiaba.

Pero me he dejado llevar de mi entusiasmo, dije interrumpiéndome, sin haber dicho á usted aún nada de lo que ha acontecido en mi planeta.

Procederé, pues, con método, como lo hizo usted, para imponerle lo mejor que pueda, de algunos de los principales acontecimientos de la Tierra.

Ya no te queda tiempo para eso, dijo una voz detrás de mí, prorumpiendo su dueño en una festiva carcajada.

Volví la cabeza, y me encontré á mi amigo Rufiano que señalaba con su descarnado dedo un aparato colocado en el centro del pequeño librero del wagón.

Y, bien, le dije; ¿qué quiere decir eso?

Quiere decir, que solamente nos faltan cinco minutos para llegar al parador, donde se cambian trenes, y es probable que en tan corto tiempo no tendrás lugar para contar, ni á zancadas, la embrollada historia del más insoportable de los mundos.

¿Y, qué tiene que ver en todo esto, el extraño aparato que me señalas?

Porque ese, ahí donde tú lo ves, es la inteligencia que marca las millas que recorreremos, y según indica, solamente faltan cuatro.

Eso no es un inconveniente, porque en el resto del viaje tendré tiempo para relatar cuanto se me venga á las mientes.

Vuelves á equivocarte lastimosamente, dijo Rufiano, porque este caballero no va á Duenditania, sino á Furias, cuyo camino se separa en la próxima estación.

¿Es cierto lo que dice este diablo? le pregunté á mi compañero.

dían salvar á la nación que se hallaba en peligro, y que para lograr sus fines harían uso de la fuerza.

“Los republicanos, que en obsequio de la paz habian consentido en tolerar ciertas costumbres y preeminencias que desde el tiempo de la conquista se habian establecido, favoreciendo á determinadas clases de la sociedad, se indignaron con la villanía de los aristócratas, y resolvieron en una asamblea reunida en el campo, que en lo sucesivo no reconocería la república preeminencias de ninguna clase en ninguno de sus hijos, y que todos serían iguales ante la ley.

“Esto dió lugar á una guerra más terrible y sangrienta que las anteriores, pero la ilustración que crecía de día en día, por una parte, y la severidad que desplegaron los republicanos, por otra, debilitaron de tal modo al partido del retroceso, que vencido entonces no volvió á levantarse jamás.

“La República de Amoría se consolidó desde aquella época; hoy su pueblo es ilustrado, virtuoso y feliz, y la nación es respetada en toda la redondez del Planeta Marte.”

VIII

¡Válgame Dios! exclamé, y cuantas semejanzas encuentro entre las cosas de Marte y las de la Tierra. No parece sino que la naturaleza y los acontecimientos humanos están sujetos en todo el universo á unas mismas leyes.

Así será seguramente, me contestó el espíritu. ¿Pero usted fué habitante de la Tierra?

Sí, señor, y de un pueblo que ha sido víctima de acontecimientos fatales, muy semejantes á los de Amoría, con la diferencia que allí se está aún muy lejos de llegar á un resultado satisfactorio.

Yo nací en una época en que el hombre era un verdadero esclavo. Mil tiranías pesaban sobre él, las cuales parecían conspirar á destruir su energía y los más generosos instintos.

Aunque después las cosas han cambiado mucho, todavía las leyes, los usos, las costumbres, las modas, las preocupaciones, la fuerza, la riqueza, y la arbitrariedad de los gobernantes, pe-

san de tal manera sobre la criatura, desde el momento en que vé la luz, y la acompañan con tal tenacidad en toda su carrera, que no la abandonan sino bajo la tierra de la tumba.

Esfuerzos poderosos hacen los pueblos del Globo Terráqueo especialmente el de mi país, para arrojar de sí tan pesado yugo; mas á pesar de los mil sacrificios impendidos, y de rios de sangre derramada, dista mucho el hombre de la Tierra para llegar á la perfección social que tanto anhela.

Hombres de privilegiado talento han insistido mucho sobre los derechos y las esperanzas de la humanidad, iluminando las oscuras sendas, que ésta sigue, como fanales colocados por la mano de Dios en el camino incierto del porvenir. Empero, el interés y los abusos, más fuertes que estos hombres, les han obstruido muchas veces su camino, aunque sin poder extinguir la luz brillante que de sus cerebros irradiaba.

Pero me he dejado llevar de mi entusiasmo, dije interrumpiéndome, sin haber dicho á usted aún nada de lo que ha acontecido en mi planeta.

Procederé, pues, con método, como lo hizo usted, para imponerle lo mejor que pueda, de algunos de los principales acontecimientos de la Tierra.

Ya no te queda tiempo para eso, dijo una voz detrás de mí, prorumpiendo su dueño en una festiva carcajada.

Volví la cabeza, y me encontré á mi amigo Rufiano que señalaba con su descarnado dedo un aparato colocado en el centro del pequeño librero del wagón.

Y, bien, le dije; ¿qué quiere decir eso?

Quiere decir, que solamente nos faltan cinco minutos para llegar al parador, donde se cambian trenes, y es probable que en tan corto tiempo no tendrás lugar para contar, ni á zancadas, la embrollada historia del más insoportable de los mundos.

¿Y, qué tiene que ver en todo esto, el extraño aparato que me señalas?

Porque ese, ahí donde tú lo ves, es la inteligencia que marca las millas que recorreremos, y según indica, solamente faltan cuatro.

Eso no es un inconveniente, porque en el resto del viaje tendré tiempo para relatar cuanto se me venga á las mientes.

Vuelves á equivocarte lastimosamente, dijo Rufiano, porque este caballero no va á Duenditania, sino á Furias, cuyo camino se separa en la próxima estación.

¿Es cierto lo que dice este diablo? le pregunté á mi compañero.

Si lo es, por desgracia, pues me voy lleno de curiosidad, me dijo; sin embargo, yo iré alguna vez á Duenditania, y he de buscar á usted, para que me instruya de lo que pasa en su planeta.

En esto, llegamos á la estación, que no tenía otra cosa de particular sino ser muy semejante á la primera.

Descansamos, comimos y bebimos gozosos en el cenador de un pequeño jardín, y cuando llegó la hora de la partida, que no se hizo esperar, nos despedimos el espíritu de Marte y yo, prometiendo escribirnos, mientras nos volviamos á ver, y cambiamos nuestros nombres.

El espíritu se llamaba "Foscol," nombre que consigné á mi memoria, mientras él escribió en su cartera Pascual Pintó Pasos.

El caballero Foscol montó en un pequeño tren que iba á Furias y yo subí á la "Tercera línea de Duenditania."

Esta era muy semejante á las anteriores, sin faltarle su libreto ni su "*Viametro*."

En cuanto me instalé en mi asiento, pedí á un *servicial*, como de costumbre, "Las Travesuras de Yoya;" desgraciadamente no las tenía.

Me ocurrió que Rufiano podría contarme el desenlace de mi aventura, mas el tunante había desaparecido como la vez anterior.

Aburrido de mi soledad, me acurruqué en mi butaca, y con aire distraído fui contemplando la campiña. El país que recorriamos era una sucesión de lomas, dominadas de vez en cuando por pequeños collados; á proporción que avanzábamos, los campos se hallaban en mejor estado de cultivo.

Poco á poco fué llegando la noche, clara y magnífica, como son las de Júpiter.

A pesar de llevar la cabeza cargada con los prodigiosos acontecimientos que habían pasado por mí, desde que *entré á mejor vida*, el cansancio me venció, y pronto me sumerguí en un profundo y tranquilo sueño.

Dos horas habrían trascurrido, cuando me desperté sobresaltado, al contacto de una mano que bruscamente se posó sobre mi hombro. ¿Quién es el majadero que así interrumpe mi sueño? fué lo primero que dije, bostezando y restregándome los ojos.

Yo, tu amigo y conductor Rufiano, dijo el diablillo, que te vengo á anunciar que vamos llegando á Duenditania, donde tendré el gusto de entregarte á quien vas consignado, y dejarte libre de mis impertinencias.

Bien te hubiera agradecido que tuvieras una poca de paciencia, no despertándome hasta que el tren hubiese parado.

¡Desagradecido! contestó Rufiano con ironía; te hubieras perdido entonces del grandioso espectáculo que se va á presentar pronto á tu vista.

Ya he visto tantas cosas, le repliqué, menos incómodo, que no creo que nada me cause admiración.

Pronto juzgarás, mira, ya se empieza á descubrir la ciudad; en cuanto el tren acabe de recorrer la curva que ahora empieza, Duenditania con todo su esplendor se presentará á tu vista por entero.

Con efecto, pocos momentos pasaron cuando apareció á mis ojos absortos la opulenta ciudad de los duendes; fantástica, increíble, maravillosa; mucho más que las ciudades de las Mil y una Noches, ó las de los cuentos de las hadas.

Era una inmenso círculo luminoso, formado por multitud de edificios transparentes, cuyas luces de mil colores, difundándose en la atmósfera, coronaban á la ciudad con una bóveda de suave é indescriptible claridad.

Las cúpulas, las torres y los minaretes, se destacaban en el horizonte dominando la luz de la Luna. Aquel inmenso grupo de palacios, de templos y de casas encantadoras, construidas con un arte admirable, parecía correr á nuestro encuentro.

Por fin, el ferrocarril penetró en la ciudad y comenzó á recorrer una curva interminable, que se iba cerrando cada vez más.

Los rieles estaban colocados en el eje de una anchísima calle, cuyo pavimento era de mármol azul y blanco formando rombos.

Esta gran calle, la principal de la ciudad, forma una larga espiral que termina en la plaza mayor, que es un gran círculo.

No puede comprender la imaginación más vigorosa todos los encantos que encierra la capital de los duendes, principalmente en aquellas horas consagradas al comercio y al placer.

Los edificios son construidos con trozos de cristal de diferentes colores, de cuyo material sacan los arquitectos gran partido para los adornos de las fachadas, y como por dentro las iluminan á *giorno*, desde la calle se ven transparentes, con sus bien combinados colores y sus relieves brillantes sobre fondo opaco.

Si á esto se añaden los teatros, los paseos y otros sitios de re-

creo, la multitud de tiendas luciendo sus elegantes aparadores, cargados de preciosos objetos, y la muchedumbre recorriendo las calles, se tendrá una débil idea de lo que es Duenditania, capital del Estado de los Duendes en la República Infernal.

La admiración y el estupor se habían apoderado de mí; no podía menos de preguntarme si estaba soñando, ó si positivamente era una realidad todo lo que veía.

Cuando llegamos á la plaza, mi estupefacción llegó á su colmo. En el fondo se veía el palacio del gobierno construido sobre una gran plataforma que se elevaba algunos metros sobre el nivel del suelo, á la cual se ascendía por espaciosa escaleras colocadas en los cuatro puntos cardinales.

El primer piso estaba formado con una gran columnata de monolitos de cristal rojo, coronada por una cornisa verde, adornada con coronas de rosas, ejecutadas en cristal blanco. Detrás de esta columnata, se veía una arquería de color blanco apagado, con relieves brillantes, dejando un tramo suficiente para el tránsito, formando un corredor ó portal al rededor del edificio.

Los pisos superiores que eran dos, correspondían en todo á la grandiosidad del primero; cada piso sostenía una balaustrada de bronce con grandes jarrones, que no se interrumpía en ninguna parte, y en la azotea, en vez de jarrones había grandes estatuas.

Fué tanta la enagenación de mis sentidos al contemplar aquella maravilla, que á pesar de haber parado el tren y de haber bajado de los wagones todos los viajeros, yo permanecía en mi asiento como clavado en él.

Sin duda no hubiera vuelto en mí, si el bueno de Rufiano, con sus genialidades de siempre, no me hubiese halado de una oreja.

Amigo, me dijo riendo, parece que no te desagrada la ciudad de los duendes.

¡Esto es estupendo! le contesté, parece que soy víctima de una alucinación.

Ya te irás familiarizando; y verás otras maravillas del pueblo más industrial del Infierno; ahora lo que interesa, es que nos presentemos al gobernador, para que disponga de tí. Yo por mi parte, ya deseo con el alma terminar mi misión contigo.

IX.

Vamos, le contesté suspirando, y bajamos del wagón.

Eché á andar Rufiano y yo lo seguí. Atravesamos la gran plaza, llegamos al pié de la escalinata, subimos veinte escalones, y por último, nos introdujimos por el elegante pórtico del palacio.

Nos hallamos en un extenso patio rodeado de amplias galerías, donde paseaban conversando multitud de duendes.

La arquitectura del patio correspondía con la de la fachada. En el centro había una hermosa fuente de alabastro con una estatua de plata, que representaba la justicia, simbolo que respetan mucho los habitantes de Duenditania.

Cuatro pequeños jardines con balaustradas de bronce, rodeaban la fuente formando cuatro calles, que dividían el patio en partes iguales.

Un sinnúmero de luces iluminaba los corredores y las oficinas.

Rufiano me hizo subir por una soberbia escalera de jaspes, de extraños y bellos colores, que en cuatro ramales conducía á los pisos superiores, separando el primer patio de otro interior, que correspondía al centro del edificio, siendo de mayores dimensiones que el primero y que otros tres, uno por cada viento, que coincidían con las fachadas respectivas.

En el centro del gran patio había otra fuente con un grupo magnífico que representaba la caída de los ángeles. El pavimento era de mármol rojo y blanco, alternando en rombos y sustentaba elegantes jarrones de porcelana, que estaban sembrados con naranjos enanos cargados de azahar.

Cuando llegamos al primer piso, anduvimos tres corredores para llegar á un salón que se hallaba situado del lado de la fachada por donde entramos. En aquel salón asistía el gobernador.

Un u gier colocado en la puerta nos hizo pasar, y nos encontramos en un aposento de grande extensión, bien alfombrado, con cómodos divanes al rededor, y muchas filas de sillas en el centro, á manera de teatro.

creo, la multitud de tiendas luciendo sus elegantes aparadores, cargados de preciosos objetos, y la muchedumbre recorriendo las calles, se tendrá una débil idea de lo que es Duenditania, capital del Estado de los Duendes en la República Infernal.

La admiración y el estupor se habían apoderado de mí; no podía menos de preguntarme si estaba soñando, ó si positivamente era una realidad todo lo que veía.

Cuando llegamos á la plaza, mi estupefacción llegó á su colmo. En el fondo se veía el palacio del gobierno construido sobre una gran plataforma que se elevaba algunos metros sobre el nivel del suelo, á la cual se ascendía por espaciosa escaleras colocadas en los cuatro puntos cardinales.

El primer piso estaba formado con una gran columnata de monolitos de cristal rojo, coronada por una cornisa verde, adornada con coronas de rosas, ejecutadas en cristal blanco. Detrás de esta columnata, se veía una arquería de color blanco apagado, con relieves brillantes, dejando un tramo suficiente para el tránsito, formando un corredor ó portal al rededor del edificio.

Los pisos superiores que eran dos, correspondían en todo á la grandiosidad del primero; cada piso sostenía una balaustrada de bronce con grandes jarrones, que no se interrumpía en ninguna parte, y en la azotea, en vez de jarrones había grandes estatuas.

Fué tanta la enagenación de mis sentidos al contemplar aquella maravilla, que á pesar de haber parado el tren y de haber bajado de los wagones todos los viajeros, yo permanecía en mi asiento como clavado en él.

Sin duda no hubiera vuelto en mí, si el bueno de Rufiano, con sus genialidades de siempre, no me hubiese halado de una oreja.

Amigo, me dijo riendo, parece que no te desagrada la ciudad de los duendes.

¡Esto es estupendo! le contesté, parece que soy víctima de una alucinación.

Ya te irás familiarizando; y verás otras maravillas del pueblo más industrial del Infierno; ahora lo que interesa, es que nos presentemos al gobernador, para que disponga de tí. Yo por mi parte, ya deseo con el alma terminar mi misión contigo.

IX.

Vamos, le contesté suspirando, y bajamos del wagón.

Eché á andar Rufiano y yo lo seguí. Atravesamos la gran plaza, llegamos al pié de la escalinata, subimos veinte escalones, y por último, nos introdujimos por el elegante pórtico del palacio.

Nos hallamos en un extenso patio rodeado de amplias galerías, donde paseaban conversando multitud de duendes.

La arquitectura del patio correspondía con la de la fachada. En el centro había una hermosa fuente de alabastro con una estatua de plata, que representaba la justicia, simbolo que respetan mucho los habitantes de Duenditania.

Cuatro pequeños jardines con balaustradas de bronce, rodeaban la fuente formando cuatro calles, que dividían el patio en partes iguales.

Un sinnúmero de luces iluminaba los corredores y las oficinas.

Rufiano me hizo subir por una soberbia escalera de jaspes, de extraños y bellos colores, que en cuatro ramales conducía á los pisos superiores, separando el primer patio de otro interior, que correspondía al centro del edificio, siendo de mayores dimensiones que el primero y que otros tres, uno por cada viento, que coincidían con las fachadas respectivas.

En el centro del gran patio había otra fuente con un grupo magnífico que representaba la caída de los ángeles. El pavimento era de mármol rojo y blanco, alternando en rombos y sustentaba elegantes jarrones de porcelana, que estaban sembrados con naranjos enanos cargados de azahar.

Cuando llegamos al primer piso, anduvimos tres corredores para llegar á un salón que se hallaba situado del lado de la fachada por donde entramos. En aquel salón asistía el gobernador.

Un ugiere colocado en la puerta nos hizo pasar, y nos encontramos en un aposento de grande extensión, bien alfombrado, con cómodos divanes al rededor, y muchas filas de sillas en el centro, á manera de teatro.

La cóncava techumbre imitaba la bóveda celeste, tachonada de estrellas y cometas, ya de oro, ya de plata. En la parte más elevada lucía un Sol, formado de cristal, á manera de lente, que se iluminaba por la parte superior derramando una luz clarísima y apacible, más que suficiente para alumbrar aquella localidad.

En una de las cabeceras se levantaba un trono de cristal y marfil, cubierto con un rico dosel y cortinaje de raso blanco, bordado de oro.

Debajo del dosel había una estatua de la justicia, y al pié de ella estaba el gobernador sentado delante de una mesa.

Vestía aquel funcionario lo mismo que los demás habitantes del Infierno que yo había visto hasta entonces, sin más distinción que una rica estrella de brillantes que pendía del cuello, cuya joya era el distintivo del mando que ejercía.

Muchos espíritus se hallaban en el salón presentando sus pasaportes. El gobernador, después de reconocerlos, les ponía una contraseña, devolviéndolos á los interesados; éstos desaparecían por una de dos puertas que había á los lados del trono.

Nos tocó nuestro turno y pasamos á otro salón menos elegante, en donde había varios empleados que amortizaban los pasaportes.

Rufiano entregó el mío, y recibió en cambio una boleta en que constaba mi nombre y el número de orden, con advertencia de que debía presentarme á la mañana siguiente.

Recibió también otra boleta, para que nos dieran alojamiento en el "Hotel de los Ultra-Aéreos."

Cuando hubimos terminado nuestro quehacer en Palacio, fuimos en busca del hotel. Este era un edificio espacioso con numerosos departamentos. Cada uno de éstos tenía cortinas tupidas y oscuras para cubrir interiormente las paredes é interceptar la luz cuando conviniera evitar la diafanidad del cristal. Nos colocaron en una habitación cómoda y confortable, donde pasamos la noche perfectamente.

Al día siguiente muy temprano, Rufiano se despidió de mí algo conmovido, y marchó á continuar sus interminables expediciones.

Yo me dirigí á Palacio. Me llamó la atención que en él no hubiese guardias de ninguna clase, y que no se ocuparan más que el número indispensable de empleados para el servicio.

Subí á la oficina donde estuvimos la noche anterior, presentando la boleta que me había entregado Rufiano.

En el instante, el encargado de la mesa me dió un vale contra el tesorero, por valor de cincuenta luzbeles de oro, y un cuadernito con la constitución del Estado, para que me impusiera de ella, previniéndome que se me concedían ocho días de plazo para conocer la ciudad y habilitarme de las pequeñeces que necesitara, pues se me destinaba á vivir en el campo, en un lugar bastante retirado y solitario.

Sali de allí contentísimo, cobré los cincuenta luzbeles en la tesorería, donde, con grande admiración mía, no me detuvieron ni un momento, y busqué un "cicerone" para que me dirigiera.

Lo primero que hice fué estudiar el aspecto general de la ciudad y su plano, que me parecía defectuoso, á consecuencia de aquella larguísima espiral que formaba la calle de la entrada; pero me equivocaba. Desde la gran plaza, como centro, partían veinticuatro radios, ú otras tantas calles, que dividían la espiral en partas desiguales, y tanto mayores, cuanto más se alejaban del centro. Para remediar el inconveniente que podría resultar de las manzanas demasiado grandes, éstas estaban divididas por otras calles, más estrechas que las primeras, y que se cortaban en ángulos rectos.

Desde la gran plaza se podían ver los alrededores de la ciudad, porque á ello se prestaban aquellas calles tan anchas y tan rectas, que formaban los radios. Para la circulación, había gran facilidad también, porque á un punto dado se podía ir por un camino más corto que con otro trazo.

Después de examinar con atención la ingeniosa planta de la ciudad, pedí á mi guía me condujera al Templo mayor.

Era éste una rotonda, rodeada de grandes columnas de cristal, con bases y capiteles de bronce dorado, primorosamente cincelados. Tenía á cada viento un espacioso peristilo sostenido por varias hileras de columnas sobre una plataforma, á la que se ascendía por su correspondiente escalera de mármol.

En el interior se veían tres series de hermosas pilastras, sosteniendo con el muro exterior las bóvedas, que formaban tres naves circulares. En el centro se elevaba una grandiosa cúpula en cuya concavidad estaba pintada en los mismos cristales, la caída de los ángeles. Debajo de la cúpula se hallaba un elegante y riquísimo altar, construido de mármol, oro, plata y otros metales preciosos, adornado profusamente de pedrería.

El pavimento del templo era un mosaico de mérito sobresaliente. De las bóvedas pendían lámparas de oro cincelado, de un trabajo exquisito.

Mucho tiempo estuve contemplando aquel prodigio del arte, sin hallar en mi memoria ningún recuerdo de haber visto ni soñado cosa semejante.

Después me puse á pensar en el asunto que representaba la pintura de la cúpula, que ya veía por segunda vez, y no encontrando una solución que me satisficiera, me decidí á preguntar á mi "cicerone," que se explicó del modo siguiente:

"En el pasaje que representa esta pintura está fundada nuestra religión.

"Allá, hace muchos miles de años, vivíamos felices en la Mansión Celestial, alabando sin cesar al Sér Supremo, Hacedor del Universo. Luzbel, seducido por su esplendente hermosura, y por la gran ciencia con que el Señor lo había bondadosamente enriquecido, se rebeló contra Dios, seguido por muchos espíritus soberbios, á quienes halagó con promesas. Otros menos culpables, siguieron á éstos, porque los amaban, pero sin rebelarse contra el Señor.

"La Majestad Divina, justamente irritada, descargó su potente cólera contra aquellos réprobos, y los arrojó del cielo para siempre. Pero, tal vez condolido Nuestro Señor de los desgraciados espíritus que habían sido arrastrados por el amor, dulcificó su pena, y aunque los puso en el mismo planeta que habitan los demonios, no arrojó sobre ellos el peso de su santa indignación. Por eso ves que el pueblo de los duendes forma un Estado soberano, si bien pertenece á la República Infernal. Y en verdad que no nos quejariamos de nuestro infortunio, si no estuviésemos privados de la excelsa vista del Supremo Criador.

"Nuestra religión, pues, se funda en confesar y tener siempre á la vista nuestro pecado, en alabar continuamente al Señor, y alimentar la dulce esperanza de que después de los siglos, con las oraciones y la penitencia, conseguiremos el perdón de nuestro gran delito, y volveremos á habitar en la patria celestial.

"Por eso, en todas partes tenemos á la vista el cuadro de nuestra culpa, para estar siempre dispuestos al arrepentimiento y á la oración."

Muy bien me parece, le dije, que ustedes se afanen por desagrar á la Majestad ofendida, ¿pero, cómo es esto compatible con el oficio detestable que desempeñan, seduciendo á los hombres para que ofendan á Dios y pierdan sus almas?

Desde la fundación del Infierno, me contestó, los diablos, por la permisión de Dios no se han ocupado en otra cosa, y como

por nuestro pecado quedamos en parte sujetos á su dominio, tenemos que obedecerlos en esto; pero siempre nos hemos negado á inducir á los hombres á los grandes crímenes: en lo único que nos ocupamos es en hacerles perder la paciencia, descomponiendo sus negocios, y principalmente enredándolos en sus amores, porque es condición de la misera humanidad, á consecuencia de su pecado, estar condenada á amar sin remedio, y que ésta sea la causa principal de sus tormentos y desgracias.

Yo creí que los duendes vivían absolutamente independientes de los diablos, puesto que forman un Estado aparte, dije al "cicerone."

Es verdad que tenemos nuestras leyes para todo lo que atañe al régimen interior del Estado, pero tenemos que sujetarnos en lo general, á las decisiones del congreso de Infernópolis, como que somos parte integrante de la Federación Infernal.

En esta conversación entretenidos, nos habíamos alejado insensiblemente del Templo mayor, acercándonos á un gran edificio en cuyo frontis se leía en gigantescos caracteres: "Escuela de Minerva."

Yo marchaba pensativo y cabizbajo, á consecuencia de las cosas que veía en el Infierno, porque todo iba saliendo al revés de lo que había pensado ó me habían enseñado en la Tierra.

Lo que últimamente me traía trastornado el cerebro, era el haber hallado una república, y nada menos que democrática y federativa, en donde hubiera jurado mil veces que debería haber una monarquía de lo más refinadamente absoluta.

Me disponía á inquirir de mi "cicerone" en qué consistía esta mudanza, cuando levantando la vista y descubriendo el letrero que decía "Escuela de Minerva," mi pensamiento tomó otro giro, y me dejé conducir por el guía que se dirigió á la gran casa.

Era ésta una academia, á donde concurrían los duendes más sabios, á escribir sus libros, á disertar sobre la política, costumbres y civilización de los diversos pueblos de los planetas: á aumentar y perfeccionar sus conocimientos en astronomía, historia universal, bella literatura, y en fin, á hacer descubrimientos útiles para la república.

Entre los muchos individuos que había allí, uno sobre todo me llamó la atención. Erase un duende de aspecto venerable y simpático, que se hallaba cómodamente instalado en un sillón de brazos, y poseído al parecer de un éxtasis, ó del sueño magnético. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos cerrados. Su fisonomía se contraía según las sensaciones que ex-

perimentaba, y algunas veces una fugaz sonrisa vagaba por sus labios delgados.

Delante de aquel duende, había una mesita con un aparato bien raro, parecido á una máquina telegráfica. Esta maquineta estaba en movimiento; de ella salía una tira de papel continuo, con caracteres impresos, enredándose en seguida en unos cilindros.

Pendían del aparato dos hilos metálicos, revestidos de seda verde, en cuyos extremos había dos planchuelas, que el duende tenía aplicadas en ambas sienes, sujetas con un cordón asegurado al rededor de la cabeza.

Yo no podía comprender lo que aquello contenía, pero mi "cicerone" me lo explicó.

Este es, me dijo, uno de los mayores milagros del electro-magnetismo. Es una invención reciente, tanto, que la Academia no posee más que este ejemplar. Su objeto es transmitir los pensamientos al papel sin molestarse en escribirlos. El que va á usar la máquina, la carga con su fluido y cuando está preparada, le imprime el movimiento, que ya no cesa, sino con la voluntad del escritor. Sentado éste cómodamente en un lugar solitario y silencioso, aplica á las sienes esas planchuelas y desde luego corren por ellas y por los alambres, que el fluido trasmite al papel, todos los pensamientos, sin molestia ninguna del pensador.

Debía haberme acostumbrado á las sorpresas que se sucedían sin interrupción, desde que mi alma hubo de abandonar su mortal envoltura; pero á la verdad los objetos que las causaban, eran de tal naturaleza, que atacándome por donde menos lo esperaba, me hallaba indefenso para resistir las grandes impresiones, que cosas tan inusitadas producían en mí.

Confieso que la vista de Duenditania me entonteció, que el Palacio del Estado y el Templo Mayor me dejaron lelo, pero al fin me hube de reponer de la emoción que me causaron; mas á la vista de aquel pequeño aparato, que me acababan de explicar, creí perder el juicio.

¡Oh! y cuántas veces en la Tierra, agobiado de fastidio, luchando con la tinta que no quería correr, con el papel que se pasaba, con la pluma que atorándose saltaba repentinamente produciendo un rocío sobre la escritura, ó en fin, renegando de tantas cosas de que el escritor tiene que renegar, mientras se evaporan sus mejores pensamientos, había arrojado la pluma desesperado y tendiéndome en el lecho, maldije el atraso en que se hallaban los hombres, que no habían encontrado el medio de abreviar y

facilitar la escritura, tanto como lo exigía la rapidez del pensamiento, y el telégrafo, y el ferrocarril, y la fotografía y los fósforos, y tantas otras cosas expeditivas como se habían inventado.

¡Oh, Dios mio! y cómo me aburría, al ver que mientras todo se simplificaba, se abreviaba y se expeditaba, sólo la escritura permanecía estacionaria, colocándose como una muralla infranqueable entre el pensamiento y la mecánica.

¡Y cómo te pedía, Dios mio, con lágrimas en los ojos, que te sirvieras iluminar á algún mortal, para que dotara al mundo con una invención, que lo libertara para siempre del despotismo de la escritura, que tiene encadenado el pensamiento como á otro Prometeo!

Pero así como en tus altos juicios, no quisiste que la miel fuese para la boca del asno, ni le diste alas á los animales ponzoñosos, excepto á los mosquitos y sus *homólogos*, tampoco permitiste que los hombres adquirieran tan formidable poder sobre la materia.

Era preciso, nada menos, que venir á Duenditania, para ver realizados aquellos locos deseos que había concebido en la Tierra, y no solamente verlos realizados, sino llevados mucho más allá de lo que mi audaz pensamiento había intentado.

Todo este monólogo había sido dicho por mí en voz alta, y el "cicerone" lo había escuchado sin perder una sílaba.

Cálmate un poco, y escúchame; dijo fijando en mí sus brillantes ojos, aún no sabes toda la bondad de esta invención. Así como trasmite los pensamientos al papel, de la misma manera traslada lo escrito al cerebro, sin necesidad de perder el tiempo leyendo.

Basta en este caso, colocar el libro ó manuscrito que se intenta leer, en ese hueco que ves ahí, y aplicarse las planchuelas á las sienes. Si quieres, puedes acostarte á dormir, con la seguridad de que al levantarte al siguiente día, sabrás el libro de memoria.

¡Ah! qué lastima, exclamé, que no hubiera yo poseído uno de estos aparatos cuando estaba en el colegio, allá en la Tierra; y no que me quemaba los sesos para aprender cuatro renglones. ¡Ah! ustedes son muy felices con haber obtenido tan grande invención.

Sin embargo, observó, no vayas á creer que esto se halla perfeccionado. Falta mucho para que la máquina funcione con regularidad.

Sucede con frecuencia, que cuando el que lo usa es de una

imaginación demasiado viva y se distrae pensando en diversas cosas, á las que se propuso escribir, sale una gerigonza de lo más divertida, y tiene que someterse lo impreso á una corrección un poco laboriosa. Pero el autor se ocupa en la actualidad en ver si puede remediar este inconveniente, de lo cual tiene muchas esperanzas.

Permita Dios que el buen señor consiga el objeto que se propone, y que se vulgaricen y abaraten sus ingeniosas máquinas, de tal manera, que pueda yo conseguir una para mi uso, pues debo decirte que siempre he sido perezoso para escribir.

En esta y otras conversaciones dejamos la Academia y recorrimos una parte considerable de la ciudad, deteniéndonos en los paseos principalmente, por la agradable temperatura que se gozaba en ellos.

Cuando vino la noche, nos dirigimos al "Teatro de las Nueve Hermanas," que es el más suntuoso de Duenditania.

Una gran parte de las piezas dramáticas que representan en los teatros infernales, se refieren á acontecimientos ocurridos entre los hombres, ó bien á la mitología, á que los diablos, como ya tengo dicho, son muy afectos.

Aquella noche se representaba "El Robo de Elena, ó la Ruina de Troya."

Los duendes son maestros en la declamación, grandes músicos, excelentes pintores y hábiles tramoyistas; así es, que el desempeño no dejó nada que desear. Yo, por mi parte, me retiré encantado de la función, y soñé con el teatro, como me sucedía en la Tierra cuando era niño.

En los días que siguieron visité establecimientos industriales, museos, gabinetes de historia natural y deliciosos paseos. En Duenditania se pasa el tiempo en el trabajo ó en los placeres, pero nadie puede eximirse del primero.

Comenzaba á estudiar aquella sociedad, admirando el orden maravilloso que reinaba en ella, cuando cumpliéndose los ocho días que me habían concedido, tuve que presentarme á la oficina del gobierno donde estaba registrado.

Allí me dieron el plano de una pequeña finca de campo, acompañado de la escritura, por la cual me hacía donación de ella el Estado de Duenditania.

Aquella propiedad se hallaba situada á unas diez millas de la capital, y en ella encontraría todo lo necesario para la vida, siempre que trabajara para hacerla producir.

También encontraría allí una compañera, para que mitigara

la amargura de mi situación en aquella soledad; porque en Duenditania está absolutamente prohibido el celibato.

Además, me presentaron una cuenta de las cantidades que el Estado había erogado por mi desde mi llegada al infierno, cuya suma tendría que abonar parcialmente con los productos de mi pequeña finca. Me previnieron igualmente, que el día próximo debería partir.

La cuenta era del tenor siguiente: Cuenta de las cantidades que el Estado de Duenditania ha erogado en el viaje y establecimiento del ciudadano Pascual Pintó Pasos, quien la pagará con la cuarta parte de los productos de la finca que se le dona.

PLATA.

Pasaje á bordo del vapor Minos.....	5 00	Tridentes.
Idem en el ferrocarril, 1. ^a línea.....	1 50	
" " 2. ^a línea.....	1 50	
" " 3. ^a línea.....	1 50	
Gastos en los paradores.....	3 00	
8 días en el Hotel de los Ultra-Aéreos....	16 00	
50 luzbeles que recibió en Duenditania...	500 00	
Valor de una finca de campo llamada la Esperanza.....	3,000 00	
Plata que recibe para fomentarla.....	500 00	
Premio por una sola vez, 10 p \mathcal{S}	367 85	
Total.....	4,397 35	

Me hicieron revisar la cuenta, preguntándome si estaba conforme con ella; respondí que sí y me suplicaron que firmara en un libro.

Despedíme de los empleados y marché á arreglar mi viaje.

En el hotel me informé del mejor modo de conducirme al Valle de la Esperanza. Me dijeron que no había otro modo de ir que en litera, pues el camino era en extremo escabroso.

Me indicaron dónde podía conseguirla, y todo lo dejé arreglado para la mañana siguiente.

Ya listo, me dediqué á buscar el libro de Yoya, que al fin conseguí.

X.

La inmediata mañana, apenas la pálida luz que anuncia la venida de la aurora, se percibía vagamente en el horizonte, montaba en la litera y salía suspirando de aquella encantadora ciudad, capital del floreciente Estado de Duenditania.

Caminaba sumergido en tristes reflexiones, lleno de temor el pecho, tanto por la soledad á que se me condenaba, cuanto por la compañera que me tocaría en suerte.

Cuando la claridad de la mañana lo permitió, abrí el libro de Yoya para concluir de leer de una vez, mi preciosa aventura de carnaval y distraerme al mismo tiempo de las penosas ideas que cruzaban por mi cerebro.

El duende continuaba de esta manera:

“Cuando Pintó Pasos hubo entrado en su casa, conduje al carruaje por las calles de San Juan de Dios, la Mariscalá y San Andrés, y volviendo á la derecha entré al trote á la calle de Vergara, haciendo de modo que atoré el elegante landó con uno de tantos coches que allí había.

“Concluida aquella aventura, quité el magnetismo al cochero, que no sabía lo que había pasado.

“Apañá, que se hallaba en el peristilo del Gran Teatro, inquieto y acongojado, acudió al alboroto que produjo la llegada de su carruaje. De un brinco se puso dentro y encontró desmayada á la divina Clara, cuyo blando seno se agitaba de placer, no pudiéndose notar las emociones que experimentaba, en su precioso rostro, por impedirlo la careta que había conservado con tenacidad.

“Vuelta Clara de su desmayo y regañados agriamente cochero y lacayo, fué necesario pensar en volver al salón. En consecuencia, Clarita y Apañá, asidos del brazo, entraron al teatro confundiendo con la multitud.”

¡Gran Dios! exclamé.

¿Es posible que aquella noche tuviera en mis brazos, sin saberlo, á la mujer que adoraba? ¿Con qué en el mundo está uno sentenciado á pasar junto á la felicidad, sin percibirla ni tocarla?

¿No hubiera sido en aquella noche el más feliz de los morta-

les, si un pedazo de tafetán no hubiese cubierto el rostro hechicero de la divina Clara?

¡Oh, Dios mío, Dios mío, que desgraciado fui en la Tierra!

Después de estos desahogos, dejé el libro de Yoya, me sumergí en los recuerdos de aquella noche preciosa, cuyo hechizo no supe apreciar lo bastante y procuraba traer á mi memoria, sin que faltara uno, todos los detalles de una aventura tan encantadora.

Es indecible el tormento que sentía al contemplar mi existencia hundida en la Eternidad, sin esperanza ninguna de volver á unirme á los seres que había amado.

Clara, mis amigos, mis ilusiones, todo, todo había quedado en la Tierra como mis restos mortales, y jamás, jamás me volvería á reunir con ellos.

Un enjambre de pensamientos se atropellaban en mi cabeza, hasta que fui cayendo insensiblemente en el olvido de mis penas, y luego en una especie de estupidez contemplativa, en que se ve y se oye, pero sin distinguir los objetos ni los sonidos.

Así permanecí mucho tiempo, hasta que me sacó de mi estupor la conversacion animada que llevaban los entes que me conducian.

Si fuera posible, decía uno, volver á la vida mortal, yo te juro que me había de distinguir por mi amor ardiente á la humanidad, y si fuera tan rico como lo fui, la caridad sería la virtud que de preferencia practicaría.

Sí, contestó otro, aquí en el Infierno todos hacemos buenos propósitos, pero, si volviéramos á la Tierra, acaso nos olvidáramos de cumplirlos.

Nó, le replicó el primero, yo por mi parte estoy seguro de que los cumpliría, porque desde que estoy en el Infierno, he podido conocer, por la vida que llevo, toda la desgracia de los pobres en la Tierra. Para esos infelices no hay descanso jamás, y aun los placeres, en cierto modo les están vedados. ¡Oh! yo veo que Dios castiga con equitativa justicia, y aquí se aplica perfectamente la ley del Talión, diente por diente, ojo por ojo. ®

Yo era rico hacendado, todos los años sacaba utilidades crecidas, no solamente bastantes para vivir con desahogo y fomentar mi propiedad, sino también para tirar en cosas superfluas. Pues bien, la avaricia me inducía constantemente á quitar algo del fruto de su trabajo á los míseros peones, que con el sudor de su rostro me enriquecían cada vez más, haciendo producir mis tierras. Ellos eran bastante desgraciados con la escasa pa-

ga asignada á su trabajo, y yo los hacía más.

La primera providencia que tomé, fué prohibir á los comerciantes en pequeño, que suelen ir de pueblo en pueblo ofreciendo sus efectos, que llegaran á la hacienda; obligaba de este modo á los trabajadores á surtirse en mi tienda de los malos efectos que en ella había á los altos precios que me parecía exigirles. Y para que no fueran á comprar á los pueblos inmediatos, con las economías que lograrán hacer, dispuse que en vez de dinero se hiciese la *raya* con vales, que sólo tenían valor en mi casa, siguiendo en esto el ejemplo que otros hacendados me daban.

Otro arbitrio no menos inicuo me ocurrió, y consistía en detenerles las *rayas* los sábados, no dándoselas sino al día siguiente, en que pretextando ocupaciones los entretenían mis dependientes largo rato, para que aburriéndose, comenzaran á beber, y alcanzasen menos de sus jornales.

Cuando algún desgraciado se casaba, ó había en su casa bautismo, entierro ó cualquiera otra causa de gastos extraordinarios é indispensables, les prestaba dinero, cargándoles un premio, que casi nunca podían satisfacer, y mucho menos amortizar la deuda, que crecía de día en día, muriendo casi siempre el infeliz adeudado, en cuyo caso, con la mayor injusticia, cargaba á la viuda ó á los hijos la deuda del marido ó del padre.

Con semejante sistema, todos mis sirvientes estaban empeñados; y si alguno quería pasar á otra finca donde lo trataran mejor, ó emigrar á otro lugar, si no me pagaba antes, yo se lo impedía, con ayuda de la autoridad, y lo tenía preso en mi casa obligándolo á trabajar hasta pagar su deuda, cosa que nunca sucedía, porque yo fomentaba con astucia sus vicios, ó afectando caridad, remediaba sus necesidades más apremiantes.

Yo era así un señor de vasallos, y desgraciado del que no me acataba como á un soberano, ó que teniendo en su casa mujer que me agradara, se manifestase celoso de su honra entonces los palos, el cepo, ó la cárcel, lo ponían dulce y festivo como yo quería.

¡Ay! ¡bien merecido tengo mi castigo! Yo, que no cesaba de predicar en la Tierra el respeto y fervor que se debía á la religión, que les pintaba á mis sirvientes el Infierno con llamas y sierpes venenosas, é interiormente me burlaba de lo que llamamos allí *otra vida*, no creyendo una palabra de la Justicia Divina héme aquí perfectamente castigado, y con el íntimo convencimiento de que tengo bien merecido lo que sufro.

Empero, no tengo la humildad necesaria para resignarme con mi castigo, y pedirle al Señor que se duela de mí.

Mis delitos, contestó otro, son del mismo carácter que los tuyos. Yo fui administrador de un ingenio, donde tenía bajo mi látigo más de trescientos desgraciados negros. El deseo de manifestar á mi amo un grande celo por sus intereses, era causa de que hiciera alarde de economías en los trabajos; de manera que mientras por un lado disminuían los alimentos y las pocas comodidades que podían tener aquellos desventurados, por otro, los obligaba á trabajar hasta donde sus fuerzas no alcanzaban, y cuando estaban rendidos de fatiga, les hacía aplicar el látigo sin compasión.

Fué tal la costumbre que adquirí, en ordenar y ver aquellos espectáculos repugnantes, que se hizo una necesidad para mí contemplar la piel de aquellos desgraciados salpicada con su propia sangre, recreándome con sus lamentos y con las convulsiones que les arrancaba el dolor.

Cuando á fuerza de economía, y de defraudar á mi amo y á los esclavos, pude hacerme de un ingenio, enseñé á mis dependientes aquel sistema bárbaro, y muchas veces iba á presenciar los suplicios que por faltas insignificantes imponían á los desgraciados negros.

Si, amigo mio; yo fui un monstruo execrable, y considero que mis padecimientos son menores de los que merezco, y lo único que me asusta es la abrumadora eternidad.

Pues yo, exclamó un tercero suspirando, confío en la misericordia de Dios, que aunque pasen muchos siglos de este martirio, algún día cesará: y una vez perdonados, tendremos el descanso que muchos ciudadanos del Infierno.

Dios lo haga, contestó el primero que había hablado, pero si tus delitos son tan grandes como los míos, dudo mucho que esas esperanzas se realicen.

Desgraciadamente, dijo el tercero, mis pecados son como los tuyos, yo afligi á la humanidad lo más que pude. Servía en un regimiento, y mis subordinados fueron siempre víctimas de mi despotismo.

Iracundo y soberbio, por las cosas más insignificantes imponía castigos crueles; jamás consentía que me dirigieran la palabra para producir una queja ó dar una disculpa, sino que mi mano atrevida se levantaba sobre el infeliz á quien la subordinación tenía sujeto; y si por casualidad, alguno se atrevía á quejarse á los superiores de mi conducta, podía estar seguro de que mi venganza haría más desgraciada su suerte.

Siempre que podía, cercenaba alguna cosa á los pobres soldados, de su pequeño haber, y no tenía escrúpulo en obligarlos á desempeñar oficios ruines.

Ya, ya veo, dijo el primero, que no nos vas en zaga á nosotros, y que te hallas muy bien en donde te han puesto.

Y, qué, tu compañero, añadió señalando al cuarto conductor de la litera, que hasta entonces no había hablado, ¿no tiene ganas de contarnos sus buenas obras?

Por desgracia son abominables, respondió el aludido lanzando un suspiro. Yo conspiré como vosotros á las desdichas de los hombres, abusando sin conciencia y sin remordimientos, de la debilidad de los miserables.

Ejercía la cura de almas en una pequeña aldea, pero en vez de llevar todo en amor de Dios, tenía un carácter atrabiliario; todo me molestaba, y el que no corría pronto á servirme, lo maltrataba con palabras injuriosas y dándole golpes.

Procuraba tener á mis feligreses embrutecidos. Hacía que disminuyeran las pocas comodidades de sus familias, para hacer grandes fiestas que me producían dinero; y cuando algun desventurado quería unirse á una compañera, hacer cristiano á su hijo, ó enterrar á un deudo, si no llevaba por delante las monedas que yo exigía, lo arrojaba de mi presencia llenándolo de denuestos.

También solía levantar á mi rebaño contra las autoridades, cuando éstas no se manejaban á mi gusto, y algunas víctimas fueron sacrificadas, dejando desamparadas á sus familias, so pretexto de defender la Religión: siendo así, que Jesucristo tiene dicho que su Iglesia prevalecería contra el poder del Infierno.

Una conducta como la mía, tan opuesta al Evangelio y á los preceptos de caridad, de humanidad y de abnegación, que predicó el Salvador del Mundo y por los cuales derramó su preciosa sangre, me hace á mi sin duda el más criminal de los cuatro. Por lo mismo, el silencio y el recogimiento es lo único que me conviene, y el arrepentimiento y los suspiros.

Dices bien, contestó el primero, nosotros al menos, no hicimos profesión de virtuosos, ni de varones evangélicos, y por tanto nuestros pecados pueden haber sido más graves, pero menos odiosos que los tuyos.

¡Ah! es verdad, por eso es que yo sufro sin duda más, pero confío mucho en la misericordia de Dios, que algun día, aunque sea después de los siglos, se apiade de nosotros.

Así sea, contestaron en coro los cuatro.

Aquí llegaban de su conversación mis conductores, cuando me pareció conveniente tomar parte en ella.

Caballeros, les dije, no puedo menos de creer por la conversación que he escuchado, que ustedes vivieron en la Tierra, en la República Mexicana.

Sí, señor, respondió uno de ellos, tres de nosotros somos mexicanos y el cuarto español.

¿Y qué, es tan desgraciada la suerte de ustedes, que tanto se lamentan?

Sí, señor, estamos condenados á una eterna esclavitud, sin poder jamás salir de ella, y es lo más cruel, que en nuestra mente se halla siempre fija la idea del bienestar y la grandeza que disfrutamos en la Tierra: esto unido al recuerdo de los infelices que allí atormentamos, hace más horribles nuestros padecimientos.

¿Y, no hay manera de que sean dulcificadas estas penas?

De ningún modo. El Código del Infierno dice:

“Los que durante su vida, hubieren abusado de su posición, para afligir á sus hermanos, en el Infierno serán sometidos á la servidumbre y á la miseria, para siempre.”

Esta es la suerte, señor, que nos ha tocado; pero hay que observar, que por el poder de Dios, la gradación de las penas se halla en tal razón con los delitos, que á proporción que uno ha delinquido, así es castigado.

¡Bendita sea la Justicia Divina! exclamé, entusiasmado, al ver humillados á los soberbios.

Bendita sea para siempre, contestaron los cuatro conductores, y silenciosos, aumentaron la velocidad de la marcha.

Yo volví á la meditación, satisfecho de ver resuelto el problema, que tanto me afectaba en el mundo, sobre la impunidad de los malos y su buena fortuna.

Así, distraídos todos con nuestros pensamientos, caminábamos sin percibir los objetos que pasaban á nuestro lado, ni el tiempo que corría.

Aquellos miserables, resignados, suspiraban de cuando en

cuando, y levantaban los ojos al cielo en ademán suplicante, sin proferir una queja ni manifestarse despechados.

El Sol declinaba hacia el Ocaso: la tarde, si bien apacible, era un poco fría, y un ligero viento movía dulcemente los arbustos y las flores que parecían saludarnos al pasar.

En esto penetramos en un pequeño valle, cruzado por arroyuelos de agua clarísima, perfectamente cultivado. Al lado del Poniente cerraba el paisaje una cordillera de graciosas colinas, entre dos de las cuales se formaba una risueña cañada cubierta de verdura, que conducía á una gruta medio escondida entre el ramaje.

En la llanura, frente á nosotros, en segundo término, se distinguía una casita muy pintoresca, hecha de madera y pintada de colores vivos, que resaltaban entre el follaje de un grupo de árboles viejos que la rodeaban.

Cuando nos hubimos acercado lo bastante, pudimos apreciar todos los detalles. Rodeaba la casa un jardincito cultivado con esmero; y enredaderas de exquisitas y olorosas flores, trepaban por las paredes ó formaban un precioso marco á las ventanas.

En la fachada principal había un peristilo sostenido por cuatro columnas, á cuya plataforma se ascendía por media docena de escalones. Sobre este peristilo había un terrado con balaustrada al derredor, y tenía una puerta que comunicaba con las piezas interiores. Sobre la balaustrada se veían varios tiestos con flores elegantes.

En el peristilo estaban tres mujeres y dos hombres, en actitud de esperar.

El valle ameno que acabo de describir, era precisamente el llamado de la Esperanza, y la casita que teníamos delante, la finca de campo de mi pertenencia.

Paró allí la litera, y al apearme, me encontré rodeado por las cinco personas que esperaban en el pórtico, deshaciéndose en carabanas. Una hermosísima criatura me preguntó con una voz dulce, si yo era el señor Pintó Pasos.

Soy el mismo, le contesté, bella señora, ¿puedo en algo servirle á usted? y me quedé contemplándola con encarnizamiento. Tan bella así era.

Señor, me dijo ruborizándose y bajando los ojos, yo habito esta finca con sus adherencias, que juntas forman el vallecito de la Esperanza, y estaba aguardando á usted, pues hace algunos días se me ha comunicado que usted debería tomar posesión de ella. Estoy, pues, á la disposición de usted con estos cuatro esclavos que el Gobierno nos ha señalado para nuestro servicio.

¿Será posible! prorrumpió enajenado. ¿Es usted acaso la compañera que me destinan?

Sí, señor, yo estoy sentenciada á vivir con usted y bajo su autoridad eternamente.

Señorita, dije yo conmovido, sería demasiado dichoso en agradar á usted y vivir en su compañía; pero me sería en extremo odioso valerme del derecho que me han dado, de poder hacerla mi compañera, sino tuviera usted por mí toda la adhesión que se necesita para vivir para siempre con otro. Así es, que yo la dejaré á usted en completa libertad; seré solamente el huésped de esta casa; recibiré agradecido las atenciones que usted tenga conmigo, procuraré hacerme digno de ellas y retribuirlas con el mayor cariño. Si con el trascurso del tiempo me hiciere acreedor á su ternura, podrá usted llamarme su amigo, su hermano, ó tal vez con otro nombre más dulce.

Gracias, señor, respondió la joven con el rostro enrojecido por el pudor; tanta bondad, dispone mucho desde luego en favor de usted: acepto con reconocimiento lo que me propone, y me lisonjeo de que acaso en poco tiempo, seremos buenos amigos. Por ahora, pase usted á descansar y á tomar algún alimento, porque ya la noche ha entrado y necesita usted reposo.

Está bien, amable joven, le contesté, pero antes, procure usted atender á estos desgraciados que me han traído á cuestras; que se les proporcione bien y que se les proporcione donde dormir, porque mañana tienen que volver á Duenditania.

Después de dar sus disposiciones para obsequiar mis órdenes, me condujo mi linda patrona á un comedorcito muy abrigado, con ventanas á un jardín é iluminado por una hermosa lámpara.

Una de las esclavas me sirvió varios platillos de frutas frescas y en conserva.

Mi futura se había sentado frente á mí; parecía observar minuciosamente todos mis movimientos.

Yo, de cuando en cuando, levantaba los ojos, los fijaba en aquella beldad portentosa, y discurría, que si el carácter de aquella criatura, era tan hermoso como su persona, no podía menos de hallarse en el Infierno sino por una lamentable equivocación.

Acabada la cena, me convidó la bella á salir al terrado del vestíbulo, á contemplar la Luna. Yo accedí gustoso y saqué dos butacas, en las que nos sentamos uno enfrente del otro.

Mucho tiempo permanecimos agobiados por una poderosa melancolía, contemplando la inmensidad de la bóveda celeste, y aspirando el perfume de los campos.

Un suspiro que lanzó mi preciosa compañera, dió lugar á que se rompiese el fuego.

¿Es usted aquí, acaso, muy infeliz? le pregunté.

Si me comparo con la mayor parte de los habitantes del Infierno, soy sin duda muy dichosa; pero, á pesar de la suavidad de mi castigo, al fin estoy en el Infierno, y aquí nadie puede ser completamente feliz.

La Eternidad que abrumba, pesa sobre nosotros, y esta Eternidad la hemos de pasar sin gozar de la vista de Dios; sin la más remota esperanza de ir algún día á la Gloria, donde únicamente se puede sentir verdadera paz y dicha.

¿Pero qué grandes crímenes pudo usted cometer en la Tierra, para que así se la castigue? usted que parece tan buena como tan hermosa?

No, no he cometido grandes delitos, gracias á Dios, pero tampoco fui una santa, me contestó bajando los ojos.

Si usted encontrara consuelo contando sus penas, la dije, yo tendría mucho placer en ver si podía minorarlas.

Agradezco mucho el interés que usted se toma por mí, y estoy dispuesta á darle todas las noticias que quiera de mi pasado, no tanto porque usted pueda impartirme consuelos, cuanto porque tiene derecho para saber todas las circunstancias de la que debe acompañarlo eternamente. Pero suplico á usted, tenga la bondad de que dejemos este asunto para mañana, porque ahora me hallo muy afectada y usted necesita reposo.

Sea como usted guste, y mientras permanezcamos aquí, hablemos de cosas indiferentes. ¿Cuánto tiempo hace que se halla usted en el Infierno?

Veinte días.

Y cuando vino usted al Valle, ¿ya sabía que yo llegaría?

No, señor; pero hace algunos días recibí mis instrucciones sobre el particular.

¿Sin duda estaba usted temerosa del compañero que le tocaría?

Confieso que sí, y creo, dijo sonriendo, que á usted le sucedería lo mismo.

Es verdad, venía pensando en algún vestigio; pero á Dios gracias, estoy sumamente complacido de mi error y me siento tan feliz, como se puede ser en el Infierno.

Todavía no cante usted victoria, tal vez el arrepentimiento vendrá pronto.

¡Oh, no! Yo me acostumbro con facilidad á las cosas agradables y tengo la ventaja de que nunca me fastidian.

Si es como usted lo dice, grande fortuna me ha cabido al estar á su lado.

Lo que yo puedo ofrecerle, repliqué, es que siempre me verá dispuesto á hacer en su obsequio todo lo que sea posible para hacerla tan feliz como en nuestra desgraciada situación se pueda.

Gracias, mil gracias, me dijo apretándome la mano, yo corresponderé con todas mis fuerzas á esos propósitos generosos; por ahora, creo que será prudente que usted se recoja; ya va haciéndose tarde y debe usted tener necesidad de descansar.

Diciendo esto se levantó y fué á dar órdenes á los criados para el día siguiente. Volvió poco después, y me condujo á mi habitación.

Esta era una pequeña alcoba con piso de madera, pintado y limpio. Una cama muy aseada con pabellón ocupaba el centro; junto á la cabecera había una mesita con una lámpara de alabastro que sostenía un genio de metal, un vaso de cristal y dos botellas, una con agua, y otra con vino. Un tapete afelpado á los piés de la cama, un sillón para poner la ropa y un cuadro que representaba á Morfeo magnetizando á una ninfa, completaban el ajuar de aquella modesta estancia, además de un elegante aguamanil en un rincón.

Al lado del Oriente había una ventana con persianas, que daba al jardín.

Mi linda patrona me preguntó si tenía algo que ordenar; contestándole que no, me dió afectuosamente las buenas noches y desapareció cerrando la puerta de la alcoba.

Me desnudé y me coloqué en el lecho entre finísimas sábanas, sobre un mullido colchón que se hundía con el peso de mi cuerpo.

La luz tímida de la lámpara, la quietud y el abrigo de la alcoba, la voluptuosidad del lecho y el cuadro de Morfeo, del que no despegaba la vista, todos eran incentivos poderosos para sumergirme en los misterios del sueño. Mis párpados se cerraron sin resistencia y me abandoné lánguidamente en los brazos del dios compasivo, que mitiga las penas de los hombres y también las de los inmortales que viven separados del Supremo Sér.

Risueñas visiones halagaron mis sentidos, casi toda la noche: rostros celestiales y festivos, con ojos brillantes, rodeaban mi lecho; brazos torneados, con manos rosadas, derramaban odoríferas flores sobre la cama, y una nube blanca envolvía las formas de aquellas deidades, dejándoles ver solamente sus rostros y sus brazos. Poco á poco, aquella nube fué creciendo y ofuscándolo todo. Una profunda oscuridad me envolvió en seguida, y

mi sueño se hizo tan pesado que no volví á sentirme agitado por nuevas ilusiones.

A la mañana siguiente me despertaron los rayos del Sol, que luchando con los cristales, las persianas y la colgadura de la ventana, lograron introducirse iluminando mi rostro.

Después de dar gracias á Dios, me puse á saborear el agradable sueño que había tenido.

Así fué pasando el tiempo sin sentir. Ningún ruido se oía en la casa, ni nadie se presentaba en la alcoba. Los rayos del Sol que habían entrado casi horizontales hasta mi cama, se habían alejado de ella acercándose más y más á la perpendicular.

Esto me hizo conocer que ya era tarde; levantéme, hice mi aseo como acostumbraba en la Tierra y abriendo la ventana para aspirar la brisa perfumada, me asomé á ella.

Una hermosa perspectiva se presentó á mi vista; complacido me quedé observándola, cuando la dulce voz de la señora de la casa que andaba en el jardín, me sacó de mi enagenación.

Aquella joven, tan bella como la naturaleza que la rodeaba, dirigía los trabajos de los criados en el cultivo del jardín; pero tan luego como me vió en la ventana, entró en la casita y pocos momentos después se presentó en mi alcoba, con el rostro animado por una sonrisa cariñosa, que hizo palpar mi corazón, y un choque de felicidad, como una chispa eléctrica, corrió por todo mi sér.

Muy buenos días, mi señor, me dijo poniendo un platito con flores y frutas sobre la mesita, ¿ha pasado usted la noche contento en su Quinta de la Esperanza?

He tenido, le contesté, sueños deliciosos; el bueno de Morfeo, patrón de este aposento, ha rodeado mi lecho de rostros semejantes al de usted, aunque no tan hermosos, y de preciosas manos que me arrojaban flores de las más fragantes y bellas. En fin, estaba tan contento, que si no fuera por el placer de ver á usted más linda y amable que aquellas hadas, no hubiera querido despertar.

Mucho me alegro de que la primera noche que ha pasado usted en su casa, haya tenido sueños tan placenteros, porque eso es de buen agüero; pero no creo necesario que al contarlos los adorne con tantas lisonjas.

No, hermosa jóven, no soy lisonjero, mi afecto saldrá garante de la verdad de mis palabras.

Pues bien, sea así; pero lo que ahora interesa es que se desayune usted, que tome posesión de sus tierras y que despache á esos infelices que lo trajeron ayer.

En verdad que no me acordaba de esos desdichados; déles usted ese tridente y que se marchen con la piedad del Cielo.

Mi patroncita salió, despachó á los de la litera y volvió á acompañarme. Se sentó en el sillón y yo sobre la cama; mientras duró el desayuno, tuvimos una franca y expansiva conversación.

Cuando hube concluido, llamó á los criados desde la ventana y les previno que se dispusieran á acompañarnos al campo.

XII.

Cuando bajamos, nos estaban esperando en la puerta. Las criadas llevaban abanicos y quitasoles, y los criados, el uno, un tapete, y el otro, una frasquera y una cesta con provisiones.

No me acuerdo que en la Tierra hubiera sido nunca tan feliz como lo fui aquella mañana en el Infierno. Me encontraba propietario de un terreno pintoresco lleno de poesía, que con poco trabajo me daría lo bastante para mi subsistencia y la de las personas que me rodeaban; tenía una compañera graciosa, bella y amable como ninguna; me rodeaban criados sumisos y obsequiosos; habitaba una casita cómoda y alegre; viviría sin temer la muerte, ni la separación eterna, de todo aquello que hacía el encanto de mi nueva existencia.

La naturaleza parecía también tomar parte en mi dicha, engalanándose con sus verdes campiñas, sus pintadas y aromáticas flores, sus líquidos cristales y los torrentes de luz que como una gasa de oro nos envolvían.

Caminaba con lentitud, hundido en mis pensamientos y saboreando mi ventura. Se apoyaba en mi brazo, también meditabunda, aquella celestial criatura á quien sus pecados condenaban á vivir á mi lado para siempre.

Respiraba yo con embriaguez el aire embalsamado y mis ojos se cerraban lánguidamente, después de haberse fijado largo tiempo en el risueño Vallo de la Esperanza.

Por no dejar, hasta este nombre consolador ejercía sobre mí una influencia benéfica; en fin, yo experimentaba una felicidad que nunca había gustado, y lo único que me hacía suspirar era la idea de no poder ver á Dios.

mi sueño se hizo tan pesado que no volví á sentirme agitado por nuevas ilusiones.

A la mañana siguiente me despertaron los rayos del Sol, que luchando con los cristales, las persianas y la colgadura de la ventana, lograron introducirse iluminando mi rostro.

Después de dar gracias á Dios, me puse á saborear el agradable sueño que había tenido.

Así fué pasando el tiempo sin sentir. Ningún ruido se oía en la casa, ni nadie se presentaba en la alcoba. Los rayos del Sol que habían entrado casi horizontales hasta mi cama, se habían alejado de ella acercándose más y más á la perpendicular.

Esto me hizo conocer que ya era tarde; levantéme, hice mi aseo como acostumbraba en la Tierra y abriendo la ventana para aspirar la brisa perfumada, me asomé á ella.

Una hermosa perspectiva se presentó á mi vista; complacido me quedé observándola, cuando la dulce voz de la señora de la casa que andaba en el jardín, me sacó de mi enagenación.

Aquella joven, tan bella como la naturaleza que la rodeaba, dirigía los trabajos de los criados en el cultivo del jardín; pero tan luego como me vió en la ventana, entró en la casita y pocos momentos después se presentó en mi alcoba, con el rostro animado por una sonrisa cariñosa, que hizo palpar mi corazón, y un choque de felicidad, como una chispa eléctrica, corrió por todo mi sér.

Muy buenos días, mi señor, me dijo poniendo un platito con flores y frutas sobre la mesita, ¿ha pasado usted la noche contento en su Quinta de la Esperanza?

He tenido, le contesté, sueños deliciosos; el bueno de Morfeo, patrón de este aposento, ha rodeado mi lecho de rostros semejantes al de usted, aunque no tan hermosos, y de preciosas manos que me arrojaban flores de las más fragantes y bellas. En fin, estaba tan contento, que si no fuera por el placer de ver á usted más linda y amable que aquellas hadas, no hubiera querido despertar.

Mucho me alegro de que la primera noche que ha pasado usted en su casa, haya tenido sueños tan placenteros, porque eso es de buen agüero; pero no creo necesario que al contarlos los adorne con tantas lisonjas.

No, hermosa jóven, no soy lisonjero, mi afecto saldrá garante de la verdad de mis palabras.

Pues bien, sea así; pero lo que ahora interesa es que se desayune usted, que tome posesión de sus tierras y que despache á esos infelices que lo trajeron ayer.

En verdad que no me acordaba de esos desdichados; déles usted ese tridente y que se marchen con la piedad del Cielo.

Mi patroncita salió, despachó á los de la litera y volvió á acompañarme. Se sentó en el sillón y yo sobre la cama; mientras duró el desayuno, tuvimos una franca y expansiva conversación.

Cuando hube concluido, llamó á los criados desde la ventana y les previno que se dispusieran á acompañarnos al campo.

XII.

Cuando bajamos, nos estaban esperando en la puerta. Las criadas llevaban abanicos y quitasoles, y los criados, el uno, un tapete, y el otro, una frasquera y una cesta con provisiones.

No me acuerdo que en la Tierra hubiera sido nunca tan feliz como lo fui aquella mañana en el Infierno. Me encontraba propietario de un terreno pintoresco lleno de poesía, que con poco trabajo me daría lo bastante para mi subsistencia y la de las personas que me rodeaban; tenía una compañera graciosa, bella y amable como ninguna; me rodeaban criados sumisos y obsequiosos; habitaba una casita cómoda y alegre; viviría sin temer la muerte, ni la separación eterna, de todo aquello que hacía el encanto de mi nueva existencia.

La naturaleza parecía también tomar parte en mi dicha, engalanándose con sus verdes campiñas, sus pintadas y aromáticas flores, sus líquidos cristales y los torrentes de luz que como una gasa de oro nos envolvían.

Caminaba con lentitud, hundido en mis pensamientos y saboreando mi ventura. Se apoyaba en mi brazo, también meditabunda, aquella celestial criatura á quien sus pecados condenaban á vivir á mi lado para siempre.

Respiraba yo con embriaguez el aire embalsamado y mis ojos se cerraban lánguidamente, después de haberse fijado largo tiempo en el risueño Vallo de la Esperanza.

Por no dejar, hasta este nombre consolador ejercía sobre mí una influencia benéfica; en fin, yo experimentaba una felicidad que nunca había gustado, y lo único que me hacía suspirar era la idea de no poder ver á Dios.

Así caminábamos sin hablar palabra, porque mi compañera iba tan entretenida como yo con sus pensamientos.

A veces, de su blando seno se escapaba un suspiro, que yo respetaba, porque acaso era producido por causas semejantes á las que agitaban mi corazón; ó bien, por el recuerdo de seres queridos que había dejado en la Tierra.

Cuando subimos á una pequeña eminencia, mi compañera se detuvo y extendiendo su blanco y torneado brazo, señalaba con el dedo índice los límites de mis dominios.

Mire usted, me dijo, desde aquí se descubren todas las tierras pertenecientes á la quinta, no hay necesidad de fatigarnos en recorrerlas. Acá, al Poniente, están terminadas por esas colinas que contienen una hermosa y sombría cañada, conduciendo á una fresca y solitaria gruta. Al Norte, por aquel arroyo que serpea, bordado de árboles frondosos. Al Este, por el camino que pasa para Duenditania. Y finalmente, al Sur, por la prolongación de las colinas y por esos bosquecillos de frutales.

En este pequeño espacio se halla todo lo necesario para la vida: frutas y flores exquisitas, agua cristalina, viñedos, buenas maderas de construcción, y además, sitios pintorescos y románticos donde solazarse.

Desde luego, puede usted ordenar lo que á bien tenga, para el gobierno de la propiedad que nos debe mantener.

Encantado recorría con la vista, siguiendo la dirección del precioso dedo, los hermosos panoramas que aquella celestial criatura me mostraba, y todavía más encantado admiraba su cordura y discreción.

Nunca me imaginé que en el Infierno pudiera encontrar más felicidad que en la Tierra; pero como me parecía que esto debía encerrar un misterio, cuya investigación me estaba vedada, por entonces, resolví no fijar mi imaginación en ello y me dirigí á mi compañera que estaba esperando mi resolución.

Ya trataremos en otra ocasión, querida mía, la dije, el modo de arreglar el trabajo de nuestras tierras; hoy quiero dedicarlo á reposar de todas las impresiones que tengo recibidas, desde que dejé la otra vida y que me tienen fatigado. Busquémos, pues, un lugar donde la sombra convide al reposo; allí comeremos y concentrados en nosotros mismos, dejaremos vagar la mente por el ancho espacio del Universo.

Pues, entonces, iremos á la Gruta del Olvido.

¡A la Gruta del Olvido! ¿Y por qué tiene ese nombre?

Porque tiene la virtud de que cualquiera que en ella penetra puede concretar sus pensamientos en un objeto, sin que ideas extrañas le perturben; sobre todo, no se acordará, aunque lo desee, de nada que tenga relación con su primera vida.

Maravilloso recurso es la tal gruta, la interrumpí, porque creo que la mayor pena que se ha de sufrir en el Infierno, debe ser el tormento vivo y constante producido por el recuerdo de los objetos queridos, y de los momentos felices que se pasaron en la existencia de prueba; objetos y momentos ¡ay! que no se volverán á hallar en toda la Eternidad.

Así es en verdad, me contestó mi simpática compañera, por eso son muy pocos los habitantes de este planeta, según me han asegurado, que posean un recurso tan precioso. Yo, en los pocos días que hace que habito la quinta, he venido varias ocasiones á la gruta, por consejo del criado que había en la casa, y me he curado de pensamientos roedores.

Perfectamente, le dije, ofreciéndole de nuevo el brazo, ya estoy impaciente por llegar. Y nos pusimos en marcha con el mismo recojimiento que antes.

A poco andar, entramos en la cañada: estaba ésta cubierta de follaje que le formaba una espesa bóveda, por donde pasaban con trabajo algunos rayos de sol. Un fino y verde musgo tapizaba el suelo, dejando correr por sus sinuosidades un hilo de agua murmurante y cristalina.

A proporción que adelantábamos, el barranco se iba estrechando, mientras las paredes se hacían más altas y escarpadas, á pesar de que el fondo subía como una suave rampa. En lo más angosto de aquel callejón, el paso quedaba obstruido por gruesos peñascos cortados á pico. Varios escalones labrados en una de las paredes laterales, conducían á una cornisa ó parte saliente, de la que caía una fina lluvia que alimentaba el arroyito del fondo del barranco.

A la orilla de la cornisa había formada una balaustrada con piedra suelta, que casi cubría la yedra. Algunos pasos después de aquel pretil, estaba la entrada de la gruta. La formaban dos arcos desiguales sostenidos por una pilastra: todo el conjunto estaba revestido de enredaderas, cubiertas de multitud de flores.

Se veía adentro, un salón de forma irregular, con varios asientos de césped sobre piso de finísima arena, entre la que se abría paso un manantial de agua clara, que llenaba un tazón abierto en la misma roca, el cual, rebosando, formaba el arro-

yuelo que se precipitaba por la cornisa y caía como una lluvia de diamantes á la barranca.

En el fondo, una estrecha y prolongada galería comunicaba con otro salón, mayor que el primero, cubierto de hermosas estaláctitas. Una vez visitada la gruta, hice tender el tapete á la orilla del manantial, en un lugar desde donde podía verse una gran parte del paisaje.

Allí sentados, mi amada compañera y yo, nos hicimos servir la comida, bebimos del excelente vino que llevábamos y nos refrescamos con el agua purísima de la fuente.

Los criados en seguida marchándose, nos proporcionaron la ocasión de entregarnos á la meditación: dejamos, pues, libre el pensamiento, y uno y otro soñamos á nuestro sabor, con dulcísimas imágenes, con fantasmas llenos de poesía y magnetismo.

La joven, sentada á la oriental, reclinaba su preciosa cabeza sobre mi pecho; sus brazos caían naturalmente, y tenía las manos enclavijadas sobre las rodillas.

A veces lanzaba levisimos suspiros, que yo apenas sentía, y se estremecía ligeramente.

Yo, me hallaba tan abrumado con la idea de las regiones celestiales, que mi imaginación, poderosa entonces, me presentaba las creaciones más puras y fantásticas.

En medio de aquella preocupación, creí oír una voz armoniosa y argentina, que me exhortaba á sufrir con paciencia el castigo que se me imponía por las culpas cometidas en mi existencia de prueba; que alguna vez, aunque fuera al fin de los siglos, el Señor me perdonaría y me llevaría á gozar las inefables delicias de su Gloria.

Era la primera ocasión, desde que estaba en el Infierno, que me venía á la cabeza la idea de mi rehabilitación á los ojos de Dios, y como consecuencia, creí posible, que allí mismo estuviese el Purgatorio, puesto que había observado tal gradación en los castigos.

Este pensamiento consolador influyó de tal suerte en mí, que volví del arrobamiento en que me hallaba y llamé la atención de mi protegida, que con la vista lánguida y fija, parecía contemplar el celaje, que variaba por momentos de formas y colores, herido por los últimos rayos del Sol.

Los criados subieron por el tapete y los demás útiles: nos pusimos en camino, mi compañera alegre y expansiva, yo, cargado con mi pensamiento, que quería conservar fresco, para inquirir sobre el porvenir que me estaba reservado.

¡Ah! En la mañana me parecía que no tenía nada que apetecer, porque mis necesidades presentes las creía satisfechas, y no podía albergar duda ni esperanza para lo futuro; mas en el momento en que la idea de alcanzar la Gloria, había nacido en mi corazón, comprendí que todas las dichas del Infierno me serían turbadas por la ansiedad de gozar de la vida celestial.

Empero, sea por un sentimiento de compasión, ó tal vez de amor, hubiera sentido el subir á las altas regiones del gozo sin llevar conmigo á aquella amable criatura, con quien había vivido solamente algunas horas, y que sin embargo me era ya tan querida.

Llegamos á la quinta, y habiendo tomado una colación, salimos al terrado, como la vispera, deseando yo escuchar la historia de mi pareja, que ella me había ofrecido contarme.

La noche estaba deliciosa, dos magnificas lunas iluminaban la campiña con tanta claridad como la mitad del día. La brisa, casi imperceptible, nos acariciaba, arrastrando con ella los gratos olores de los campos.

Un silencio solemne reinaba en todas partes, la naturaleza dormida, parecía convidar á la contemplación de sus inagotables tesoros.

Sentado junto á mi compañera y con los ojos fijos en el cielo, dejaba que mi pensamiento se cerniera á su placer por el espacio, salpicado con millares de astros centellantes, que la mano del Supremo Hacedor lanzara en el vacío insondable.

Después de una larga observación, me sentí fatigado y busqué el reposo en objetos más inmediatos.

Mi compañera, recostada en su butaca, paseaba la mirada distraída por el horizonte, sosteniendo su precioso rostro con la mano derecha, cuyo dedo índice apoyado en la boca, parecía reclamar el silencio que demandaba su meditación.

Empero, no vacilé en recordarle la promesa que me había hecho, y le supliqué, que, si lo tenía á bien, cumpliera con ella.

Me contestó que tenía mucho gusto en complacerme y comenzó de esta manera.

XIII.

Mi historia no es larga ni sorprendente, porque mi vida siguió el curso común de las cosas humanas, sin que intervinieran en ella sucesos extraordinarios.

Yo soy originaria de la Tierra, nací en América, en la hermosa ciudad de Lima, y me pusieron por nombre Amparo.

Mi familia tenía en la sociedad un lugar distinguido; así por sus relaciones como por su caudal.

Mi niñez, pues, se deslizó sin penas, y satisfechos cuantos caprichos tenía, porque mis padres no pensaban sino en darme gusto.

Cuando cumplí trece años, me volví un poco taciturna, me hice afecta á la soledad, trayendo siempre la cabeza ocupada con mil quimeras de que no me podía dar razón.

Muchas veces me preguntaba á mí misma por qué me sentía inquieta, por qué la melancolía se apoderaba de mí; nunca sabía responderme.

Comprendía muy bien, que no me hacía falta nada, porque mis padres me adoraban, y tenían posibilidad de satisfacer mis menores deseos. Sin embargo, mi corazón tenía un hueco que nada lo llenaba, y yo sufría y lloraba creyéndome infeliz.

La casualidad vino á iluminarme.

Una mañana que mi madre me había llevado á misa, vi en la iglesia á un jovencito que me excedería en tres ó cuatro años. No sé á punto fijo por qué me llamó tanto la atención, pero lo cierto es, que lo miraba con frecuencia, hasta que mis ojos se encontraron con los suyos, y sentí una especie de frío en la sangre, que se me agolpó al corazón.

Desde aquel momento solemne, conocí que lo que me faltaba era la imagen de un hombre que encerrar en mi pecho para adorarla.

Con efecto, mis ideas tomaron otro giro; ya no sentí un vacío en mi existencia, pero sí una grande inquietud. Pensaba siempre si aquel joven habría sentido por mí la simpatía que yo había experimentado por él; si pensaría también en mí, y si debía alimentar la esperanza de que me declararía su amor.

Muchas noches pasaba en vela, pensando en mi simpático desconocido y procurando retener en mi memoria su figura, que parecía que un genio maléfico se complacía en borrar. Luego, me fingía hablar con él, formulando un diálogo en que yo hacía las preguntas y respuestas según mi deseo.

¡Ah, quién me había de haber dicho que aquellos dulces sueños, fueran las únicas dichas de un amor tan puro! Así se iba pasando el tiempo, entre ilusiones y esperanzas.

Yo solía encontrar con frecuencia en los lugares públicos á mi joven amado, y advertía que me dirigía miradas llenas de fuego; pero en nuestra edad, y en tan distintas posiciones como teníamos, no era fácil hallar el medio de comunicarnos.

Al fin llegué á convencerme de que el joven me adoraba, y supe también su nombre por casualidad, se llamaba Jacobo Valseca; su familia había sido distinguida, pero la guerra de la Independencia del Perú la había arruinado. Jacobo, pues, no contaba más que con un nombre honrado y con el porvenir.

Pasaron así algunos años, sin que su constancia ni la mía desmayaran, á pesar de no estar en contacto, sino por la simpatía de nuestras almas y por los efluvios de nuestras miradas.

¡Oh, y cuánta paciencia tuve, esperando siempre un billete de mi amado, que nunca llegaba!

Muchas veces me figuraba que vendría á mi casa por un accidente cualquiera. Pero los años pasaban y aquel hombre que cuando nos encontrábamos parecía querer devorarme con sus miradas de fuego, en mi soledad me parecía una estatua de mármol insensible al amor.

Entonces, sufría todos los dolores que proporciona una pasión sin esperanza; á veces sentía el furor de los celos, maldiciendo el momento fatal en que había conocido á Jacobo.

Después, recordando sus miradas, la paciencia con que seguía mis pasos, y la constancia en manifestarme su afecto, me recordaba lo mal que pensaba de él, y su nombre adorado lo pronunciaba llena de amor y de entusiasmo.

Aquella era una lucha terrible, que me fatigaba consumiéndome; tenía momentos de verdadera desesperación.

Una circunstancia rara vino á darme nuevas fuerzas para sufrir; nueva paciencia para esperar. Un día, al abrir mi almohadilla, me llamó la atención un papel cuidadosamente doblado que tenía escrito mi nombre; lo abrí precipitadamente y leí palpitándome el corazón:

“Amparo: Dios puso en mi alma, lo mismo que en la de todas las criaturas, una tendencia irresistible al amor, pero los tesoros de ternura que abriga mi corazón eran inaccesibles para todas las mujeres que había encontrado en mi camino.

“Así permanecí frío y tranquilo sin dar cabida á ninguna pasión, hasta que conocí á usted. Desde aquel momento, perdí la paz del alma, y me he decidido después de vencer mil dificulta-

des, á manifestarle un amor puro y ardiente, poniendo á sus piés mi corazón.—*Jacobo Valseca.*"

Cuando hubé terminado la lectura de la carta, me fué preciso llevar las manos al pecho, porque el corazón me saltaba de júbilo.

Todo aquel día estuve tan gozosa, que no pudieron menos de notarlo en casa.

En la noche no dormí, la pasé repitiendo aquella carta, que me aseguraba el amor y constancia de Valseca. ¡Ay, cuántos castillos en el aire y proyectos de futura felicidad produjo mi cabeza aquella noche!

Desde entonces ya pude mirar á Valseca con más franqueza, aunque siempre con mucho recato.

Desgraciadamente mi madre llegó á comprender lo que pasaba, y me amonestó formalmente á que prescindiera de lo que ella llamaba mis niñerías.

Yo, aunque al principio lo negué todo, tuve al fin que confesar, y mi madre declaró á Valseca una guerra tan tenaz como encarnizada, que obligó al joven á defenderse, y héme aquí con el tormento de ver sufrir á mi madre y á mi amado, que con la mayor galantería del mundo se mortificaban lo más que podían.

De aquí provino que yo tuviera que disimular mi cariño todo lo posible, y que Valseca, creyendo que era desvío, me manifestara una indiferencia insultante, que yo á mi vez le pagaba.

Así iban las cosas orillando nuestras mal comenzadas relaciones á su término, cuando encontré de nuevo en mi almohadilla, sin que me fuera posible averiguar quién la puso allí, otra carta de Jacobo. En ella me explicaba su conducta, lo que había sufrido por mi indiferencia, y acababa despidiéndose. Marchaba á Europa con el objeto de perfeccionarse en la pintura, en la que ya sobresalía, y me aseguraba que á consecuencia de nuestra desigualdad de posición social, había hecho propósito firme de no dirigirse á mí, si bien me amaría eternamente.

Lágrimas de sangre brotaron de mi corazón al ver desvanecerse una ilusión acariciada por tantos años.

Yo quise contestar aquella carta para manifestar á Valseca el amor que le tenía y que él ignoró siempre; pero el orgullo se apoderó de mí, y me imaginé que descendería de mi elevada posición si tenía la debilidad de procurar el modo de hacer llegar á aquel hombre una carta mía. ¡Al fin partió sin llevar el consuelo de saber que era amado!

Durante su ausencia sostuve un combate entre mi amor y mi

orgullo; aquél me aconsejaba escribir á mi amado, y éste se oponía presentándome tal proceder como ageno de una mujer de rango que se dirigía á un hombre sin fortuna.

El orgullo triunfó segunda vez, y desde entonces me fui acostumbrando á la idea de olvidar á Valseca.

Este, que tenía buena imaginación, y que estaba inspirado por el amor, á los dos años de ausencia mandó varios cuadros que merecieron la aprobación general. Pero ni los triunfos de aquel joven, ni su constancia, fueron bastantes para vencer en mi corazón aquel orgullo que de día en día crecía en mi pecho, soñando todo otro sentimiento.

En estas circunstancias, me propuso mi padre un casamiento ventajoso, que acepté sin vacilar, persuadida de que la pobreza de Valseca siempre sería un obstáculo insuperable para nuestra unión, y resuelta á destruir todo germen que de aquel afecto quedara en mi alma.

¡Valseca, que había regresado de Europa, hizo un viaje á Valraiso, y á su vuelta me encontró casada!

Mi vida entró, desde luego, en una senda florida y apacible; me propuse ser feliz á toda costa; me volví egoísta, y ningún pensamiento era capaz de turbar aquella calma en que reposaba mi espíritu. Todo lo que me rodeaba lo convertía en mi provecho, como si Dios hubiese creado el mundo para mi dicha.

Valseca pareció indiferente á lo que había pasado, pero fué abandonando insensiblemente sus amistades, alejándose de los parajes públicos, y perdió su carácter afable y festivo. Dejó dormir sus pinceles y sólo se ocupaba de ellos para ganar la vida. El público no volvió á gozar de nuevos cuadros originales.

Entre tanto, yo gozaba de mi vida hasta donde podía, si bien alguna vez contemplaba tristemente al pobre Jacobo, vegetando en la oscuridad, cuando con el impulso de mi amor acaso hubiera sido un notable artista.

Al fin la muerte vino á poner término á esta historia, y como el orgullo fué mi defecto capital, he venido al Infierno á pagar. Ahora estoy aquí sin voluntad propia, esperando mi suerte de la voluntad de usted y acaso con la imposibilidad de ser amada.

Si, lo será usted, divina Amparo, exclamé poniéndome de rodillas y tomándole una mano que llevé á mis labios, porque estoy locamente enamorado de usted y decidido á hacerle olvidar con mi ternura, al misántropo Valseca y á todos los amadores del mundo.

Poco á poquito, señor Pintó Pasos, dijo Amparo, riendo gracioso-

samente, va usted demasiado de prisa. ¿Sabe usted si su amor me sea permitido en el Infierno?

Claro está que sí, le repliqué, puesto que nos condenan á vivir juntos.

Eso no quiere decir nada, añadió Amparo, usted sabe muy bien, que en la Tierra raras veces eran los amados los que vivían en nuestra compañía.

Esta aseveración de la joven hizo que se me helara la sangre en las venas; levantéme con lentitud y me senté en la butaca, meditabundo. Pero avergonzado de plegar mis banderas á la primera derrota, volví á la carga con nuevos bríos.

¿Y por qué no nos hemos de amar, preciosa Amparo, ya que el destino nos ha reunido aquí, para ayudarnos, para fortalecernos, para apoyarnos el uno en el otro?

Porque antes es necesario conocernos, tratarnos, dejar que nuestros afectos se vayan desarrollando con calma. Si de esto resulta un amor ardiente, tanto mejor; pero si nó, no tendremos que llorar amargos desengaños ni rotas ilusiones.

No, no, Amparo; yo no puedo tener tanta calma; pues que estamos condenados á vivir unidos, vivamos amándonos, y si la Eternidad es demasiado larga, no creo que la podamos emplear en otra cosa mejor.

Era tal la exaltación con que pronuncié estas últimas palabras, y la actitud suplicante que tomé, que Amparo se dolió de mí, y levantando el pelo que cubría mi frente, con su preciosa mano, me dirigió una mirada llena de ternura, diciéndome con voz cariñosa:

Mañana á estas horas hablaremos de ello, señor Pintó Pasos... y levantándose precipitadamente, se alejó de mí, desapareciendo como una ilusión que se desvanece.

Quedéme yo estupefacto, con una rodilla en tierra, la cabeza levantada y los brazos extendidos hacia el lugar por donde aquella sílfide había desaparecido. Mis sienes latían con violencia y mi corazón daba paso difícilmente á un torrente de lava abrasadora.

Pero la postura era demasiado incómoda para soportarla largo tiempo, y por otra parte, la noche que concluía, estaba bastante fresca para que la sangre pudiera conservarse á tan elevada temperatura.

Así, sucedió, que poco á poco se fué calmando mi excitación, y perdida la esperanza de que volviera Amparo, resolví entrar á mi alcoba y entregarme al reposo. Un sueño dulce reparó las

fatigas de aquella velada, y al día siguiente, cuando desperté, me sentí lleno de fuerza y de esperanza.

XIV.

Amparo, que esperaba el momento en que me levantara, entró con el desayuno, y como el día anterior se sentó á mi lado mientras yo lo tomaba.

Sus ojos brillaban con luz de felicidad; su boca sonreía dulcemente, y sus mejillas radiaban con un bellissimo carmín.

Estos me parecían buenos indicios, y me resolví á insistir en mis pretensiones; mas apenas había desplegado los labios, cuando aquella criatura, casi divina, me tapó la boca, y con una gracia encantadora me dijo: cuidadito, señor Pintó Pasos, que esa cabeza está desordenada.

¿Olvida usted acaso, que se le ha impuesto la obligación de trabajar, y que hay quien vele sobre su conducta?

¿Así es como usted quiere sostener su casa, á sus servidores y á su compañera?

Hace dos días que su señoría está en posesión de la quinta, y hasta ahora no se ha tomado la molestia de ver por sus intereses.

Hoy, ya va el Sol á la tercera parte de su carrera, y usted no piensa sino en cortejarme; cuidadito, señor Pintó Pasos, que este no es el modo de que seamos amigos. Aproveche usted, pues, el día en trabajar y arreglar sus negocios, y en los ratos desocupados, podrá usted decirme cuantas lindezas se le ocurran.

En esto, tomándome de la mano y poniéndome el sombrero me hizo bajar la escalera y me condujo hasta la puerta del campo, donde empujándome dulcemente, haciendo un saludo con la mayor coquetería, cerró la puerta y me dejó con un palmo de narices.

Mas todas aquellas evoluciones las había verificado con tanta gracia y travesura, que yo no pude enojarme, y me fui risueño, satisfecho, y más enamorado que nunca de la divina Amparo.

En el campo encontré á mis dos sirvientes que trabajaban

samente, va usted demasiado de prisa. ¿Sabe usted si su amor me sea permitido en el Infierno?

Claro está que sí, le repliqué, puesto que nos condenan á vivir juntos.

Eso no quiere decir nada, añadió Amparo, usted sabe muy bien, que en la Tierra raras veces eran los amados los que vivían en nuestra compañía.

Esta aseveración de la joven hizo que se me helara la sangre en las venas; levantéme con lentitud y me senté en la butaca, meditabundo. Pero avergonzado de plegar mis banderas á la primera derrota, volví á la carga con nuevos bríos.

¿Y por qué no nos hemos de amar, preciosa Amparo, ya que el destino nos ha reunido aquí, para ayudarnos, para fortalecernos, para apoyarnos el uno en el otro?

Porque antes es necesario conocernos, tratarnos, dejar que nuestros afectos se vayan desarrollando con calma. Si de esto resulta un amor ardiente, tanto mejor; pero si nó, no tendremos que llorar amargos desengaños ni rotas ilusiones.

No, no, Amparo; yo no puedo tener tanta calma; pues que estamos condenados á vivir unidos, vivamos amándonos, y si la Eternidad es demasiado larga, no creo que la podamos emplear en otra cosa mejor.

Era tal la exaltación con que pronuncié estas últimas palabras, y la actitud suplicante que tomé, que Amparo se dolió de mí, y levantando el pelo que cubría mi frente, con su preciosa mano, me dirigió una mirada llena de ternura, diciéndome con voz cariñosa:

Mañana á estas horas hablaremos de ello, señor Pintó Pasos... y levantándose precipitadamente, se alejó de mí, desapareciendo como una ilusión que se desvanece.

Quedéme yo estupefacto, con una rodilla en tierra, la cabeza levantada y los brazos extendidos hacia el lugar por donde aquella sílfide había desaparecido. Mis sienes latían con violencia y mi corazón daba paso difícilmente á un torrente de lava abrasadora.

Pero la postura era demasiado incómoda para soportarla largo tiempo, y por otra parte, la noche que concluía, estaba bastante fresca para que la sangre pudiera conservarse á tan elevada temperatura.

Así, sucedió, que poco á poco se fué calmando mi excitación, y perdida la esperanza de que volviera Amparo, resolví entrar á mi alcoba y entregarme al reposo. Un sueño dulce reparó las

fatigas de aquella velada, y al día siguiente, cuando desperté, me sentí lleno de fuerza y de esperanza.

XIV.

Amparo, que esperaba el momento en que me levantara, entró con el desayuno, y como el día anterior se sentó á mi lado mientras yo lo tomaba.

Sus ojos brillaban con luz de felicidad; su boca sonreía dulcemente, y sus mejillas radiaban con un bellissimo carmín.

Estos me parecían buenos indicios, y me resolví á insistir en mis pretensiones; mas apenas había desplegado los labios, cuando aquella criatura, casi divina, me tapó la boca, y con una gracia encantadora me dijo: cuidadito, señor Pintó Pasos, que esa cabeza está desordenada.

¿Olvida usted acaso, que se le ha impuesto la obligación de trabajar, y que hay quien vele sobre su conducta?

¿Así es como usted quiere sostener su casa, á sus servidores y á su compañera?

Hace dos días que su señoría está en posesión de la quinta, y hasta ahora no se ha tomado la molestia de ver por sus intereses.

Hoy, ya va el Sol á la tercera parte de su carrera, y usted no piensa sino en cortejarme; cuidadito, señor Pintó Pasos, que este no es el modo de que seamos amigos. Aproveche usted, pues, el día en trabajar y arreglar sus negocios, y en los ratos desocupados, podrá usted decirme cuantas lindezas se le ocurran.

En esto, tomándome de la mano y poniéndome el sombrero me hizo bajar la escalera y me condujo hasta la puerta del campo, donde empujándome dulcemente, haciendo un saludo con la mayor coquetería, cerró la puerta y me dejó con un palmo de narices.

Mas todas aquellas evoluciones las había verificado con tanta gracia y travesura, que yo no pude enojarme, y me fui risueño, satisfecho, y más enamorado que nunca de la divina Amparo.

En el campo encontré á mis dos sirvientes que trabajaban

cumpliendo con su misión en cultivar mi propiedad. Tomé de ellos varios informes relativos á la finca, que satisficieron perfectamente, y recorrí el campo en todas direcciones.

A la caída de la tarde, rendido de la fatiga, me senté al pié de un robusto árbol que había delante de la casa y comencé á hojear la constitución del Estado de Duenditania, que llevaba en la bolsa. En aquel código hube de notar cosas que me parecieron muy extrañas, preocupado como me hallaba aún por las cosas de la Tierra.

En la primera plana hallé un decreto que imponía pena de suspensión de los derechos de ciudadanía, á todo duende que no supiese de memoria aquel libro, castigo fuertísimo á la verdad en Duenditania, donde las garantías amplísimas que dá la ley á los ciudadanos son realmente ciertas y efectivas.

En materias de imprenta existe una plena libertad; no hay ley alguna sobre el particular. Allí se pueden imprimir las cosas más estupidas, los más grandes desatinos, las sátiras más amargas, los más monstruosos absurdos. Las buenas costumbres y la ilustración del pueblo, son los únicos diques que se ponen á los escritores. Si ellos delinquen, en el pecado llevan la penitencia; si son tontos ó mentirosos, si usan un lenguaje virulento bien sean gobiernistas ú opositores, nadie les compra sus papeles y cuando calumnian ó pasan el sagrado dintel del hogar doméstico, el pueblo reunido en asamblea, los castiga, obligándolos á llevar por algún tiempo un vestido hecho con sus propios papeles, y tapiza con ellos las fachadas de sus casas, para anunciar á los aficionados, que allí pueden ocurrir por cierto número de noches á cencerrear al paciente, ó á solazarse con el espectáculo.

De tan buenas costumbres resulta, que la prensa en Duenditania es un elemento eminentemente civilizador, y hace siglos que no se ven manchadas las columnas de los periódicos con viles desahogos, ni ocupadas con necedades.

La libertad individual está garantizada completamente, nadie tiene derecho para privar de ella á un duende, sin previo mandato por escrito, de autoridad competente, ó sorprendido en flagrante delito. La infracción de esta garantía produciría un levantamiento en masa de la población, que depondría sin piedad á los funcionarios que no sabían defender los sagrados derechos de los ciudadanos. Este es un punto en el cual los duendes son demasiado celosos, pues tienen muy presente el refrán español que dice: "Cuando veas la barba de tu vecino pelar, echa la tuya á remojar."

De religión nada dice la ley; en Duenditania todos adoran á Dios por amor y por convicción; á nadie, pues, se obliga á que lo haga de tal ó cual manera.

Todos los ciudadanos tienen derecho de aspirar á los puestos públicos, pero son preferidos los que han hecho mayores servicios á la sociedad, y como los funcionarios son elegidos popularmente y todos se hallan al tanto de la conducta de los candidatos, no es fácil cosa asaltar los puestos por intrigas ni por favoritismo.

Si en una elección, la mayoría estuviese engañada sobre la bondad de un candidato propuesto, cualquiera tendría derecho de denunciar á la multitud sus malos procederes y no sería votado.

Para extirpar á los aspirantes, á los chismosos, á los aduladores, que son la polilla de los palacios, se les retrata al daguerreotipo, y los pintores de brocha gorda se encargan de trasladarlos con estricta semejanza, en las esquinas de la ciudad, poniéndoles abajo sus nombres. De aquí proviene que hace mucho tiempo no se ven en Duenditania de esta clase de alimañas.

El gobierno tiene prohibición de hacer negocios con los agiotistas, y por otra parte, como la hacienda se halla muy bien arreglada, no tiene necesidad de ocurrir á los préstamos; pero cuando el agio se ejerce entre particulares, el agiotista es perseguido sin piedad por diestros prestidigitadores que lo desvalijan sin recurso. Esto se entiende con los agiotistas indígenas, porque los que llegan de los planetas tienen otra pena en el código de los Ultra-Aéreos, y consiste en que todos los negocios por buenos que parezcan, les salen muy mal, por cuya causa llegan á arruinarse.

A los ciudadanos que á pesar de su tesón en el trabajo y de su buena conducta, tienen grandes quebrantos en sus intereses, por causas ajenas á su voluntad, les asiste el derecho de ser socorridos por las arcas públicas con calidad de reintegrar con un premio insignificante; pero aquel que disipe sus bienes no contará con protección de nadie.

Si algún empleado público es convencido de peculado, se le despide de su destino y se le cortan los faldones de la casaca, para que todo el mundo lo conozca y no vuelva á ser propuesto para ningún cargo del Estado.

En fin, la constitución contiene cosas muy buenas, pero no puedo recargar estas memorias con demasiados detalles, que las harían cansadas.

Vuelvo, pues, á lo que más me interesa. Cuando llegó la noche entré en mi habitación, merendé con Amparo, y como de costumbre, salimos al terrado.

La noche estaba serena y apacible, brillando los astros en el firmamento con desusado esplendor. Parecía que anunciaban mi ventura.

En efecto, Amparo suspiraba dulcemente, y desde que comenzó nuestra conversación abandonó su pequeña mano entre las mias.

Yo estaba frenético de amor, y sin duda muy elocuente, porque la hermosa Amparo acabó por decirme que me amaba. Un estrecho abrazo y un prolongado beso sellaron nuestra correspondencia; desterramos el estorboso *usted* y pasamos más de la media noche en dulcísimas pláticas, interrumpidas por un silencio más dulce todavía. Mi espíritu gozó delicias inefables al lado de aquella niña hechicera.

Ya cerca del amanecer nos retiramos á nuestros aposentos, y al despedirnos imprimí un ardiente y comprimido beso en la linda y fresca boca de la sin igual Amparo.

Yo soñé que era arrebatado por los ángeles, y cuando desperté al día siguiente, lo primero que vi fué á Amparo arreglando la mesita para el desayuno.

Me vestí de prisa, y después de desayunarme con ella, salí á las faenas del campo. A contar desde aquel día, fui el más feliz de los inmortales que no habitan en el Cielo, y mi segunda vida se deslizaba como una fuente que corre siempre entre flores, sin cansarse jamás.

Los días pasaban con una rapidez inconcebible; yo los veía desaparecer sin inquietud, porque no temía el hastío, la vejez, la miseria, las enfermedades, ni la muerte; esos espectros que destruyen la felicidad de los mortales.

Amparo siempre estaba bella, siempre amable, y su corazón cándido y tierno, era un manantial inagotable de amor.

Cuando estuve familiarizado con el Valle de la Esperanza, comencé á hacer excursiones por la comarca, á las que solía acompañarme Amparo, consolando á tantos infelices que sufren en el Infierno, lo cual no está prohibido. Tal es el amor que Dios tiene á la caridad, que no quiere que se rehusen socorros ni aún á los más criminales.

Cuando llegó el período electoral, fui nombrado administrador de justicia de mi distrito, y más adelante diputado á la Legislatura del Estado de Duenditania.

Como allí reinaba el mejor orden en todos los ramos, poco tenía que hacer la Legislatura, y cuando se puso en receso volví al delicioso valle donde era tan feliz.

Pero en el tiempo que estuve en la capital adquirí los conocimientos históricos que me faltaban respecto al Infierno; mas de ellos no haré aquí sino ligeras apuntaciones.

Arrojados del cielo Luzbel y sus partidarios, fueron sentenciados á vivir eternamente en el Planeta Júpiter, rodeados de mil tormentos. Luzbel, al principio devorado de tristeza, sólo pensaba en llorar su pérdida felicidad, haciendo poco caso del gobierno del Infierno, que estaba entregado al mayor desorden. Sus amigos lo amonestaban á atender y arreglar los asuntos públicos, sin conseguir nada razonable, hasta que cansado Luzbel con sus continuos clamores, se dió á gobernar con tal furor, que se hizo el déspota más inaguantable.

Muchos siglos sufrió el pueblo la tiranía de Luzbel, que aún conservaba el prestigio del inmenso poder que tuviera en el Cielo; pero, poco á poco, los diablos se fueron despreocupando, y el día menos pensado se pronunciaron contra él, lo depusieron del mando y lo confinaron á un peñasco en medio de un gran lago, donde existe aún el señor Luzbel, sombrío, rabioso y taciturno.

Después cayó el pueblo infernal en manos de una multitud de tiranos, que se sucedieron unos á otros, hasta que resolvió acabar con el gobierno monárquico y establecer la república.

Al principio se encontraron algunas dificultades en la práctica; pero poco á poco se fué acostumbrando el pueblo á esta forma de gobierno, y hoy el Infierno se halla en orden y progreso.

No descansé mucho tiempo en la quinta, de mis tareas parlamentarias, porque á poco me eligieron diputado al Congreso Infernal.

Alisté las cosas para el viaje, dejé mi finca encargada á uno de mis sirvientes, y en compañía de mi adorada Amparo tomé el ferrocarril de Infernópolis.

XV.

El camino fué largo, pero agradable; atravesamos muchos pueblos y ciudades de más ó menos hermosura é importancia, y al décimo día llegamos á Infernópolis, la gran capital de la República Infernal, que es la más prodigiosa de todo nuestro sistema planetario.

Su planta ingeniosa tiene la figura de un octógono, y su extensión es tal, que ocupa una área de veinte y cinco leguas, encerrando una población de más de diez millones de diablos.

Sus palacios, sus monumentos, enormes construcciones de mármol, de cristal, de porcelana, de hierro y de bronce, adornados con exquisito gusto, causan la admiración de cuantos los ven.

En los muros de los monumentos públicos está esculpida la historia del pueblo infernal, desde la expulsión del Cielo hasta la época presente, para que nadie pueda ignorar ni olvidar los acontecimientos.

Hacer una descripción de aquella monstruosa ciudad, sería una empresa fatigosa y larga, no dando al cabo una completa idea de su magnificencia; por lo mismo renunció á semejante trabajo y continuó la relación de mis aventuras.

A nuestra llegada no se instalaba todavía la asamblea, y el tiempo que faltaba para su apertura lo empleamos Amparo y yo en visitar paseos, teatros, museos, conservatorios, gabinetes de historia, etc.; pero lo que más nos llamó la atención, fué la Biblioteca Infernal, donde se hallaban acopiados millones de volúmenes, no solamente de todas las obras escritas en el Infierno, sino de las recogidas en los planetas. Busqué por curiosidad algunos libros de los que conocí en la Tierra, y los encontré sin faltar uno.

Los grandes poetas griegos y latinos, los de la Edad Media, los modernos escritores europeos y americanos, las historias de todos los pueblos, el Cosmos de Humboldt, el Quijote de Cervantes y las novelas de Sué, Dumas y Victor Hugo estaban allí.

El orgullo nacional me hizo buscar autores mexicanos, y tuve el indecible placer de ver desde los más antiguos geroglíficos aztecas, las obras de los escritores inmediatos á la conquista y los posteriores hasta nuestros días; figurando, por supuesto, Sor Juana Inés de la Cruz, Alarcón, Gama, Zavala, Bustamante, Gorostiza, Calderón y, en fin, hasta el Gallo Pitagórico, la Quijotita y el modesto Periquillo. No dejé, sin embargo, de experimentar un sentimiento de tristeza al considerar que hasta en el Infierno se estiman nuestras cosas mejor que en México.

Después de visitar lo más notable de Infernópolis, nos empleamos en recorrer los alrededores.

Prescindiendo de los sitios de recreo, sólo apuntaré lo que me causó más sensación, por estar relacionado con los grandes intereses de la humanidad.

En primer lugar describiré "El Lago de los tiranos," llamado así, porque allí habitan los grandes opresores de los hombres. En el centro de aquel lago, de agua sucia y salobre, se eleva un islote formado de negras rocas con una vegetación enfermiza, opaca y raquítica.

En las quiebras de las rocas se levantan unas miserables barracas, formadas de troncos de árboles y ramas. En cada una de ellas habita algún personaje histórico, de los que más han gravitado sobre la humanidad afligida.

Allí, Dionisio el Siracusano, Calígula, Nerón, Luis XI, Felipe II, Enrique VIII, Carlos IX, Pedro I de Castilla, Fernando VII, se hallan enclavados en el sombrío peñasco por toda una eternidad.

En cada barraca hay levantado un trono de burlas imitando los que los tiranos tuvieron en la Tierra, decorados con los escudos de armas correspondientes; pero el asiento y el respaldo se hallan guarnecidos por agudas púas.

Aquellos desgraciados tienen la necesidad de cultivar la ingrata isla para proporcionarse un mezquino alimento.

Cada cual tiene señalado un pedazo, para el trabajo, pero como suele suceder que á consecuencia de sus antiguas manías, invadan la propiedad de sus vecinos, y de esto se sigan reyertas, algunos diablos guardianes restablecen el orden, aplicando á los contendientes sendos latigazos.

Es cosa terrible ver aquellos miserables, con sus vestiduras reales llenas de girones y remiendos, labrando la tierra, sirviéndose á sí mismos, y cuando buscan el reposo tener que sentarse en aquellos tronos de irrisión, pasando largos ratos de tristeza, con el recuerdo de su antiguo poder. Por mi parte, me afecté y salí de la isla.

Otro día visité "El Valle de los conquistadores," sitio menos agreste, si bien destinado á un suplicio no menos cruel. Allí, Xerxes, Alejandro, Atila, Tamerlan, Mahomet, Moctezuma, Cortés, Pizarro y otra multitud, viven en tiendas de campaña que imitan la piel del tigre, adornadas con trofeos de guerra, y bajo la influencia de una constante y devoradora melancolía.

Ellos buscan sus huestes en el espacio de la tierra que les toca, y como no las hallan, aplican el oído en el suelo esperando escuchar el ruido de las armas, el sonido de los clarines, el relincho de los caballos, ú otro rumor bélico que les indique la proximidad de los ejércitos. ¡Pero nada! un profundo silencio reina por todas partes.

Incorporándose, llevan la mano al costado en busca de la espada que no hallan. ¡Están desarmados!

Otras veces, clavando estacas en la tierra, pretenden formar sus batallones, mas, aburridos de este trabajo y de la inmovilidad de sus soldados, que no obedecen las voces de mando, se alejan fatigados á apagar su sed en alguna fuente inmediata; ¡mas qué horror! aquella fuente es de sangre.

La sed aumenta entonces, la fiebre se apodera de ellos, y dando rugidos espantosos, cuyo eco se pierde en las montañas inmediatas, van á buscar reposo á sus tiendas, donde se acuestan sobre un piso cubierto de huesos humanos. ¡De allí vuelven á comenzar de nuevo y por siempre aquel horroroso afán!

Mientras duraban estas excursiones, los diputados se acababan de reunir. El congreso se abriría de un día á otro, y fué necesario que no nos alejáramos.

La ciudad fué aumentando más y más su movimiento con la llegada de los que iban á pasar allí el período parlamentario. La actividad que había era extraordinaria. Todos aparecían impulsados por una fuerza desconocida, que los hacía correr en pos de los negocios.

Nadie perdía el tiempo deteniéndose á hablar con los amigos que encontraba, contentándose tan sólo con hacerles al pasar una inclinación de cabeza. El aforismo americano, de que el *tiempo es dinero* estaba allí en boga, y para aprovecharlo, cada ciudadano llevaba colocado un reloj en el sombrero que se convertía en una especie de torre, para que todos pudieran saber la hora sin detenerse en sacar la muestra de la bolsa.

En fin, llegó el día de la apertura de las sesiones y comenzaron los trabajos legislativos.

Al principio se trataron los negocios peculiares á la república; en seguida se procedió al examen de las cosas de los planetas.

Tocóle su turno á la Tierra. Un diputado por el Estado de Endriagonia presentó un proyecto para mejorar física y moralmente la condición de los habitantes de este planeta, proporcionándoles mayor suma de libertad é ilustración, y conteniendo su espíritu belicoso que hace de la Tierra un inmenso campo de muerte.

El proyecto fué objeto de un debate acalorado que duró muchos días.

Los que suscribieron la moción y sus partidarios, decían que por espacio de muchos siglos los pueblos de la Tierra habían sido víctimas del despotismo y de la ignorancia: que si bien era cierto que habían hecho muchos adelantos, era á costa de largos años de lucha y de torrentes de sangre derramados: que aún ha-

bía muchos pueblos combatiendo por su independencia ó por su libertad: que las prisiones se hallaban llenas de infelices, y los campos encharcados de sangre; millares de familias llorando las desdichas ó la muerte de sus deudos, y por último, que la prostitución y la inmoralidad, consecuencia precisa de la miseria y de la guerra, estaban enfloradas de las sociedades.

Que el Infierno nada ganaba con que la humanidad se debatiera en aquella degradación, pues si bien era cierto que semejante estado de cosas atraía á la república mayor número de almas, eran la mayor parte de ellas tan relajadas por los vicios y tan embrutecidas por la ignorancia, que no servían sino de estorbo.

Que hacía algún tiempo se venía notando que el planeta Júpiter se llenaba tanto de habitantes, que pronto no se sabría qué hacer con ellos. Por lo mismo, que sería conveniente procurar que los hijos de la Tierra se ilustraran para que viviendo en paz y tranquilidad, disminuyera el trabajo de los ciudadanos del Infierno, que se hallaba muy recargado en la actualidad, descansando así la república de las continuas atenciones que demandaban los siempre embrollados asuntos de la Tierra.

Que si se objetaba que semejante estado de cosas conduciría más almas al Cielo, tal objeción estaba desvanecida, pues no importaba á la república el que ingresaran muchos, sino el que lo verificaran inmigrantes útiles, capaces de desempeñar las árdidas comisiones que se les tenían que encomendar, y no esas chusmas bárbaras y estúpidas, que desde tiempos remotos venían ingresando á la república, gravando al erario y obligando á mantener una numerosa policía para vigilar á unos entes, buenos tan sólo para las maldades y la holgazanería.

Insistían en que era conveniente que disminuyera la inmigración que llegaba de los planetas, pues se corría el riesgo de que en algunos siglos se llenara el Infierno hasta el punto de hacerse inhabitable.

Que el Señor Dios había previsto en su infinita Sabiduría, el progreso y regeneración de los hombres, y que los diablos no debían de poner obstáculos á aquella tendencia de rehabilitación, que hacía tiempo se notaba en la humanidad.

Los de la oposición contestaban que hacer algo para mejorar la condición de los pueblos de la Tierra era en contra de los intereses del Infierno; y pretender que los hombres pudiesen vivir pacífica y fraternalmente, era la idea más descabellada que se podía tener; una utopía que jamás podría realizarse, según acre-

ditaba la experiencia de tantos siglos; que toda innovación era peligrosa, y contraria á las tradiciones y costumbres de la república, pues si los hombres están destinados á progresar á fuerza de trabajos y de sangre, esto no le importaba nada al Infierno: que hacia tiempo se notaba que se iba desarrollando en el pueblo infernal un espíritu de filantropía, ridículo y nocivo hacia los hombres, que diariamente hacia prosélitos, amenazando trastornar el buen orden que felizmente reinaba en la república; y era preciso oponerse con todas las fuerzas posibles, al desarrollo de semejantes perniciosas doctrinas: que lo que importaba al Infierno era el privar al Cielo de almas, y por tanto, todo lo demás era secundario: que no existía ni remotamente el peligro de que se llenase el planeta con los inmigrantes, y que cuando esto pudiese suceder, se mandarían á los satélites y á Neptuno, que se hallaban desiertos: que por todo lo expuesto, eran de opinión que en la Tierra debía continuar el desorden y la barbarie, con su cortejo de crímenes y de prostitución, para que con estos elementos y la profunda ignorancia de los pueblos, se siguiera recogiendo abundante cosecha de almas: por último, que para conseguir tan loables resultados, se debía proteger á los grandes de la Tierra, que eran los auxiliares más poderosos que tenía el Infierno, aunque luego fuesen á poblar el "Lago de los Tiranos," ó "El Valle de los Conquistadores."

Después de muchas discusiones, llenas de vehemencia y de calor, se puso á votación el proyecto, que fué desechado por una mayoría considerable.

Derrotado así el partido progresista, llevó la lucha al terreno de la intriga, con el objeto de que al nombrar los agentes que debían relevar á los de la Tierra, y funcionar en ella por diez años terraqueos, pudieran ser elegidos algunos de los suyos, con objeto de hacer contrapeso á los del partido retrógrado, que trabajarían, sin duda, en detener el movimiento intelectual, moral y material que comenzaba á desarrollarse.

Quiso mi buena fortuna que llamara la atención de algunos personajes influyentes del partido progresista, en las conversaciones que se suscitaban en el Café de la cámara; y sin dificultad consiguieron mi nombramiento de Emisario Infernal en México; nombramiento que yo acepté gustoso, tanto para volver á ver á mis amigos y personas que amé en la Tierra, como por aprovechar la ocasión de trabajar en el engrandecimiento y prosperidad de mi patria.

Cuando terminó el periodo de sesiones, volví con la divina Amparo al Valle de la Esperanza.

Debo confesarte, querido amigo, una debilidad.

A pesar del grande amor á la patria, á cuyo servicio iba á dedicarme; á pesar del honor que me resultaba por el nombramiento hecho en mi persona, y de los ardientes deseos que tenía de volver á ver á mis amigos y los sitios donde se había deslizado mi vida mortal; una profunda tristeza se apoderó de mí á la idea de tener que abandonar á mi adorada Amparo y el delicioso valle.

Los días que trascurrieron hasta mi partida fueron penosos.

Amparo, triste y meditabunda, no podía conformarse con la idea de nuestra separación.

Llegó, por fin, el momento terrible, y la sensible Amparo me acompañó hasta Duenditania, donde tomé el ferrocarril.

La despedida fué tiernísima. Toda la noche que precedió al día de mi partida, la pasamos en conversación, recordando la rapidez con que pasaron los bellos días de la quinta, y los de Infernópolis; pero aquella separación no tenía la amargura que las de la Tierra, pues teníamos la certidumbre de volvernos á unir.

Sin embargo, Amparo y yo nos despedimos gimiendo!

En la Isla del Término me detuve varios días, con objeto de prepararme al viaje interplanetario que debía hacer y para verificar el cual me era necesario despojarme de la densidad que había adquirido al descender á Júpiter.

Esto lo conseguí alimentándome únicamente de cierta planta; y cuando estuve en aptitud de elevarme, abandoné la atmósfera del gran planeta y regresé á la Tierra.

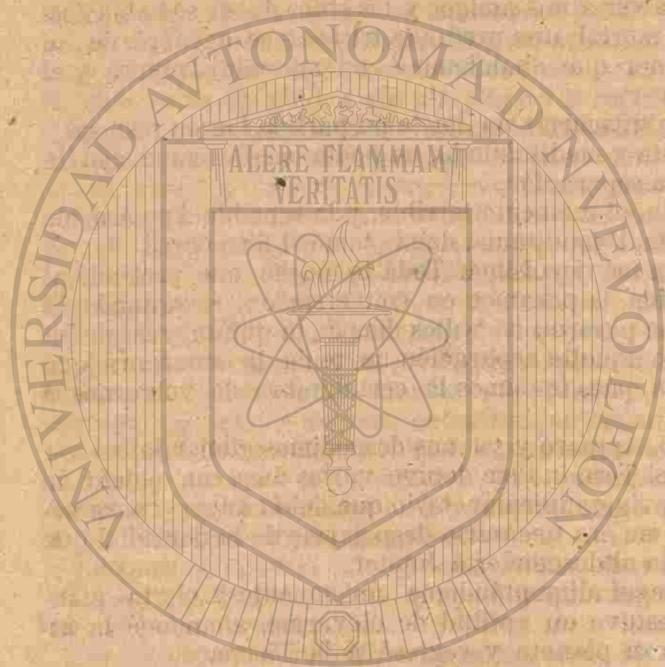
Cuando haya terminado mi misión en ella, volveré al lado de mi incomparable amante, para no separarme jamás.

Concluyo, amigo mío; si hubieras recibido con placer estas memorias, haré por instruirte, cuando deje este planeta, de la parte que me ha cabido en sus embrollos.

Siempre el mismo.—Pascual Pintó Pasos.

Tlaltelolco, Octubre de 1858.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEGUNDA PARTE.

LA TIERRA.

I.

Era una mañana fría de Otoño.

Yo me ocupaba afanosamente, con ánimo de dejar concluido un trabajo que urgía.

De pronto se abrió la puerta de la estancia en que me hallaba, y entró en ella mi amigo el Capitán Benito Zenea.

Venía todo empolvado, pero con aire satisfecho. Paseándose de un lado al otro, comenzó con su voz de bajo profundo á hablar de la manera siguiente:

"Por fin ha quedado arreglado el terrible almacén!

"La pólvora esparcida por el suelo en gran cantidad, estaba mezclada con cápsulas y con cerillos que sin duda pusieron los franceses con depravadas intenciones. Toda ella fué recogida, tamizada y empacada convenientemente.

"Las municiones se hallan ya clasificadas y con sus correspondientes etiquetas, en los otros almacenes, que han sido regados y barridos con primor.

"Es verdad que el haber conseguido hacer todo esto, me ha costado la pena negra, porque estos diablos de peones, que no tenían temor del peligro real que corrían, se rehusaban á penetrar en los dichos almacenes con el frívolo pretexto de que han visto en la cuasi oscuridad que reina en ellos, un fantasma horrible que arroja chispas por los ojos, que tiene una melena que le baja hasta los hombros, y cuya cabeza cubre un altísimo cucurucho.

“Ha sido preciso obligarlos con el ejemplo, sin dejar de amenazarlos con el castigo para conseguir que trabajaran.

“¡Pero gracias á Dios, hemos concluido!

“Queda solamente un gran cajón lleno de desbaratos de cartuchería de fusil, que no sé lo que hacer de él.”

Tan extraño me pareció aquel relato, que suspendiendo el trabajo á que estaba dedicado, levanté la cabeza y me puse á mirar sarcásticamente á mi amigo.

Benito Zenea, con la mejor voluntad del mundo, me ayudaba en el arreglo y clasificación de un parque de artillería tomado al enemigo, que se hallaba en el más espantoso desorden.

Habia yo creído que se chanceaba; pero lo ví tan formal, que no tuve duda de que hablaba seriamente.

¿Será posible, le dije, que todavía haya gente que crea ver fantasmas?

Tan cierto es, me contestó, que hace más de ocho días no hay uno solo de los obreros que no crea á puño cerrado en la existencia de una alma que anda penando entre las barricas de pólvora, las pilas de balas y las cajas de municiones.

A reserva, le respondí, de convencer á esos perillanes de su estupidez, procederemos á quemar el desbarato de cartuchería, para no dejar cosas inútiles y peligrosas en los almacenes. Mas siendo hora de terminar los trabajos, dejaremos la quemazón para mañana.

Esta escena pasaba en la ciudadela de Monterrey, de Nuevo León, un día del mes de Noviembre de 1866.

Al día siguiente dispuse que se amontonasen en el llano, más allá del glacis de la fortificación, los desbaratos que habían de quemarse.

Una larga mecha de estopín debía servir para producir la inflamación, á cuyo efecto se colocó un artillero sobre la contraescarpa armado con un bota-fuego, esperando la señal convenida.

Acompañado de Zenea y de otros oficiales, subí al parapeto de uno de los baluartes, para presenciar el auto de fe que iba á tener lugar.

La guardia del fuerte salió al puente levadizo, y los obreros suspendiendo sus tareas, llevados por la curiosidad, treparon sobre el parapeto de la cortina que miraba al sitio elegido.

Dada la señal, el fuego aplicado á la mecha corrió por ella como una serpiente infernal que se deslizara sobre la yerba.

Repentinamente se oyó un ruido semejante al que produjera

una inmensa caldera de vapor al respirar; y una nube blanca se levantó á una altura considerable, formando un magnífico ramillete.

Muchos cartuchos que estaban petrificados, y otros que no estaban del todo vacíos, fueron á incendiarse á la altura, y despedidos en todas direcciones, produjeron un espectáculo sorprendente, que no hubiera sido dable combinar al más entendido pirotécnico.

Si hubiese podido prever tan hermoso efecto, dije á Zenea, sin duda que el incendio de los desbaratos se habría aplazado para la noche.

Iba á proseguir hablando, pero me detuve llevando la atención á un cuerpo pesado que cayó á mis piés.

Era un rollo de papeles que envolvía un pergamino, liado perfectamente con hilo de cáñamo.

Me incliné y lo levanté. Comenzaba á desatarlo, cuando se alzó grande gritería entre los espectadores.

¡Mírenlo!

¡Mírenlo!

¡Ahí está!

¡Ahí está!

¡A ver si ahora nos dicen que es mentira!

Así exclamaba la gente señalando el humo que había producido el incendio del desbarato.

Benito Zenea me tocó en el hombro diciéndome: ¿Sabe V. que me parece que estos bellacos tenían razón?

¿Razon de qué? le pregunté sin saber de lo que se trataba.

¡Cómo! me dijo: ¿qué no vé V. el fantasma?

¡El fantasma!

Sí, el fantasma; en el humo; véalo V.; y me señalaba la columna que comenzaba á desvanecer una débil brisa.

En efecto, la humareda producida por la pólvora se había ido extendiendo poco á poco; pero en el centro se notaba una especie de núcleo más condensado y oscuro, que afectaba una forma humana de tamaño gigantesco, superada con cierta cosa parecida á un sombrero de figura cónica.

Es muy raro, dije á mi amigo, que el humo haya producido una figura que, aunque imperfecta, tenga alguna semejanza con el duende que diz que anda en los almacenes, dando así lugar á que esta gente persevere en su error.

No me ha parecido á mí tan imperfecta la figura, contestó Zenea.

Esa es cuestión de apreciación, le repliqué, aunque no sin preocuparme profundamente, queriendo recordar el haber visto en alguna parte algo que tuviera semejanza con aquella figura.

En esto, descendimos del parapeto dirigiéndonos á los talleres de la maestranza.

La atención que me era forzoso poner á los trabajos que se verificaban y á las consultas que me dirigían, me hizo olvidar el rollo de papeles que llevaba maquinalmente en la mano.

Como si los tales papeles fuesen susceptibles de sentimientos y capaces de pasiones, ofendidos al parecer de mi indiferencia, se propusieron sin duda hacerme notar la falta de cortesía con que los trataba.

Comenzaron, pues, á desarrollar cierto calor que al principio fué ligeramente perceptible; pero que fué aumentando poco á poco su intensidad hasta hacer en la mano el efecto de una brasa.

El dolor me hizo arrojar el rollo, poniéndole por un momento inconscientemente el pié encima, acaso para sofocar la combustión, que creí produjera alguna chispa alojada entre los papeles al inflamarse la pólvora.

Pasado un rato noté, lleno de admiración, que el rollo no ardía, ni tampoco producía humo. Preocupado, no obstante, por la impresión que recibí en la mano, temía que el paquete encerrase traidoramente el fuego en sus entrañas y que se desarrrollase al volver á tomarlo.

Me armé, en consecuencia, con una baqueta de fusil, comenzando con ella á dar vuelta al rollo en todas direcciones; pero no descubrí vestigio alguno de fuego, pues lo único que tenía el envoltorio eran algunas chamuscaduras insignificantes que sin duda recibió al ser despedido por la pólvora.

Cobrando ánimo, urgido por la curiosidad, acerqué el dedo índice humedecido previamente, toqué el paquete y no experimenté ninguna sensación de calor.

Nuevas y más detenidas investigaciones me aseguraron de que el rollo era completamente inofensivo, tanto, que tuve por ilusión la impresión dolorosa que en la mano había sentido.

Levantélo, pues, resueltamente, y deseando poner fin á aquella picante aventura, me retiré á mi oficina, y sentado frente al escritorio, comencé á desatar el bramante que liaba el pergamino.

Se podía pensar que en previsión del efecto de la pólvora, había sido el rollo ligado cuidadosamente, para que al ser proyectado se conservase unido.

Me costó, por tanto, algún trabajo de satarlo, teniendo que apelar algunas veces á las tijeras, y cual otro Alejandro, cortar lo que no me era posible desatar.

Al desenvolver el pergamino, observé una mancha transparente y simétrica que tenía en el centro.

Lo puse contra la luz y vi que se dibujaba una figura semejante á la que el humo había producido, teniendo debajo una cifra con tres ppp enlazadas.

Un rayo de claridad me iluminó.

Me acordé de mi amigo Pascual Pintó Pasos, y comprendí en seguida que aquellos papeles que tenía delante le pertenecían.

Comencé á recorrerlos, y dí con una carta dirigida á mí.

Así decía:

“Débil é inconstante es por cierto la humanidad!

¿Quién pudiera creer que tú, el modelo de los amigos, el que á través de los años y de mi tumba conservaste siempre un tierno afecto por mí, habías de olvidarme al fin, después de las pruebas que de mi amistad te dí en tu calabozo de Tlaltelolco?

Pero, ya se vé, en el tiempo transcurrido desde entonces, te han absorbido tanto los acontecimientos extraordinarios que han tenido lugar en nuestra patria, así como tus vicisitudes y aventuras personales, que pocas veces te acordabas de tu amigo.

Sin embargo, serías digno de disculpa en atención al torbellino por que fuiste arrastrado, si no hubiera yo hecho algo para refrescar tu memoria.

Mis apariciones en los almacenes fueran cosa bastante para despertar una alma menos dormida que la tuya; mas absorto como estás con los acontecimientos políticos que se desenvuelven rápidamente, sería exigir de tí más de lo que es posible del común de los hombres.

Te perdono, pues, porque en mi calidad de espíritu, aunque no puro, me hallo en una esfera más elevada que tú.

Olvido el sentimiento que me ha causado tu indiferencia, probándote de nuevo mi buena y firme amistad, al comunicarme otra vez contigo.

El rollo adjunto contiene observaciones que he hecho durante el desempeño de la misión que traje á la Tierra.

Tú, que te precias de conocer el mundo, encontrarás en mis

escritos útiles enseñanzas, debiendo apreciarlos, tanto más, cuanto que acaso sea la última vez que pueda comunicarse contigo tu afectísimo amigo.—*Pascual Pinto Pasos.*”

¡Agobiado quedé con la lectura de aquella carta!

Pascual se quejaba de mí con sobrada razón; yo había sido, un ingrato que por tanto tiempo lo había olvidado.

Es verdad que había tenido que atravesar una época de prueba, de grandes trabajos y sinsabores; pero yo me reprochaba el no haber reconocido á mi amigo desde el momento en que Zenea me había anunciado las repetidas apariciones del fantasma, con señas tan exactas, y mucho más, después de haberlo visto en el humo producido por el incendio del desbarato.

Me propuse seriamente enmendarme para el porvenir, y no creyendo el lugar en que me hallaba á propósito para leer el manuscrito, lo recogí con respeto, lo puse en la bolsa de pecho de la levitay me dirigí á mi alojamiento.

Allí, encerrado, con prohibición de que alguien me hablase, di principio á la lectura.

II.

Empezaba así:

Recordarás amigo mío que la misión principal que traje á la Tierra, fué la de ingerirme en la política de los pueblos, con el fin de hacer triunfar las ideas liberales.

Como se dejaba á mi albedrío elegir el país que me acomodase para mis trabajos, escogí, como era natural, la que fué mi patria, que nunca he dejado de amar.

Pero, como por una parte tú conoces muy bien muchos de los acontecimientos que han tenido lugar en la República, y por otra, siempre es árido y monótono el campo de la política, poco hablaré de ella en estos apuntes cuando tenga relación inmediata con los sucesos de otro género que relataré.

Las pasiones, las debilidades de la gente, proporcionan un objeto de estudio profundo al que quiera observarlas, mucho más, si posee las grandísimas ventajas de ser invisible para ella, de poder penetrar por todas partes y de trasladarse rápidamente, sin esfuerzo, de un punto á otro.

Durante mis trabajos políticos, tuve necesidad de complicar-

me en multitud de acontecimientos más ó menos escandalosos, en los cuales, pasiones de todo género tenían lugar de desarrollarse.

Esto me distraía solazándome y me servía como descanso de trabajos más serios.

El grande acopio que pude hacer de datos y experiencia para conocer el corazón humano, me servirán mucho para formar estos apuntes, que aunque breves, te serán sin duda útiles.

Conforme con lo que llevo expuesto, mis primeras operaciones fueron dedicadas exclusivamente á la política.

En la época aciaga en que volví á la Tierra, ardía, como sabes, la República con la guerra civil.

Gran parte del litoral, y los Estados lejanos, se mantuvieron libres de aquella calamidad; pero en los Estados centrales, la conmoción fué muy profunda.

No pasaba día sin que tuviese lugar por lo menos un combate.

Las ciudades y los pueblos eran conquistados y perdidos alternativamente por los beligerantes, con increíble tenacidad; y las pasiones políticas con sus odios y sus rencores, se desencadenaron con terrible furor.

La muerte, ostentando su séquito de horrores, arrastraba su fúnebre sudario por montes, por valles, por sotos y barrancos; lo mismo por las fértiles llanuras que por los desiertos áridos.

Ni la ciudad opulenta, ni la modesta villa, ni el humilde pueblo, ni la aldea misera, ni la solitaria choza, se vieron libres de la hórrida visita de la Reina Muerte.

A terminar tan angustiosa situación debían encaminarse los esfuerzos de los que, como yo, tenían la misión de hacer triunfar los principios políticos que proclamaban los liberales.

Nada hubiera sido más fácil que inmiscuirnos en los planes de campaña de los generales, desbaratando los proyectos de los contrarios, é inspirando buenas ideas á nuestros amigos.

Nada mejor que provocar defecciones y relajar la disciplina de las fuerzas conservadoras.

Pero estos manejos, por sí solos, nos hubieran dado únicamente un triunfo material que, dejando en pié las cuestiones que se ventilaban, aplazarían nuevas guerras para el porvenir.

Lo que nosotros debíamos procurar, era un desenlace moral que fundando los cimientos de un nuevo orden social, diera garantías de estabilidad y de paz para lo futuro.

En consecuencia, no era en los consejos de guerra, en los campamentos ni en los combates, donde nuestros trabajos por el momento se necesitaban.

Los gabinetes de los gobiernos rivales, y conciliábulos de los partidarios, eran más á propósito para fructuosas empresas; desde luego, México y Veracruz fueron los centros de actividad de nuestros esfuerzos.

Continuas y rápidas comunicaciones se establecieron inmediatamente entre las dos ciudades.

No ignorábamos nada de cuanto en ellas ocurría y con facilidad destruíamos los planes de los contrarios, favoreciendo los nuestros.

¡Cuántas noticias importantes fueron comunicadas oportunamente á los liberales por medios misteriosos!

¡Y cuántas veces interceptábamos las de los conservadores, que eran de la mayor importancia!

Después, era preciso hacer cometer falta tras de falta á los enemigos para acabar de desacreditar su causa, así como inspirar buenas ideas á los nuestros para popularizar la suya.

Pasaron de este modo los años de 58, 59 y 60; y cuando la opinión nos fué propicia, cuando el pueblo se hallaba en aptitud de recibir las nuevas reformas, llegó el momento de lanzarnos entre los combatientes, para terminar de una vez la sangrienta lucha que arruinaba á la nación.

Entonces extraviábamos los guías: deteníamos con mil ardidés los correos; alucinábamos á los oficiales que hacían reconocimientos; ensordecíamos ó cegábamos á los centinelas; hacíamos que los ayudantes equivocasen las órdenes que llevaban; perturbábamos las facultades perceptivas ó reflexivas de los generales, y esparcíamos noticias alarmantes ó terríficas. En fin, por nuestra influencia, manteníamos el desorden y el barullo más completo entre las tropas reaccionarias.

Por el contrario, á los liberales llevábamos noticias oportunas; advertíamos los peligros que corrían; alentábamos su entusiasmo con la esperanza; iluminábamos á sus generales y procurábamos que la unión y buen orden reinasen en sus filas.

Con semejante sistema, pronto pusimos fin á la guerra por una serie de victorias, que al terminar el año de 1860 nos pusieron en posesión de la capital de la República.

Muchos volúmenes sería necesario escribir para dar una idea de las personas complicadas y de las grandes intrigas que tuvieron lugar en el curso de nuestros trabajos; pero no siendo la política el fin principal de estos apuntes, no debo tocarla sino á grandes rasgos incidentalmente, haciendo á un lado todo lo que no tenga relación con el objeto que me propuse al escribirlos.

III.

No obstante la dedicación que exigían los constantes trabajos que tenía encomendados, traté de frecuentar el círculo de las relaciones y conocimientos que tuve durante mi vida.

Es verdad que muchas personas habían desaparecido, se habían ausentado ó cambiado de posición; pero las que más me interesaban se hallaban en México.

Durante la revolución, tuve lugar de verlas con bastante frecuencia y de saber algunas de sus operaciones; más era tal la atención que por entonces dedicaba á la política, aplicando á ella todas mis facultades, que quedaba incapacitado para todo otro asunto.

Por supuesto que desde mi muerte se habían verificado grandes cambios entre mis conocidos; cada individuo sufrió modificaciones más ó menos notables, en su carácter, en sus ideas, y lo que, para muchos era más doloroso, en su figura.

Yo mismo estaba admirado de tantas metamorfosis. Ciertamente que algunos habían mejorado, moral ó intelectualmente; pero otros, y eran los más, habían desarrollado sus malas propensiones de una manera admirable.

Mucho, muchísimo es el descrédito que tienen acá en la Tierra los habitantes del Infierno, como que allí se reúnen y recopilan los pillos más notables de los mundos habitados de nuestro sistema solar, y por ende, hay allí donde escoger.

Pero yo te aseguro, que los hombres y las mujeres de este planeta no tienen gran motivo para escandalizarse de los habitantes del Infierno, pues hay entre aquellos, muchos que pueden dar lecciones al diablo más empingorotado y campanudo.

En el curso de estos apuntes tendré acaso lugar de probar esta proposición.

Era natural que al venir á la Tierra fuese mi primer cuidado buscar á la bella Clara Bullanga, aunque el acendrado amor que mi querida Amparo me había inspirado, los recuerdos dulces de los días felices que con ella había pasado en Infernópolis y en el Valle de la Esperanza, la pérdida de mi envoltura material y las transformaciones sufridas después de

mi muerte, habían debilitado considerablemente el afecto, te-
rrestre que la joven me supo inspirar.

Pero existe en la criatura una tendencia tan grande á re-
cordar con placer los goces pasados, que ni la muerte es bas-
tante poderosa para destruirla.

Además, mi amor propio se hallaba también interesado, á
consecuencia de la lucha que había sostenido con la familia
de Clara, con los pretendientes de la joven y con ella misma,
cuyo carácter orgulloso la impelia á contraer un enlace de
conveniencia, retrayéndola de corresponderme aunque me amaba.

Y si bien la aventura de cierta noche de carnaval era bas-
tante para colmar mis deseos, yo quería cerciorarme si ella
había sido simplemente motivada por un capricho mujeril, ó
si el amor la había determinado, dejando en el corazón de
la bella un recuerdo grato del que fué su amante.

Como se vé, en estos mis deseos entraba en gran par-
te la vanidad. ¿Pero no entra en mucha cantidad en el amor,
este sentimiento pretensioso y egoísta?

Yo lo confieso; me hubiera sentido sumamente contrariado
al hallar á Clara indiferente al recuerdo de mi amor, y aun-
que nada podía esperar de ella, deseaba sin embargo ocupar
un lugar distinguido en su pensamiento.

Sentados estos precedentes, reanudaré la historia de aquel
martes de carnaval que interrumpí en mis memorias, para lo
que tendré que recordar lo que escribía Yoya.

El duende continuaba así:

“Como había corrido mucho tiempo desde que D. Severo
Apaña y las hijas de D. Roque bajaron del palco, donde pro-
bablemente eran esperadas con inquietud, necesitaban volver
cuanto antes; pero para ello había que buscar á Anita en el
salón, donde quedó con su novio Carlos Peñas quizá.

“Estos interesantes jóvenes en el momento en que se vieron
solos, buscaron asiento en un lugar apartado donde se entrega-
ron á una íntima deliciosa plática llena de efusión y de poesía.

“Tan abstraídos, tan arrobados y estáticos se hallaban, que no
sentían la barahunda que los rodeaba, ni escucharon los acor-
des de las robustas orquestas que no cesaban de tocar; ni la
marcha implacable del tiempo en su veloz carrera era aperci-
bida por ellos.

“Allí en un extremo del salón, pasaron para la enamorada
pareja momentos de tan sublime felicidad, como tal vez no los
volverá á gozar en el resto de su vida.

“¿Cuántas promesas de amor, de constancia y de fidelidad se
hicieron los dichosos amantes; cuántos juramentos de jamás ol-
vidarse!

“¿Cuántos proyectos para asegurarse una activa correspon-
dencia combinaron!

“Y cuántas ilusiones de oro; cuántas esperanzas de una legí-
tima unión próxima y eterna concibieron!

“Eran dos corazones purísimos, cuya tendencia parecía incli-
narlos á elevarse á regiones más venturosas, abandonando la
envoltura corporal que los contenía y el mundo corrompido
que los rodeaba.

“Cuando más dichosos se sentían los platónicos amantes, fue-
ron hallados por Clara y por Don Severo, quienes despertándo-
los bruscamente de su bello sueño, los hicieron descender á la
Tierra desde la altura de beatitud á que se habían remontado.

“¿Mascarita, por Dios! dijo Clara; ya nos cansábamos de bus-
carlos. Vamos, que papá debe de estar desesperado por nuestra
tardanza.

“¡Ay, tan pronto! exclamó Anita con voz doliente.

“¿Te parece poco dos horas que han pasado desde que baja-
mos del palco?

“¡Dos horas! ¡Imposible! Si parece que acabamos de bajar.

“Se conoce que has estado muy entretenida, puesto que para
tí no ha corrido el tiempo.

“Son las dos de la mañana, dijo Apaña mirando el reloj.

“No lo hubiese creído, dijo Carlos levantándose.

“Anita y Carlos se dijeron al oído algunas palabras, y al des-
pedirse cambiaron un inteligente y sabroso apretón de manos.

“Clara y Anita, conducidas por Apaña, atravesaron de prisa
el salón, subieron lo mismo las escaleras y entraron al palco de
Don Roque algunos minutos después.

“Don Roque, que ya estaba impaciente extrañó á Don Severo
la tardanza; pero las chicas lo defendieron diciendo que ellas
eran las culpables por haberse detenido cenando.

“Por lo que hace á Doña Ramona, parecía no dar importancia
alguna á la cuestión del más ó menos tiempo trascurrido; y ha-
blando en voz baja con Carmelita su cuñada, se hallaba muy en-
tretenida en seguir los episodios que tenían lugar en el salón.

“Una hora después de aquel incidente, Clara se hallaba en su
recámara preparándose á acostar.

“Después de despedir á la recamarera que la desnudó, abrió
un magnífico ropero de madera preciosa cuya puerta la formaba

una gran luna, y sacó una primorosa cajita que llevó consigo así como una bujía que colocó cerca de la cama.

“Una vez acostada, extrajo de la cajita algunas cartas que contenía y un retrato fotográfico.

“Comenzó á leer uno á uno aquellos papeles, enjugando de vez en cuando unas furtivas lágrimas que se desprendían de sus hermosos ojos.

“Tomó en seguida el retrato, lo llenó de besos y lo apretó repetidas veces sobre el corazón.

“Pasadas aquellas apasionadas demostraciones, cartas y retrato fueron colocados bajo la almohada.

“Clara apagó la luz y exclamó: ¡Pobre Pintó Pasos, cuánto te amo!

“¡Qué feliz sería á tu lado! ¡Pero la suerte lo ha dispuesto de otro modo!

“Necesito complacer á mis padres y sacrificarme como ellos quieren por una brillante posición.

“Poco después, sólo se escuchaba la respiración suave y tranquila de la preciosa Clara.”

Hasta aquí Yoya; lo que sigue lo he tomado de las investigaciones que he podido hacer á mi vuelta á la Tierra.

IV.

Acacaba el sol de pasar por el zenit de México en su viaje anual al Trópico de Cáncer, en cumplimiento del deber que le tiene impuesto el Hacedor Supremo.

Desde la creación, según el Génesis, con aquel viaje llevaba cumplidos el rubio Febo 7,054; por lo mismo estábamos en el año de gracia de 1,855.

La temperatura era deliciosa.

El sombrío bosque de Chapultepec aparecía magestuoso con su exuberante vegetación, que en semejante época del año se desarrolla con tal vehemencia, que podía pensarse que se vé crecer.

Los inmensos *ahuehuetes*, cuyas copas se elevan hacia las nubes, lucían su cabellera de blanquísimo *heno* que apenas movía

blandamente, de vez en cuando, una débil racha de viento; y sus robustos brazos extendidos en todas direcciones, producían una grata apetitosa sombra.

El aroma peculiar que difundían estos gigantes árboles y la multitud de aves que cantaban entre el follaje, completaban el encanto que se sentía en aquella soledad semisalvaje, poco cuidada por los hombres y colocada por contraste en contacto con el movimiento y la civilización.

En la parte Oeste del bosque, detrás del peñón que sustenta el palacio construido por el Virrey Conde de Gálvez, edificio que desde entonces tantas reformas y aumentos ha tenido; hay una hilera de *ahuehuetes* que siguiendo las inflexiones de la falda del cerro, trazan casi un arco de círculo, que deja una calle para el tránsito de los carruajes.

Aquellos árboles forman con su altura y follaje una muralla de verdura que intercepta los rayos del sol, desde que éste se halla cuarenta y cinco grados al Oeste sobre el horizonte y proyecta agradable sombra sobre la eminencia.

En esta muralla se abren varios pasos que conducen á otras tantas calzadas también sombreadas por *ahuehuetes*; pero la que coincide con el centro del arco descrito guía á una extensa glorieta de forma elíptica que en la época á que hago referencia, contenía al rededor unos asientos de mampostería, que aunque toscos, proporcionaban descanso al paseante.

Después se ordenó que fueran destruidos aquellos asientos, con el buen propósito de reemplazarlos con otros mejores; pero por desgracia, todo quedó en buenos deseos.

Hoy, el que anhela reposar después de recorrer el bosque, no tiene más remedio que sentarse sobre la fresca yerba.

Al opuesto lado de la glorieta, continúa la calzada hasta un pequeño llano que termina en la fundición de cañones del Molino del Rey.

Como los corpulentos árboles cruzan sus ramas formando una bóveda, vista la calzada desde la glorieta, produce el efecto de una nave de gótica catedral.

Pero describir el prehistórico y magnífico bosque, que á ser atendido aparecería, sin duda, como una maravilla á los ojos del fascinado viajero, es una empresa muy difícil para mí, y por lo mismo renuncio á ella.

Era una mañana espléndida.

El azul purísimo del cielo se descubría parcialmente á través de las copas de los árboles.

La luz, penetrando tamizada por entre el follaje, daba al campo un aspecto alegre y apacible.

Chupamirtos de oro y de esmeralda, mariposas de mil colores é insectos tornasoles de diferentes formas, revoloteaban zumbando entre las flores y las hojas de los arbustos, mientras que en las ramas de los árboles cantaban multitud de pájaros produciendo una melodiosa algarabía.

Aquí una ardilla, acullá un *tlacuache*, allá un tejón, un conejo ó algún otro roedor, corrían azorados de la vista del hombre, para buscar refugio en sus madrigueras ó quedar ocultos en la maleza.

Las lagartijas trepaban presurosas por los troncos, ó corrían haciendo extraño y alarmante ruido bajo los yacimientos de hojarasca.

También solía deslizarse por la yerba alguna culebra inofensiva, cuyos movimientos ondulantes la conducían á alguna acequia, donde se sumergía asustando á las ranas que suspendían por un momento su monótono cantar.

Pero lo más singular y admirable del caso, era que, en medio de todos aquellos ruidos, parecía que reinaba en el bosque un profundo silencio.

¡Contraste raro que se nota en las grandes soledades!

Bastaba la caída de una pequeña rama, para que se oyera el ruido que hacía á una gran distancia; como se oía también el zumbido de un insecto que pasaba volando á buena altura, y aun otros rumores más insignificantes.

Aquel solemne silencio era á intervalos interrumpido por el golpeo al parecer de martillos que trabajaban sobre madera.

Aquel ruido llevado en alas del viento, era por el eco repetido en las quebradas y en las grutas del cerro.

Luego volvía á quedar todo en silencio.

Siguiendo la dirección de aquel golpear intermitente, se llegaba á la glorieta, donde se podía ver un movimiento inusitado.

Un grupo de carpinteros daba término á la construcción de una gran mesa en forma de herradura, capaz de contener hasta cien cubiertos.

Varios mozos se ocupaban en extender los manteles y en colocar la vajilla. Otros llevaban grandes ramos de flores.

Fortunet, propietario á la sazón del Tivoli de San Cosme, era el encargado de servir la comida y daba sus órdenes como un contraamaestre á bordo de una fragata.

Situado en un campo próximo á la glorieta, distribuía el trabajo que era ejecutado con orden y prontitud.

En otro campo inmediato se situó la música que debía tocar durante la comida, y sólo esperaba la llegada de los convidados para lanzar al aire sus armonías.

Con el objeto de preservar á los comensales de los rayos del sol, que pudieran penetrar, á pesar del follaje, se colocaba un toldo de coti listado de azul formando un elegante pabellón.

Poco á poco, el buen Fortunet fué disponiendo todo con la maestría que acostumbraba.

Cada cubierto estaba dotado con el juego de copas necesario para verter en ellas los diferentes vinos que se habían de servir.

Cubrían la mesa grandes piezas de repostería, de helados y de gelatinas, figurando obeliscos, templos, fuentes y cascadas.

En los intervalos, alternaban lindos macetones de plaqué, sosteniendo pirámides de frutas de todos los climas, con elegantes jarrones de porcelana que ostentaban brillantes ramilletes de flores.

Todo estaba ya listo, cuando comenzaron á llegar los carruajes que conducían á los convidados.

Fué el primero un hermoso *landó* azul con adornos de plata, arrastrado por dos poderosos frisonos negros como el ébano.

Un lacayo, elegantemente vestido, que llevaba eucarda en el sombrero, que calzaba guantes de ante, y ceñía polainas que subían más arriba de la rodilla, se puso en tierra de un salto, abrió la portezuela, se quitó el sombrero, y esperó la bajada de sus amos en actitud reverente.

Quien primero bajó del coche fué un caballero que frisaba, sin duda, en los cuarenta años, aunque bien conservado, de buena fisonomía y continente distinguido, si bien algo afectado, á causa de las pretensiones que siempre da la riqueza, principalmente á aquellos que por sí la han adquirido.

El caballero tendió la mano, y se vió aparecer en la portezuela una beldad vestida de blanco con un rico traje de gró recamado de pasamanería y guarnecido de blondas. Llevaba un magnífico velo, también blanco, que sujetaba á su artística cabeza una corona de azáhares.

La beldad apoyó su diminuta mano en la del caballero, mientras con la otra trataba de arreglar el vestido, para que al bajar al estribo le cubriese los piés, preocupación constante de las mexicanas; pero no consiguió su objeto, porque á pesar de sus esfuerzos dejó ver un lindo pié, calzado con un botín de raso, y que hubiera lucido mucho más, con el zapatito bajo y las cáligas de tiempos más felices.

— Cuando la bella puso el pié en el suelo, la música rompió tocando el Himno Nacional. Aunque esto parezca extraño, es lo cierto, que no hay charanga que no lo toque en toda clase de fiestas, y hasta en las francachelas más vulgares.

Después del *landó* azul, fueron llegando los demás carruajes y apeándose de ellos los convidados, entre los cuales se hallaban algunos de mis antiguos conocidos, que mencionaré cuando llegue la vez.

Reunida la comitiva, á los acordes de la música, se dirigió procesionalmente á la glorieta, donde esperaban en fila, para hacerle los honores, los criados de Fortunet vestidos de negro con sus mandiles blancos.

En seguida fueron á ocupar sus puestos, en espera de la señal que debía ordenar el principio del servicio.

El caballero que bajó del *landó* y la señora vestida de blanco que llevaba del brazo, no eran otros que D. Severo Apaña y Clara Bullanga, que acababan de casarse é iban á celebrar sus bodas en el majestuoso bosque.

Don Roque Bullanga, y Doña Ramona Ramos como padres de la novia ocuparon en la mesa el lugar preferente: á su derecha se sentaron los recién casados y en frente de ellos los padrinos, que eran Carmelita Bullanga y el Marqués de Peñahendida.

Los demás convidados se fueron sentando, después de colocar á las señoras en los lugares que indicaban las tarjetas respectivas puestas sobre las servilletas caprichosamente dobladas.

Después del ligero desorden que precede siempre al momento de sentarse, todo entró en quietud.

Fortunet, que no esperaba otra cosa, dió sus órdenes y una suculenta sopa de ostiones fué servida.

La música comenzó á tocar la obertura de "Fra Diávoló."

Poca animación se notaba en la mesa.

Los hombres atendían á las señoras con galantería; pero se hablaba en voz baja, localizándose la conversación en determinados grupos.

Cuando se hubieron servido varios platos y las copas se variaron repetidas veces, aquella reunión se fué anihando y la conversación generalizándose; pero en el fondo se advertía que dominaba una frialdad irremediable.

Y era que muchas de las personas allí reunidas daban grande importancia á ciertas fórmulas de etiqueta; y la diferencia de rangos y fortunas, se notaba por cierto acatamiento servil de parte de unos, y por pretensiones exajeradas por parte de otros.

Con semejantes condiciones no es posible en manera alguna, que reuniones como aquella puedan producir alegría y sincera expansión de ánimo.

Era tan notable la frialdad de los convidados, que no pudo menos D. Severo de llamar la atención y alentar á la alegría, manifestando que en un día tan solemne como aquel, era conveniente suprimir la etiqueta y dar cada uno rienda suelta á su buen humor.

La idea fué acogida con aplauso y cada cual procuró aparecer lo más alegre que le fuera posible.

Como al efecto ayudaban los vinos exquisitos que se servían con abundancia, el movimiento y el ruido aumentaron.

Unos que se creían naturalmente graciosos, se esforzaban en decir chistes que les aplaudían débilmente por política.

Otros procuraban demostrar su contento riendo á dos carrillos por cualquiera cosa y principalmente por lo que ellos mismos decían.

Y algunos que no pueden concebir la alegría si no es embriagándose, se convirtieron en objetos de desprecio y de alarma para los demás.

Es la embriaguez piedra de toque para descubrir los defectos que el hombre oculta con educación y finura afectada y superficial. Pocos son aquellos que poseen una educación tan sólida y que tienen un carácter tan bien formado, que puedan sufrir semejante prueba sin fracasar.

Sin embargo del estrépito que iba en aumento á medida que avanzaba la comida, podía notarse fácilmente, que aquellas demostraciones tan entusiastas al parecer, estaban muy lejos de ser espontaneas.

Pero D. Severo se manifestaba satisfecho y esto bastaba.

También la hermosa Clara parecía completamente dichosa.

Mas, quien hubiera podido penetrar en todos aquellos corazones, hubiese hallado tal vez, que en la mayor parte se albergaba el hastío ó alguna pasión incompatible con el contento.

Como era natural, entre los concurrentes habia relaciones de negocios, de amores ó de simple amistad.

Esto daba lugar á que se cruzaran palabras enigmáticas, miradas de inteligencia y brindis en secreto, que se indicaban, llevando la copa á los labios con disimulo, al mismo tiempo que se lanzaba una mirada intencionada á la persona que se dirigían.

Empero, esto pasaba desapercibido para la generalidad; porque, como suele decirse, cada cual atendía á su juego y no fijaba la atención en lo que pasaba á su derredor.

Solamente un joven que á pesar de serlo, revelaba en su fisonomía un carácter un tanto sombrío y meditabundo, aunque dulcificado por una mirada burlona y algunas veces por una sonrisa llena de sarcasmo, parecía seguir minuciosamente las peripecias de la comida.

Su aspecto era naturalmente elegante, sin afectación; vestía con gusto sin ser esclavo absolutamente de la moda, y su conversación amena y franca, disponía mucho en su favor. No era un hombre hermoso, más su figura era simpática, y como se dice en México, tenía la sangre muy ligera.

Con estos antecedentes fácil es comprender que no le faltaban relaciones y que en todas partes le recibían bien.

Por desgracia, el hombre estaba atacado de un escepticismo incurable y aún se le tachaba de *excéntrico*.

Frisaba en los treinta años, tenía rentas que le daban lo bastante para poder vivir aunque modestamente; y gozaba también de la fama de ser un buen sujeto.

Más á pesar de tantas ventajas, no habían logrado casarlo sus amigas que le predicaban constantemente sobre el asunto, y le indicaban algunas jóvenes que le podían corresponder.

Tan diferente modo de obrar del que seguían los demás, hacían de aquel hombre un ser incomprensible para muchas inteligencias.

En cuanto á él, seguía imperturbable su camino y decía que así vivía contento.

Este ser extraño era Fabián Corrales, aquel calavera que encontró Yoya en unión de Perico Bardas una noche de máscaras en el Teatro Nacional.

Como, acaso, era el único que no llevaba negocio á aquella fiesta, podía estudiar á sangre fría los episodios que tenían lugar allí, dando una exacta razón de ellos.

No obstante, había en la mesa otra persona con quien Fabián llevaba muy buena amistad y con la cual cambiaba, de vez en cuando, elocuentes y significativas miradas, alusivas á algunos de los sucesos que allí tenían lugar.

Era ella una matrona entrada en años, que revelaba en toda su persona ser una señora de mundo, y que conservaba vestigios de belleza.

Viuda de un Intendente de Ejército, gozaba de una regular pensión que todos los gobiernos le pagaban exactamente, y además poseía la casa en que habitaba.

Como estos recursos no eran suficientes para sustentar el lujo

que la señora gastaba, daba motivo á que las malas lenguas se ocupasen de ella de un modo inconveniente.

Su casa era frecuentada por los hombres prominentes de todos los partidos así como por banqueros, agiotistas y gente de mundo.

El bello sexo, también concurría, representado por señoras de la aristocracia.

La influencia que la viuda del Intendente gozaba en el gobierno, cualquiera que éste fuese, hacía que no hubiera favor que no consiguiese, ni negocio que no pudiera arreglar.

Tales circunstancias hacían de su casa el centro de multitud de asuntos, de intrigas, de proyectos políticos, y hasta de planes revolucionarios.

Es de creerse, que Doña Natalia Lizárraga, sacaría grandes ventajas de su posición para poder sostener el lujo con que había montado su casa.

Pero el mismo trato de la gente, los secretos que de ella poseía, y el modo con que se conducía sobre los negocios que en su casa se versaban, habían producido en Doña Natalia un desprecio invencible hacia la sociedad: había caído también en el escepticismo.

Hé aquí el secreto de la simpatía que la ligaba con Fabián. Muchas veces pasaban juntos los dos amigos horas enteras en íntima conversación.

Se lamentaban de los extravíos de la humanidad y del vacío que se siente en la vida, cuando corre desprovista de creencias y de afectos.

Murmuraban de la gente á más y mejor, y con tan triste desahogo, se sentían consolados; porque en su concepto, habían castigado con su acerba reprobación los vicios de los demás.

Mientras que Fabián se quejaba amargamente de la sociedad porque de ella había recibido su corazón heridas incurables, y vivía hasta cierto punto separado del mundo, sin exigir nada de él; Doña Natalia, por el contrario, lo explotaba perfectamente, y si bien lo despreciaba, lo mismo que Fabián, no podía vivir sino en medio del bullicio de la gente, porque siendo la vanidad su grave falta, hubiese muerto de pena al ver sus salones desiertos.

Por lo mismo se veía obligada á servir y ayudar en sus proyectos á personas que miraba con tedio, contribuyendo algunas veces á intrigas tenebrosas que se fraguaban en su casa, porque de este modo conservaba la influencia que le proporcionaba consideraciones y dinero.

Conocidos, pues, el carácter y las tendencias de los dos escépticos, fácil será comprender que en el banquete de Apafia se pusieron desde luego en comunicación por medio de indicaciones del gesto y de la mirada, puesto que hallándose bastante separados no podían comunicarse con la palabra.

Pero ellos no necesitaban hablar para poder entenderse perfectamente.

No pasaba en aquella reunión la cosa más insignificante, sin que se la comunicaran en el acto.

En esto había llegado la hora de los brindis.

Las botellas de *champaña* disparaban sin cesar sus taponés al aire, y el licor dorado henchía las copas, que derramaban la excitadora espuma.

Aquel fué el momento en que los sinceros amigos de los novios manifestaran su cariño, ya en prosa, ya en verso, con inocente sencillez, sin cuidar de la forma de sus discursos.

Pero también hablaron aquellos que, profundos egoístas, sin amar á alguien en el mundo, eran capaces, sin embargo, de aprovechar una ocasión como aquella, para adular rastreramente á las personas de quienes esperaban obtener alguna ventaja.

Muchos fueron los brindis que se dirigieron á este objeto; pero no creo oportuno gastar el tiempo en referirlos; porque con poner de manifiesto un par de ellos, será suficiente para dar una idea de los demás.

Don Braulio Porrás tocó con el dorso del cuchillo en una copa, y dijo con voz sonora:

¡Señores! ¡Bomba!

Bomba, bomba, repitieron multitud de voces.

El ruido de la mesa cesó, y los convidados se pusieron en pié con las copas provistas del delicioso vino.

Don Braulio tosió, se arregló la corbata, y después de un momento de meditación, dijo de esta manera:

¡Señores!

“Una boda, en todos los tiempos ha sido un espectáculo encantador.

“Pero, cuando se verifica con las raras circunstancias que tienen lugar en ésta á que concurrimos, puede decirse sin temor de equivocación, que toca los límites de lo magnífico, de lo sublime, de lo maravilloso.”

Aquí el orador fué interrumpido por un estrepitoso aplauso. En seguida prosiguió:

“Yo me glorío, pues, de haber tenido la suerte de ser uno de

los felices invitados á esta fiesta brillante que nos embriaga con una dicha, que no creo pueda hallarse mayor en esta pobre esfera sub-lunar.”

Aplausos prolongados.

“Una beldad incomparable, adornada de gracias y de talento, poseyendo una alma tierna y llena de virtudes, asocia su porvenir al de un hombre eminente, dotado de un génio prodigioso, que lo eleva sobre nuestros financieros más afamados; de un hombre, que si este desgraciado país lo supiese apreciar, tiempo hace que ocupando la Cartera de Hacienda, que por sus méritos, sin duda le corresponde, le habría salvado de la bancarrota que le amenaza.”

Bravos y aplausos repetidos.

“Pues bien, á pareja tan dichosa, á la que el cielo protege visiblemente, no le hacen falta los fervientes votos de un simple mortal; pero si fuese dable aumentar su felicidad con un sacrificio, yo le ofrecería hasta el de mi vida para conseguirlo.”

Hurras, bravos y aplausos repetidos.

“Brindo, pues, por la eterna ventura de los ilustres desposados.”

Aquí redoblaron los golpes en la mesa, las palmadas y los bravos. El orador recibió calurosas felicitaciones.

D. Braulio, desplomándose sobre su silla, se enjugó la frente con su pañuelo, no sin acoger con satisfacción un signo aprobativo de D. Severo y una mirada de Clara llena de gratitud.

La música entre tanto tocaba una diana á petición de los concurrentes.

De nuevo tocaron las copas pidiendo silencio y otras voces de bomba, bomba, resonaron.

Un joven imberbe se levantó de su asiento. Vestía con la mayor elegancia, luciendo una flamante casaca cortada por *Godard*. Miró con disimulo á Carmelita Bullanga y satisfecho de que era observado por ella, dijo:

“No tengo inconveniente en confesarme lleno de audacia, cuando me atrevo á hablar después de que lo acaba de hacer mi digno é ilustrado maestro el Sr. Porrás, con la elocuencia y sabiduría que le es habitual.”

Signos de aprobación.

“Pero ¿qué corazón puede dejar de palpar, permaneciendo indiferente ante el magestuoso espectáculo que nos rodea?”

Rumores.

“Yo, por mi parte, no me siento con fuerzas para resistir; por

tanto, á pesar de mi insuficiencia, he tomado esta copa para brindar, por la interesante pareja en quien la Providencia ha derramado sus dones; donde la belleza, la virtud y el talento se disputan la preferencia juntamente con la elevación de su estirpe; y á la que dignamente apadrina una de las pocas eminencias nobiliarias que quedan á nuestro pobre país: el noble, el ilustre Conde de Peñahendida.

“Señores:

“Brindo también, porque deteniéndose esta desgraciada sociedad al borde del abismo á donde los desórdenes la han conducido, vuelva á ser dirigida sabiamente por aquellos que tienen el derecho de hacerlo, por el lustre de su cuna, por sus virtudes y por la rectitud de sus principios.”

“Brindo por el noble Conde de Peñahendida.

¡Bravo, bravo, hurra por Mijes!

¡Música, música, una diana!

Estas voces fueron acompañadas por golpes en la mesa y palmoteo.

Carmelita, que hablaba en voz baja con el Conde, llamó con los ojos á Mijes, quien se apresuró á ocurrir al llamamiento.

Juanito, le dijo, he llamado á usted porque deseo presentarlo al señor Conde, que tiene interés en tratarlo.

Esa es mucha honra para mí, Carmelita, contestó Mijes.

Señor Conde, añadió Carmelita, tengo el mayor gusto en presentar á usted á un amigo íntimo de mi casa, á Juanito Mijes, persona muy apreciable.

Sr. D. Juan, dijo el Conde con cierto aire de protección, haciendo ademán de levantarse y tendiéndole al joven su huesosa mano; tengo mucho gusto de conocerlo, y desde ahora le digo que me agrada su modo de pensar en política; yo le ofrezco mi amistad y haré en su obsequio cuanto me fuere posible.

Señor Conde, me considero muy honrado con la elevada amistad de usted y corresponderé á ella con todas mis fuerzas, contestó Mijes.

Muy bien, D. Juan, ofrezco á usted mi casa que se honrará con su presencia.

Señor, tendré la alta honra de presentarme en ella.

Mijes hizo una reverencia al Conde despidiéndose, y tocó dulcemente la mano de Carmen.

Me simpatizan las ideas de ese joven, dijo el Conde.

¡Ay! señor Conde, exclamó Carmelita; el pobre de Juanito ha sido víctima de esas ideas: á causa de ellas no ha podido progresar, porque le han hecho una guerra cruel en la oficina.

De mi cuenta corre su adelanto, contestó el Conde. Mañana mismo hablaré á Santa-Anna con este objeto. Me encargo formalmente del asunto.

Señor Conde, hará usted una buena y justa obra, por la que le vivirá reconocida, pues me intereso por ese muchacho.

Nada de lo que había pasado escapó á las miradas investigadoras de Doña Natalia ni de Fabián Corrales, que ya deseaban dar rienda suelta á su lengua para comunicarse sus impresiones.

Pronto se presentó la ocasión.

Se había servido el *plus-café* y repartido excelentes puros. De consiguiente, la comida estaba terminada, y como era necesario levantar la mesa con objeto de que la glorieta quedase libre para el baile, los convidados comenzaron, entre tanto á recorrer el bosque en todas direcciones formando grupos y parejas.

Entonces fué cuando los dos amigos se reunieron y sentándose en una de las lunetas, en punto de donde pudieran descubrir la mayor parte de lo que ocurriese, dieron rienda suelta á la murmuración.

Miré usted, amiga Natalia, mientras el bueno de D. Roque se extasia adulando á su yerno, Ramoncita pasea del brazo del camaraderero D. Braulio.

Eso es escandaloso, contestó Natalia; no puedo persuadirme de que en tantos años como hace que dura esta historia, el camaraderero de D. Roque ignore lo que pasa.

Y no es eso lo peor, añadió Corrales, sino que á la sombra de Doña Ramona, Carmelita y Juanito Mijes se entienden divinamente.

Toma, como que Doña Ramona protege á Juanito y á su cuñada.

¿Y qué dice usted de Pepita Codornit, que habiendo jurado eterno amor á mi candoroso amigo Perico Bardas, le ha plantado por ese hotentote de Silueta?

Que hace perfectamente; porque Silueta es un rico minero, mientras Perico solamente goza de una rentita miserable, que no le alcanza para pagar al sastre.

Con razón el pobre muchacho ha bebido hoy más de lo regular, hasta dar en tierra con su imagen.

Por fortuna Juan Urdiola le prestó un buen servicio al llevarselo en coche, librándolo así del infeliz y despreciable papel que aquí hacía.

Lo que es de temerse, que el pobre muchacho, á consecuencia de la pesadumbre vaya á contraer el detestable vicio de la embriaguez.

El se tendrá la culpa, porque hace tiempo que le pronostiqué lo que le iba á suceder, aconsejándole que oportunamente se retirase con sus honores.

A la que veó triste es á Anita Bullanga: no presta atención á los galanteos de Pepe Miravales.

Y hace mal, porque el muchacho es buen mozo y rico, aunque no de los que inventaron la pólvora; pero el día en que muera D. Homobono, heredará un buen caudal.

Eso consiste, en que Anita hace años está perdidamente enamorada de Carlos Peñasquis, que la adora. Cuantos esfuerzos ha hecho la familia, no han sido bastantes para hacerla desistir.

Esta constancia y este amor inextinguible de los dos amantes, parece cosa de novela. No obstante, Pepe no debe desesperar, porque al fin el dinero es una gran cosa; además, cuenta con la aquiescencia de la familia.

Por supuesto, D. Roque y la familia traen á Miravales en la palma de la mano y darian cualquier cosa porque Anita le correspondiera.

En cambio, á Carlos le hacen una cruel guerra, y eso que el muchacho, vale mil veces más que el protegido.

Además, ahora le han hallado otro defecto.

¿Cuál es?

Que tiene ideas liberales y por lo tanto es enemigo de la actual administración.

¡Vaya! Como que toda esta gente saca ventajas del actual orden de cosas.

Sería nunca acabar si siguiera punto por punto la entretenida conversación de aquellos escépticos, que la continuaron hasta acabar la fiesta.

Los dejaré gozando en comer prójimo, para continuar la descripción de los sucesos que allí tenían lugar, porque tiempo habrá de escucharlos en otra ocasión.

El Sol que se escondía por detrás de la Fundición de cañones, despedía sus últimos rayos que penetraban en el bosque casi tangentes al suelo, interrumpidos á menudo por los robustos troncos de los corpulentos ahuehetes y por los tupidos matorrales que prolongaban desmesuradamente la sombra.

En cambio, grandes porciones de terreno eran bañadas por la

luz que le daba á la yerba un tinte anaranjado, lo mismo que á los árboles cuyos troncos tomaban un color rojizo.

Este espectáculo que se presenta en la parte al Oeste del Bosque de Chapultepec á la caída de la tarde, es digno de ser recomendado á pintores y á poetas.

Clara, que contemplaba aquel magnífico cuadro, asida del brazo de su hermana Anita, con quien en aquel momento desahogaba su corazón, participaba de la abrumadora melancolía que se hallaba esparcida en la naturaleza.

Sin saber por qué, sentía el pecho oprimido, y sin querer se le agolpaban las lágrimas á los ojos.

Las jóvenes se habian detenido cerca de un chopo, á gozar de la belleza del sitio: Clara fijó la vista en el tronco del arbol que en aquel momento recibía los últimos rayos del Sol, que iluminaba una inscripción que yo habia puesto después de mi aventura de carnaval; decía así:

P. P. P. Recuerdo, Martes 4 de Marzo de 1851.

Clara sin separar los ojos de la inscripción, comenzó á temblar; sintió que todo giraba á su derredor y acabó por caer desvanecida en los brazos de su hermana, que la recibió dando un grito.

Todos se precipitaron al lugar del siniestro, pero Clara volvió pronto en sí, y manifestó que aquello habia sido un ligero desvanecimiento y que se sentía bien.

Atribuyendo el caso á las emociones y fatigas del día no se dió importancia al acontecimiento; y como ya se habia quitado la mesa, se dió principio al baile.

El Astro del día desapareció bajo el horizonte, y el bosque se oscurecía por momentos; mas pronto la luz de la Luna llena comenzó á difundirse por todas partes. Era una de las hermosas noches que se ven en México, en las que el Cielo se cubre de un purísimo azul turquí, y en que la Luna suspendida en el espacio, como un disco de plata, refleja sobre la Tierra la luz del Sol con una claridad deslumbradora.

Es verdad que el cerro del Chapulin ocultaba el Astro de la noche, pero los rayos que pasaban por los flancos y por encima, iluminaban la parte superior de los árboles y los campos que rodean al bosque al Norte, al Sur y al Occidente.

De suerte, que la débil claridad que reinaba en la glorieta, era un atractivo más, que añadía cierto misterio y encanto á aquella fiesta campestre.

Sin embargo, la Luna subía aunque lentamente, hasta que se

descubrió radiante por encima del edificio del Colegio Militar que se levanta erguido en la cumbre del cerro.

Entonces, la magnificencia del lugar era indescriptible.

Conmovidos con el espectáculo que los rodeaba, excitados por los licores é iluminados por la belleza de las mujeres, habían llegado los pobres mortales allí reunidos, al pináculo de la felicidad humana.

Pero... ¡ay! como desgraciadamente la dicha no puede ser duradera, un acontecimiento muy natural, pero no esperado, vino á terminar aquellas alegrías.

Una nube negra que subió desapercibida, por el Oriente, fué invadiendo poco á poco la bóveda celeste.

Muy distraídos se hallaban los de la glorieta para haber notado la maligna nube; pero de pronto un ronco trueno, que parecía rodar de montaña en montaña, los hizo salir de su enagenamiento.

¡Que viene la agua! exclamaron algunos!

No, esa agua no cae; contestaron otros.

Un viento húmedo y fresco y un trueno más fuerte y prolongado que el anterior, convencieron, por fortuna, á los opositoristas, de que en efecto amenazaba un gran chubasco.

No obstante, algunos obstinados pretendían que aún podían prolongar el baile; pero la mayoría aconsejaba la retirada.

Entretanto, la nube que se extendía sin cesar, había cubierto la Luna que sólo aparecía como una mancha amarillenta.

Los truenos se repetían, los relámpagos con su rojiza luz iluminaban hasta las grietas de los peñascos, y gruesos goterones comenzaron á caer.

Ya no había lugar á la duda y la marcha fué resuelta. Todos corrieron á los coches, produciéndose con esto un ligero desorden.

Fortunet, que cargó sus útiles en un carro cuando levantó el campo, ya había partido.

Los coches tomaron el trote y pronto se perdieron en las curvas del camino.

Sólo los pobres músicos fueron abandonados á su suerte.

El bosque quedaba solitario y silencioso; la lluvia comenzaba á descender con fuerza, amenazando con uno de esos aguaceros torrenciales que suelen caer á menudo en el Valle.

Los infelices músicos se acomodaban lo mejor que podían al pie de los enormes troncos de los ahuchuetes, cosa que no les hubiese impedido el ponerse como una sopa, si hubieran permanecido allí.

Pero uno de ellos, gritó:

¡Vamos á la cueva!

¡A la cueva! ¡a la cueva! gritaron los demás y echaron á correr. Ya era tiempo.

Apenas se habían refugiado en la cueva, cuando se desató un furioso chaparrón.

La agua saltaba por los peñascos del cerro formando cascadas, y en el plano corría en arroyuelos buscando las partes bajas.

Después de media hora de llover sin cesar, repentinamente la lluvia dejó de caer, y la Luna apareció más hermosa que antes iluminando el paisaje.

Los músicos sintieron tal regocijo, que no pudieron menos de tocar una diana antes de abandonar aquel asilo protector, que como agradecido repetía el eco desde el fondo de la galería con que termina.

Después de remangarse los pantalones, salieron del bosque los filarmónicos, y tomaron el camino de la Verónica, con objeto de entrar á la ciudad por la Garita de la Tlaxpana, porque aquella noche tenían compromiso de tocar en una cepa que iba á tener lugar en el Tívoli de San Cosme.

Los convidados que abandonaron Chapultepec, se encontraron al llegar á la ciudad con un hermoso espectáculo.

Las calles se hallaban completamente anegadas con excepción de las aceras ó andenes, por donde únicamente podía transitar la gente á pie enjuto.

Las luces de los establecimientos del comercio se reflejaba en las aguas, haciendo contraste con la blanca luz de la casta Febea, que rielaba en el oleaje producido por el tránsito de gente y carruajes.

El paso en las boca-calles presentaba cuadros interesantes.

Las mujeres pobres se alzaban las ropas lanzándose al agua sin escrúpulo, luciendo á veces hasta cerca de la rodilla, sus piernas más ó menos artísticamente formadas, y cuyo mérito calificaban algunos aficionados á la estética instalados en la banqueta.

Los hombres del pueblo las imitaban; y aquellos que no podían rebajar su dignidad hasta descalzarse y remangarse los pantalones para tentar vado, se hacían conducir por un robusto *carrador* que los instalaba en sus lomos, lo mejor que podía, para pasarlos á la orilla opuesta mediante un corto estipendio.

Estos grupos eran dignos del lápiz de algun hábil caricaturista.

Otros individuos, que rehusaban someterse á tan humillante paso, atisbaban á los simones esperado que por fortuna pasara alguno vacío.

Entonces eran los gritos desesperados de ¡Cohero! ¡Cohero!

Pero los aurigas que en tiempos normales importunan á los transeuntes ofreciéndoles obstinadamente sus vehiculos, en estas temibles crisis se vuelven sordos como una tapia.

Es necesario gritarles enseñándoles una moneda.

¡Te doy un peso porque me vayas á dejar!

Entonces, paran un momento, aseguran que llevan *carga*, y cuando se convencen de que es cierto lo del duro, ofrecen conducir al solicitante con tal de que no sea lejos.

El aspirante, alborozado, sube al coche que parte dando tumbos, dejando sumerjidos en la mayor consternacion á los que quedan en espera de otra fortuna como aquella.

La belleza del cuadro la completan, la patrulla que avanza imperturbable por en medio de la calle sin cuidarse de si está húmeda ó seca, los cabos de policia que recorren á caballo la ciudad, y los carruajes de toda especie que con pies y ruedas marchan levantando borbotones y espuma, parodiando la concha de Neptuno tirada por caballos marinos al abrirse paso entre las ondas salobres.

Muchos aficionados á emociones, presencian todas estas escenas asomados á su balcón; ávidos siempre de ver resbalar un *cargador* que dá con su ginete en lo más profundo, con aplausos de los malignos espectadores, ó bien algún destartado simón, que con una rueda de menos ú otro percance parecido, yazga largo tiempo en medio de la corriente, después de haber sido extraídos de su voluminoso vientre los naufragos que en él navegaban por robustos mozos de cordel.

Así, pues, atravesaron los prófugos de Chapultepec bastante divertidos, una parte de la ciudad, y fueron á tomar tierra á la casa-palacio de D. Severo Apaña, en donde bailaron hasta amanecer.

La casa en la que Doña Natalia Lizárraga vivia era espaciosa, pero de construcción antigua.

Un gran zaguán cuya puerta adornaban enormes clavos labrados, de cabeza cuadrada, y dos accesorias laterales, formaban la parte baja de la fachada.

La accesoría de la derecha servía de cochera, y la de la izquierda, cuya puerta habia sido convertida en ventana, la ocupaba el portero con su familia.

En los altos se veían tres balcones con pesados y mal forjados barandales de fierro, siendo el balcón de enmedio mayor que los otros.

Algunos relieves churriguerescos cubrían los macizos de la pared, subiendo hasta el pretil de la azotea donde formaban una especie de friso que envolvía cuatro grandes canales de piedra representando otras tantas cabezas de grifos, de cuyas bocas salían los tubos de plomo por donde cuando llovía corría el agua en grandes chorros que se destrozaban en el pavimento de la calle.

En el centro de la fachada y sobre el balcón de enmedio, se elevaba un frontón afectando un grupo de nubes, encima de las cuales se destacaba una escultura de piedra mal pergeñada, con la pretensión de representar la imagen del Castísimo Patriarca Señor San José.

Al pintar la casa el maestro albañil, que sin duda era un buen devoto del Santo, lo embadurnó de verde gay y de amarillo canario, dando así lugar á la duda, de si aquello representaba algún pájaro ú otra cosa. Pero juzgando piadosamente, es de creerse que el buen maestro no cobraría este trabajo, por no haber entrado en el *trato*.

Así como el zaguán, se veía un hermoso patio cuadrado con dos

Otros individuos, que rehusaban someterse á tan humillante paso, atisbaban á los simones esperado que por fortuna pasara alguno vacío.

Entonces eran los gritos desesperados de ¡Cochero! ¡Cochero!

Pero los aurigas que en tiempos normales importunan á los transeuntes ofreciéndoles obstinadamente sus vehiculos, en estas temibles crisis se vuelven sordos como una tapia.

Es necesario gritarles enseñándoles una moneda.

¡Te doy un peso porque me vayas á dejar!

Entonces, paran un momento, aseguran que llevan *carga*, y cuando se convencen de que es cierto lo del duro, ofrecen conducir al solicitante con tal de que no sea lejos.

El aspirante, alborozado, sube al coche que parte dando tumbos, dejando sumerjidos en la mayor consternacion á los que quedan en espera de otra fortuna como aquella.

La belleza del cuadro la completan, la patrulla que avanza imperturbable por en medio de la calle sin cuidarse de si está húmeda ó seca, los cabos de policia que recorren á caballo la ciudad, y los carruajes de toda especie que con pies y ruedas marchan levantando borbotones y espuma, parodiando la concha de Neptuno tirada por caballos marinos al abrirse paso entre las ondas salobres.

Muchos aficionados á emociones, presencian todas estas escenas asomados á su balcón; ávidos siempre de ver resbalar un *cargador* que dá con su ginete en lo más profundo, con aplausos de los malignos espectadores, ó bien algún destartado simón, que con una rueda de menos ú otro percance parecido, yazga largo tiempo en medio de la corriente, después de haber sido extraídos de su voluminoso vientre los naufragos que en él navegaban por robustos mozos de cordel.

Así, pues, atravesaron los prófugos de Chapultepec bastante divertidos, una parte de la ciudad, y fueron á tomar tierra á la casa-palacio de D. Severo Apaña, en donde bailaron hasta amanecer.

La casa en la que Doña Natalia Lizárraga vivía era espaciosa, pero de construcción antigua.

Un gran zaguán cuya puerta adornaban enormes clavos labrados, de cabeza cuadrada, y dos accesorias laterales, formaban la parte baja de la fachada.

La accesoria de la derecha servía de cochera, y la de la izquierda, cuya puerta había sido convertida en ventana, la ocupaba el portero con su familia.

En los altos se veían tres balcones con pesados y mal forjados barandales de fierro, siendo el balcón de enmedio mayor que los otros.

Algunos relieves churriguerescos cubrían los macizos de la pared, subiendo hasta el pretil de la azotea donde formaban una especie de friso que envolvía cuatro grandes canales de piedra representando otras tantas cabezas de grifos, de cuyas bocas salían los tubos de plomo por donde cuando llovía corría el agua en grandes chorros que se destrozaban en el pavimento de la calle.

En el centro de la fachada y sobre el balcón de enmedio, se elevaba un frontón afectando un grupo de nubes, encima de las cuales se destacaba una escultura de piedra mal pergeñada, con la pretensión de representar la imagen del Castísimo Patriarca Señor San José.

Al pintar la casa el maestro albañil, que sin duda era un buen devoto del Santo, lo embadurnó de verde gay y de amarillo canario, dando así lugar á la duda, de si aquello representaba algún pájaro ú otra cosa. Pero juzgando piadosamente, es de creerse que el buen maestro no cobraría este trabajo, por no haber entrado en el *trato*.

Así como el zaguán, se veía un hermoso patio cuadrado con dos

órdenes de columnas de cantería, que sostenían los corredores y el techo de la azotea que los cubría.

Se veían en el patio, atados á unas argollas, dos hermosos caballos de tiro y un tronco de excelentes mulas de grande alzada.

En el fondo estaba la escalera, y junto de ella se abría un pasadizo, que conducía á un segundo patio donde se hallaban las caballerizas, el granero, un cuarto para el cochero y el lacayo, y otro donde se guardaban las guarniciones.

Además había un pozo y una pileta donde se abrevaban los animales.

Subiendo la escalera, al llegar al descanso, se encontraba un gran cuadro que representaba al Señor San Cristóbal cargando al Niño y al Mundo, y para soportar tan enorme peso, llevaba en la mano el santo, un árbol que le servía de bastón, con el que se apoyaba en el fondo de un río que atravesaba á la sazón.

Al entrar al corredor, un enrejado de madera pintado de verde y colocado bajo de un arco que correspondía al primer tramo de la escalera, encerraba tres destiladeras de piedra que, suspendidas en sus respectivos bastidores, surtían de agua fresca y clara otras tantas tinajas de barro de Cuautitlán, barnizadas de encarnado.

De noche, cuando todo estaba en silencio, las gotas que, desprendiéndose de las destiladeras, caían en las tinajas, producían un ruido agradable y cadencioso.

Los corredores que cubrían los cuatro lados del patio eran amplios; sustentaban algunos barriles simétricamente colocados, con naranjos y otros arbustos, y los barandales que eran de hierro, sostenían multitud de macetas con exquisitas flores.

De los techos pendían, por medio de alambres, muchas jaulas que encerraban preciosos pájaros que alegraban la casa con sus gorgeos.

En el corredor correspondiente á la fachada, había una antesala con tabique de cristales, en cuyo centro se abría la puerta que daba entrada á la sala, que era espaciosa y estaba iluminada por dos balcones; el tercer balcón pertenecía á un gabinete que servía de tocador á la propietaria.

Todas las habitaciones del lado derecho eran destinadas al uso de Doña Natalia.

Las de la izquierda, contaban varias piezas separadas.

En una de ellas, la señora recibía á las personas que llevaban asuntos reservados.

Otra estaba destinada á los jugadores de tresillo; y una tercera, contenía una biblioteca; pero con tal arte dispuesta, que haciendo girar suavemente uno de los estantes, descubría la puerta que daba entrada á una salita cuya luz y ventilación la recibía por el techo.

En aquella salita se jugaban albures.

Para mayor precaución, otra puertecita también disimulada, daba salida por la casa que quedaba á la espalda de la que describimos.

Pero aquellas precauciones no eran necesarias, porque la policía tenía orden especial de no vigilar la habitación de la Intendente.

Por lo que llevo relatado, se notará que la señora de Lizárraga conservaba aún varias de las costumbres mexicanas que van desapareciendo; sin embargo, las piezas principales estaban amuebladas con exquisito lujo al estilo europeo.

Una hermosa mañana había parado un cupé á la puerta de aquella casa.

Un caballero joven que bajó del carruaje, atravesó el patio y comenzó á subir la escalera.

Notándolo el portero haló un cordel y tocó una campana suspendida del corredor.

Cuando el caballero acabó de subir, halló una *recamarera* que lo condujo á la antesala.

Sin duda la criada lo conocía, porque sin preguntarle su nombre se dirigió al tocador de la señora para anunciarlo.

Dile que tenga la bondad de pasar al saloncito verde, que no tardaré en ir allí; dijo Doña Natalia á la criada.

Ésta condujo al caballero donde se le ordenaba, y pocos momentos después entró la señora de Lizárraga.

El saloncito era octágono rodeado de divanes y con algunos cómodos taburetes.

No tenía otra puerta que la vidriera que comunicaba con el corredor cuyos cristales eran opacos; pero por un elegante tragaluz abierto en la mitad del techo, se proveía abundantemente de claridad.

El piso, las paredes y los muebles se hallaban forrados de verde; pero la alfombra, el tapiz y los guardapolvos tenían diferencias notables en los dibujos, combinados con oro y con diversos colores en distinta proporción, de manera, que el efecto que causaba el conjunto no era monótono ni desagradable.

Buenos días, amigo Fabián; dijo al entrar doña Natalia presentando al joven una fina y bien cuidada mano.

Buenos días, mi excelente amiga, contestó Fabián poniéndose en pié y tomando con atención la mano que se le presentaba.

Voy á hacer una raya en el agua, dijo la señora, para celebrar el inaudito acontecimiento de tan inesperada visita.

Fabián se disculpó trivialmente del cargo que se le hacía y se sentó en un taburete que acercó al diván que había ocupado su amiga.

Allí, en absoluta tranquilidad y en dulces pláticas, se propusieron los dos amigos pasar un rato agradable.

Desde el día de la boda de Clara no habíamos vuelto á tener un rato de conversación, dijo la señora, y eso que por lo que allí pasó, creí que tendría usted grandes deseos de murmurar.

En efecto, ha sido así, y no solamente deseos, sino necesidad imperiosa de comer prójimo me asediaba; pero algunas dificultades que se atravesaron, me detuvieron hasta ahora que vengo á ponerme á la disposición de usted, á menos que no tengamos algo que lo impida.

Doña Natalia, por toda respuesta oprimió un botón de concha embutido en la pared, y pocos momentos después apareció la *recamarera*.

Guadalupe, dijo Doña Natalia, dí al portero que no estoy en casa para nadie.

Ahora sí, amigo mío, añadió, podemos con todo sosiego entregarnos á las dulzuras de la conversación, sin que nos interrumpan.

Supongo que vendrá usted muy provisto de noticias de sensación.

No creo poder sorprender á usted con ninguna, dijo Fabián; pero ampliaremos mutuamente las que tengamos, sacando de ellas consecuencias importantes.

—Comience usted, pues.

—Recordaré á usted los acontecimientos de la boda de Apaña; los calurosos brindis que allí tuvieron lugar, y añadiré, que la creo impuesta de las consecuencias que han tenido.

—Ignoro cuáles han sido esas consecuencias.

—La primera y más notable fué el nombramiento de Don Braulio Porras para la Administración de una importante aduana del Pacífico.

—Lo sabía yo, pero no creí que fuera consecuencia de los brindis.

—Sí, Natalia, si fué, pero lo que usted no sabrá son las intenciones que lleva Don Braulio.

—Ciertamente que no las sé, aunque desde ahora podría jurar que no serán de lo muy buenas.

—Según se vean las cosas. . . . Cierta casa inglesa espera para estos días una grande expedición de efectos, y ha trabajado mucho para que el fisco haga la vista gorda: como Don Braulio ha sido nombrado y está en el secreto, ofrece cerrar los ojos cuando sea necesario.

—Pero ¿no teme los consecuencias que tal conducta puede traerle?

De ninguna manera: hay personas de importancia que quedan aquí para sostenerlo, y su amigo Apaña lo apoya con el Ministro de Hacienda.

—Veo que tiene buenos padrinos; pero la revolución que en la costa del Sur se halla muy adelantada, podrá acaso trastornar sus proyectos.

—Está previsto el caso, y Porras llevará buenas recomendaciones para los jefes principales así es, que en el caso de que se halle ocupada la localidad por los pronunciados, ó bien que lleguen estando Porras allí, tomará parte en la revolución y todo marchará á las mil maravillas.

—¡Y sus compromisos políticos! ¡y sus ideas conservadoras! ¿Cómo pueden avenirse con semejantes proyectos?

—Qué quiere usted. Los hombres necesitamos el ver por nuestro porvenir. . . .

—¡Esto es espantoso!

—Vaya, Natalia, ya debía usted estar familiarizada con estas cosas.

—Es verdad, Fabián, mas no me puedo acostumar á semejantes infamias.

—Tiene usted hasta cierto punto razón.

—¿Y si los revolucionarios no lo admiten?

—Eso no puede ser, porque lleva instrucciones y recomendaciones eficaces del Directorio revolucionario de la capital.

—De manera que. . . .

—Sí; trabajará por la revolución, á menos que se persuada, lo que no es probable, que va á fracasar.

—¡Vaya, vaya con el buen conservador!

—¡Ah! se me pasaba decir á usted que Don Braulio se lleva á Juanito Mijes.

—¡A Juanito! ¿y de qué le puede servir ese muchacho?

—¿Cómo de qué? de vista.

—¡Vista, Juanito!

—Sí, amiga mía, primer vista.

—No parece sino que el Gobierno se ha vuelto loco.

—¿Por qué? ¿quería usted acaso que al Señor Conde de Peñahendida se le corriese un desaire?

—Con efecto, el buen Conde tiene mucho valimiento con el actual Gobierno.

—Ya verá usted, Natalia, cómo vuelven pronto ese par de bellacos con el riñón bien cubierto, como suele decirse.

—Decididamente, declaro que el Gobierno está al caer.

—Sí, por eso los hombres previsores como Don Braulio, procuran buscar un paracaída.

—Quiere decir que nosotros también debemos prevenirnos para presenciar la catástrofe.

—Sin duda alguna, y mejor será que desde ahora demos por muerto al Gobierno.

—Según eso ¿usted cree muy próximo el triunfo de la revolución?

Tan próximo, que me parece que no llega al Otoño el actual orden de cosas.

No sin razón he notado entre mis tertulianos ciertos síntomas precursores de algún acontecimiento importante; pero á la verdad no lo creía tan inmediato. Ahora recuerdo que el Coronel Carrasquedo me decía la otra noche: "Natalia, pronto voy á necesitar del auxilio de usted en un negocito que traigo entre manos, y le ofrezco que si salgo con bien de él, le he de hacer un buen obsequio." Y yo, añadió el ricacho Miravales, si se realizan los deseos del Coronel, regalaré á usted una magnífica lámpara para su salón. ¿Pero de qué se trata? pregunté.

Aun no es tiempo, me contestaron, por ahora sólo le diremos, que necesitamos algunas personas capaces y discretas que puedan encargarse de ciertas comisiones importantes para fuera de la capital.

¿Cómo cuántas necesitarán ustedes?

Unas cinco ó seis; pero repetimos que deben de ser capaces de cualquiera empresa.

¿Y como para cuándo?

Aún no lo sabemos.

En todo caso necesito que me prevehgan con alguna anticipación.

Sí, avisaremos á usted oportunamente.

En esto llegó la señora de Codorníu con su hija y la conversación tomó otro giro: mas ahora comprendo que aquellos señores se referían á la política.

¿Cómo es que no lo sospechó usted desde luego?

En verdad no lo sé,..... como Carrasquedo y Miravales son tan adictos al actual Gobierno, del que tanto partido han sacado, no podía yo presumir.....

¿No vé usted, amiga Natalia, que cuando se presiente un naufragio, cada navegante procura asirse de un objeto cualquiera que lo salve?

Tiene usted razón, Fabián, he sido poco perspicaz esta vez.

Volviendo á la boda de Apaña, yo también traigo negocio con usted.

¿Conmigo?

Sí, amiga mía.

¿Y en qué puedo servirlo, Fabián?

Quiero que sea usted mi aliada.

¿Su aliada de usted! ¿y para qué?

Se trata de hacer felices á dos jóvenes interesantes, que viven en ese bello mundo de las ilusiones, que desgraciadamente para nosotros ya no existe.

Necesito saber en qué sentido podremos contribuir á la dicha de esos jóvenes.

La cuestión es muy sencilla: me refiero á Anita Bullanga y á Carlos Peñasquisá, á quienes he tomado bajo mi protección, por que se aman con el amor más ardiente y platónico que puede concebirse. Acaso por esta circunstancia los pobrecillos son desgraciados y todos les hacen una guerra cruel. Estoy tan entusiasmado con esos amores, que sentiría profundo desencanto si tomaran el curso ordinario de los demás; porque escéptico como dicen que soy, gozo infinito al contemplar, aunque sea por un momento, un espectáculo del que por mucho tiempo anhelé ser actor.

Se trata, en consecuencia, de proteger á estos jóvenes contra sus perseguidores, hasta lograr arrojar al uno en los brazos del otro; por supuesto, respetando todas las fórmulas de la sociedad y de la religión.

Pero, amigo Fabián, ¿no cree usted que esto sería jugar con fuego?

No, Natalia; creo no equivocarme al contar con la bondad de mis protegidos.

Pues á mí me parece que ha tomado usted á su cargo una difícil tarea. Si simplemente se tratara de que esos amores siguieran el curso ordinario de la generalidad, la cosa sería muy sencilla, como usted dice: procuraríamos que los amantes tuviesen algunas entrevistas,.... acá, por ejemplo, usted traería á Carlos,

y no faltaría una amiga que trajera á Anita; y por supuesto, con todo el decoro debido, arreglarían sus asuntos, cuyo desenlace tendría lugar en otro teatro. Pero contener en la virtud y en el platonismo una pasión intensa que podría desbordarse en el momento menos esperado, y conducir la empresa con tal habilidad y acierto, que los amantes puedan llegar sin naufragar al Puerto de Himeneo, me parece un asunto lleno de inconvenientes. No obstante, Fabián, cuente usted conmigo, como con una aliada fiel, y mande lo que guste.

Gracias, Natalia, no esperaba ménos de su amistad; pero dejaremos para otra ocasión la exposición y desarrollo de mi proyecto, porque no me es posible prolongar mi visita, dijo Fabián mirando el reloj. Ahora sólo diré á usted que confío en la virtud de mis protegidos, al menos en la actualidad, y nosotros les ayudaremos á sostenerse.

Dios permita que no se engañe usted.

Fabián se despidió, y Doña Natalia quedó apoyada en el barrantal del corredor esperando que su amigo bajase la escalera.

Cuando atravesando el patio, Fabián la saludó con la mano, le dijo Doña Natalia: Fabián, advierto á usted que el pozo está tapado y los perros bien amarrados.

Ofrezco á usted, amiga mía, contestó el escéptico, que á pesar del pozo abierto y de los perros sueltos, volveré pronto.

Sabe usted que siempre se le recibe con gusto.

Gracias.

Fabián partió en su cupé, y Doña Natalia se encerró en el gabinete preocupada con la conversacion que tuvo con su amigo.

VI.

Una noche lluviosa y profundamente oscura del mes de Junio, á la hora en que todas las iglesias de México daban el toque de ánimas, un viejo simón que caminaba penosamente por las mal empedradas calles, se detuvo en la puerta falsa del Convento de Nuestra Señora de las Mercedes.

Dos hombres que iban en el vehículo se apearon, y dando con un bastón algunos golpes en la puerta con ciertos marcados in-

tervalos, ésta se abrió dando paso á los que tocaban y en seguida se volvió á cerrar.

Mientras los recién llegados, conducidos por un hermano lego, atravesaban los oscuros claustros, subían la amplia escalera, dejaban atrás los hermosos corredores del bello patio del convento y se detenían ante una celda apartada, el simón había ido á situarse en la esquina de la calle de Nahuaciató.

El hermano lego, acercándose á la puerta de la celda, dijo con voz gangosa y atiplada:

Deo gracias.

A Dios sean dadas, contestó de adentro una voz que parecía más propia para mandar soldados que para hacer preces.

¿No interrumpiré á vuestra reverencia en sus oraciones? preguntó el lego.

No, hermano, ya he concluido, ¿qué se le ofrece? contestó la misma voz un tanto dulcificada.

Aquí están los hermanos que envía el Reverendo Padre Prior, de Nuestro Padre Señor San Agustín.

Pueden entrar hermano, dijeron de adentro.

El lego empujó la puerta, hizo entrar á los que acompañaba, y volviendo á cerrar, fué á acurrucarse en un monumental confesionario de exquisito cedro con magnificas entalladuras que yacía lleno de polvo en un rincón inmediato.

Pensó, sin duda el buen hermano que allí esperaría con más comodidad las órdenes de su prelado.

La celda del Reverendo Padre Fray Pedro Nolasco Villalpando, alta dignidad en la orden de Mercenarios, se componía de tres piezas.

La primera, una especie de sala donde recibía, era espaciosa, casi cuadrada, con pavimento de ladrillos que en parte cubrían largos *petates* de palma de la Puebla, con rombos ó cuadros encarnados. En el fondo de la pieza se veía una gran ventana con vidrios pequeños y verdosos asegurados con cañuelas de plomo.

En las paredes laterales, cerca del fondo, se abrían dos puertas, una enfrente de la otra y conducían respectivamente á los dormitorios de Fray Pedro y del lego que le servía.

El ajuar de la sala era en extremo sencillo. Consistía en una gran mesa de cedro con las piernas llenas de molduras formando espirales, así como las transversas ó teleras que inmediatas á los pies los aseguraban.

Sobre de la mesa había un Santo Cristo de marfil clavado en una cruz de ébano; un juego de tintero de azulejo surtido de plu-

y no faltaría una amiga que trajera á Anita; y por supuesto, con todo el decoro debido, arreglarían sus asuntos, cuyo desenlace tendría lugar en otro teatro. Pero contener en la virtud y en el platonismo una pasión intensa que podría desbordarse en el momento menos esperado, y conducir la empresa con tal habilidad y acierto, que los amantes puedan llegar sin naufragar al Puerto de Himeneo, me parece un asunto lleno de inconvenientes. No obstante, Fabián, cuente usted conmigo, como con una aliada fiel, y mande lo que guste.

Gracias, Natalia, no esperaba ménos de su amistad; pero dejaremos para otra ocasión la exposición y desarrollo de mi proyecto, porque no me es posible prolongar mi visita, dijo Fabián mirando el reloj. Ahora sólo diré á usted que confío en la virtud de mis protegidos, al menos en la actualidad, y nosotros les ayudaremos á sostenerse.

Dios permita que no se engañe usted.

Fabián se despidió, y Doña Natalia quedó apoyada en el barrantal del corredor esperando que su amigo bajase la escalera.

Cuando atravesando el patio, Fabián la saludó con la mano, le dijo Doña Natalia: Fabián, advierto á usted que el pozo está tapado y los perros bien amarrados.

Ofrezco á usted, amiga mía, contestó el escéptico, que á pesar del pozo abierto y de los perros sueltos, volveré pronto.

Sabe usted que siempre se le recibe con gusto.

Gracias.

Fabián partió en su cupé, y Doña Natalia se encerró en el gabinete preocupada con la conversacion que tuvo con su amigo.

VI.

Una noche lluviosa y profundamente oscura del mes de Junio, á la hora en que todas las iglesias de México daban el toque de ánimas, un viejo simón que caminaba penosamente por las mal empedradas calles, se detuvo en la puerta falsa del Convento de Nuestra Señora de las Mercedes.

Dos hombres que iban en el vehículo se apearon, y dando con un bastón algunos golpes en la puerta con ciertos marcados in-

tervalos, ésta se abrió dando paso á los que tocaban y en seguida se volvió á cerrar.

Mientras los recién llegados, conducidos por un hermano lego, atravesaban los oscuros claustros, subían la amplia escalera, dejaban atrás los hermosos corredores del bello patio del convento y se detenían ante una celda apartada, el simón había ido á situarse en la esquina de la calle de Nahuaciató.

El hermano lego, acercándose á la puerta de la celda, dijo con voz gangosa y atiplada:

Deo gracias.

A Dios sean dadas, contestó de adentro una voz que parecía más propia para mandar soldados que para hacer preces.

¿No interrumpiré á vuestra reverencia en sus oraciones? preguntó el lego.

No, hermano, ya he concluido, ¿qué se le ofrece? contestó la misma voz un tanto dulcificada.

Aquí están los hermanos que envía el Reverendo Padre Prior, de Nuestro Padre Señor San Agustín.

Pueden entrar hermano, dijeron de adentro.

El lego empujó la puerta, hizo entrar á los que acompañaba, y volviendo á cerrar, fué á acurrucarse en un monumental confesionario de exquisito cedro con magnificas entalladuras que yacía lleno de polvo en un rincón inmediato.

Pensó, sin duda el buen hermano que allí esperaría con más comodidad las órdenes de su prelado.

La celda del Reverendo Padre Fray Pedro Nolasco Villalpando, alta dignidad en la orden de Mercenarios, se componía de tres piezas.

La primera, una especie de sala donde recibía, era espaciosa, casi cuadrada, con pavimento de ladrillos que en parte cubrían largos *petates* de palma de la Puebla, con rombos ó cuadros encarnados. En el fondo de la pieza se veía una gran ventana con vidrios pequeños y verdosos asegurados con cañuelas de plomo.

En las paredes laterales, cerca del fondo, se abrían dos puertas, una enfrente de la otra y conducían respectivamente á los dormitorios de Fray Pedro y del lego que le servía.

El ajuar de la sala era en extremo sencillo. Consistía en una gran mesa de cedro con las piernas llenas de molduras formando espirales, así como las transversas ó teleras que inmediatas á los pies los aseguraban.

Sobre de la mesa había un Santo Cristo de marfil clavado en una cruz de ébano; un juego de tintero de azulejo surtido de plu-

mas de ganso; un candelero de estaño con su vela de sebo encendida; y en fin, una pantalla de hoja de lata forrada de tafetán verde.

Junto á la mesa y del lado de la pared, había un sillón de madera de nogal con respaldo y asiento de vaqueta, asegurados con tachuelas de latón, que formaban labores.

Una docena de sillas con asiento de *tule*, cubría parte del friso, ó guardapolvo pintado de almagre, con que la pared blanqueada, terminaba por la parte inferior.

A unas dos varas de altura del suelo, el buen Padre había colocado una colección de estampas de Santos, que rodeaba sin interrupción toda la celda.

En cuanto á las puertas, ventanas y vigas de la celda, todo era de oloroso cedro.

Estaba Fray Pedro recargado sobre el respaldo del sillón; tenía los ojos cerrados, y movía los labios como si aun rezara.

Los enviados del Prior de San Agustín permanecieron en pie á una respetuosa distancia, esperando que el Reverendo Padre concluyera su oración.

Fray Pedro, que sin duda había producido el efecto que se propuso, fingió que terminaba el rezo santiguándose, colocó sobre la mesa un libro forrado de pergamino con cantos encarnados y un rosario que tenía en la mano; y levantándose, dando á su fisonomía un aire lleno de bondad, saludó á los recién llegados.

Señor Don Braulio; señor Coronel; esta pobre celda se halla en extremo honrada con la presencia de personas tan distinguidas.

Reverendo Padre, dijeron los aludidos inclinándose, nosotros somos los honrados y dichosos con haber penetrado en esta mansión, donde moran la sabiduría y la virtud.

En seguida acercándose al fraile le besaron la mano y después el hábito.

Hermano Andrés, dijo Fray Pedro con voz imperativa, acerque usted sillas para estos señores y hágales chocolate.

Gracias, Padre, acabamos de tomarlo, dijeron los visitantes.

¿De veras? preguntó el fraile.

De veras, Padre.

Es que en esta pobre celda, no falta nunca un par de tablillas de buen Tabasco.

Mucho lo agradecemos, Padre.

El lego Andrés, que había acercado las sillas, permanecía en pie esperando órdenes.

Hermano, le dijo Fray Pedro, póngase de guardia en la puerta y no permita que alguien nos venga á interrumpir. Si algún Padre pretende entrar, le dirá que estoy confesando á unos señores.

Está bien, Reverendo Padre, contestó el lego, y haciendo una genuflexión salió de la celda cerrando tras sí la puerta.

Fray Pedro se sentó cómodamente en la poltrona recargándose en el respaldo, de modo que la sombra proyectada por la pantalla le cubriese el rostro.

Era el fraile hombre que se acercaba á los cuarenta años, delgado, de mediana estatura, algo moreno y pálido, de rostro aguileño, labios finos y nariz delgada, aunque saliente; sus ojos negros como el azabache, relampagueaban debajo de una frente espaciosa, superada con un copete lleno de rizos, con que terminaba el cerquillo, cuidadosamente recortado en la parte anterior de la cabeza.

Las mejillas enjutas y los ojos hundidos, harían suponer á la gente superficial ó devota, que eran resultantes del ascetismo de Fray Pedro; pero á un observador más atento le sería fácil notar que la coquetería con que el cerquillo estaba arreglado, y la elegancia de los zapatos de charol, que contraviniendo á la regla calzaba, denunciaban al fraile como intrépido atleta que no desdénaba la lucha con el mundo.

Vestía su reverencia hábito blanco de estameña, ceñido á la cintura con una correa negra que descendía hasta la rodilla, y en el pecho ostentaba el escudo de la orden. En su porte se advertía el aseo escrupuloso y el mucho cuidado con que procuraba hacer agradable su persona.

Sentados los enviados del Prior de San Agustín y después de un momento de silencio, que ellos no se atrevieron á interrumpir, Fray Pedro tomó la palabra.

Señores, dijo: son ustedes personas tan conocidas para mí, tanto por su piedad notoria, como por ser miembros distinguidos del partido del orden, además de la confianza que me inspiran por ser enviados por el Reverendo Padre Prior de nuestro Padre S. Agustín, que voy á omitir toda clase de preámbulos para entrar desde luego en materia.

Saben ustedes muy bien que el General Santa-Anna ha faltado á los compromisos que tenía contraídos con la Santa Iglesia: que también la abruma con continuadas exacciones de dinero que acabarán por arruinarla.

Esta situación, tan tirante ya, no puede prolongarse por más

tiempo. Se hace, pues, indispensable que el Gobierno caiga para dar lugar á un orden de cosas más tolerable.

Como la situación es apremiante, no es posible estar en espera de organizar un movimiento puramente con elementos conservadores. Por esta razón se ha pensado, que debemos aprovecharnos de la revolución que avanza, introduciendo en sus filas á nuestros hombres con objeto de que al triunfar, se pueda dar á la cosa pública el giro oportuno; ó bien derribar lo que se establezca, si así fuere conveniente á nuestras miras, por medio de una violenta reacción.

Sé que ustedes han aceptado este plan; pero como es necesario que nuestro partido se precava contra las veleidades humanas, se ha dispuesto que todos sus hombres de importancia presenten antes de lanzarse á los trabajos que se les encomienden, el juramento de cumplir fielmente con las órdenes que recibieren del Directorio Conservador y de obrar de suerte que los elementos de que dispongan estén siempre á disposición de nuestro partido.

¿Se hallan ustedes, pues, en disposición de presentar este juramento?

Sí, Padre; contestaron los interpelados.

Pues, de rodillas, añadió el fraile con imperio.

Don Braulio y el Coronel, apartaron las sillas en que estaban sentados y se hincaron de rodillas delante de la mesa.

Fray Pedro se levantó, tomó el Santo Cristo, lo aproximó á Don Braulio y con tono solemne preguntó:

¿Jurais á este Divino Señor Crucificado, obedecer sin alterarlas, todas las órdenes que recibais de nuestro Directorio?

Sí, juro; contestó Don Braulio.

¿Jurais igualmente, prosiguió Fray Pedro, convertir en favor de nuestra causa santa todos los elementos de que logreis apoderaros en la revolución?

Sí, juro; repitió Don Braulio besando los piés del crucifijo que el fraile le presentó diciendo: si así lo hicierais, este Divino Señor os lo premie, y si nó, Él y nuestro partido os lo demanden y castiguen.

Repetida la misma fórmula del juramento con el Coronel, volvieron todos á tomar sus asientos.

Fray Pedro tiró del cajón de la mesa y sacó varios papeles que colocó sobre ella.

Señor Don Braulio, dijo, la misión que usted lleva á la costa del Pacífico es de la mayor importancia.

Este paquete contiene cartas para los Reverendos Prelados de los principales conventos de Jalisco, Colima y Michoacán.

Aquellos Padres pondrán á usted en relación con las personas que deben ayudarnos, muchas de las cuales se hallan en las filas de los pronunciados.

Este pliego lleva en cifra las instrucciones á que debe usted arreglarse; y como centro de los trabajos en aquella parte del país, ordenará todos los elementos de que pueda disponer, de manera que sean de aprovecharse en el primer momento favorable.

Excuso encarecer á usted la gran necesidad que tenemos de recursos para desarrollar nuestras miras. Por lo mismo le recomiendo que si fuese preciso sacrificar alguna cosa de los intereses de la Nación para adquirir numerario, no vacile un instante, puesto que obramos con el santo fin de salvarla juntamente con nuestra Santa Madre la Iglesia.

No tendrá usted necesidad de mantener relaciones con el Directorio, porque semejante proceder tendría moratorias y peligros. Cuando sea necesario, bastará que se dirija al prelado ó cura más inmediato, noticiándole ó consultando aquello que sea de mucha importancia, para que el Directorio lo sepa ó resuelva.

Por supuesto que en caso de desgracia usted encontrará auxilio seguro en los conventos ó curatos donde lo solicite.

En cuanto á usted, señor Coronel, continuó el fraile, su trabajo incesante será preparar los ánimos entre sus compañeros y subordinados para facilitar el término de la revolución; pero siempre con la mira de hacerla servir á nuestro provecho, ó aniquilarla en caso contrario.

Hará usted listas de las personas de toda confianza que acepten nuestro programa, y me las remitirá por los conductos que indiqué al Señor Don Braulio; pero mucho cuidado en no confiarse de gente que nos pudiera vender.

Cuando llegue el caso, es indispensable que usted pueda contar con las tropas que mande, sin duda alguna, y que tenga relaciones constantes con los jefes que estén comprometidos con el Directorio.

Aquí van más amplias instrucciones en este pliego.

A propósito, ¿qué tiene usted arreglado de los emisarios que debemos enviar por distintos rumbos?

Todo está listo. El Señor de Miravales nos anticipa los fondos necesarios, y una persona de toda mi confianza facilitará los hombres que se le pidan, con todas las circunstancias requeridas.

¿No podré saber el nombre de esa persona?
Sí, Padre, es Doña Natalia Lizárraga.

El fraile quedó un momento pensativo, y luego dijo: no creí que esa señora pudiera proporcionarlos... sin embargo, me parece que es de fiar.

Indudablemente, dijo el Coronel, ella atiende á su negocio y le importa mucho conservar el crédito con su discreción.

—Y cuándo estarán listos esos hombres?

—Cuando usted lo determine, Reverendo Padre.

—Pues ya es tiempo.

—¿Cuántos pidió usted?

—Dije que necesitaríamos cuatro ó cinco.

—No; por ahora no necesito mas que tres. Haga usted qué entienda esa señora que los hombres no deben conocerse, y sobre todo que ignoren unos que se ocupan los otros.

Ella mandará uno á uno á este convento en diferentes días; preguntarán por el hermano Andrés, á quien dirán que los envía la Señora Lizárraga, para ver si el convento puede darles alguna colocación.

De este modo sabré que son los enviados y les daré mis instrucciones.

Conque á trabajar sin descanso, dijo Fray Pedro levantándose de la silla y alargando la mano con el dorso hacia arriba á sus visitantes. Estos, después de besarla devotamente, besaron también el hábito del fraile, y dando las buenas noches salieron de la celda mientras el buen Padre les echaba la bendición.

El hermano Antonio, que dormitaba en el confesionario, se despabiló al ruido de la despedida, y saliendo al encuentro de los visitantes los guió por los oscuros claustros hasta la puerta falsa del convento.

Algunos minutos después el simón, que esperaba en la esquina de la calle de Nahuacatlato, se dirijia dando tumbos hacia el interior de la ciudad.

VII.

Tres años después de estos acontecimientos, en una húmeda mañana del mes de Setiembre, galopaban dos gailardos ginetes en sus briosos caballos seguidos de un mozo por la Rivera de San Cosme.

De pronto hicieron alto, y echando pié á tierra, entregaron las riendas al mozo, quien recibió orden de esperar.

Esto pasaba delante de una modesta casita baja, que se hallaba situada enfrente de la arquería, á unos cien metros de la cuasi monumental fuente de la Tlaxpana.

Sobre la puerta por donde los caballeros que se apearon habian entrado, se leía un letrero que decia:

“El Antiguo Tamalito.”

La casita merece describirse porque á ella solian concurrir por las tardes, algunas elegantes damas de la aristocracia, para saborear el rico *atole* de leche y los sabrosos *tamales* que allí se vendian; aunque las dichas damas, generalmente se hacian servir la delicada merienda dentro de sus carruajes.

Enfrente de la puerta habia un armazón de madera pintada de azul, lleno de tazas, pocillos, platos, vasos y cubiertos.

Girando hacia la derecha, se veía un saloncito iluminado por tres ventanas rasgadas hasta el suelo, que daban vista á la calzada.

Habia hasta ocho mesas de madera de pino, y unas dos docenas de sillas de *tule*; pero las mesas estaban cubiertas de limpios y encarrujados manteles.

Allí, además del *atole* y de los *tamales*, se servía chocolate, té y café con leche, con pan ó con bizcochos á gusto del consumidor.

Por desgracia el pavimento de la sala, que era de viguetas, no se hallaba en el mejor estado; y solia suceder que al transitar sobre él, las viguetas flojas obligaban á las mesas á moverse de una manera inconveniente, que disgustaba mucho á los parroquianos.

¿No podré saber el nombre de esa persona?
Sí, Padre, es Doña Natalia Lizárraga.

El fraile quedó un momento pensativo, y luego dijo: no creí que esa señora pudiera proporcionarlos... sin embargo, me parece que es de fiar.

Indudablemente, dijo el Coronel, ella atiende á su negocio y le importa mucho conservar el crédito con su discreción.

—¿Y cuándo estarán listos esos hombres?

—Cuando usted lo determine, Reverendo Padre.

—Pues ya es tiempo.

—¿Cuántos pidió usted?

—Dije que necesitaríamos cuatro ó cinco.

—No; por ahora no necesito mas que tres. Haga usted qué entienda esa señora que los hombres no deben conocerse, y sobre todo que ignoren unos que se ocupan los otros.

Ella mandará uno á uno á este convento en diferentes días; preguntarán por el hermano Andrés, á quien dirán que los envía la Señora Lizárraga, para ver si el convento puede darles alguna colocación.

De este modo sabré que son los enviados y les daré mis instrucciones.

Conque á trabajar sin descanso, dijo Fray Pedro levantándose de la silla y alargando la mano con el dorso hacia arriba á sus visitantes. Estos, después de besarla devotamente, besaron también el hábito del fraile, y dando las buenas noches salieron de la celda mientras el buen Padre les echaba la bendición.

El hermano Antonio, que dormitaba en el confesionario, se des-pabiló al ruido de la despedida, y saliendo al encuentro de los visitantes los guió por los oscuros claustros hasta la puerta falsa del convento.

Algunos minutos después el simón, que esperaba en la esquina de la calle de Nahuacatlato, se dirijia dando tumbos hacia el interior de la ciudad.

VII.

Tres años después de estos acontecimientos, en una húmeda mañana del mes de Setiembre, galopaban dos gallardos ginetes en sus briosos caballos seguidos de un mozo por la Rivera de San Cosme.

De pronto hicieron alto, y echando pié á tierra, entregaron las riendas al mozo, quien recibió orden de esperar.

Esto pasaba delante de una modesta casita baja, que se hallaba situada enfrente de la arquería, á unos cien metros de la cuasi monumental fuente de la Tlaxpana.

Sobre la puerta por donde los caballeros que se apearon habian entrado, se leía un letrero que decia:

“El Antiguo Tamalito.”

La casita merece describirse porque á ella solian concurrir por las tardes, algunas elegantes damas de la aristocracia, para saborear el rico *atole* de leche y los sabrosos *tamales* que allí se vendian; aunque las dichas damas, generalmente se hacian servir la delicada merienda dentro de sus carruajes.

Enfrente de la puerta habia un armazón de madera pintada de azul, lleno de tazas, pocillos, platos, vasos y cubiertos.

Girando hacia la derecha, se veía un saloncito iluminado por tres ventanas rasgadas hasta el suelo, que daban vista á la calzada.

Habia hasta ocho mesas de madera de pino, y unas dos docenas de sillas de *tule*; pero las mesas estaban cubiertas de limpios y encarrujados manteles.

Allí, además del *atole* y de los *tamales*, se servía chocolate, té y café con leche, con pan ó con bizcochos á gusto del consumidor.

Por desgracia el pavimento de la sala, que era de viguetas, no se hallaba en el mejor estado; y solia suceder que al transitar sobre él, las viguetas flojas obligaban á las mesas á moverse de una manera inconveniente, que disgustaba mucho á los parroquianos.

Varias litografías, que representaban edificios notables de la ciudad y una estampa de Nuestra Señora de la Soledad de Santa Cruz, con marcos de hoja de lata labrada, adornaban las paredes; mas hay que advertir que el cuadro de la Virgen ocupaba el lugar principal y tenía un par de arbotantes de latón con sus correspondientes velas de cera.

En el techo no había cielo raso, mirándose las vigas desnudas, imperfectamente labradas, y un tanto oscurecidas por el humo que salía de la cocina inmediata.

Detrás del almacén de que he hablado, existía otra puerta que llevaba á un pequeñísimo jardín de forma rectangular; allí crecía una higuera, un granado, un arrayán y algunos arbustos y plantas con flores.

En cada uno de los ángulos que formaba la tapia del lado del campo, se levantaba un cenador rústico formado con listones de madera pintados de encarnado, que hacían muy buen efecto bajo las verdes hojas de las enredaderas que los adornaban.

A pesar de ser aquel sitio tan reducido, era la vegetación tan lozana y se hallaba tan bien distribuida, que las personas que estuviesen en un cenador, no podían ser vistas por las que hubiese en el otro.

Los caballeros que vimos entrar á la casa, dejaron á un lado el saloncito, y penetrando en el jardín se instalaron en uno de los cenadores, el cual tenía asientos fijos al rededor, y una mesa redonda empotrada en el centro.

Una muchacha robusta, de pura raza azteca, de enhiesto cuerpo y *labradita de cara*, como dice el vulgo, se presentó á los *marchantes*.

Llevaba la joven unas enaguas de castor encarnado y flores blancas, con *cortes* de tafetán amarillo ribeteados de verde, dejando ver por debajo del zagalejo, *las puntas enchiladas* de una enagua blanca como la nieve; tenía una camisa escotada con randas y encajes, la que cubría en parte una *mascada de la India* que cruzándose sobre el pecho, se aseguraba por las puntas en la banda de burato verde que ceñía la leve cintura, y cuyos flecos de oro caían hacia atrás con gracia.

Con el cabello, que era negro y abundante, se había hecho la joven dos hermosas trenzas circulares mezcladas con listones, las que se aseguraban por detrás de las orejas; de éstas pendían un par de arracadas de oro, y en la bien formada garganta lucía un grueso hilo de corales.

Por último, llevaba en las manos algunas tumbagas de oro, y

los breves piés desnudos, los calzaban un par de zapatitos de raso azul celeste con mancuernas de *escuditos carones*.

Aquella muchacha parecía la última representante del traje de *china*, que antes usaban muchas mujeres del pueblo; era un lindo tipo de los que por desgracia han desaparecido.

Los *marchantes* fijaron la atención en la joven indígena, quedando complacidos de su buen aspecto; pero tan preocupados los llevaban asuntos para ellos de importancia, que pronto les pasó la impresión que recibieron.

¿Qué toman ustedes, señores? preguntó la moza en buen español.

Queremos desayunarnos bien, contestó uno de los interpelados: traiga usted dos pocillos de chocolate, dos tazas de *atole* de leche, y un buen plato de *tamales* de *chile* y de *dulce*.

La muchacha volvió pronto con lo que se le había pedido, depositando sobre la mesa el chocolate, el *atole* y un plato hondo poblano con una pirámide de *tamales*.

Aquel era un desayuno que podía satisfacer á media docena.

Ahora queremos, dijo á la moza el que había pedido el desayuno, que mientras estemos aquí, sea cerrada la puerta del jardín, para que *nadie* éntre.

Muy bien, señores, así se hará; contestó la *china* y saliendo del jardín cerró tras sí la puerta.

Hecho esto, uno de los caballeros practicó un escrupuloso registro, y convencido de que no había nadie en aquel recinto, dijo á su compañero:

—Estamos completamente solos, Fabián.

—Entonces, amigo Carlos, contestó Fabián Corrales, pues no era otro, podemos desayunarnos con tranquilidad y hablar con confianza.

—¿Acaso nos darán tiempo los amigos? preguntó Carlos.

—Sí, contestó Fabián, ellos no llegarán á Tacubaya antes de medio día, pues para avanzar esperan en el monte órdenes de México.

—¿Pero, el Gobierno no tiene noticia de la marcha de los liberales?

—No sabe ni una palabra. La marcha se ha hecho oculta-mente con tal habilidad, que muy pocos sabemos la aproximación de la fuerza.

—Sería una fatalidad que el secreto se divulgara.

—No lo temas, las personas que están en el secreto son pocas como te digo, y de entera confianza.

—Pues mientras el tiempo se encarga de desarrollar los acontecimientos, saborearemos este rico *atole* que han ilustrado poniéndole canela y vainilla, cosa que le dá exquisito gusto.

—Con efecto, el *atole* está delicioso; pero los *tamales* son igualmente dignos de elogio. Mira, toma de los de Chile y verás qué sabrosos.

—Ya tomé uno que estaba famoso; pero entre los de dulce hay algunos que tienen coco y les va muy bien. Con que dime Fabián, ¿tu crees que triunfarán los liberales?

—Mucho lo dudo, Carlos.

—Pero ellos tienen la ventaja de la sorpresa que van á causar á sus contrarios; además, en México les ayudarán.

—No te hagas ilusiones, Carlos, en cuanto las blusas rojas se dejen ver en Tacubaya, llegará la noticia á la capital con la velocidad del relámpago, y en el acto la guarnición se pondrá sobre las armas. En cuanto á los auxilios de que me hablas, mucho lo dudo.

—Pues yo sé que hay personas de importancia, comprometidas á prestar su cooperación en un caso de estos.

—Sin duda te refieras al General Carrasquedo.

—¿Cómo lo sospechas?

—Porque estoy al tanto de lo que pasa; sé el círculo que tú frecuentas, y conozco á las personas que te han entusiasmado para que te incorpores con las fuerzas liberales. Ayer nada menos estuviste en casa de Miravales, en donde recibiste las últimas instrucciones.

—Me pasma que todo lo sepas; pero dime ¿por qué no tienes confianza en Carrasquedo? ¿no es acaso un buen liberal?

—Pshe, tal vez; es cierto que figuró como liberal con Comonfort, y aún lo acompañó á batir á Puebla, cuando Haro y Tamariz. Entonces obtuvo el grado de General; pero cuando aquel Presidente dió el golpe de Estado, se puso la cruz roja en el pecho y fué á Salamanca con Osollo, á batir á los liberales, por cuya batalla lo hizo Zuloaga General efectivo. Ahora, piensa que no ha llegado la vez de la caída de los conservadores, y permanecerá con ellos hasta que se persuada que no pueden sostenerse; por lo mismo no creo que deba esperarse por esta vez su concurso.

—¿Es posible, Fabián, que tal pueda suceder?

—Posible y poderoso, ¿por qué esperas, amigo, otra conducta por parte de hombres como Carrasquedo?

—También he oído decir que existe otra persona que aunque

parece muy adicta al clero, puede prestar poderosa ayuda porque cuenta muchos amigos en el ejército.

—Ja, ja, ja, ya presumo de quién quieres hablar.

—¿De quién puedes figurarte?

—Toma, de un antiguo conocido tuyo, que tanta guerra ha hecho á tus amores.

—No caigo.

—Puesto que lo quieres, te lo diré con todas sus letras, se llama D. Bra u lio Po rras.

—Me admiro, Fabián, de que aciertes tanto.

—¿Cómo quieres que no acierte, cuando conozco á mi gente, y las señas que me das son tan exactas?

—¿Mas acaso ignoras que D. Braulio tiene grande interés en que ganen los liberales?

—Bien sé que lo tiene, porque se adjudicó muchos bienes del clero cuando la desamortización, y como los puso á nombre de ciertos parientes inmediatos, no ha tenido que devolverlos. Así es, que si triunfan los liberales, como indudablemente triunfarán al fin, entrará en posesión de esos bienes y podrá lucirlos con todo descaro; pero mientras el horizonte no se aclare para D. Braulio, continuará siendo el reaccionario más frenético que puedas imaginarte, y muy capaz de ahorear á su mismo padre si lo encuentra entre los liberales.

—No obstante, él ha tenido mucho de los *puros*.

—No hay duda que tuvo: cuando después de la toma de Zapotlán se incorporó con las tropas de Comonfort, ya llevaba un buen pico, y como fué nombrado Comisario de guerra, logró hacer algunas economías antes del triunfo definitivo.

También le produjo algo la comisión que llevó á San Luis, cerca de Haro y Tamariz, con quien no quiso quedarse á pesar de ser de su gremio, porque estaba mirando claro el triunfo de Comonfort.

Sin embargo, no podrás negar que es un hombre ilustrado, y que frecuenta los círculos más avanzados en ideas.

—Te diré: Porrás tiene dos caras como el dios Jano: la una está superada por un solideo, y la otra por el gorro frigio. Al verlo siempre vestido á la última moda, luciendo en sus camisas bordadas magníficos diamantes, y en su mano izquierda un cintillo con soberbio solitario; al verlo siempre abonado al teatro, especialmente á la ópera; al penetrar en su casa y hallarla completamente á la moderna, y en su escritorio los principales periódicos ilustrados de Europa y América, y las publicaciones más importantes de la época, cualquiera pensaría como tú.

Pero si ese cualquiera sigue observándolo, y lo halla todas las mañanas dándose golpes de pecho en la *misa del perdón*; si sabe que pertenece á cofradías y archicofradías; si ve que no falta á las funciones clásicas religiosas, ni á los sermones; que visita á los frailes más copetudos; que entra con frecuencia á ejercicios espirituales; y por último, que es amigo muy íntimo de los principales conservadores; sin duda, que el tal observador pensará de muy distinta manera.

—Mas acaso puedan conciliarse esas aparentes contradicciones.

—Si se concilian en interés del bueno de Don Braulio, que con semejante sistema saca ventajas con todos.

—Me escandalizarás, Fabián, describiéndome tan repugnantes tipos.

—Yo no tengo la culpa de que ellos sean así: tú que vas ahora á entrar en *rejuego*, te acostumbrarás á ver otros peores.

—En resumidas cuentas: ¿piensas que el ataque de los liberales será infructuoso?

—Sí que lo creo. La única ventaja que vamos á sacar es que te incorpores á sus filas y vuelvas vencedor muy pronto, para que seas feliz en los brazos de la preciosa Anita.

—Pero ¿en qué te fundas, Fabián?

—Es muy sencillo: los liberales son en corto número y no traen artillería competente; mientras la guarnición de México se apoyará en edificios fuertes y pondrá en juego su artillería abundante y bien servida; su moral es buena, porque está engraida con los recientes triunfos de su partido, y en cuanto al pueblo... permanecerá quieto.

—Puesto que tal es tu convicción, dejemos este asunto para tratar de lo que á mí más me interesa.

—Sea enhorabuena.

—Sabes, Fabián, que me voy con el corazón hecho pedazos: la idea de que tal vez no volveré á ver á mi madre, me agobia; la ausencia de Anita y la consideración de lo que ella ha de sufrir en el lóbrego convento donde el rencor de su familia la ha encerrado, me martiriza.

Sólo la confianza que me inspira tu amistad y los ofrecimientos que me has hecho, me alientan.

—Marcha sin cuidado, Carlos; yo cumpliré punto por punto lo que tengo ofrecido, porque además de que en ello se interesa mi amistad, mi amor propio también se halla comprometido.

Quiero humillar á esa orgullosa familia que no havacilado en

sacrificar á la pobre Anita encerrándola en un convento, sólo porque te ama.

Ya sabes cómo has de hacer para que nunca estemos sin correspondencia: por mi parte yo te respondo de que las cartas que escribas á tu amada llegarán á su poder.

—Tengo la mayor confianza en tí, Fabián; pero temo que tengas que luchar con obstáculos invencibles.

—Nada temas, Carlos, cuento con la adhesión entusiasta de cierta beata que mi amiga Natalia me ha proporcionado, y estoy seguro de que me ha de servir á las mil maravillas.

La tal beata tiene entrada al Convento de la Encarnación y nos ayudará á introducirte en él, ó á la evasión de Anita.

Cuando llegue el caso, espero que harás á un lado toda clase de escrúpulos para dar un golpe decisivo.

De esta manera, haciendo cálculos para el porvenir, los dos amigos hablaron largo rato, y cuando concluyeron su desayuno, que saborearon con la mayor calma, pagaron el gasto, dieron la *gala* acostumbrada á la muchacha del zagalejo, y saltando á caballo partieron á galope siguiendo la Calzada de la Verónica.

Al llegar á Chapultepec, tomaron por el bosque, lo atravesaron y salieron á las lomas de Casa Mata por la puerta de campo del Molino del Rey.

Entonces pusieron al paso los caballos para no fatigarlos en la subida, dejaron atrás el monumento de la batalla del 8 de Setiembre de 1847, y media hora después entraban á Tacubaya por el Arzobispado.

Allí se apearon en casa de una conocida de Fabián, que ya los esperaba con una comida al estilo del país, según anuncio que había recibido la vispera.

Los amigos descansaron, y cuando fué hora oportuna, se sentaron á la mesa.

Terminada la comida, se despidieron, repitiendo nuevas seguridades de constante amistad.

Carlos quedó con el mozo, y Fabián solo, tomó el camino de México, donde llegó al caer la tarde entrando por la garita de Belén.

A la misma hora llegaba el General Don Miguel Blanco á Tacubaya con los riferos de Nuevo Leon, cuyo acontecimiento se supo minutos después en la capital.

La guarnición pasó la noche preparándose para la defensa.

Al día siguiente Blanco atacó la línea de San Cosme y fué rechazado con bastante pérdida.

Un destacamento que había ocupado la Iglesia de San Pablo no pudo sostenerse y el joven Coronel Daniel Traconis, que con algunos paisanos ocupó la torre de la Merced, fué hecho prisionero por los reaccionarios.

En vista de esto, el General Blanco tuvo necesidad de emprender la retirada.

Carlos, ya incorporado á los riferos, concurrió al ataque y siguió la suerte de los liberales retirándose con ellos.

VIII

Gran bulla había en la casa de la Señora Doña Natalia Lizárraga la noche del día de su cumpleaños, en el de gracia de 1858.

Por los balcones que estaban de par en par abiertos, se derramaba la luz de la cuantiosa iluminación de los salones, y se podían ver desde la calle las parejas que los atravesaban bailando.

Una música compuesta de bandolones, bajos, flautas y pistón, al estilo del país, se dejaba oír en la calle que por tal razón se hallaba llena de curiosos.

Aunque á la orilla de la banquetta se veía una hilera de coches, aun llegaban otros conduciendo nuevos convidados.

Descendían las señoras de los carruajes luciendo sus elegantes y profusos vestidos, sus graciosos abrigos y sus cabezas adornadas con flores ó con joyas, según el estado á que pertenecían.

Los espectadores se agrupaban para admirar el lujo de los trajes; pero entre ellos no faltaban algunos que preferían contemplar la belleza de las mujeres, y no desperdiciaban la ocasión de vislumbrar algún lindo pie cuidadosamente calzado, que al bajar ellas del coche hubieran descuidado cubrir.

El claro del patio de la casa había sido cubierto con una vela de lona, del centro de la cual pendían multitud de cordeles, que por el extremo opuesto se amarraban en los barandales del corredor, formando así un pabellón de luz con los globos de colores que iluminados sustentaban.

Con elegantes cajones, sembrados de plátanos ó de naranjos, que alternados producían excelente efecto, se había formado una ancha calle que conducía desde el zaguán hasta el pie de la escalera.

A los lados de ésta, en todos los peldaños, se colocaron mace-

tas de exquisitas flores, y al subir al corredor se había destinado una pieza para depositar en ella los abrigos, sombreros y bastones.

Al movimiento inusitado de la casa, el San Cristóbal que pendía de la pared del descanso de la escalera, parecía abrir desmesuradamente los ojos, como azorado de lo que presenciaba.

Todas las piezas de la habitación de Doña Natalia se hallaban abiertas é iluminadas.

En el comedor había preparada una gran mesa para la cena.

Del lado opuesto, el salón de tresillo, el saloncito verde y la biblioteca, estaban á disposición de la concurrencia; pero con la particularidad, de que había desaparecido el estante que cubría la puerta de la sala de juego, que en aquella vez se ostentaba con todo descaro.

Eran tan numerosos los convidados, que todos los departamentos de la casa se hallaban literalmente llenos.

Mientras los jóvenes bailaban en la sala principal, los que no eran afectos al baile, ó que no tenían compañera, se contentaban con ver desde el gabinete de cristales: otros, más graves, paseaban ó formaban grupos en el corredor, hablando bien de política ó ya de negocios; y los aficionados al juego ocupaban las mesas de tresillo, ó la del monte.

Lacayos decentemente puestos, recorrían todas las estancias, llevando charolas con sorbetes ó con exquisitos licores, dulces y pasteles, que ofrecían á los convidados.

Doña Natalia, que era la señora de la fiesta, cuidaba que los honores de su casa fuesen hechos con toda propiedad.

Tan pronto se la veía en la sala obsequiando á las señoras, como en las piezas interiores vigilando el cumplimiento de sus órdenes.

Ya, en los corredores, pasaba de uno á otro grupo hablando á todos afablemente, ó bien en las salas de juego, en donde felicitaba á los afortunados.

Todos quedaban contentos de ella, y algunos á quienes hablaba al oído adulándolos, manifestaban en el rostro la satisfacción que sentían.

Al parecer reinaba en aquella casa la dicha más completa, porque la mayor parte de los semblantes revelaban contento, y algunos, en los que se pudieran descubrir huellas de sufrimiento, pasaban desapercibidos entre la general alegría.

Aunque la sala de Doña Natalia era bastante espaciosa, no podía contener la concurrencia y mucho menos en los momentos

Un destacamento que había ocupado la Iglesia de San Pablo no pudo sostenerse y el joven Coronel Daniel Traconis, que con algunos paisanos ocupó la torre de la Merced, fué hecho prisionero por los reaccionarios.

En vista de esto, el General Blanco tuvo necesidad de emprender la retirada.

Carlos, ya incorporado á los riferos, concurrió al ataque y siguió la suerte de los liberales retirándose con ellos.

VIII

Gran bulla había en la casa de la Señora Doña Natalia Lizárraga la noche del día de su cumpleaños, en el de gracia de 1858.

Por los balcones que estaban de par en par abiertos, se derramaba la luz de la cuantiosa iluminación de los salones, y se podían ver desde la calle las parejas que los atravesaban bailando.

Una música compuesta de bandolones, bajos, flautas y pistón, al estilo del país, se dejaba oír en la calle que por tal razón se hallaba llena de curiosos.

Aunque á la orilla de la banquetta se veía una hilera de coches, aun llegaban otros conduciendo nuevos convidados.

Descendían las señoras de los carruajes luciendo sus elegantes y profusos vestidos, sus graciosos abrigos y sus cabezas adornadas con flores ó con joyas, según el estado á que pertenecían.

Los espectadores se agrupaban para admirar el lujo de los trajes; pero entre ellos no faltaban algunos que preferían contemplar la belleza de las mujeres, y no desperdiciaban la ocasión de vislumbrar algún lindo pie cuidadosamente calzado, que al bajar ellas del coche hubieran descuidado cubrir.

El claro del patio de la casa había sido cubierto con una vela de lona, del centro de la cual pendían multitud de cordeles, que por el extremo opuesto se amarraban en los barandales del corredor, formando así un pabellón de luz con los globos de colores que iluminados sustentaban.

Con elegantes cajones, sembrados de plátanos ó de naranjos, que alternados producían excelente efecto, se había formado una ancha calle que conducía desde el zaguán hasta el pie de la escalera.

A los lados de ésta, en todos los peldaños, se colocaron mace-

tas de exquisitas flores, y al subir al corredor se había destinado una pieza para depositar en ella los abrigos, sombreros y bastones.

Al movimiento inusitado de la casa, el San Cristóbal que pendía de la pared del descanso de la escalera, parecía abrir desmesuradamente los ojos, como azorado de lo que presenciaba.

Todas las piezas de la habitación de Doña Natalia se hallaban abiertas é iluminadas.

En el comedor había preparada una gran mesa para la cena.

Del lado opuesto, el salón de tresillo, el saloncito verde y la biblioteca, estaban á disposición de la concurrencia; pero con la particularidad, de que había desaparecido el estante que cubría la puerta de la sala de juego, que en aquella vez se ostentaba con todo descaro.

Eran tan numerosos los convidados, que todos los departamentos de la casa se hallaban literalmente llenos.

Mientras los jóvenes bailaban en la sala principal, los que no eran afectos al baile, ó que no tenían compañera, se contentaban con ver desde el gabinete de cristales: otros, más graves, paseaban ó formaban grupos en el corredor, hablando bien de política ó ya de negocios; y los aficionados al juego ocupaban las mesas de tresillo, ó la del monte.

Lacayos decentemente puestos, recorrían todas las estancias, llevando charolas con sorbetes ó con exquisitos licores, dulces y pasteles, que ofrecían á los convidados.

Doña Natalia, que era la señora de la fiesta, cuidaba que los honores de su casa fuesen hechos con toda propiedad.

Tan pronto se la veía en la sala obsequiando á las señoras, como en las piezas interiores vigilando el cumplimiento de sus órdenes.

Ya, en los corredores, pasaba de uno á otro grupo hablando á todos afablemente, ó bien en las salas de juego, en donde felicitaba á los afortunados.

Todos quedaban contentos de ella, y algunos á quienes hablaba al oído adulándolos, manifestaban en el rostro la satisfacción que sentían.

Al parecer reinaba en aquella casa la dicha más completa, porque la mayor parte de los semblantes revelaban contento, y algunos, en los que se pudieran descubrir huellas de sufrimiento, pasaban desapercibidos entre la general alegría.

Aunque la sala de Doña Natalia era bastante espaciosa, no podía contener la concurrencia y mucho menos en los momentos

del baile. Fué preciso que la pieza del tocador donde se había colocado la música se pusiera también á disposición de los bailarines, por cuya causa fué necesario retirar á los filarmónicos á la recámara inmediata.

Me parece superfluo describir la sala del baile, cuya fisonomía se asemejaba á la mayor parte de las de su especie.

En efecto, el estrado en derredor, cubierto de multitud de señoras y señoritas vestidas y adornadas con exquisito gusto, y entre las que se veían algunas hermosuras; los huecos de las puertas y balcones ocupados por el sexo feo, que de pie, esperaba ansioso el preludio de la música para sacar compañeras; cierta tirantez y seriedad en la concurrencia; algunas pretensiones de elegancia y buen tono; el adorno de la sala más ó menos lujoso; hé aquí á grandes brochazos el cuadro que presentan la mayor parte de los bailes de la categoría del que daba Doña Natalia.

Es verdad que después de haberse bailado algunas piezas, y principalmente pasada la cena, la concurrencia se anima, y olvidando la anterior seriedad comienza verdaderamente á divertirse.

Yo había entrado en el primer periodo, y apenas eché un vistazo distinguí enfrente de mí á dos mujeres bastante bellas para que llamaran la atención.

La una, se hallaba en todo el esplendor de la vida, comenzaban á redondearse sus formas, y esto unido á la majestad de su porte, al brillo de sus negros ojos, y al delicado y limpio color de sus mejillas, formaba un conjunto magnífico: era un tipo digno de servir de modelo al mejor pintor.

La otra era una cuasi niña que apenas había entrado en la edad núbil: su cuerpo delicado parecía no poder soportar la menor fatiga; su color apaciblemente pálido, sus ojos azules transparentes como el cielo, sus abundantes cabellos de un rubio de oro, le daban un aspecto de lo más interesante. Se podía tomar por algún ángel que se deslizará en aquella fiesta.

Las dos bellas hablaban en secreto, siguiendo con la vista á un joven algo moreno, de grandes ojos sombreados por muy marcadas ojeras, de despejada frente y lustroso cabello levantado hacia arriba.

Era necesario que yo me interesara por las personas que acabo de describir, puesto que la magnífica señora era mi querida Clara; la cuasi niña con quien ella hablaba, Pepita Codorniú, y el joven, ni más ni menos que Perico Bardas.

A primera vista comprendí que allí se fraguaba alguna intriga y desde luego me propuse saber de lo que se trataba.

Pocos momentos habían pasado cuando la música preludió un wals.

Juan Urdiola sacó á bailar á Clara, y Pepita permaneció en su asiento.

En consecuencia seguí á la pareja, puesto que hallándose Pepita sola no podría averiguar nada con ella.

Mi previsión fué buena. Por la conversación que la pareja llevaba, pude enterarme de que Clara había concertado de antemano con su compañero, que éste la sacara á bailar con el objeto de ayudarle en cierto asunto que traía entre manos.

Después de haber dado dos vueltas valsando al rededor de la sala, Urdiola preguntó: por fin, Clara, ¿cuál es el objeto que usted se propone y en que puedo ayudarle?

Uno muy sencillo, contestó Clara; necesito hablar dos palabras con Perico Bardas; y como tengo la seguridad de que él no me ha de sacar á bailar, ni se acercará á mí, es indispensable que usted le dé una *paloma* con el pretexto que mejor le parezca.

Quando haya dado algunas vueltas con él, volverá usted á seguir bailando conmigo.

Todo se verificó como Clara lo deseaba: al pasar cerca de Bardas, la pareja cesó de valsar, Urdiola llamó al joven; le habló al oído, y le entregó el brazo de Clara.

Inmediatamente comenzó la pareja á bailar.

Buen chasco le ha dado á usted Urdiola, haciéndole bailar conmigo, Perico; dijo Clara sonriendo.

—No, Clarita, el chasco será sin duda para usted, porque lo que soy yo, me siento en extremo ufano y orgulloso al llevar en mis brazos á la mujer más hermosa de esta reunión.

—Vamos, Perico, esa galantería está por demás; porque prescindiendo de que aquí hay muchas mejores que yo, bastaría que estuviese en la sala la preciosa Pepa, para que usted no hablara como lo hace.

—Pe... pa... si... es linda, no lo puedo negar; pero ¿de qué me sirve su hermosura si ya está destinada para otro?

—Siempre el egoísmo, Perico! así son todos los hombres: sabe usted que una mujer lo ama, que lo adora, que sufre por usted; pero que circunstancias insuperables impiden que pueda ser su esposa. Usted no se conforma con ser amado; pretende á todo trance que una pobre mujer rompa con su familia, llenándola de duelo; que cause una profunda pena á la madre enferma y an-

ciana, y que abandonando su bienestar y sus relaciones, se lance á la precaria existencia que usted le ofrece.

Y luego ¿para qué? para que se canse usted de ella al poco tiempo, y aumente las penas de la infeliz con los desdenes y los desengaños.

—Convenga usted, Perico, en que los hombres son muy originales. Quieren que las mujeres se sacrifiquen, que se inmolen por ellos sin ofrecerles nada en cambio.

—No, Clara, yo adoro á Pepa y haría cualquier sacrificio por ella.

—Pero, Perico, con franqueza, ¿ cree usted poder sostener á Pepa siquiera con la mitad de bienestar que goza con su familia?

—No, Clara, mi suerte, por ahora, no alcanza á tanto; pero tal vez pueda cambiar, y acaso en pocos años me hallaré en posición de sostener á Pepa como ella merece.

—Eso es, usted quiere que la muchacha espere años y felices días, hasta que á la caprichosa fortuna se le antoje colmarlo con sus dones: mientras, la pobre joven envejecerá, usted no progresará ó se cansará de amarla, y quedará mi pobre amiga para vestir imágenes como tanta infeliz mujer que yo conozco. La verdad, Perico, ésta es la exigencia más extravagante que un hombre puede tener.

—Pero, Clara, ¿cómo es posible que un hombre pueda conformarse con ver á la mujer que ama en brazos de otro?

—La culpa la tiene usted en no poder proporcionar á su amada lo que ella necesita para vivir, al menos como está acostumbrada; y la tiene ella, por no haber nacido en una esfera más humilde.

—Por lo mismo, el único remedio es procurar olvidarla, sufriendo con resignación los dolores consiguientes.

—¡Famoso remedio! y mientras, que la pobre se consuma, que se muera de amor, sin esperanza; al fin á usted qué le importa.

—Pero, Clara, por Dios, ¿qué es lo que en semejante caso se puede hacer?

—Cosa muy natural; amarse á pesar de cuantos obstáculos é inconvenientes se presenten; no querer trastornar el curso de las costumbres, y con el fútil pretexto de amarla mucho, hacer desgraciada á una mujer.

¿No es más hermoso sentirse amado cuando el objeto querido tiene que vencer mil estorbos para probarnos su cariño?

—Clara, Clara, lo que usted me dice es terrible... pero... bien visto, puede ser que tenga usted razón.

—No hay más remedio, amigo Perico; cuando las condiciones de los amantes son de tal naturaleza que su unión legal es poco menos que imposible, no queda otro recurso.

Por ahora lo que interesa es no perder el tiempo. Pepa ha reservado para usted la primera danza, sáquela á bailar, conténtela; desagráviela, tenga con ella una franca explicación y arreglen bien sus asuntos.

—Está bien, Clara, así lo haré.

En esto apareció Juan Urdiola, reemplazó á Perico y siguió bailando con Clara hasta que la música dejó de tocar.

Aquella conversación que acababa de oír me llenó de pena: aunque algo conocía de las teorías filosóficas de Clara sobre el amor, no podía acostumbrarme á oír de los labios de la que parecía un ser superior, palabras tan desconsoladoras como las que había proferido.

Estoy cierto que si cuando en el mundo vivía, hubiese escuchado la conversación de Clara y Perico Bardas, me habría curado radicalmente de mi pasión; pero en esta vez me contenté con refugiarme en el recuerdo de la sin igual Amparo, que no dudaba estaría pensando en mí.

Perico sacó á bailar á Pepita, y al compás cadencioso de la danza se entregaron sin recelo á la más tierna conferencia de amor.

Desgraciadamente no se habían inflamado sus corazones con un amor ideal como el que sentían Anita Bullanga y Carlos Peñas quizá, sino que se entregaban á las frenéticas ilusiones y á las ardientes esperanzas de una pasión puramente mundana.

Pepita juraba que su corazón no tendría otro dueño sino Perico, y que el sentimiento profundo de amor que por él experimentaba sería constante, aun cuando compromisos de familia la obligasen á entregar su mano á otro hombre.

Perico dudaba de aquel amor expresado con tanto ardimiento; no se conformaba con que su amada perteneciese á otro; pero al fin y al cabo, hubo de convencerse de que insistir en su exclusivismo sería perderlo todo: convino, pues, con Pepa, en amarse á pesar de cuantos obstáculos se presentasen; y por lo pronto, que aquella noche bailarían cuanto pudieran.

Si la filosofía de Clara me había repugnado, siendo ella una mujer de mundo que se aproximaba á la madurez; el pacto celebrado entre Pepa y su amante, me causó una impresión dolorosa y repugnante.

Era para mí un contraste terrible hallar en un cuerpo tan de-

licado y bello, encerrada una alma con propensiones tan groseras y egoistas.

Otras escenas que presencié en la sala del baile me llenaron de desencanto, y eso que la experiencia adquirida podía haberme acostumbrado á cosas semejantes.

Dejé, pues, el salón con objeto de visitar los otros departamentos de la casa; pero recordando á Espronceda, no pude menos de exclamar:

“¿Qué la virtud, la pureza?
¿Qué la verdad y el cariño?
Mentida ilusión de niño
Que halagó mi juventud.”

y luego:

“Mujeres ví de virginal limpieza
Entre albas nubes de celeste lumbre;
Yo las toqué, y en humo su pureza
Trocarse ví, y en lodo y podredumbre.”

No fui, por cierto, más afortunado en mi expedición por los otros aposentos de la casa de Doña Natalia.

Desde luego hallé en un ángulo del corredor, en sabrosa plática, á dos antiguos conocidos. El uno, de estatura regular, con un abdomen que comenzaba á abultar la edad, moreno, de pelo crespo, con brillantes ojos negros, con nariz un poco roma, con labios algo abultados que dejaban ver dos hileras de dientes blancos, limpos y parejos. Tenía toda la cara rasurada, vestía casaca y pantalón negro, chaleco blanco, corbata de fino cambray con puntas ricamente bordadas, y camisa con vuelo encarrujado, adornada con tres magníficos solitarios que brillaban como estrellas.

Aquel hombre se inclinaba frecuentemente al hablar con su interlocutor, y para cada una de las palabras de éste tenía una sonrisa de aprobación. Era el tipo del cortesano sin pudor.

El otro sujeto, vestía con elegante sencillez el traje de baile, y en toda su persona revelaba una afectada gravedad, dique infranqueable que oponía á todo trato íntimo.

El primero tenía la palabra y se expresaba así:

Decía, señor Don Severo, que no creía que la situación política actual pudiera prolongarse por mucho tiempo; y que nuestro partido se halla amenazado de una catástrofe próxima.

No negaré, señor Don Braulio, contestó el segundo, que nos hallamos rodeados de serias dificultades; pero juzgo que aun quedan muchos recursos que tocar antes de sucumbir.

—Aunque admiro, como debo, la vasta y por todos reconocida capacidad de usted, y esto podía ser suficiente para tranquilizar mi espíritu, como no estoy iniciado en los secretos de la alta política, en los que usted puede fundarse para hallar todavía remedios que aplicar á nuestros males, no puedo menos de temer por la suerte de nuestra causa. Usted ha visto que últimamente los liberales parece que han hallado el secreto de la victoria. La toma de Guadalajara, la derrota de Márquez, y lo que es peor, la de nuestro hasta ahora invencible Miramón, son síntomas terribles que no pueden menos que alarmarnos. Con otra derrota como la de Silao nuestra ruina me parece segura.—

—No puedo negar que cuanto usted ha dicho es verdad; pero tampoco puedo convenir en que nuestra situación no tenga remedio.—

—Desearía yo saber en lo que funda usted sus esperanzas para reanimar las mías.—

—Mire usted, Sr. D. Braulio, voy á ponerme en el peor caso. Figúrese usted que Miramón vuelve á ser derrotado, completamente derrotado, de manera que no le quede un sólo hombre; y que en consecuencia los *puros* entran en la capital. De dos cosas, una: ó los liberales indultan al ejército ó lo disuelven. En el primer caso, contaremos siempre con elementos para levantarnos en ocasión favorable; en el segundo, los dados de baja saldrán al campo, formarán guerrillas que vivirán sobre el país, y entonces los liberales lucharán con las mismas dificultades con que nosotros hemos luchado.—

—Escucho á usted, Sr. D. Severo, con la atención y con el placer de siempre, conviniendo ser cosa natural que á su alta penetración no se escaparía el dilema que con tanta exactitud como sabiduría acaba de plantear, y que á no dudarlo se verificará. Pero tampoco puede ocultarse á la perspicacia de usted, que una guerra semejante á la que propone, no podremos prolongarla largo tiempo.—

—Con que durante un año nos sostengamos en el campo, nos habremos salvado.—

—No alcanza, por cierto, mi insuficiencia á descubrir los medios que deberán producir nuestra salvación; á menos que un milagro de Nuestro Señor..... ó un auxilio de afuera.....

—¿Y por qué no ha de venir?—

—A la verdad. . . . yo. . . . desconfío. He visto que la Europa ha tratado siempre nuestros asuntos con la mayor indiferencia, y creo que ahora como antes. . . .—

—Ahora es diferente, Sr. D. Braulio, las cosas están muy adelantadas y no debe usted dudar que de allí nos vendrá el remedio.—

—No puedo tener duda, puesto que una persona tan caracterizada y tan comprometida como usted, me lo asegura con tanta formalidad; empero, la noticia es de tal magnitud, que á la verdad cuesta trabajo consentir en ella.—

—Usted sabe, Sr. D. Braulio, que toda mi fortuna se halla comprometida en el negocio Jecker; y ciertamente no me vería usted tan tranquilo, si no tuviera probabilidad, mejor dicho, seguridad de que tendremos auxilio pronto y eficaz.—

Don Rufo Acuña, que en este momento se acercó saludando, obligó á los caballeros á mudar de conversación, y á mi, que estaba indignado por lo que oía, á buscar otro lugar más propicio.

En la sala de tresillo hallé mucha animación: en una de las mesas jugaban Don Homobono Miravales, Don Quintín Buscavidas, Don Lorenzo Petaca y el Conde de Peñahendida.

El Conde acababa de dar el décimo octavo codillo. Doña Natalia, que se había detenido á ver el juego, se inclinó y en voz baja le dijo: señor Conde, tenga usted piedad de sus competidores; esta noche ha estado usted terrible, no los ha dejado ni respirar.

El Conde, muy afable y risueño, contestó: Natalia, no exagere usted, apenas he ganado unos cuantos juegos.

—¡Unos cuantos, y todas las fichas han pasado á su poder!

—No niego que me ha dado un poco la suerte.

—No, señor Conde, no es la suerte, es que en el tresillo no tiene usted rival.

El Conde se había hinchado diez pulgadas.

Luego, dirigiéndose á Miravales, Doña Natalia le dijo al oído: ¿qué negocio tendrán ustedes con el Conde que así se dejan ganar?

—No es nada de importancia, Natalia; pero ya usted sabe que cuando el Conde no gana se desespera.

—No lo niego; pero usted es demasiado veterano para dejarse ganar sin tener ningún interés, lo mismo que su amigo Don Quintín.

—No es nada de importancia, Natalia; se lo aseguro á usted. Don Homobono quedó con esto muy ufano en su asiento.

A Buscavidas también le dirigió la señora de la casa una li-sonja que lo dejó contento.

De la sala del tresillo pasó á la del monte.

Los que se hallaban al rededor de la mesa se mostraban tan serios, tan silenciosos y atentos, que parecían ocupados en la resolución de un problema de vital interés.

Tan impasibles se mostraban á las veleidades de la caprichosa fortuna, que hubiera sido difícil conocer quiénes eran los dichosos, quiénes los desgraciados.

El oro circulaba con celeridad, cada jugador tenía delante de sí un montón de monedas y había algunos que tenían gran cantidad.

Jugaban unos metódicamente, contentándose con ganar poco: otros ponían á una carta cuanto tenían, si ganaban retiraban el duplo de lo que ponían, y si perdían se quedaban tranquilos como si nada hubiera sucedido.

Puntualmente en el momento en que yo entraba en la sala, dos jugadores acercaban todo el dinero que poseían á cartas contrarias. Al correrse el albur, Silueta, que era uno de los jugadores, retiró doblada su parada; Carrasquedo, que era el otro jugador, dejó lo que había apostado y se levantó de la mesa.

General, le dijo el montero, si necesita usted más oro, la caja está á su disposición.

Gracias, contestó el General, voy á tomar un poco el fresco, si acaso, después volveré.

¿Cuánto lleva perdido Carrasquedo? preguntó á Mijes uno que estaba á su lado. Cinco mil pesos, de los cuales la mayor parte son de la caja, contestó Juanito.

En el saloncito verde, á donde hice mi última excursión, formaban tertulia algunos caballeros serios: entre ellos había varios de respetable edad, como el Marqués del Laberinto, Don Federico Camaleón y el señor de Campo Humbrío, y otros aún jóvenes como Fabián Corrales.

Allí se murmuraba de lo lindo; de los hombres públicos, de los particulares, de las mujeres alegres y de las señoras honradas; en fin, de todo.

¿Qué podía yo haber aprendido que fuera de provecho en aquella reunión? Nada, ciertamente, y por esto, y por tener que ocurrir á ciertas aventuras que debían realizarse en aquella madrugada, salí á la una de la mañana de la casa de Doña Natalia, precisamente en el momento en que comenzaban á servir la cena.

IX.

Hacia veinticuatro horas que repicaban sin cesar un momento las campanas de la Santa Iglesia Catedral de México.

Era que Miramón, habiendo perdido la batalla de Calpulálpam, había desbandado las pocas tropas que le quedaban, y por lo tanto la ciudad había caído en poder de los liberales.

Los vecinos más inmediatos á la Iglesia Metropolitana, sin distinción de colores políticos, se hallaban profundamente aburridos con aquel eterno repique, que no les había permitido tener ni un momento de reposo; pero con especialidad los conservadores se daban á Barrabás, porque aquel interminable campanéo celebraba el triunfo de sus aborrecidos enemigos.

Algunas patrullas de guerrilleros del Valle, habían penetrado en la población con el objeto de conservar el orden: también se comenzaban á ver por las calles las blusas rojas, que durante tres años habían venido repetidas veces á exhibirse en las goteras de la capital.

Se sabía que al día siguiente entraría á la ciudad la división del General Don Pedro Ampudia, que se hallaba acuartelada en Guadalupe, y que dos ó tres días después lo verificarían los vencedores de Calpulálpam.

Como algunos conservadores, temerosos de ser molestados, se habían refugiado en casas liberales, en la noche lo verificaron también nuestros conocidos Don Severo Apaña y Don Braulio Porras en el domicilio del Sr. D. Tito Cazorro, cuya familia desde la revolución de Ayutla pasaba por de las más exaltadas.

Esto sucedía el 23 de Diciembre de 1860.

La mañana siguiente, la familia Cazorro se instaló en los balcones de la sala, en espera de la llegada de las tropas. La señora, principalmente, se manifestaba llena de satisfacción por el triunfo de su causa y esperaba con ansiedad la llegada de las tropas de González Ortega, en las que servían dos de sus hijos en calidad de oficiales.

Las hijas de Cazorro, que eran dos, se habían compuesto mucho, adornándose la cabeza con grandes moños rojos, y los piés con zapatos de raso verde, lo mismo que la señora su mamá: se manifestaban muy ufanas dirigiendo miradas despreciativas á

la casa de enfrente que permanecía cerrada; pero ellas sospechaban que por las hendiduras de las puertas, serían observadas por sus vecinas, que en los días de triunfo de los conservadores, aparecían radiantes en los balcones, con sus moños verdes y sus zapatos rojos.

Ahora, se habían trocado los papeles.

Don Tito se asomaba de cuando en cuando, y saludaba con cierta protección á los conocidos que acertaban á pasar por la calle.

El balcón de la recámara permanecía cerrado; pero detrás de las persianas estaban instalados nuestros conocidos, que también querían ver desfilar las tropas, hablando entre tanto de los acontecimientos.

—Recordará usted, Sr. D. Severo, dijo Porras, la conversación que tuvimos en casa de Natalia, sobre la perspectiva que presentaban nuestros asuntos; y no podrá menos de convenir, en que me asistía sobrada razón al manifestarme tan temeroso del porvenir.

—Recuerdo perfectamente, contestó Don Severo, cuanto allí hablamos, y me parece que el caso actual estaba previsto en nuestra conversación. Convenimos en que no era imposible que Miramón sufriera otra derrota como la de Silao y cuya consecuencia fuere la pérdida de la capital, pero también recuerdo que hice á usted presente, que si tal eventualidad surgía, ella no haría más que prolongar la lucha. Esta aseveración mía, la repito ahora y añado, que pocos días pasarán sin que usted convenga en que me asiste perfecta razón.

—Sabé usted que siempre escucho con veneración sus palabras, mucho más, cuando ellas infunden ánimo en el corazón desfallecido, á resultas de tan repetidos golpes; pero ¿no es natural la duda que imprime desaliento á la vista de tantos desastres?

Si nuestras tropas, disciplinadas, aguerridas, conducidas por los mejores oficiales, y mandadas por el General Miramón, han sucumbido ante las chusmas de esos maldecidos *puros*, ¿qué puede esperarse cuando el desorden y la indisciplina formen en nuestras filas?

—Mire usted, Sr. D. Braulio, su imaginación se halla exaltada y no ve las cosas como son en sí. Cuando al principio de la guerra nuestro ejército, combatiendo uno contra tres siempre venía, entonces las fuerzas liberales se hallaban desorganizadas.

Después de tantos reveses como sufrieron, hubieron de con-

vencerse los *puros* de que necesitaban instrucción y disciplina y se aplicaron á dar ambas á sus tropas.

Entretanto las nuestras en tan dilatada campaña fueron perdiendo sus mejores oficiales y soldados que reemplazaban como podían.

Así, poco á poco, ambos ejércitos se fueron nivelando en condiciones. Desde aquel momento el triunfo de los liberales fué seguro, porque ellos eran más numerosos; y cuando pudieron derrotarnos en campo abierto, como sucedió en Loma Alta, la cosa no tuvo ya remedio.

Ahora van á cambiarse los papeles; estos señores instalarán su Gobierno, y desde luego tropezarán con la escasez de recursos. Nosotros nos lanzaremos á vivir sobre el país, nos sostendremos todo el tiempo que sea necesario para dar lugar á que lleguen auxilios poderosos.

—Pero ¿no cree usted, Sr. D. Severo, que nuestros oficiales no son aptos para la clase de guerra que tienen que hacer, y que pronto sucumbirán agobiados por la fatiga, por la miseria y por la tenaz persecución de que serán objeto?

—Diré á usted, entre nuestros partidarios tenemos muchos guerrilleros famosos: La sierra de Tepic, la de Querétaro y el Sur de México serán lugares inaccesibles para las tropas del Nuevo Gobierno, y en ellos se conservará la hoguera todo el tiempo que se necesite.

Los jefes y oficiales que salgan de las poblaciones se refugiarán allí, y mientras las guerrillas hacen diversiones por todas partes para tener en constante alarma al Gobierno, ellos adiestrarán reclutas que aparecerán inopinadamente formando batallones, en puntos en donde menos sean esperados. Derrotados dos, cuatro ó más veces, no por eso serán destruidos, y otra vez, y otras cien, aparecerán en el campo.

—Todo eso puede realizarse sin duda; pero usted mismo confiesa que los liberales son más numerosos y, adueñados como están del poder, ¿no es racional pensar que á la larga nuestra resistencia será dominada?

—Concediendo que tal cosa pudiera suceder, eso tardará mucho tiempo; el sobrado para realizar nuestros planes.

—¿Acaso alude usted al auxilio exterior?

—Ciertamente que á él me refiero.

—Yo siempre dudaré de que tal cosa se realice.

—Pues en esta ocasión no tardará usted en verlo. Algunas dificultades se habían presentado para que tres grandes poten-

cias se pusieran de acuerdo; pero una vez vencidas, la alianza se halla virtualmente formada.

—¿Será posible, Sr. D. Severo?

—Es tan posible, que el Ministro Francés Mr. de Saligni, ha recibido órdenes terminantes para armar camorra á todo trance; y como el hombre es á propósito para el caso, no hay nada que temer por ese lado. Además, sus colegas le ayudarán en la empresa.

—A todo coadyuva la situación en que se hallan los Estados Unidos del Norte. Pero ya llegan los tropas; veámos la baraja con que hemos perdido.

—Increible parece que con estos indios desarrapados hayan podido triunfar estos diablos de *puros*.

—No se lleve usted de las apariencias, la ropa no hace al caso; lo que debe usted de notar, es el buen armamento que traen y el buen orden en que vienen. Además, muchas de estas tropas son de la Sierra de Puebla; las que llegan del Interior deben de estar en mejores condiciones.

—¿Qué ruín ganado trae la artillería! según veo viene un mosaico de calibres.

—No debe llamarle á usted eso la atención, porque esta División de Ampudia se ha improvisado con cuanto ha encontrado en el camino de Veracruz aquí. Resérvese usted para ver las tropas de Gonzalez Ortega, que según parece se hallan bien provistas de artillería.

—¡Pero qué veo! ¿no es Carrasquedo el que viene mandando esta brigada?

—El mismo; qué le extraña á usted, ¿no sabía que había ido á reunirse con los liberales?

—Ciertamente que lo sabía, pero al verlo, no he podido menos de indignarme, al considerar que todavía hace un mes estaba con nosotros.

—Los hombres tienen á veces compromisos que los obligan á obrar contra sus convicciones. Carrasquedo había perdido en el juego cantidades considerables; se hallaba rodeado de dificultades y no se le presentaba otra salida.

—Mire usted quién viene de ayudante de Carrasquedo.

—Carlos Peñasquis!

—El mismo.

—No empieza mal su carrera.

—En efecto; él fué á unirse á los liberales por convicción; ha expuesto su vida con lealtad, y ahora lo degradan poniéndolo de ayudante del transfuga de la vispera.

—Sin embargo, ya viene de capitán.

—Es verdad; pero á las órdenes de un General tráfuga.

—Me parecía que usted había dicho que Carrasquedo obró contra sus convicciones, arrastrado por ciertos compromisos.

—Es cierto que lo dije, porque creo que aún podemos contar con él; pero para Peñasquisá no puede pasar más que como un tráfuga.

—¿Usted cree poder contar con Carrasquedo!

—Apuesto con usted á que antes de seis meses lo tenemos en campaña contra estos amigos.

—Varias veces he dicho que tengo la costumbre de escuchar á usted como á un oráculo y por lo mismo no apuesto; pero me reconcilio con Carrasquedo.

—Una mirada despreciativa, que D. Braulio no notó, fué la única contestación de D. Severo.

Mientras esta conversaci6n tenia lugar en la recámara, en los balcones de la sala, la familia de Cazurro hacíá ostentaci6n de su liberalismo, saludando con el mayor entusiasmo á los jefes y oficiales de la columna que desfilaba.

Quando pasó el General en Jefe con su Estado Mayor, las muchachas entraron á la sala, y sentándose al piano, tocaron á cuatro manos los "cangrejos."

Vueltas al balcón, arrojaron coronas á los vencedores.

Carrasquedo también recogió la suya, no sin que en los balcones se hicieran los comentarios más desfavorables á su honra, recordando sus veleidades en política y criticando acervamente el descaro con que lucía un gran moño verde atado á la cola del caballo, el mismo que dos meses antes usaba en el pecho la cruz colorada.

La divisi6n acabó de desfilár entre los vítores con que la aclamaba el pueblo.

Aquel acontecimiento que llenaba de júbilo el corazón de los liberales, que durante tres años habían sufrido tanto, torturaba el ánimo de los conservadores, cuyas casas se hallaban completamente cerradas.

Para los liberales, en aquel día comenzaba una era dichosa para la Naci6n.

Para los conservadores la sociedad se desquiciaba.

¿Quiénes estarían en lo justo?

Dueños de la situaci6n los liberales, ¿se manejarían de manera que lograsen sacar al país del abismo á que las guerras civiles lo habían conducido?

¿Las virtudes cívicas de los republicanos, restañarían las he-

ridas de la Patria, haciendo fructuosos los sacrificios que el Pueblo había consumado?

Cuestiones eran éstas, que sólo el tiempo podía resolver.

X.

Inusitado movimiento se advertía hacia la media noche del Miércoles de Ceniza de 1861 en las Casas Consistoriales de la buena Ciudad de México.

Corrían acá y allá, causando la admiraci6n de los que los veían, los siempre poco activos *aguilitas*.

Se notaba también con sorpresa, que en hora tan intempestiva, permanecieran en su puesto los coches del *Sitio Grande*, cuyas mulas bostezando de hambre, de sueño y de fastidio, parecían protestar contra tamaño desarreglo.

Muchos señores de *sorbete* que subían y bajaban las empinadas escaleras de la *Diputaci6n*, se hablaban algunas palabras al encontrarse ó se detenían cuchicheando un momento.

Patrullas de infantería ó de caballería se destacaban en distintas direcciones; y algunos cabos de policía que llegaban al trote, se apeaban de sus caballos y subían las escaleras arrastrando los sables.

Todo aquello era en sumo grado misterioso y alarmante.

Los pocos transeuntes que en semejante hora acertaban á pasar por el lugar donde se verificaba tan extraña agitaci6n, pensaban *para su capote* que se trataba cuando menos de algún pronunciamiento.

No obstante, la ciudad permanecía tranquila, y no había indicios de que tal cosa pudiera suceder.

Repentinamente, se vieron bajar muchos señores *decentes*, quienes dirigiéndose á los coches los formaron por escuadras, colocando en el pescante de cada vehículo un policía. En cada escuadra se nombró la capitana y los señores se repartieron en los carruajes.

Terminados estos arreglos, las escuadras zarparon del surgidero de la *Diputaci6n* y navegando con diferentes derroteros se perdieron en lontananza.

Difficil era adivinar el objeto que podían tener aquellas evoluciones *simonescas*; mas como yo estaba en el secreto de lo que se intentaba ejecutar, sin detenci6n me trasladé de un vuelo al Convento de Nuestra Señora de la Encarnaci6n, donde era necesaria mi presencia, y me colé sin ceremonia á la celda de la Muy Reverenda Madre Sor Pilar de la Anunciaci6n Zapata;

donde sin poder conciliar el sueño, yacía en su casto lecho la interesante Anita Bullanga, delirando con las más encantadoras imágenes de imposible felicidad.

La beata Mónica á instigación de Fabián Corrales, llevaba algunos dias de haberse instalado en el Convento, donde solía pasar temporadas de recogimiento y oración. Dormía en el mismo cuarto que Anita ocupaba en la celda de la Madre Pillarito.

El estado del ánimo de Anita me era en extremo favorable para poder influir en su imaginación; de manera que por una série de transformaciones que como un kaleidoscopio verificaba el cerebro, las visiones brillantes con que fantaseaba la joven fueron cambiándose en sombras aterradoras y alarmantes, que le produjeron un terrible sobresalto, que por su exquisita sensibilidad nerviosa fué aumentando sin cesar.

Le sugerí la idea de despertar á Mónica y proponerle que la acompañara al patio del convento para respirar el aire puro del jardín.

La beata despertó un tanto sobresaltada y por lo pronto no comprendió lo que pasaba en el ánimo de Anita, mas á proporción que se fué despabilando, pudo darse cuenta de la causa que motivaba los deseos de la joven, y solo puso la objeción muy atendible por cierto, del mucho frío que en aquella hora debía de hacer en el patio. Desvanecida aquella objeción por la joven, con la no menos justa observación de que para evitar el frío deberían abrigarse bien, Mónica creyó que debía ceder á las súplicas que se le hacían, aprovechando cualquiera oportunidad que se le presentara de servir al Sr. D. Fabián, á quien estaba muy obligada.

Aparentando repugnancia con objeto de encarecer el servicio, la beata se vistió; y sin hacer ruido salieron de la celda.

Después de recorrer varios claustros que se hallaban completamente oscuros, bajaron á tientas la escalera principal y se instalaron junto á la fuente, en la glorieta del hermoso patio del Convento, cuya belleza arquitectónica era desconocida á los habitantes de la capital.

La soledad absoluta en que se hallaban, la magnificencia que ostentaba la parte del espacio que podía verse, sembrado de cintilantes estrellas; y el fantástico aspecto de la vegetación del pequeño jardín allí formado; eran suficientes motivos para exaltar una imaginación menos excitada y predispuesta que la de la tierna Anita.

Un temor involuntario la invadía, y ella se acercaba cuanto le era posible á la vieja Mónica.

Con los ojos fijos en el cielo, admiraba sin comprender las maravillas que contenía; y sin saber por qué, lánguidos suspiros se escapaban de su pecho y lágrimas como diamantes corrían silenciosas por sus mejillas.

—¿En qué piensa usted, criatura, que así se acongoja? dijo Mónica.

—¡Ay Mónica! mirando al cielo pensaba si desde allá nos está viendo Dios.

—¿Quién lo puede dudar, niña? es claro que Dios está entre los luceros que nos alumbran y ve todo lo que pasa en el mundo.

—Entonces ¿por qué permite que penen sus criaturas?

—Niña, niña, ¡por María Santísima, no diga usted heregias! si las criaturas penan es por sus culpas y pecados.

—Pues yo conozco muchas gentes perversas que gozan bien de la vida, mientras otras que son buenas, siempre sufren.

—Esas son cosas que no nos conviene averiguar: Dios sabrá por qué sucede así.

—Pero, Mónica, por lo mismo que Dios es tan bueno, debería proteger á los que gimen, contra sus opresores.

—Niña, niña, no tiente usted á Dios con semejantes blasfemias; su Divina Magestad tiene así dispuestas las cosas del mundo, y no nos toca á nosotros enmendarle la plana: mucho menos á una criatura como usted, que le debe tantos beneficios y no tiene por qué quejarse.

—Eso le parece á usted, Mónica; mas las apariencias suelen engañar y no es bueno juzgar por ellas.

—¡Ay, mi alma! que bien dicen que nadie está contento con su suerte. ¿Qué mayores beneficios quiere usted que le haya hecho Dios? Es usted rica, bien parecida, está en la flor de su edad, no le falta nada, ¿pues de qué se queja?

—Ya le digo, Mónica, que las apariencias engañan, y que donde uno cree hallar una persona feliz, acaso encuentra una desgraciada.

—La verdad, niña, que no lo entiendo. Pero ya se vé, tendrá usted algún novio á quien la familia de usted no querrá; pero esas son niñerías que no valen la pena. Ya se le olvidará á usted ese capricho y mañana ú otro día querrá usted á otro que sea del gusto de sus padres y amén.

—Ustedes, las que no saben sentir, juzgan así de estas cosas

creyéndolas niñerías; no pudiendo comprender que un afecto llegue á ser tan vivo y profundo, que siendo contrariado pueda hacer á la persona que lo sienta en extremo infeliz.

Y al decir esto, Anita conmovida lloraba lanzando profundos suspiros.

—Vaya, niña, cálmese usted, dijo Mónica. Dios ha de querer que las cosas se compongan y que su familia de usted se avenga con el novio.

—Mónica, eso no es posible, porque además de que Carlos es pobre, ahora anda con los *puros*, y mi familia no transige con ellos.

—¡Ave María Purísima! dijo Mónica santiguándose; ese sí que es un grande inconveniente, porque, ¿cómo quiere usted que sus señores padres que son tan buenos cristianos, admitan en su familia un herege? aunque mirándolo bien, todo lo puede hacer Dios Nuestro Señor. Quién quita que mueva el corazón de Don Carlitos, para que deje á esos malvados *puros*?

—No lo crea usted, Mónica; Carlos es enérgico y firme en sus ideas; sobre todo el defecto mayor que tiene es el no ser rico.

Se disponía la beata á contestar, cuando resonaron fuertes y repetidos golpes en la portería del Convento.

—¡El gran poder de Dios nos valga! exclamó brincando del asiento y haciéndose cruces sobre el pecho.

—¿Que será esto, Mónica? preguntó Anita sobresaltada.

—¡Ay, niña de mi alma! yo tengo miedo: quién sabe si habrá revolución y los señores pronunciados querrán ocupar la torre.

—¡Dios nos asista! dijo Anita levantándose y tratando de huir; pero Mónica, que se había calmado un poco, la detuvo por el vestido haciéndola sentar.

En esto, los golpes continuaban con mayor fuerza, y la madre tornera bajaba á inquirir la causa de ellos.

La autoridad ordenaba que se abrieran las puertas del convento para fines que ocultaba, y la noticia, corriendo de celda en celda, produjo en la comunidad una alarma extraordinaria.

Consultado el capellán, cuya habitación se comunicaba con el convento, resolvió que era preciso oír lo que la autoridad pretendía en aquella hora intempestiva, para lo cual se le abrió.

Tomada aquella resolución se abrió la portería y aparecieron hasta una docena de personas bien vestidas, que pretendían hablar con la superiora.

El capellán, que ya se había vestido, ocurrió poniendo algunas dificultades á la entrada de los caballeros, hasta que al fin convino en que el que hacía cabeza acompañado de otros dos, subirían con el capellán para hablar con la reverenda.

Así se verificó, mas los que abajo quedaban penetraron al patio, cuya arquitectura comenzaron á admirar á la escasa luz que las estrellas difundían.

Cuando Mónica y Anita detenidas hasta entonces por la curiosidad, observaron aquella invasión, trataron de huir; mas al salir al claustro, se encontraron con dos caballeros que les cerraban el paso.

El primer impulso que tuvieron fué el de gritar, mas permanecieron quedas al reconocer á los que las detenían.

—¡Anita! ¡Carlos!

—¡Mónica! ¡Sr. D. Fabián!

Tales fueron las palabras que se cruzaron entre ellas y los reciénvenidos.

Desde luego Anita y Carlos se abrazaron, mientras Fabián llevaba á Mónica á un lado hablaba en voz baja con ella.

—Ha llegado al fin el momento de nuestra dicha; decía Carlos apretando á su amada contra el corazón; es necesario que abandones ahora mismo esta triste cárcel.

—¡Ay, Carlos, eso no es posible! ¿Que sería de mí si cometiera acción semejante?

—No temas nada, adorada mía, todo está previsto y tu honor no tendrá que sufrir en lo más leve. Fabián trae una orden del Gobernador para sacarte del convento con las formalidades necesarias y para lo cual, en atención á las circunstancias se ha habilitado la noche. De aquí te llevaremos á una casa respetable en la que quedarás epositada dentre tanto se arregla nuestro enlace.

—¿No sería mejor, Carlos, que esperásemos á que amaneciese?

—Imposible, amada mía; en este instante van á salir las monjas de este convento para trasladarse al de San Lorenzo, donde apenas cabrán. Si tú vas con ellas quién sabe hasta cuándo podremos arreglar tu salida. Conque decídete; traemos un coche á prevención y en él te llevaremos.

—¡Ay, Carlos! ¿Cómo me he de decidir á ir sola con ustedes á estas horas... y despues molestar á la familia que me ha de recibir?

—Todo está arreglado; dijo Fabián acercándose; Mónica y yo llevaremos á usted en el coche, Carlos irá en el pescante

y á nadie molestaremos porque la familia nos está esperando: mañana Mónica vendrá por las cosas de usted: conque no hay que perder el tiempo.

Mientras tenía lugar esta escena en el claustro bajo, arriba reinaba la mayor confusión.

Gritos, lamentos, súplicas, carreras: monjas, niñas y criadas estaban en la mayor consternación.

El comisionado del Gobierno había intimado á la superiora que en aquel mismo instante y sin llevar otra cosa que lo que pudieran conducir en las manos, debía de ser trasladada la comunidad á San Lorenzo: que para tal objeto traía consigo el número competente de carruajes que harían los viajes que fuesen necesarios: que al día siguiente serían conducidos los muebles de las religiosas sin que nada faltase, pues al efecto quedaría el convento bien custodiado.

No valieron súplicas ni moratorias: la disposición del gobierno tuvo que cumplirse, y desde luego comenzó á tener verificativo.

En estas circunstancias, Fabián se presentó á evacuar las diligencias necesarias para la salida de Anita.

La Madre superiora se oponía á que la joven fuese entregada á un hombre á semejante hora.

En esto apareció Mónica y con ademán compungido, ofreció hacer el sacrificio por Dios Nuestro Señor, de acompañar á Anita hasta dejarla depositada.

La Reverenda Madre, que estaba fuera de sí, por lo que pasaba á su amada comunidad, ya no se opuso: con esto, bajando la escalera Anita, Carlos, Fabián y Mónica, salieron del convento, montaron en un carruaje y tomaron el rumbo de la casa de D. Tito Cazorro.

La familia de éste, que se hallaba esperando, recibió á la joven prodigándole el mayor cariño, como un gran triunfo obtenido por su partido; y á Mónica le ofreció la hospitalidad por aquella noche.

Carlos, lleno de júbilo, se retiró con su amigo Fabián que acababa de cumplir su compromiso.

Los simones que fueron á la Encarnación pudieron terminar su faena antes de que amaneciera.

En otros conventos se verificó también en aquella noche la extracción de las monjas, y al día siguiente México despertó azorado con tan estupendo acontecimiento.

TERCERA PARTE.

EL PLANETA VENUS.

I

Quando más enredado me hallaba en un dédalo de intrigas, preparando el desenlace, ya dramático, ya cómico de muchas historias, me fué preciso abandonar la Tierra.

Una misión importante al Planeta Venus me había sido confiada, y aunque con pena, tuve que separarme de tantos amigos con quienes vivía hacia tiempo sin que ellos lo percibieran; de tantas bellas amigas á cuyo lado sin que lo pudieran sospechar pasaba ratos placenteros, sorprendiendo sus secretos más íntimos, coadyuvando, unas veces, en sus pequeñas intrigas, ó estorbándolas, otras, según convenía á mis propósitos; gozando con sus ficticios goces, con sus locas esperanzas, con sus ilusiones de oro; riendo de sus impaciencias, de sus contrariedades, de sus impotentes iras.

Por último, me causaba pena también separarme de mis compañeros de misión, con muchos de los cuales me hallaba ligado por identidad de sentimientos, por mancomunidad de esfuerzos en el trabajo, ó por espontáneas simpatías.

Llegó al fin el día en que fué preciso dar cumplimiento á la orden que había recibido y me despedí de México con una pesadumbre, casi tan grande como la que sentía cuando durante mi existencia terrestre tenía que abandonar la tan querida Tenochtitlán.

Por medio de un enérgico movimiento de mi voluntad, motor poderoso cuya fuerza es casi desconocida de los hombres, me elevé en el espacio de una manera semejante á la que emplean

y á nadie molestaremos porque la familia nos está esperando: mañana Mónica vendrá por las cosas de usted: conque no hay que perder el tiempo.

Mientras tenía lugar esta escena en el claustro bajo, arriba reinaba la mayor confusión.

Gritos, lamentos, súplicas, carreras: monjas, niñas y criadas estaban en la mayor consternación.

El comisionado del Gobierno había intimado á la superiora que en aquel mismo instante y sin llevar otra cosa que lo que pudieran conducir en las manos, debía de ser trasladada la comunidad á San Lorenzo: que para tal objeto traía consigo el número competente de carruajes que harían los viajes que fuesen necesarios: que al día siguiente serían conducidos los muebles de las religiosas sin que nada faltase, pues al efecto quedaría el convento bien custodiado.

No valieron súplicas ni moratorias: la disposición del gobierno tuvo que cumplirse, y desde luego comenzó á tener verificativo.

En estas circunstancias, Fabián se presentó á evacuar las diligencias necesarias para la salida de Anita.

La Madre superiora se oponía á que la joven fuese entregada á un hombre á semejante hora.

En esto apareció Mónica y con ademán compungido, ofreció hacer el sacrificio por Dios Nuestro Señor, de acompañar á Anita hasta dejarla depositada.

La Reverenda Madre, que estaba fuera de sí, por lo que pasaba á su amada comunidad, ya no se opuso: con esto, bajando la escalera Anita, Carlos, Fabián y Mónica, salieron del convento, montaron en un carruaje y tomaron el rumbo de la casa de D. Tito Cazorro.

La familia de éste, que se hallaba esperando, recibió á la joven prodigándole el mayor cariño, como un gran triunfo obtenido por su partido; y á Mónica le ofreció la hospitalidad por aquella noche.

Carlos, lleno de júbilo, se retiró con su amigo Fabián que acababa de cumplir su compromiso.

Los simones que fueron á la Encarnación pudieron terminar su faena antes de que amaneciera.

En otros conventos se verificó también en aquella noche la extracción de las monjas, y al día siguiente México despertó azorado con tan estupendo acontecimiento.

TERCERA PARTE.

EL PLANETA VENUS.

I

Quando más enredado me hallaba en un dédalo de intrigas, preparando el desenlace, ya dramático, ya cómico de muchas historias, me fué preciso abandonar la Tierra.

Una misión importante al Planeta Venus me había sido confiada, y aunque con pena, tuve que separarme de tantos amigos con quienes vivía hacia tiempo sin que ellos lo percibieran; de tantas bellas amigas á cuyo lado sin que lo pudieran sospechar pasaba ratos placenteros, sorprendiendo sus secretos más íntimos, coadyuvando, unas veces, en sus pequeñas intrigas, ó estorbándolas, otras, según convenía á mis propósitos; gozando con sus ficticios goces, con sus locas esperanzas, con sus ilusiones de oro; riendo de sus impaciencias, de sus contrariedades, de sus impotentes iras.

Por último, me causaba pena también separarme de mis compañeros de misión, con muchos de los cuales me hallaba ligado por identidad de sentimientos, por mancomunidad de esfuerzos en el trabajo, ó por espontáneas simpatías.

Llegó al fin el día en que fué preciso dar cumplimiento á la orden que había recibido y me despedí de México con una pesadumbre, casi tan grande como la que sentía cuando durante mi existencia terrestre tenía que abandonar la tan querida Tenochtitlán.

Por medio de un enérgico movimiento de mi voluntad, motor poderoso cuya fuerza es casi desconocida de los hombres, me elevé en el espacio de una manera semejante á la que emplean

los buzos cuando hacen incapié en el fondo del mar para subir á la superficie.

Mi ascensión al principio fué lenta. La densidad de las primeras capas atmosféricas que tenía que atravesar y la atención con que contemplaba á mis pies la ciudad, que por grados empequeñecía á mi vista, eran las causas de aquella lentitud. Pero, después, á proporción que el aire se enrarecía, aumentaba la velocidad de la ascensión hasta alcanzar una rapidez vertiginosa.

Cuando la antigua Corte de los Virreyes Españoles llegó á verse con apariencia tan pequeña, que en su mayor extensión no pasaba de algunos centenares de metros, quise contemplarla de nuevo.

Otro movimiento de mi voluntad, fué bastante para detenerme durante algunos minutos, casi fijo en el espacio, sobre la ciudad que con pesar abandonaba.

Desde la elevada altura en que me hallaba, podía contemplar á un tiempo las principales montañas del Anáhuac.

Por el Oriente el Citlaltepec, con su gran cono siempre cubierto de nieve.

El Cofre de Perote, cuyas rocas desnudas parecían calcinadas por la acción plutónica.

La Malintzin, de exuberante vegetación y con su cumbre caprichosa también nevada á la sazón.

A mis pies, el gigantesco Popocatepetl con su anchuroso cráter.

El legendario Ixtaxihuatl.

El magnífico Ajusco.

Los dos primeros ostentaban sus elevadas y pintorescas cimas, sumerjidas en la región de las nieves perpétuas.

Un poco al Suroeste, el Nevado de Toluca, que contiene en el cráter dos lagos de agua cristalina.

Al Sur y al Suroeste, multitud de montañas y de barrancas, que aparentando una inmensa malla, forman los valles en cuyo fondo están edificadas la mayor parte de las poblaciones importantes.

Por el Norte, el terreno sinuoso y desigual se alejaba hácia la *Tierra dentro*, alternando en él las rugosas cordilleras y las extensas llanuras.

Al Nordeste, en fin, se descubrían los Llanos de Apam, y esa aglomeración de montañas, que como titánica gradería descendían hasta el golfo.

Cómo era tiempo de Invierno, la atmósfera se hallaba purísima y transparente, sin que la manchara la más ligera nube.

Mi vista alcanzaba á muy grandes distancias.

Distinguía perfectamente, aunque en pequeñísima escala, Puebla, Toluca, Cuernavaca, Tulancingo, Pachuca y otras poblaciones.

Veracruz, Orizaba, Jalapa, Querétaro, Guanajuato, Morelia y Acapulco, las distinguía desvanecidas y confusas, como esas poblaciones que en último término suelen ejecutar en sus cuadros los pintores de paisajes.

Los detalles del terreno se presentaban poco perceptibles; las lagunas parecían pequeños estanques, y los ríos seguían su curso como hebras de plata.

Por último, el Mar Pacífico y el Golfo de México, se perdían en lontananza en un horizonte de fuego, lo mismo que los extremos Norte, Oeste y Sureste de la República.

Aunque por haber desaparecido de entre los hombres, debía de ser extraño á sus pasiones y mirar con cierto desdén las cosas de la Tierra, no pude contener un impulso de satisfacción al contemplar el grandioso cuadro que me ofrecía la que fué mi patria.

Todavía sentía que el orgullo nacional no se había extinguido en mí, y pensaba que si tuviese que encarnar de nuevo en la Tierra, ningún otro país que México escogería para mi renacimiento.

Muchó trabajo me costaba resolverme á abandonar aquel hermoso pañorama, con cuya vista gozaba tanto, y alejarme del esferoide donde dejaba tantos recuerdos; pero el destino inexorable me obligaba.

Sin embargo, antes de salir de la atmósfera de la Tierra, quise contemplar el movimiento de rotación del planeta.

Para conseguir mi objeto me diriji lentamente hácia Occidente, impidiendo así, que arrastrado por la atmósfera si permanecía en un mismo punto, me fuera imposible el gozar del magnífico espectáculo que me proponía.

La Tierra giraba imponente á mis pies, sumergiendo progresivamente en las sombras la superficie que iluminaba el Sol, y apareciendo por el lado opuesto la parte oscura que á su vez era bañada por un oceano de luz.

Cuando la Aurora con sus tintes nacarados enviaba sus primeros destellos á las poblaciones, se elevaba de ellas la oración matinal al Todo Poderoso.

En los templos, en las pagodas, en las mezquitas, en las sinagogas; hasta en las casas aisladas y en las cabañas; con campanas, con atabales, con bocinas, con cánticos ó con rezos; se elevaban las acciones de gracia, que las criaturas con diferentes fórmulas y en distintos idiomas, dirigían al Sér Supremo por los dones con que eran favorecidas.

También las poblaciones que se hundían en la sombra, se despedían de la luz carifosa del Sol, enviando igualmente al cielo la oración de la tarde.

Así es que ni un solo momento dejaban de elevarse de la Tierra millones de alabanzas; y yo pensaba, que como en cada planeta de los infinitos sistemas que pueblan el Universo, debería verificarse igual cosa, resultaría un concierto continuo y eterno de gracias y alabanzas, que la humanidad dirige al Creador de todas las cosas.

A tan sublime coro, deben añadirse los cánticos de las legiones de espíritus que por millones pueblan el espacio insondable, y también los de otros seres superiores en perfecciones, que más se acercaran á Dios.

Aquellos pensamientos me conmovieron, dejándome satisfecho con la idea de que de tal modo debía de hallarse ordenado el Universo.

Ocupado en tan profundas meditaciones, salí al fin de la Tierra, y sin poder medir el tiempo ni la distancia, átravesé inconsciente el espacio que la separa del Planeta Venus, sin que llamara mi atención el aspecto constantemente bello de la esfera sideral que me envolvía, porque absorto en mis reflexiones flotaba en el Eter, hundido en un sueño deliciosamente fantástico.

Insensiblemente comencé á salir de la abstracción en que me hallaba, deslumbrado por la viva claridad de un mar de luz donde había penetrado.

Poco á poco, fueron apareciendo distintas en mi mente las ideas, y pude recordar la misión que llevaba.

Rodeado por la atmósfera de Venus, comenzaba á distinguir la superficie del planeta; podía ver uno de los polos completamente helado, y los mares, islas y continentes.

Poco después, gruesos *cúmulus* que rodaban por debajo de mí, todo lo ocultaron, hasta que penetrando á través de ellos, ya solo pude distinguir una parte de la superficie de aquella esfera cuyos detalles topográficos podía examinar perfectamente.

Desde luego quedé sorprendido por la inmensa elevación de

las montañas, dos ó tres veces mayor que las del Popocatepetl, del Sorata, del Illimani, ó del Dhawala-Giri.

En la misma proporción estaban las profundidades de los valles y barrancas, sumergidos una parte del día en las sombras que producían las montañas; circunstancia favorable que mitiga los ardores del sol y la intensidad de la luz, que son de doble potencia que en la Tierra, á causa de hallarse Venus diez millones seiscientas mil cuatrocientas leguas, más próximo al Astro Central.

Los ríos en general, no corrían allí mansamente, sino que á causa de la inmensa altura de las montañas, se precipitaban en grandes saltos formando magníficas cascadas y espumosos torrentes, que producían un ténué pero abundante rocío, que esparciendo por todas partes una agradable frescura, mantenían siempre lozana la exuberante vegetación que sobrepaja en magnificencia á la que entre los trópicos produce la Tierra.

En los valles, se extendían las aguas formando lagos transparentes, poblados sin duda de aves acuáticas y de hermosos pescados.

Lentamente descendía recreando el ánimo con el paisaje que se circunscribe por momentos, y buscando un lugar que me sirviera de albergue.

Entre el ramaje oscuro de un bosque umbrío, cerca del labio de una profunda grieta por donde se precipitaba un impetuoso torrente, que de la alta sierra bajaba formando alegre ruido; acerté á descubrir un pequeño grupo de habitaciones cuya situación me pareció de lo más bella.

Todo convidaba allí á la paz; la soledad, los amenos campos circunvecinos, la grata sombra que producía el follaje, los deliciosos aromas que del suelo subían, el susurro del viento entre las ramas, el sordo rugido del cercano torrente, y los mil ruidos de los animales de todas clases que se ocultaban en la espesura, hacían de aquel sitio el más á propósito para el retiro de un hombre decepcionado, bien fuese un filósofo ó un anacoreta.

Así discurriendo, continué bajando hasta hallarme á la altura del techo de una alquería, donde encontrando abierta una ventana, me entré por ella y me hallé en una guardilla al parecer deshabitada, á juzgar por el mucho polvo que cubría los muebles y por el desorden en que todo se hallaba.

Tomé, pues, posesión de aquel alojamiento que la casualidad me deparaba, con tanta confianza como si hubiera sido de mi propiedad.

Cuanto me rodeaba producía en mí una impresión de lo más grata, porque después del gran viaje que acababa de efectuar, sentía necesidad de soledad y silencio para dar libre curso á mis recuerdos, enlazados con dos mundos y con distintas existencias; con sentimientos dulcísimos de amor; con tiernas emociones de franca y leal amistad.

¡Cuántos acontecimientos vinieron entonces á mi memoria!

¡Cómo pasaban delante de mi vista la multitud de seres que en la Tierra y en Júpiter había conocido!

¡Cómo recordaba los sitios agrestes ó salvajes que había frecuentado, y aquellos donde la mano de un ser racional, esparciendo los tesoros del arte, había trasformado los páramos en bellisimos jardines, en parques y en paseos deliciosos!

De tan sabrosas reminiscencias, vinieron á sacarme ciertos rumores parecidos á los que se escuchan en la Tierra á la caída de la tarde, en las habitaciones campestres.

Los labradores volvían á sus hogares. Unos conduciendo al ganado para encerrarlo; otros llegaban cargados con los frutos recogidos; y varios con los útiles de labranza que les habían servido durante el día.

Algunas mujeres llevaban sobre la cabeza vasijas llenas de agua, canastillos con frutas ó rollos de lienzos que sin duda fueron á blanquear al sol.

A lo lejos un canto melancólico salía de entre los árboles y apenas llegaba á mis oídos.

En esto los últimos rayos del Sol habían desaparecido y la sombra de las montañas oscurecía el fondo de los valles.

Concluidas sus tareas, reunidos los campesinos delante de la casa principal de la alquería, formaron dos circunferencias concéntricas; en la interior quedaron las mujeres y las niñas, y en la exterior los hombres y los muchachos, y dieron principio á un tierno cántico en acción de gracias al Sér Supremo, por los beneficios que les había prodigado durante el día.

Era aquel canto, tan armonioso, tan dulce, que yo me sentí arrobado y tan conmovido, que á tener un cuerpo tan materializado como aquellos campesinos, un raudal de lágrimas hubiera brotado de mis ojos.

El cántico fué extinguiéndose insensiblemente hasta concluir.

Para este tiempo ya la luz del crepúsculo había desaparecido, dejando no obstante una indecisa claridad en los picos de las montañas.

Sin embargo, la noche quedó bastante clara, porque siendo la

atmósfera allí muy elevada, los rayos que iluminan el hemisferio bañado por el sol, se difunden irradiando en las capas superiores del hemisferio opuesto y producen una ténue claridad. Esta circunstancia hace menos necesaria en aquel planeta la presencia de un satélite.

Pero tampoco disfrutaban aquellos habitantes del magnífico aspecto que presenta el Cielo visto desde la Tierra en las noches oscuras, porque la misma claridad de la atmósfera impide que se distingan las nebulosas y las estrellas de pequeña magnitud.

Cuando hubo terminado el cántico, aquellas buenas gentes se sentaron sobre la yerba formando grupos, y comieron muy contentos, servidos por los más jóvenes del uno y otro sexo.

Grandes bujías elaboradas con cierta sustancia desconocida para mí, y colocadas convenientemente, iluminaban aquella escena pastoril.

Concluida la comida, bailaron un buen rato al compás de un instrumento parecido á la gaita y de una canción monótona aunque no desapacible, que con dulces voces entonaban varias jóvenes sentadas á la puerta de la casa.

Cesó el baile; se despidieron cariñosamente y retirándose cada cual á su habitación, á poco quedó todo en el mayor silencio.

Cuanto llevo referido lo había presenciado desde mi guardilla, donde me hallaba perfectamente instalado.

Luego volví á reanudar mis pensamientos, que los habitantes de la alquería habían interrumpido.

En aquel agradable refiro, sólo el ruido del torrente cercano, el susurro acompasado que producian los árboles del bosque, y los gritos salvajes de los animales montaraces, interrumpían la deliciosa quietud.

En el Cielo brillaban los astros de mayor magnitud, y entre ellos, la Tierra acompañada de la Luna sobresalía por su hermosura; aparecía como una estrella doble.

Desde Vénus, nuestro planeta se percibe con mayor magnificencia y esplendor, que lo que aparece el blanco Vésper á los ojos de los terrícolas, por presentarse siempre en llena.

A consecuencia de la elevación de las montañas y de la gran sombra que producen, el fondo de los más bajos valles y el de las barrancas, se encuentran envueltos en una oscuridad tan profunda como la de la Tierra.

Pero la pródiga naturaleza ha provisto al remedio de semejante inconveniente, con diligente solicitud.

Aunque abundan los insectos luminosos semejantes á nuestros cocuyos y luciérnagas, existe allí una cosa mucho más hermosa. Quiero hablar de las flores luminosas que regadas en los campos y meciéndose en los arbustos y en las plantas, esparcen una claridad suficiente par distinguir los objetos y poder caminar sin dificultad.

Nada más bello, ni más poético que aquellas lindas flores abriendo sus corolas al anochecer y aumentando la intensidad de su luz apacible, á proporción que es mayor la oscuridad.

Las formas de aquellas flores son en extremo variadas, así como sus colores, pues las hay rojas, verdes, azules, naranjadas, blancas y también matizadas. Igualmente existen algunas especies, cuyas hojas y tallos son también luminosos.

Puede juzgarse qué precioso adorno proporcionan estas lindas flores en los jardines de los palacios, ó en los parques de las ciudades.

Aquella misma noche de mi llegada á Venus, sorprendido al ver multitud de puntos luminosos en las partes más oscuras del bosque y del barranco, descendí de la guardilla, y lleno de emoción y de gozo, encontré aquellas deliciosas flores que además de la luz que difundían exhalaban gratísimos aromas.

Tan embelesado me hallaba con la belleza de aquella noche sin igual, que abandoné por segunda vez la meditación, y dejando para otra oportunidad entregarme á los recuerdos, me dediqué con toda la plenitud de mis facultades á gozar de la magnificencia y voluptuosidad que me rodeaba.

Las horas trascurrían deslizándose sin ser sentidas, cambiando sin cesar el aspecto del Cielo.

Absorbido en la contemplación de cuanto alcanzaba á ver, olvidando mi pasado, sin pensar en el porvenir, no comprendía que pudiera existir nada mejor que aquel presente encantador.

Lancéme en el fluido embalsamado, trasladándome rápidamente de un punto á otro, describiendo curvas caprichosas y mil giros fantásticos, como hacen los peces cuando juegan en el cristalino elemento.

Todo lo registraba; tan pronto me elevaba hasta la cima de las montañas, como descendía hasta el fondo de los barrancos, ó penetraba en lo más intrincado de los bosques.

Mas ¡ay! que todo tiene su término, y más que otras cosas la felicidad.

Cuando menos lo esperaba, apareció en el Oriente una fa-

ja de luz que poco á poco fué extendiéndose por la capas superiores de la atmósfera y luego iluminó las eminencias de los más altos montes.

La aurora con sus bellísimos matices decoraba el cielo, tiñendo de brillantes y variados colores las nubes, que como escarmenados algodones flotaban en el aire.

Así, estos esplendores disiparon los apacibles y misteriosos encantos de la noche, cuyas sombras huían en tropel hacia Occidente.

Como el espectáculo había cambiado completamente, para gozar en reposo nuevas sensaciones, volví á mi guardilla, desde cuya ventana se descubría una grande extensión del horizonte.

La luz clara y brillante se difundía por momentos aunque el rubio Febo ocultaba su rostro deslumbrador trás las más elevadas alturas, hasta que levantándose sobre ellas, pudo enviar sus rayos abrasadores á las partes bajas de la comarca. Pero esto no tuvo lugar sino después de trascurrir gran parte de la mañana.

Los habitantes de la alquería habían salido á sus faenas campestres con la luz del alba; unos conduciendo sus ganados, otros sus instrumentos de labranza. Tan sólo algunas mujeres habían quedado en las habitaciones para atender á los quehaceres domésticos.

El panorama de aquel paisaje que me recreó al principio con sus variados tonos de luz, se hizo monótono cuando un gran torrente de fuego lo iluminó por igual, y comenzó á carecer de interés para mí.

Como también me sentía recobrado de mi largo viaje y no convenía la inacción ni la ociosidad al afán de movimiento y de investigación que me devoraba, resolví abandonar la alquería.

Puse en ejecución mis deseos, lanzándome por el aire con ánimo de descubrir alguna población donde pudiera adquirir noticias del país en que me hallaba.

No tuve necesidad de ir léjos porque me encontraba en una región extraordinariamente poblada.

Por donde quiera que extendía la vista, descubría multitud de habitaciones.

En lo general, las casas eran de modesta apariencia; pero aseadas cómodas y alegres.

Las calles y plazas de los pueblos se veían perfectamente

limpias, y las afueras rodeadas de huertas, hortalizas y jardines.

Los campos, muy bien cultivados, ofrecían próximos frutos, y las laderas de las colinas abundaban en ganados de todas clases, que pacían tranquilamente la crecida y jugosa yerba.

Descendí á varios lugares para orientarme y adquirir noticias del país que recorría.

Supe, al fin, que me hallaba en la Gran República de Morania, una de las principales naciones de aquel planeta.

Por donde quiera se notaban señales inequívocas de bienestar. No se veía el contraste que en muchas poblaciones, donde los más suntuosos edificios están al lado de construcciones humildes. Por el contrario, noté que había poca diferencia en las casas, de donde inferí que la propiedad se hallaba bien repartida, circunstancia favorable para la felicidad de los pueblos, especialmente en las repúblicas, porque allí donde todos los ciudadanos tienen una propiedad, desdeñan el servilismo, conservan una noble independencia y toman una parte activa, como en cosa propia, en los asuntos que afectan á la comunidad.

Sin embargo, de cuanto oía y veía, convencido de que en casi todas las naciones las capitales son el centro del saber, y que en ellas mejor que en las poblaciones secundarias, se pueden estudiar el carácter nacional, las instituciones y las costumbres, no quise detenerme en ninguna parte; y sabedor del rumbo que debía seguir, levanté el vuelo y me lancé en dirección de Denor, Capital de la República de Morania.

Durante el viaje, puse poca atención á los pueblos sobre los que rápidamente pasaba; pero si me fijé en el inteligente cultivo de los campos y en su perfecto acotamiento.

Repentinamente distinguí una gran población que se extendía en una bella llanura salpicada de pueblos y aldeas, cuyas casas brillaban á través del follaje.

A proporción que me acercaba podía apreciar los detalles de la gran ciudad.

Tenia la forma de una estrella, en cuyo centro se levantaba sobre una pequeña eminencia, un grandioso palacio donde acaso se reunían los delegados del pueblo; de aquel sitio partían como radios las calles principales de la población.

Me pareció ingeniosa la extraña planta de aquella ciudad y quedé complacido de su belleza.

Como por entonces, aquel era el término de mi viaje, busqué

desde la altura una casa que me pudiera convenir, decidiéndome por una de buena apariencia, que aislada, en el centro de un jardín, parecía tener las condiciones de silencio y sosiego tan necesarios para mí.

Llevaba á Venus la misión de estudiar las instituciones y costumbres de sus pueblos, para que volviendo á la Tierra pudiera difundir aquellas que influyeran en el adelanto moral y material de sus habitantes.

Es de suponerse que para desempeñar tan delicado estudio, se hallaban millares de agentes, entre los cuales debía yo trabajar.

Escogida la habitación, me entré en ella como Pedro por su casa.

Pronto observé el aseo y buen orden que allí reinaba; no había otros muebles que los necesarios, y más bien se notaba en su número y su distribución la utilidad que el lujo.

La casa tenía tres pisos: uno abierto en el pavimento del jardín comprendía la cocina, el baño, la despensa y el comedor, teniendo debajo sótanos donde se guardaba la leña, el carbón y otros artículos que era necesario acopiar para el invierno; el segundo piso contenía la sala de recibir, varias alcobas y un gabinete de estudio; el tercero tenía otras alcobas y un elegante mirador, terminando la construcción con varias guardillas para las criadas.

Me instalé lo mejor que pude, calculando ante todo la tranquilidad que deseaba.

Tomada así posesión del aposento, sin condicion alguna de inquilinato, resolví permanecer en él por entonces, coordinando los recuerdos de mis viajes, para entregarme después al trabajo.

II

Cuando me hallé con buena disposición de ánimo para comenzar mis investigaciones, salí á recorrer la ciudad para formar un juicio exacto de ella.

Encontré que las calles eran anchas y rectas, perfectamente pavimentadas, provistas con abundancia de agua por elegantes fuentes colocadas de trecho en trecho, adornadas con árboles y con profusión de faroles para el alumbrado. En lo general, el aspecto que presentaba el conjunto me pareció muy agradable.

limpias, y las afueras rodeadas de huertas, hortalizas y jardines.

Los campos, muy bien cultivados, ofrecían próximos frutos, y las laderas de las colinas abundaban en ganados de todas clases, que pacían tranquilamente la crecida y jugosa yerba.

Descendí á varios lugares para orientarme y adquirir noticias del país que recorría.

Supe, al fin, que me hallaba en la Gran República de Morania, una de las principales naciones de aquel planeta.

Por donde quiera se notaban señales inequívocas de bienestar. No se veía el contraste que en muchas poblaciones, donde los más suntuosos edificios están al lado de construcciones humildes. Por el contrario, noté que había poca diferencia en las casas, de donde inferí que la propiedad se hallaba bien repartida, circunstancia favorable para la felicidad de los pueblos, especialmente en las repúblicas, porque allí donde todos los ciudadanos tienen una propiedad, desdeñan el servilismo, conservan una noble independencia y toman una parte activa, como en cosa propia, en los asuntos que afectan á la comunidad.

Sin embargo, de cuanto oía y veía, convencido de que en casi todas las naciones las capitales son el centro del saber, y que en ellas mejor que en las poblaciones secundarias, se pueden estudiar el carácter nacional, las instituciones y las costumbres, no quise detenerme en ninguna parte; y sabedor del rumbo que debía seguir, levanté el vuelo y me lancé en dirección de Denor, Capital de la República de Morania.

Durante el viaje, puse poca atención á los pueblos sobre los que rápidamente pasaba; pero si me fijé en el inteligente cultivo de los campos y en su perfecto acotamiento.

Repentinamente distinguí una gran población que se extendía en una bella llanura salpicada de pueblos y aldeas, cuyas casas brillaban á través del follaje.

A proporción que me acercaba podía apreciar los detalles de la gran ciudad.

Tenia la forma de una estrella, en cuyo centro se levantaba sobre una pequeña eminencia, un grandioso palacio donde acaso se reunían los delegados del pueblo; de aquel sitio partían como radios las calles principales de la población.

Me pareció ingeniosa la extraña planta de aquella ciudad y quedé complacido de su belleza.

Como por entonces, aquel era el término de mi viaje, busqué

desde la altura una casa que me pudiera convenir, decidiéndome por una de buena apariencia, que aislada, en el centro de un jardín, parecía tener las condiciones de silencio y sosiego tan necesarios para mí.

Llevaba á Venus la misión de estudiar las instituciones y costumbres de sus pueblos, para que volviendo á la Tierra pudiera difundir aquellas que influyeran en el adelanto moral y material de sus habitantes.

Es de suponerse que para desempeñar tan delicado estudio, se hallaban millares de agentes, entre los cuales debía yo trabajar.

Escogida la habitación, me entré en ella como Pedro por su casa.

Pronto observé el aseo y buen orden que allí reinaba; no había otros muebles que los necesarios, y más bien se notaba en su número y su distribución la utilidad que el lujo.

La casa tenía tres pisos: uno abierto en el pavimento del jardín comprendía la cocina, el baño, la despensa y el comedor, teniendo debajo sótanos donde se guardaba la leña, el carbón y otros artículos que era necesario acopiar para el invierno; el segundo piso contenía la sala de recibir, varias alcobas y un gabinete de estudio; el tercero tenía otras alcobas y un elegante mirador, terminando la construcción con varias guardillas para las criadas.

Me instalé lo mejor que pude, calculando ante todo la tranquilidad que deseaba.

Tomada así posesión del aposento, sin condicion alguna de inquilinato, resolví permanecer en él por entonces, coordinando los recuerdos de mis viajes, para entregarme después al trabajo.

II

Cuando me hallé con buena disposición de ánimo para comenzar mis investigaciones, salí á recorrer la ciudad para formar un juicio exacto de ella.

Encontré que las calles eran anchas y rectas, perfectamente pavimentadas, provistas con abundancia de agua por elegantes fuentes colocadas de trecho en trecho, adornadas con árboles y con profusión de faroles para el alumbrado. En lo general, el aspecto que presentaba el conjunto me pareció muy agradable.

Las casas en su mayor parte eran espaciosas y cómodas, pero de arquitectura sencilla y de construcción ligera. Los edificios pertenecientes al Estado, por el contrario, se distinguían por su magnificencia, belleza y solidez.

No había jardines públicos en la ciudad; pero sí hermosos parques cubiertos de verde yerba, sembrados de frondosos árboles y con depósitos ó corrientes de cristalina agua.

Es verdad que recordando á Infernópolis ó á Duenditania, débil sensación debería experimentar á la vista de Denor, pero comparando esta ciudad con las de la Tierra, sí podía encontrarla bella, y aun superior á muchas de las que conocía.

Por lo mismo no mencionaré ahora sus edificios, sus palacios, sus teatros, ni sus liceos; sino que haciendo á un lado la parte material, de la que sólo me he ocupado para dar una idea del orden y bienestar que goza aquel pueblo, pasaré á considerar su modo de ser físico, moral, intelectual y político.

Comenzaré por la religión, base y punto de partida de la organización social de todos los pueblos.

La de la República de Morania es en extremo original. Las creencias principales son: Que existe un Supremo Sér Todopoderoso que gobierna el Universo.

Que cuando creó al hombre lo colocó en el más lejano de los planetas; cuerpo triste, oscuro y húmedo, donde la vida es en extremo penosa, con el fin de que por medio del estudio y del trabajo se hiciese acreedor á mejorar de suerte.

Terminada su primera existencia en Neptuno, habiendo allí cumplido su misión de progreso, pasaría á Urano, y de allí á Saturno, á Júpiter, á Marte, á la Tierra, al Sol, mansión del Supremo Sér y lugar de inefables delicias.

Pero, para lograr tan grande felicidad, era necesario que al pasar el hombre á través de aquellos mundos, cuyas condiciones de habitabilidad van mejorando á proporción que se acercan al gran foco de calor y de luz, fuera siempre progresando en ciencia y en virtud.

Aquellos que desobedeciendo el precepto divino, se entregaran á los vicios y á la ociosidad, volverían á comenzar por Neptuno otra serie de existencias, tantas veces cuantas fuese necesario, para que purificándose y perfeccionándose, pudiesen llegar al Sol.

La moral de aquella religión era de lo más pura y condenaba como de los más atroces delitos el hacerle mal á otro. Para tributar adoración al Creador, se reunía el pueblo á horas deter-

minadas en algún parque ó campo, donde se entonaban cánticos de alabanzas, se esparcían flores y se quebaman perfumes.

Los niños cantaban en coro y la multitud repetía sus versículos.

Cuando el mal tiempo impedía la reunión al aire libre, en cada manzana se reunían los vecinos en alguna casa para hacer juntos sus plegarias.

Los habitantes de Denor son muy afables aunque serios, profundos observadores, muy afectos á las cosas prácticas y positivas, sóbrios y modestos en el vestir.

Sus costumbres son sencillas y humanitarias, hallándose animados de un espíritu de justicia admirable.

La instrucción se difunde entre las masas por medio de planteles públicos y gratuitos para todos los ramos del saber.

En cada cuartel de la ciudad hay establecidas bibliotecas públicas, gabinetes de historia Natural y de física, laboratorios de química, y también observatorios astronómicos, meteorológicos y electromagnéticos.

Estos establecimientos permanecen abiertos de día y de noche, según sea necesario, á disposición de los profesores y de los estudiantes pobres, que sin ellos no podrían hacer experimentos ni observaciones.

Es cierto que en Morania se desconocen la aplicación del vapor y otros descubrimientos que se han hecho en la Tierra; pero en otras cosas se hallan aquellos habitantes muy adelantados.

La forma de Gobierno es republicana. El Jefe del Estado se titula "Guardian de la Ley." Es electo por un consejo formado por voto popular: ejerce sus funciones durante un año y no puede ser reelecto jamás.

Para conservar las tradiciones del Gobierno, existe un consejo compuesto de cinco miembros y tres suplentes, todos de elección popular, con quien consulta el Jefe del Estado con asistencia de sus ministros.

Cada año sale uno de los miembros del Consejo y no vuelve nunca á figurar en él.

El poder legislativo lo forman las asambleas provinciales que se reúnen en la Capital en ciertas épocas del año para ocuparse de los asuntos generales del país.

La Administración de Justicia se halla servida por funcionarios electos por el pueblo, quien puede destituirlos, previa acusación por medio de jurados que insaculan el municipio á quien corresponde.

Los habitantes de aquella feliz república, gozan de la más amplia libertad en todos sentidos, limitada solamente por el derecho ageno; pero las leyes protegen eficazmente á cada uno contra las demasias de los demás; de suerte, que todos giran en el círculo que les corresponde.

De aquí se sigue, que la propiedad se halle perfectamente garantizada por las leyes y respetada por todos.

La seguridad de los ciudadanos, es la preocupación constante de la autoridad y objeto expreso de las instituciones.

La imprenta es absolutamente libre; mas aquella sociedad altamente sensata é ilustrada, condenaria al desprecio al periódico que se atreviera á traslimitar el objeto esencial de la prensa, que es el de ilustrar las cuestiones de interés público, combatir con razones los errores y abusos de los que gobiernan, proponiendo los remedios oportunos para corregir los males y contribuir á la instrucción de las masas moralizándolas.

Por lo demás, la ley declara que aquellos agravios inferidos á un ciudadano y que el Código castiga, se consideren con igual grado de culpabilidad, ya sean expresados con la palabra ó con la escritura.

Desgraciadamente en Venus existe la guerra. Parece que la Naturaleza, allí como en la Tierra, cuenta con este terrible medio de equilibrio entre la población y los productos del suelo.

Tal vez, cuando la ciencia haya conseguido hacer habitables y productores los terrenos que en la actualidad no lo son, las guerras perderán mucho de su furor y serán menos frecuentes. Entre tanto, la guerra es un hecho fatal del que no se hallan exentos los habitantes del blanco y bello Lucifer. En consecuencia, la República de Morania necesita hallarse apercebida para el combate.

Sostiene un ejército que en su mayor parte se halla acantonado en la frontera de Colura, nación con la que ha sostenido varias guerras.

Aquella frontera estaba desierta; pero el Gobierno logró poblarla, ya por medio de caravanas de comerciantes, ya con colonias que formaban los destacamentos del ejército.

De mis observaciones saqué la conclusión de que el Planeta Venus está en una escala superior á la Tierra. Una de las señales de superioridad es la de que sus habitantes no comen carne.

Los animales que los ayudan en sus trabajos agrícolas y mecánicos, que los proveen de pelo ó lana para sus vestidos, no tienen que esperar, como recompensa de tan importantes servi-

cios, que el cuchillo despiadado del carnicero ponga cruel fin á su vida.

Bastan para la subsistencia del hombre, la multitud de vegetales variados y sustanciosos que la tierra produce.

Otro signo de superioridad consiste en la belleza, patrimonio de la mayoría de los habitantes.

Aunque en la estatura y forma del cuerpo no difieren mucho de los terrícolas, existen, no obstante, ciertos detalles que favorecen á los de Venus.

El más notable consiste en que la cabeza en vez de estar cubierta de cabellos, lo está de finas plumas, así como las cejas que formadas de plunitas microscópicas esmaltadas de colores, dan á los ojos un aspecto encantador.

En el sexo masculino, que es imberbe, las plumas presentan poca variedad, siendo comunmente de un negro brillante; pero en el bello sexo la variedad es infinita, ostentando en las magnificas cabezas, plumajes mucho más ricos que los de las más hermosas aves.

Algunas mujeres forman en la parte posterior de la cabeza resplandores parecidos á la rueda del pavo real, apareciendo sus bellos rostros circundados con una aureola de vistosos colores.

Otras levantan las plumas hacia arriba como la lira, ó las dejan caer hacia atrás como las aves del paraíso.

Por supuesto, que en el tocado de aquellas lindas mujeres no entran los postizos; pero si se adornan con piedras preciosas, y por las noches con las bellas flores que derraman su luz.

Cuando en las altas horas del día la luz del Sol alcanza su máximo de intensidad, aquellos que tienen que exponerse á su acción extienden las cejas hacia adelante, formando con ellas una especie de quitasol con que resguardan los ojos de los tórridos rayos.

El gozo, la cólera y otros movimientos del espíritu cambian también la posición de las cejas dando muy diferentes aspectos á la fisonomía.

Otra de las diferencias del cuerpo está en los pies: los dedos quedan cubiertos con la piel que los envuelve como una media. Un pié desnudo, siendo blanco y bien formado, aparece como calzado con un botín de raso. Los zapateros, por poco hábiles que sean calzan con gran facilidad aquellos pies que presentan tan pocas protuberancias y que tan bellos se ven calzados como desnudos.

La mujer goza de toda la libertad posible: á cualquier estado que pertenezca, sale y entra á su casa á toda hora: puede salir de la ciudad acompañada de algún amigo ó amiga y permanecer donde le convenga el tiempo que desee; sin embargo, reconoce autoridad en su marido y se distingue en guardar á éste y á su familia las mayores consideraciones de afecto y respeto. Tanta libertad hace que sus allegados no se preocupen por su ausencia, ni se imaginen nunca que pueda hacer mal uso de ella.

Cuando existen motivos fundados de queja, se disuelve el matrimonio, previo un consejo de familia formado con las de los dos cónyuges, en cuyo caso no son los ménos severos los parientes de la mujer.

La ley castiga con rigor á los que abusan de la sencillez de las doncellas; y la sociedad cierra sus puertas al que ha turbado la paz de un matrimonio. El hombre objeto de esta excomunión social, se ve obligado á abandonar la patria.

El tiempo que no ocupaba en mis investigaciones, lo pasaba en el seno de las familias estudiando su carácter y modo de vivir.

Como es de suponerse, daba la preferencia á la familia en cuyo seno me alojaba y á la cual iba tomando cariño.

III.

Componíase aquella familia, de un caballero muy grave, que era el jefe, y se llamaba Don Austero Explanada, de su hijo que llevaba el nombre de Fabril, y de tres hijas, que eran las señoritas Conformidad, Agitación y Venturosa.

Como en Morania no se conocen los Santos, las familias para poner nombres á sus hijos esperan á que éstos, desarrollándose con la edad, den á conocer alguna cualidad que los haga acreedores á un nombre apropiado. Mientras tanto, llevan el número de orden que les toca por su nacimiento.

Hecha esta aclaración, no creo necesario decir el origen de los nombres de los habitantes de la casa.

En cuanto al apellido de Explanada, era muy antiguo: provenía de que el primer Explanada había construido su habitación sobre un terraplén que formó y niveló en la falda de una montaña.

Tenia la familia dos criadas: una de ellas, joven, que servía de doncella de labor, y la otra de edad madura, que corría con las compras, y cocinaba. Se llamaban Prolijidad y Economía.

Las costumbres de la casa eran invariables. Se almorzaba en la mañana, se echaba un *taco* á medio día y se comía al anocheecer.

Al que faltaba á la llamada de una especie de matraca, que servía al efecto, perdía el derecho á la comida que había pasado, aunque solía haber indulgencia con la señorita Conformidad que se levantaba á veces tarde, y á quien Prolijidad, que la quería mucho, subía el almuerzo á su aposento.

Por lo demás, no se preguntaba la causa porque alguno faltaba. Se vivía, pues, en completa libertad.

Don Austero vestía con extraordinaria sencillez, comía poco, bebía menos, y hablaba todavía menos. Su rostro siempre serio sin que nunca lo agitara la más leve sonrisa, hubiera parecido una escultura si sus ojos color de topacio con sus negras pupilas no hubiesen denotado una gran perspicacia y marcada tendencia á la investigación.

Fabril, joven de ancha frente, de mirada profunda, parecía hallarse constantemente ocupado en la resolución de algún problema. Se sustraía fácilmente de cuanto le rodeaba, abismándose en sus pensamientos, y con frecuencia se le veía mover los labios como si hablara consigo mismo: de repente sacaba un libro de memorias y hacía en él anotaciones aritméticas ó algebraicas, al lado de multitud de trazos de que el libro estaba lleno.

La gran preocupación de Fabril era la industria.

Salía de casa por la mañana y no volvía hasta la noche, pasando el día en una manufactura situada en las afueras de la ciudad.

Conformidad, la mayor de las hermanas, era una criatura encantadora. Poseía un perfil griego de lo más correcto; un cuerpo enhiesto que llevaba las ropas talares y profusas que lo envolvían, con la mayor elegancia; sus ojos negros rasgados y brillantes, despedían llamas bajo dos cejas, también negras, que lo mismo que el plumaje que adornaba su cabeza, lucían sobre el color lijaramente pálido del rostro.

Aquella criatura soñadora, desafiaba las cosas del mundo en que vivía, pensando solamente que no le faltaba más que pasar por el planeta Mercurio, para que su espíritu ya libre de los lazos de la materia, se sumergiera en el Océano de dicha con que le brindaba el esplendente Sol.

Absorbiéndola así estos pensamientos, se alejaba de la sociedad cuanto le era posible.

Parte del día lo pasaba en su alcoba dedicada á la lectura,

meditando, ó escribiendo fantasías sobre las delicias de la vida inmortal, de aquellos bienaventurados que logran vencer sus pasiones en su tránsito por los planetas.

Por la tarde, después de la comida, bajaba al jardín, é instalada en un cenador cubierto de follaje, pasaba horas enteras en la contemplación del cielo.

Cuando á la caída de la tarde lograba ver á Mercurio sumergido en los rayos del Sol, lo contemplaba anhelante como si quisiera en un vuelo trasladarse á él, para abreviar el tiempo y la distancia que la separaba de la mansión de la felicidad.

Más tarde, cuando aparecía la Tierra brillando en todo su esplendor, creía recordar una existencia que había pasado en ella, y su pecho exhalaba tiernísimos suspiros, y aún á veces asomaba una lágrima á sus lindos ojos, sin darse cuenta exacta del motivo que provocaba en ella tanta ternura.

Acaso era un recuerdo confuso de los seres que había amado en aquel planeta, que aparecía tan bello; pero que debía de albergar tantos dolores.

Así pasaba Conformidad buena parte de la noche, ocupada con sus pensamientos, gozando con el espectáculo magestuoso del Cielo, con la fresca brisa, con los perfumes que ella esparcía, con el canto de las aves nocturnas y con la luz apacible de las flores.

Pero si Conformidad tenía una poderosa imaginación, también poseía un corazón sensible; y es claro, que una joven dotada de tantos atractivos, no podía menos que ser requerida de amores por numerosos galanes.

Sin embargo, ella parecía de hielo, y cansados de su indiferencia, se iban alejando, uno á uno los pretendientes, perdiendo la esperanza.

Solamente un joven parecía haber conmovido el corazón de Conformidad, á fuerza de una constancia heroica llevada á cabo con muchos años de paciencia.

Aquel joven recomendable llamado "Asiduo" estaba adornado de excelentes cualidades.

Por mucho tiempo había ocurrido todas las noches á la reja del jardín, donde, acompañado de un instrumento de música, saludaba con sentidas cántigas á la dueña de su corazón.

Por fin, Conformidad no pudo resistir: consintió en hablar á Asiduo por la reja, lo amó y se lo confesó; mas no quiso acceder á unirse con él, pensando en lo efímero de los afectos que se contraen en el suelo, y temerosa, además, de que la

prosa de la vida material en común, destruyera las únicas ilusiones de amor que había tenido.

Procuraba convencer á Asiduo, de que debía conformarse con el amor espiritual y platónico, único que ella le podía ofrecer.

Tanto le habló de las ventajas de un amor ideal; tanto le ponderó las inmensas delicias que gozarían juntos cuando para siempre se unieran en el Sol, que Asiduo, inclinado un tanto á los sueños, consintió por entonces en admitir las propuestas de su amada.

Desde que formularon aquel pacto, todas las noches se veían á través de la reja, pasando largas horas que á ellos parecían breves, en dulces pláticas en que se juraban de nuevo eterno amor y soñaban fantásticamente en la vida después de la muerte.

Pero Asiduo olvidaba algunas veces sus compromisos, y prefiriendo un momento de felicidad en el mundo que habitaba, á las promesas de dichas sin cuento en otro, se dejaba llevar de su natural impetuoso, amenazaba á Conformidad con sus caricias, la asediaba con sus ruegos y la conmovía con sus lágrimas.

Mas la joven revistiéndose de energía huyó apresurada dejando al desdichado amante del otro lado de la reja lanzando ayes y suspiros.

Sucedía, que después de semejantes escenas, el frío de la madrugada, refrescando la sangre del enamorado galán, lo obligaba á buscar el abrigo del hogar.

A consecuencia de aquellas terribles luchas, Conformidad castigaba á su amante no dejándose ver de él por mucho tiempo, hasta que nuevas súplicas y nuevas promesas de enmienda, la obligaban á perdonarlo.

Se restablecían las entrevistas nocturnas para interrumpirse en seguida por las mismas causas, volviendo á reanudarse á consecuencia de porfiados ruegos.

Fácil me hubiese sido ayudar á Asiduo á vencer la virtud de la bella Conformidad; pero era tan puro el corazón de la joven, sus sentimientos tan nobles, tan rica su imaginación, que me parecía un crimen imperdonable el emponzoñar aquella existencia tan dichosa con sus sueños y con su espiritual amor.

Me propuse, por el contrario, impartirle protección y defenderla de todo peligro mientras me hallase cerca de ella.

En consecuencia, preferí sacrificar á Asiduo aunque me simpatizaba.

El joven no podía resignarse á sufrir indefinidamente el platonismo que Conformidad quería imponerle.

Su natural fogoso lo impelia sin cesar á procurar la posesión del objeto amado; empero las reflexiones de la virtuosa cuanto discreta amante y su continente digno, lo detenian calmando sus ansias.

Cuando se hallaba lejos de ella, formaba mil proyectos que la mayor parte de las veces no llevaba á efecto.

Mas una noche nublada y fría, escaló la reja del jardín y se ocultó en el cenador donde solía Conformidad pasar largas horas de meditación.

Poco tiempo después, llegó la romántica con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si fuera preocupada con algún pensamiento importante.

Asiduo se estremeció involuntariamente al mirarla, y contuvo la respiración á fin de no hacer el menor ruido.

Conformidad se sentó en un canapé rústico, se apoyó en el brazo y descansó graciosamente su carita en la mano derecha.

De aquella suerte se entregó á la contemplación del cielo que se dejaba ver parcialmente por la ojiva que formaba la puerta del cenador.

En semejante postura, llena de atractivo sin afectación, que Asiduo adivinaba más bien que distinguía, hubiera Conformidad permanecido mucho tiempo; pero el joven no pudiendo resistir más, de un salto se puso á los piés de su amada.

La beldad lanzó un ligero grito de sorpresa; mas habiendo reconocido á su amante se serenó y con grave entonación comenzó á reconvenirle por la indigna celada que le había puesto, tratando al mismo tiempo de huir.

Era en vano; porque Asiduo al mismo tiempo que le pedía perdón llenaba de besos sus pequeñas manos que tenía asidas entre las suyas, dirigiéndole palabras tan tiernas y apasionadas, que Conformidad notó que se debilitaba su energía.

Asiduo, que lo comprendió, redobló sus súplicas y sus caricias. Entonces la pobre Conformidad sintió que sus fuerzas la abandonaban, y no pudiendo manifestarse ya enérgica y ofendida, apeló á la persuasión y á la dulzura, cosa que acabó de exaltar al ardoroso amante.

Asiduo continuaba arrodillado á los piés de su amada, con un brazo enlazado á su cintura, mientras levantando la cabeza la dirigía miradas llenas de fuego.

Conformidad tenía su mano izquierda en el cerebelo de Asi-

duo y con la derecha le arreglaba las plumas que le caían en desorden sobre la frente, y con tiernas miradas y blandas súplicas, como si corrigiese á un niño, trataba de hacer volver la calma al enamorado mancebo. Asiduo no oía, no entendía nada.

Llegó, pues, un momento crítico en que conocí que Conformidad iba á sucumbir y pensé que me había llegado la vez de socorrerla. Agité con violencia los arbustos que rodeaban el cenador á guisa de una persona que llegase precipitadamente.

Aquel ruido, asustando á los amantes, los hizo levantar como movidos por un resorte. Asiduo se puso en guardia en ademán de repeler alguna agresión, mientras que Conformidad, aprovechando la ocasión de verse libre, huyó precipitadamente para su habitación.

Pasados algunos momentos, el infeliz amante se convenció de que no existía ningún sér humano en las inmediaciones del cenador y se dejó caer en el mismo canapé en que Conformidad se había sentado, entregándose á la más violenta desesperación.

Al fin se fué calmando, poco á poco, y la razón recobró su imperio en aquella cabeza tan perturbada.

Cuando se sintió ya sereno, salió al jardín, dió algunos paseos suspirando por debajo de las ventanas de la bella fugitiva, y escalando la reja se dirigió á su casa á donde llegó al primer albor de la aurora.

Entre tanto Conformidad lloraba en su lecho llena de pesadumbre por la mala acción que había cometido su amante, horrorizándose al pensar en el inmenso peligro que había corrido.

A consecuencia de aquel incidente, por mucho tiempo estuvieron interrumpidas las relaciones de los enamorados jóvenes, y no volvieron á reanudarse, sino á fuerza de ruegos y súplicas de Asiduo, que hizo mil promesas de enmienda para lo futuro.

Sin embargo, Conformidad, inspirada por una justa desconfianza, tomaba toda clase de precauciones.

IV

“Agitación,” la segunda hija de Explanada, tenía una naturaleza singular. De temperamento sanguíneo, su rostro siempre radiante se hallaba iluminado por los más bellos colores y por un par de ojos garzos que brillaban como diamantes.

Su cuerpo elevado y grueso, formaba notable contraste con

El joven no podía resignarse á sufrir indefinidamente el platonismo que Conformidad quería imponerle.

Su natural fogoso lo impelia sin cesar á procurar la posesión del objeto amado; empero las reflexiones de la virtuosa cuanto discreta amante y su continente digno, lo detenian calmando sus ansias.

Cuando se hallaba lejos de ella, formaba mil proyectos que la mayor parte de las veces no llevaba á efecto.

Mas una noche nublada y fría, escaló la reja del jardín y se ocultó en el cenador donde solía Conformidad pasar largas horas de meditación.

Poco tiempo después, llegó la romántica con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si fuera preocupada con algún pensamiento importante.

Asiduo se estremeció involuntariamente al mirarla, y contuvo la respiración á fin de no hacer el menor ruido.

Conformidad se sentó en un canapé rústico, se apoyó en el brazo y descansó graciosamente su carita en la mano derecha.

De aquella suerte se entregó á la contemplación del cielo que se dejaba ver parcialmente por la ojiva que formaba la puerta del cenador.

En semejante postura, llena de atractivo sin afectación, que Asiduo adivinaba más bien que distinguía, hubiera Conformidad permanecido mucho tiempo; pero el joven no pudiendo resistir más, de un salto se puso á los piés de su amada.

La beldad lanzó un ligero grito de sorpresa; mas habiendo reconocido á su amante se serenó y con grave entonación comenzó á reconvenirle por la indigna celada que le había puesto, tratando al mismo tiempo de huir.

Era en vano; porque Asiduo al mismo tiempo que le pedía perdón llenaba de besos sus pequeñas manos que tenía asidas entre las suyas, dirigiéndole palabras tan tiernas y apasionadas, que Conformidad notó que se debilitaba su energía.

Asiduo, que lo comprendió, redobló sus súplicas y sus caricias. Entonces la pobre Conformidad sintió que sus fuerzas la abandonaban, y no pudiendo manifestarse ya enérgica y ofendida, apeló á la persuasión y á la dulzura, cosa que acabó de exaltar al ardoroso amante.

Asiduo continuaba arrodillado á los piés de su amada, con un brazo enlazado á su cintura, mientras levantando la cabeza la dirigía miradas llenas de fuego.

Conformidad tenía su mano izquierda en el cerebelo de Asi-

duo y con la derecha le arreglaba las plumas que le caían en desorden sobre la frente, y con tiernas miradas y blandas súplicas, como si corrigiese á un niño, trataba de hacer volver la calma al enamorado mancebo. Asiduo no oía, no entendía nada.

Llegó, pues, un momento crítico en que conocí que Conformidad iba á sucumbir y pensé que me había llegado la vez de socorrerla. Agité con violencia los arbustos que rodeaban el cenador á guisa de una persona que llegase precipitadamente.

Aquel ruido, asustando á los amantes, los hizo levantar como movidos por un resorte. Asiduo se puso en guardia en ademán de repeler alguna agresión, mientras que Conformidad, aprovechando la ocasión de verse libre, huyó precipitadamente para su habitación.

Pasados algunos momentos, el infeliz amante se convenció de que no existía ningún sér humano en las inmediaciones del cenador y se dejó caer en el mismo canapé en que Conformidad se había sentado, entregándose á la más violenta desesperación.

Al fin se fué calmando, poco á poco, y la razón recobró su imperio en aquella cabeza tan perturbada.

Cuando se sintió ya sereno, salió al jardín, dió algunos paseos suspirando por debajo de las ventanas de la bella fugitiva, y escalando la reja se dirigió á su casa á donde llegó al primer albor de la aurora.

Entre tanto Conformidad lloraba en su lecho llena de pesadumbre por la mala acción que había cometido su amante, horrorizándose al pensar en el inmenso peligro que había corrido.

A consecuencia de aquel incidente, por mucho tiempo estuvieron interrumpidas las relaciones de los enamorados jóvenes, y no volvieron á reanudarse, sino á fuerza de ruegos y súplicas de Asiduo, que hizo mil promesas de enmienda para lo futuro.

Sin embargo, Conformidad, inspirada por una justa desconfianza, tomaba toda clase de precauciones.

IV

“Agitación,” la segunda hija de Explanada, tenía una naturaleza singular. De temperamento sanguíneo, su rostro siempre radiante se hallaba iluminado por los más bellos colores y por un par de ojos garzos que brillaban como diamantes.

Su cuerpo elevado y grueso, formaba notable contraste con

la viveza de sus movimientos. Víctima de una constante inquietud, obedeciendo á los pensamientos que se sucedían con rapidez en su cabeza, cambiaba frecuentemente de propósitos trasladándose de un lugar á otro. Parecía, como suele decirse, que tenía azogue en el cuerpo.

Por la mañana, después de almorzar, bajaba al jardín, daba algunas vueltas en él, se asomaba á la reja, volvía á la habitación, hablaba un instante con la cocinera ó con la doncella, subía á los altos, leía, cantaba, dibujaba, escribía, se asomaba á la ventana un momento, iba á la alcoba de sus hermanas, hablaba un poco con ellas, volvía á su aposento en donde intentaba coser, abría y cerraba su armario, hasta que aburrida de no hallar dentro de su casa algo en qué entretenerse, tomaba su sombrero y su quitasol y se lanzaba á la calle en donde no era más afortunada.

Entraba á las tiendas con ánimo de comprar alguna baratija; pero con el verdadero objeto de charlar un rato con sus conocidos los dependientes.

Iba en seguida á pasear á algún parque donde apenas daba una vuelta y se salía. De allí pasaba á hacer visitas á sus amigas, que no podían detenerla por más esfuerzos que hacían cuando pasaba un cuarto de hora. Después recorría parte de la ciudad hablando con los conocidos que hallaba al paso, volvía á su casa á comer, salía de nuevo para ir al teatro, á paseo ó á alguna tertulia. Ya tarde se retiraba á descansar para comenzar al día siguiente el mismo género de vida.

No bastando el recinto de la ciudad al afán de locomoción de que se hallaba poseída, hacia frecuentes correrías á las afueras de ella, unas veces á pie á los pueblecillos ó quintas inmediatas, otras en algún vehículo á lugares lejanos.

Pero Agitación raras veces verificaba sola estas excursiones. Casi siempre iba acompañada de un caballero bajo de cuerpo, rechoncho, mofetudo y barrigón, que la seguía jadeando á duras penas.

Le llevaba el abrigo, el abanico, el saco de viaje, una cestilla con fruta ó algún animal favorito que gozaba de aquella distinción por algunos días.

Aquel caballero era novio de Agitación; su posición desahogada le permitía dedicar la mayor parte de su tiempo en acompañar á su novia, que siempre le ofrecía verificar su enlace al fin de la última excursión.

Se llamaba el hombrecillo D. Pacífico y su carácter formaba el más raro contraste con el de su amada.

Odiaba D. Pacífico todo movimiento violento, y amaba con pasión las comodidades y el reposo; gustaba de comer bien, y ciertos manjares á sus horas; se acostaba temprano y no se distinguía por madrugador; llevaba, pues, una vida *confortable* y muelle.

Por lo mismo el pobre hombre sufría la pena negra con el constante movimiento de Agitación.

Mas el amor se sobrepone á todo, y D. Pacífico se hallaba en el período más crítico de la enfermedad.

Además, acariciaba la esperanza de que cuando fuera esposo de Agitación, la joven, por las atenciones de la casa y las súplicas de él, entraría en quietud abandonando, ó por lo menos modificando, aquella tendencia terrible al movimiento.

Entonces podría entregarse á los goces de una vida tranquila al lado de su amada.

¡Ay! Así formamos todos dulces ilusiones que halagan nuestros deseos y que nunca se realizan.

Agitación, como si presintiera que D. Pacífico trataría de coartar su libertad, queriendo poner coto hasta cierto punto á sus movimientos cuando fuera su esposa, alejaba sin cesar el momento tan deseado por su pretendiente, poniéndose desde entonces en guardia para resistir la presión que pudiera en lo sucesivo querer ejercer sobre su voluntad. La idea de una sujeción cualquiera la asustaba, excitando su deseo de movimiento y de libertad.

Por este motivo experimentó cierta recrudescencia en su monomanía, haciéndose verdaderamente temible para el pobre D. Pacífico, que ya no tuvo un momento de reposo.

Agitación caminaba á paso redoblado como un granadero, y no sentía fatiga por andar una legua más ó menos.

Algunos pasos atrás la seguía D. Pacífico jadeando.

Ella se detenía de vez en cuando para esperarlo, excitándolo á redoblar la marcha.

El desdichado amante, cuyas piernas eran cortas, hacía esfuerzos poderosos para ponerse al lado de la bella andariega; se enjugaba la frente de donde le brotaba copioso sudor y lanzaba profundos suspiros mezclados con resoplidos formidables.

Muchas veces la maligna joven reía despiadadamente de las congojas y tribulaciones de su futuro, lanzándole de vez en cuando sangrientas burlas que el buen hombre sufría con humilde resignación.

Un día que la amante pareja había regresado de cierta expe-

dición á una montaña cercana, donde existían antiguas ruinas que Agitación quiso visitar, D. Pacífico, rendido de cansancio, yacía hundido en una poltrona, mientras la inquieta muchacha paseaba á largos pasos de un extremo á otro de la sala, en ademán meditabundo.

El caballero seguía sus movimientos con ojos sobresaltados, temeroso de que á la linda caprichosa se le viniese alguna barbaridad.

Repentinamente Agitación se detuvo, y con voz breve y tono imperativo exclamó:

—D. Pacífico, vaya usted á disponer su equipaje.

—¡Mi equipaje, criatura! preguntó azorado y balbuciente el infeliz amante, con acento de aflicción.

—Sí, señor, su equipaje de usted; contestó enérgicamente Agitación volviendo á su paseo.

—Esta misma tarde partimos á un largo viaje

—¡Misericordia, Agitacioncita de mi vida! exclamó D. Pacífico juntando las manos.

—No hay remedio, esta tarde debemos partir. De camino pasará usted por la calle de los trasportes y ajustará un globo que nos conducirá á Leridia.

—¡A Leridia, Agitación! Reflexione usted en que hay quinientas leguas de aquí allá!

Por lo mismo, quiero cambiar de aires, ver cosas nuevas; ya me sofocan los estrechos límites que hasta ahora hemos recorrido; deseo movimiento, expansión, actividad, horizontes más dilatados.

—¡Pero, por Dios, hija mía, deme usted un poco de reposo! Estoy rendido de la expedición de hoy; ya es medio día, y pretende usted que arregle mi equipaje, que contrate el globo, y que nos pongamos en marcha. Esto es muy superior á mis fuerzas, que se hallan completamente agotadas. Le pido á usted un corto plazo; marcharemos mañana.

—Qué sea así, pues, vaya usted á arreglar las cosas; mañana temprano lo espero.

D. Pacífico se levantó con alguna dificultad, tomó la delicada mano de Agitación, la llevó á su pecho, imprimió luego en ella un ardoroso beso y salió paso á paso, de la habitación.

Al día siguiente, muy de mañana, D. Pacífico llegaba á la reja del jardín con un carro que conducía su equipaje, y debía de recoger el de su futura.

Tiraban del carro dos "tracciontes," hermosos animales algo pa-

recidos á los caballos, pero cuyas cabezas adornaban dos cuernos cónicos y rectos, algo desviados hacia afuera. Las puntas de los cuernos habían sido horadadas y provistas de argollas, en donde se enganchaban las riendas para dirigir el tronco.

El carretero recogió el equipaje de la viajera y colocándolo en su vehículo se puso en marcha.

Agitación apareció atravesando el jardín con paso ligero. Seguía D. Pacífico que conducía un canastillo con utensilios femeniles.

La jóven iba ataviada con sencillez; llevaba un vestido de viaje de tela corriente y un sombrero de anchas alas para cubrirse del Sol.

Los amantes salieron del jardín y se perdieron en las calles de la ciudad.

Agitación había dejado sobre la mesa de la sala una carta dirigida á su padre, concebida en estos términos:

"Querido Papá:

"Emprendo un viaje largo. Voy á Leridia acompañada de D. Pacífico, para visitar aquella Gran Ciudad, ver sus antigüedades, y conocer las extrañas costumbres de sus habitantes.

"A usted y á mis hermanos dejo un estrecho abrazo.—Su amante hija, *Agitación Explanada.*"

Había yo seguido con interés los movimientos de la bella inquieta y puedo decir que casi me contagié.

Sobre todo, aquel viaje en globo que había decidido, me sacó de quicios, porque aunque yo no necesitaba de tal recurso para trasladarme de un lugar á otro, me sedajo la idea de estudiar cómo habían podido resolver allí el problema de la navegación aérea; y además, me parecía agradable el hacer el viaje al lado de Agitación, escuchando sus pláticas, presenciando las congajas de D. Pacífico y observando á vista de pájaro aquellos países, sin hacer el menor esfuerzo.

De tal manera me entusiasmó aquel programa, que fragué en mi imaginación, que me decidí á acompañar á los novios, aunque fuese hasta la frontera, porque aun no llegaba la vez de abandonar definitivamente á Denor.

También deseaba prolongar mi permanencia en casa de Explanada, donde me hallaba contento y aun algo aquerenciado con la familia.

Seguí, pues, á los viajeros y después de recorrer varias calles, entramos á una más espaciosa con construcciones de un solo piso que ostentaban grandes muestras donde se veían pintados

toda clase de medios de locomoción, acompañados de sendos letreros.

En una de aquellas casas había un cuadro con varios globos pintados que aparecían en distintos términos, y un gran letrero que decía:

“Compañía privilegiada de Globos Correos.

“En treinta días se da la vuelta al planeta.

“Buen trato.

“Baratura.

“Comodidad.”

Mis compañeros de viaje se introdujeron por una ancha puerta, y después de pasar por un largo pasadizo, salieron á un hermoso patio, en donde había gran movimiento.

Aquí y allá, se veían hombres que conducían bultos en carretillas de mano. Las carretas que los habían llevado al establecimiento desaparecían por un puerta que daba al campo.

Media docena de globos se estaban inflando por medio de ciertos aparatos contruidos en el interior de la casa y cuyos tubos conductores de gas salían al patio por la abertura practicada en la pared.

Como iba á presenciar la solución de un problema que tanto preocupa á los habitantes de la Tierra, desde que entré en el patio me puse á examinar lo que veía con toda atención.

Los globos no diferían esencialmente en la forma de los que con generalidad se usan en la Tierra, pero tenían una especie de roda ó *tajaviento* del lado de la dirección en que el movimiento debía verificarse.

Las canastillas afectaban la forma de una barca, cuya proa se hallaba naturalmente del lado en que debía cortarse el aire.

Sobre la misma proa, descansaba un bastidor con travesaños, fuertemente asegurado y colocado verticalmente, se afirmaba con solidez por la parte superior en el globo.

En cada travesaño había cuatro gazas ó argollas hechas con un filamento fuerte.

A la popa de la barquilla descendía del globo una malla ó red que la envolvía lo mismo que á un emparrillado de madera, que en aquella parte estaba colocado horizontalmente.

La cámara para los viajeros que se hallaba en el centro, consistía en una tienda de tela impermeable que se bajaba ó recogía á voluntad.

No podía darme razón de lo que veía; y aunque ignoraba el

uso de aquellos aparatos, comprendía bien que ninguno de ellos podía servir para dar dirección á los globos.

Me hallaba, pues, dominado por una viva impaciencia, deseando saber el modo con que aquella gente había podido resolver tan difícil problema.

Poco tiempo duró mi ansiedad. Repentinamente se abrió una puerta detrás de la cual se escuchaban fuertes graznidos, y vi lleno de sorpresa salir uno en pos de otro, con tardo paso y grave continente, hasta cuatro grandes pájaros casi del tamaño de nuestros avestruces, provistos de poderosas alas.

Aquellos interesantes animalitos, perfectamente educados y *atalajados* con guarniciones de seda se dejaban conducir y enganchar en las gazas de los travesaños de los bastidores.

Como el globo que se iba á elevar primero era pequeño, solamente dos fueron enganchados, los que de un salto se pusieron de pie sobre los travesaños.

Los otros dos pájaros los colocaron sobre el emparrillado de la popa, donde estaba prevenido su alimento.

Terminada esta operación, los viajeros entraron en la barquilla.

Ya todo listo, se soltaron las amarras que sujetaban al aerostato, el cual, sintiéndose libre, comenzó á elevarse magestuosamente.

Confieso, que para mí, que iba preocupado con la idea de ver resuelta la cuestión de la navegación aérea, fué un desencanto grandísimo que se hubiese zanjado confiando á semejantes pájaracos una misión de tan alta importancia.

Aquel era un fiasco, que disminuía en mucho el alto concepto que había formado de las cosas de Venus.

A pesar de esto, no despegaba la vista del balón que proseguía elevándose. Cuando hubo superado los más altos edificios de la ciudad, los pájaros excitados por el conductor, se lanzaron al aire extendiendo sus poderosas alas, y comenzaron á volar con tal vigor, que el globo desapareció en un momento de la parte del cielo que se podía descubrir.

Tan buen resultado me empezó á reconciliar con los pájaros y quedé pensativo á causa de la sorpresa que acababa de recibir.

La voz argentina de Agitación me hizo volver en mí, y notar que la joven y su compañero entraban en la barquilla de otro globo mucho mayor que el anterior.

Me instalé prontamente junto á mi simpática amiga y comenzamos á elevarnos.

Poco á poco, descubríamos la ciudad, que parecía brotar del suelo á proporción que ascendíamos. Cuando ya no hubo peligro de chocar con ningún edificio, se lanzaron los *raídos* al aire.

Raídos llamaban á aquellos grandes pájaros que podían volar muchas leguas sin fatigarse. Cuando el viento impelia el balón en sentido favorable, los *raídos* se posaban en los travesaños del bastidor para descansar. Cuando el viento era contrario, se lanzaban al espacio, luchaban con él procurando dominarlo; y cuando su fuerza era tanta, que no podían resistirlo, se les dirigía diagonalmente, con lo que podían avanzar dando bordadas como los buques.

Los *raídos* que iban en el emparrillado de popa, servían para relevar á los otros cuando se fatigaban, lo que se verificaba cambiando uno por uno.

Cuando el globo necesitaba aumentar ó renovar el gas, tomar provisiones, ó reparar averías, descendía en algún punto donde la Compañía tenía establecidas estaciones, cosa practicable, porque el conductor, ó piloto, iba provisto de los planos é instrumentos necesarios para saber la altura en que se hallaba.

Como nuestro globo era de grandes dimensiones, tiraban de él dos pares, ó *trancos* de *raídos* colocados unos por encima de los otros, mientras los dos pares de respeto, descansaban en la barquilla.

La marcha del aeróstato era regular y veloz, sin que se sintiesen vaivenes ni sacudidas.

Yo iba muy contento y entretenido, bien que no corría ningún riesgo; pero el amigo D. Pacifico miraba de vez en cuando hacia abajo con un aire de azoramiento que no podía disimular.

Agitación, que lo observaba con el rabo del ojo, sonreía maliciosamente de las aprensiones de su futuro, y seguía imperturbable contemplando la superficie del suelo, de la que nos hallábamos á considerable altura.

En esto, el tiempo comenzó á refrescar, é insensiblemente nos fué envolviendo una nube tempestuosa que nos cubrió de tinieblas.

El viento arreció, arrastrándonos á pesar de los heroicos esfuerzos de los *raídos*, que daban graznidos alarmantes.

Mirando el conductor que los esfuerzos de los generosos animales eran inútiles, los hizo subir á los travesaños y dejó que nos arrastrase la tormenta.

La situación tomaba un carácter de peligro inminente; yo su-

fria al contemplar que en el caso de una catástrofe no me sería posible salvar á los viajeros y que tal vez tendría que presenciar el trágico fin de la amable Agitación.

El globo daba entonces fuertes sacudidas al ser impulsado por el viento.

Los cordeles que sujetaban la barquilla silbaban de un modo siniestro; el lienzo de que estaba construido el aparato gemía; y los *raídos* en medio de aquel desorden lanzaban graznidos lamentables.

Relámpagos repetidos inundaban de luz momentáneamente cuanto nos rodeaba, y las descargas eléctricas se sucedían unas á otras.

La escena no podía ser más imponente. D. Pacifico, con las manos enclavijadas y los ojos fijos en el cielo, movía los labios como si murmurase una plegaria.

Agitación, que contemplaba la gravedad de la situación, había olvidado su jovialidad: concentrada en sí misma con los ojos desmesuradamente abiertos, y casi sin respirar, seguía todas las peripecias del terrible meteoro con notable ansiedad.

El piloto y sus ayudantes parecían también bastante preocupados por aquel estado de cosas.

Por fortuna, la nube se resolvía en un gran chubasco y el globo pudo penetrar en un espacio más sereno donde se pudieron lanzar de nuevo los *raídos* al aire.

Don Pacifico se fué tranquilizando aunque lentamente: Agitación volvió á animar su semblante con su habitual sonrisa, y la reducida tripulación recobró la calma.

Mas apenas se reponían los viajeros del susto pasado, cuando nuevos peligros se presentaron.

El globo, que luchó tan valientemente con la borrasca, había sufrido avería; el gas se escapaba por una abertura situada en la parte superior, y el balón comenzaba á descender con tal rapidez que podía poner en peligro la vida de los viajeros.

En tan críticas circunstancias, hallé oportunidad de prestar un buen servicio á mis compañeros de aventura.

Subí violentamente adonde se hallaba el rasgón que por fortuna no era grande; logré unir sus labios, y pude así disminuir considerablemente la salida del gas.

Los *raídos* fueron recogidos y pudimos descender suavemente hasta tocar en tierra.

El conductor comenzó á desocupar el balón para recojerlo, y entretanto practicaba esta operación, envió un hombre para pro-

curarse carros en un caserío inmediato que al descender había descubierto.

Agitación no tuvo paciencia para esperar la llegada de los carros, sino que resolvió ganar á pié el caserío con grande aflicción de Don Pacífico, que hubiera preferido aguardar acostado bajo alguna sombra todo el tiempo que hubiera sido necesario; pero no había remedio, la joven echó á andar y el buen hombre la siguió suspirando.

El viaje tenía que ser en extremo penoso verificándose por un arrenal en que se hundían los viajeros hasta el tobillo, recibiendo al mismo tiempo un baño de sol tan abrasador que el desdichado amante apenas podía resistir, enjugándose sin cesar el sudor que á chorros brotaba de su frente.

Agitación caminaba con relativa rapidez, deteniéndose á cada momento para animar á su amante, que le dirigía miradas llenas de dolor.

Por fin, llegaron al caserío, donde fueron acogidos bondadosamente, les sirvieron refrescos y pudieron descansar.

Al caer la tarde, regresaron los carros que fueron á recoger el globo, los tripulantes y los *raídos*.

Llegada la noche, alimentados los viajeros y repuestos de las fatigas, se pensó en lo que debería hacerse al siguiente día. Quedó resuelto que muy de mañana se trasladarían en los carros á un pueblo no muy distante que estaba á la orilla de un lago, donde se podría fletar alguna embarcación que los llevara á Denor.

Esta resolución tomada, todos se entregaron al descanso, menos Agitación, á quien pareciéndole la noche encantadora, quiso dar un paseo por un histórico y misterioso bosque inmediato, que había percibido en la tarde. Como Don Pacífico había tomado la resolución heroica de no acompañarla, ella se había decidido á ir sola; pero esto no se verificó, porque varias personas del lugar se ofrecieron á acompañarla.

Dos horas largas anduvo la excursionista recorriendo aquella extensa selva, y escuchando con interés las tradiciones y leyendas que sus acompañantes le relataban.

Al día siguiente, muy de mañana, se despidió la caravana de las buenas gentes que con tanta cordialidad la habían acogido, y antes de medio día se halló en el lugar que deseaba.

Los viajeros alquilaron una barca, y conduciendo todo lo que llevaban á bordo, se hicieron á la vela, navegando en un magnífico lago cuyos límites se perdían en el horizonte.

Llegada la noche, Agitación resolvió pasarla sobre cubierta,

contemplando el siempre nuevo espectáculo del Cielo; solamente obligada por el fresco de la madrugada, bajó á dormir á su camarote.

Tres días después de la marcha de los novios, la familia Explanada, llena de júbilo, recibía en su seno á la inquieta viajera; y Don Pacífico corría á encerrarse en su casa para descansar de tantas fatigas.

Durante ocho días no se volvió á ver la cara del regordete por la casa de Don Austero. El pobre hombre fingió hallarse enfermo para sustraerse por algún tiempo de la tiranía de su amada.

Empero, Agitación no pensaba desistir del viaje proyectado, á pesar de los percances sufridos; por cuya causa mandaba á su futuro frecuentes recados informándose del estado de su salud y manifestándole grandes deseos de verlo.

Don Pacífico, que á pesar del miedo que le causaban los caprichos de su novia, no podía vivir sin estar á su lado, se dió por curado y se resolvió á ir á verla.

—Puntualmente escribía á usted, le dijo Agitación cuando le vió entrar.

—Mucho celebro que quien tanto amo se ocupe de mí, contestó el hombrecillo inclinándose reverente.

—Sabe usted que tengo mucho gusto de que se halle á mi lado y que no puedo ir á parte alguna sin que me acompañe, contestó la joven.

—Pluguiera al Cielo que la acompañase solamente en su casa, ó en uno que otro paseo moderado dentro de la ciudad, y no en esas caminatas inconsideradas, en que además de los peligros que en ellas se corren, queda uno rendido de fatiga. . . . La última que intentó usted. . . . me ha costado ocho días de cama.

—Pues, mire usted, señor Don Pacífico, puntualmente le escribía para que se dispusiera á emprender de nuevo el viaje á Leridía.

—¡Pero, Agitación, por el amor de Dios! ¿Qué no quedó usted satisfecha con las últimas aventuras? Yo, por mi parte, . . . quedé aburrido. . . . completamente de tal viaje.

—Muy bien, señor mío; contestó Agitación paseando con viveza por la sala y hablando precipitadamente; yo no quiero de modo alguno causarle penas. Lo mandaba llamar porque como amigo que quiero tendría gusto en que me acompañase; mas una vez que le es tan desagradable caminar conmigo, no permita Dios que por mi causa sufra usted la más pequeña molestia, y puesto que usted no quiere acompañarme invitaré á algún amigo que sea menos renuente que usted para obsequiar mis deseos.

—¡Por los pecados de nuestros antepasados! Exclamó Don Pacífico. Permítame Dios que sea yo sentenciado á vivir eternamente en el Planeta Neptuno, si no es usted la mujer que vá á dar al traste con el poco juicio que me queda.

Vamos, pues, á donde usted quiera: lléveme usted hasta el fin del mundo: viviremos si, así le place, dando vueltas mientras dure nuestra vida al rededor de la esfera que nos sustenta, bien sea en globo, ó cabalgando en *raídos* si así le parece mejor.

¿Cuándo va á ser la marcha?

—Le doy dos días para que acabe de reponerse y para que arregle sus asuntos.

Dentro de tres días muy de mañana lo espero.

—No faltaré, contestó despidiéndose el buen hombre, un poco mohino y salió de la sala.

Al tercer día los amantes se elevaron magestuosamente en un hermoso globo: los *raídos* lo arrastraron con violencia, y poco después desapareció en el horizonte.

Yo, que había perdido por completo el entusiasmo por los viajes en globo, no tuve por conveniente acompañar á mis amigos aquella vez: por lo tanto, cuando los ví desaparecer regresé incontinentemente á mi domicilio.

V

Pequeñita, vivaracha, con carita de angel, siempre benévola y risueña, Venturosa se hallaba en la edad en que las niñas al trasformarse en mujeres viven soñando con deliciosos fantasmas, con goces dulcísimos: que sólo piensan en el amor, en la amistad, en el cariño de sus padres y parientes: que por todas partes ven jardines, oyen aves canoras y aspiran perfumes embriagadores.

Entraba en aquella edad feliz en que la ilusión nos engaña con mentidas promesas de dichas quiméricas; en que corriendo la sangre ardiente por las venas con dulce rapidez, inflama la imaginación, haciendo que los sentidos perturbados no vean las cosas con la deformidad que tienen.

Es una traición de la Naturaleza que nos miente mostrándonos brillantes perspectivas, donde no hay más que tristeza y horrores.

Tal vez sea esto, para que podamos recorrer gran parte de nuestro camino sin desesperarnos, con el fin de que lleguemos á concluir la misión que á cada uno se nos ha confiado.

Mas sea de esto lo que fuere, la verdad es que la linda Venturosa vivía en un edén.

Como era una de esas criaturas privilegiadas, de las que para significar la facilidad con que se atraen las simpatías de la generalidad de la gente, se dice, que tienen la sangre muy ligera, resultaba que en todas partes era recibida con demostraciones entusiastas de cariño.

Hombres y mujeres se disputaban su amistad, y donde quiera que llegaba parecía que iba con ella la alegría.

Su vida, pues, se deslizaba apacible y serena, gozando del gran placer de ser querida por todos.

Como era bien formada, y su sangre de la más pura, su bienestar físico estaba en perfecta armonía con los goces del alma que su rica imaginación le proporcionaba.

En resumen, Venturosa era la criatura más feliz: era la niña mimada de la familia, sin que sus hermanas se encelaran por la preferencia de que era objeto, puesto que ellas tácitamente se la acordaban.

Las amistades de la casa iban por ella frecuentemente para llevarla á paseo, para invitarla á comidas, á meriendas, á bailes, ó simplemente para que pasara el día á su lado.

De suerte que Venturosa poco permanecía en su casa, y se sabía cuando estaba en ella, porque á través de los cristales de su ventana se escuchaban como el gorjeo de un zenzontle, los trémolos argentinos de su garganta.

Cuántos amadores quemarían incienso á los pies de la bella feliz, fácil es imaginarlo; pero su corazón bondadoso para todos, quería conservarse libre.

Acaso Venturosa no encontraba aún su bello ideal entre la turba de galanes que la acediaban. Conformidad era el objeto especial de su cariño, porque el talento que la adornaba unido á su excelente carácter, á su ternura y á su propensión á los sueños, hacían que la joven se sintiera atraída hacia su hermana con irresistible fuerza.

Venturosa, siempre que podía, procuraba pasar el tiempo al lado de su hermana. Le agradaba mucho oír discurrir á Conformidad sobre lo efímero de las dichas de la vida; sobre los perennes y positivos goces que les ofrecía la mansión de los bienaventurados.

A veces era tal el fuego de la imaginación de la hermosa soñadora, que prorrumplía en un torrente de elocuencia, lleno de descripciones magníficas, de férvidas esperanzas, de idealismo y de sentimiento.

—¡Por los pecados de nuestros antepasados! Exclamó Don Pacífico. Permítame Dios que sea yo sentenciado á vivir eternamente en el Planeta Neptuno, si no es usted la mujer que vá á dar al traste con el poco juicio que me queda.

Vamos, pues, á donde usted quiera: lléveme usted hasta el fin del mundo: viviremos si, así le place, dando vueltas mientras dure nuestra vida al rededor de la esfera que nos sustenta, bien sea en globo, ó cabalgando en *raídos* si así le parece mejor.

¿Cuándo va á ser la marcha?

—Le doy dos días para que acabe de reponerse y para que arregle sus asuntos.

Dentro de tres días muy de mañana lo espero.

—No faltaré, contestó despidiéndose el buen hombre, un poco mohino y salió de la sala.

Al tercer día los amantes se elevaron magestuosamente en un hermoso globo: los *raídos* lo arrastraron con violencia, y poco después desapareció en el horizonte.

Yo, que había perdido por completo el entusiasmo por los viajes en globo, no tuve por conveniente acompañar á mis amigos aquella vez: por lo tanto, cuando los ví desaparecer regresé incontinentemente á mi domicilio.

V

Pequeñita, vivaracha, con carita de angel, siempre benévola y risueña, Venturosa se hallaba en la edad en que las niñas al trasformarse en mujeres viven soñando con deliciosos fantasmas, con goces dulcísimos: que sólo piensan en el amor, en la amistad, en el cariño de sus padres y parientes: que por todas partes ven jardines, oyen aves canoras y aspiran perfumes embriagadores.

Entraba en aquella edad feliz en que la ilusión nos engaña con mentidas promesas de dichas quiméricas; en que corriendo la sangre ardiente por las venas con dulce rapidez, inflama la imaginación, haciendo que los sentidos perturbados no vean las cosas con la deformidad que tienen.

Es una traición de la Naturaleza que nos miente mostrándonos brillantes perspectivas, donde no hay más que tristeza y horrores.

Tal vez sea esto, para que podamos recorrer gran parte de nuestro camino sin desesperarnos, con el fin de que lleguemos á concluir la misión que á cada uno se nos ha confiado.

Mas sea de esto lo que fuere, la verdad es que la linda Venturosa vivía en un edén.

Como era una de esas criaturas privilegiadas, de las que para significar la facilidad con que se atraen las simpatías de la generalidad de la gente, se dice, que tienen la sangre muy ligera, resultaba que en todas partes era recibida con demostraciones entusiastas de cariño.

Hombres y mujeres se disputaban su amistad, y donde quiera que llegaba parecía que iba con ella la alegría.

Su vida, pues, se deslizaba apacible y serena, gozando del gran placer de ser querida por todos.

Como era bien formada, y su sangre de la más pura, su bienestar físico estaba en perfecta armonía con los goces del alma que su rica imaginación le proporcionaba.

En resumen, Venturosa era la criatura más feliz: era la niña mimada de la familia, sin que sus hermanas se encelaran por la preferencia de que era objeto, puesto que ellas tácitamente se la acordaban.

Las amistades de la casa iban por ella frecuentemente para llevarla á paseo, para invitarla á comidas, á meriendas, á bailes, ó simplemente para que pasara el día á su lado.

De suerte que Venturosa poco permanecía en su casa, y se sabía cuando estaba en ella, porque á través de los cristales de su ventana se escuchaban como el gorjeo de un zenzontle, los trémolos argentinos de su garganta.

Cuántos amadores quemarían incienso á los pies de la bella feliz, fácil es imaginarlo; pero su corazón bondadoso para todos, quería conservarse libre.

Acaso Venturosa no encontraba aún su bello ideal entre la turba de galanes que la acediaban. Conformidad era el objeto especial de su cariño, porque el talento que la adornaba unido á su excelente carácter, á su ternura y á su propensión á los sueños, hacían que la joven se sintiera atraída hacia su hermana con irresistible fuerza.

Venturosa, siempre que podía, procuraba pasar el tiempo al lado de su hermana. Le agradaba mucho oír discurrir á Conformidad sobre lo efímero de las dichas de la vida; sobre los perennes y positivos goces que les ofrecía la mansión de los bienaventurados.

A veces era tal el fuego de la imaginación de la hermosa soñadora, que prorrumplía en un torrente de elocuencia, lleno de descripciones magníficas, de férvidas esperanzas, de idealismo y de sentimiento.

Venturosa la contemplaba sin pestañear, su pecho se agitaba, se conmovía todo su sér deslizándose silenciosas lágrimas por sus mejillas.

Conformidad, que la observaba, la abrazaba enternecida y la escena concluía con una lluvia de lágrimas y de besos.

Muchas veces repitieron aquellas conferencias en mi presencia, y gozaba á la vez que aquellos magníficos corazones.

Gozaban en verdad, porque llorar mezclando sus lágrimas dos séres que se aman, es el mayor de los placeres que pueden sentirse en la vida terrestre, si el llanto es originado, como aquí sucedía, por sentimientos de ternura.

Cuando Venturosa no salía de casa, iban á ella muchos amigos. La sala se poblaba de rostros halagüeños, reinando en la reunión la más cordial alegría.

En estos casos, Conformidad acompañaba á su hermana. Agitación también pasaba algunos ratos con ella y lo mismo hacía Fabril y D. Austero, que por lo regular se hallaba trabajando en su gabinete. Pero el buen señor abandonaba sus libros é iba á tomar parte en las fiestas de su hija á quien no sin temor contemplaba tan dichosa, porque pensaba que semejantes dichas no pueden durar mucho en los mundos que se hallan lejos de la perfección.

Yo pasaba algunos ratos acompañando á mis amiguitas, á quienes había cobrado mucho cariño.

Algunas veces solía penetrar en el gabinete de Don Austero para aprender algo nuevo en sus libros, ó en sus instrumentos científicos.

Como yo participaba de la preocupación de D. Austero respecto á Venturosa, procuraba no perderla mucho de vista, porque pensaba que inopinadamente podría prestarle algun auxilio.

Cierta tarde llegaron por la joven unas amiguitas para llevarla al teatro: desde luego me propuse acompañarla aprovechando la ocasión de conocer los adelantos del arte dramático en Morania.

El local á que concurrimos no carecía de lujo y elegancia, si bien su estructura difería de los teatros de la Tierra.

La planta formaba un triángulo sobre uno de cuyos lados se levantaba el escenario, y en el ángulo opuesto se redondeaba la construcción con un pequeño arco. En cada piso se elevaba una gradería que podía contener gran número de espectadores, colocados cómodamente, sin que ninguno dejase de ver el espectáculo.

Respecto de las representaciones sucedía allí una cosa bien singular y era que no estaban escritas las piezas que se habían de representar.

Reunidos los actores, el Director proponía un argumento, repartía los papeles, y hecho cada uno cargo de lo que tenía que hacer, se alzaba el telón y se improvisaba la pieza.

Este sistema, si bien ponía á prueba el talento de los cómicos, también producía despropósitos de consideración.

Algunas veces se complicaban de tal manera las situaciones y se enredaban tanto los actores que se tenía que añadir un acto complementario para el desenlace; ó bien el Director acudía á algún arbitrio extraordinario para terminar la función con un golpe teatral.

La noche que acompañé á Venturosa sucedió una cosa semejante; uno de los actores, que por lo visto no estaba de vena, puso poco cuidado en el programa del Director, y con su torpeza embrolló las cosas de manera que sus compañeros desorientados también, no hacían cosa que fuera de provecho.

El público, que veía los apuros de la compañía, reía, pateaba, silbaba y bufaba, pidiendo á gritos un desenlace á todo trance.

No atinando el Director, que también se hallaba aturdido, el modo de desenredar aquella maraña, le pareció que podía salir del paso fingiendo que la casa donde se suponía la escena se incendiaba, desplomaba y aplastaba á todos los personajes que tomaban parte en ella.

Dispuso, pues, que hacinaran algunas materias combustibles, y les diesen fuego. Mas en la barahunda que se había armado, sus órdenes no fueron bien comprendidas ni ejecutadas. El combustible fué colocado inconvenientemente en mayor cantidad de la necesaria y el fuego incendió los telones propagándose muy pronto al salón.

El desorden más inaudito, la confusión más deplorable se produjeron en el acto entre los espectadores.

Todo era gritos, clamores, empujones, carreras, maldiciones y llanto. Cada uno procuraba salvarse sin atender á los demás: unos rodaban las escaleras, otros se arrojaban de las galerías ó saltaban por las ventanas; quien era derribado y pisoteado por los que venían detrás, y á quien sacaban en peso los otros, sin que pusieran los pies en el suelo.

En tan triste situación, todos habían abandonado á Venturosa, cuyo corazón latía con terrible angustia. La pobrecilla no sabía

qué partido tomar; se apretaba las manos, murmuraba palabras incoherentes y levantaba los ojos al cielo con expresión suplicante.

En tan críticos momentos se me presentaba una ocasión favorable de prestar un importante servicio á mi simpática amiga y la acepté con el mayor gusto.

Desde luego traté de inquirir el sitio más propicio para escapar, registrando los rincones del teatro. En mí correría descubrí un apuesto joven que era uno de los adoradores de Venturosa y que pugnaba como todos por salir.

Pude insinuarle la posición comprometida en que la joven se hallaba, llamándole la atención hacia el lugar que ocupaba, con lo que inmediatamente se dirigió el mancebo á ofrecer sus servicios.

Cuando la ví acompañada volví á mis observaciones, logrando encontrar un tabique de tablas delgadas fácil de derribar, y que ponía en comunicación el piso en que estaba Venturosa con el interior del foro. Pasé al lado opuesto y noté lleno de satisfacción que por allí aun no se extendía el fuego.

Corrí inmediatamente al lado de los jóvenes, que no se habían movido y logré insuflar en el cerebro del galán las siguientes ideas: "A mano derecha, al fin de la galería, hay un tabique de tablas fácil de derribar."

El joven volvió la cabeza buscando quién le había insinuado aquellas ideas que le parecía haber oído, y quedó admirado de no hallar alguno cerca de él. No hay tiempo que perder añadió impaciente.

Es verdad, dijo el galán, y ofreciendo el brazo á Venturosa, corrimos los tres, derribamos el tabique y pronto nos vimos del otro lado.

Como los cómicos habían huido por una puerta trasera y el público que veía el fuego en el foro trataba de salir por el pórtico, aquella parte estaba desierta.

Después de recorrer un pasadizo y una sala, hallamos la escalera que conducía al guardaropa, el que atravesamos de prisa porque ya se acercaba por allí el fuego, y encontramos al fin la puerta que nos dió salida para la calle.

Venturosa tuvo necesidad de detenerse para respirar; su compañero le prodigó las atenciones más cariñosas.

Yo, aunque invisible para ella, no la abandoné un momento hasta que llegó á su casa, donde Don Austero y Fabril alarmados con la noticia del incendio se disponían á salir en busca de la querida joven.

Venturosa dió las gracias más expresivas ofreciendo también su casa al galán que la acompañó, el cual se retiró lleno de esperanza de ser correspondido.

Pero Venturosa desde aquella noche fatal, cayó en una profunda melancoliar las impresiones que sufrió fueron demasiado violentas y le hicieron mal.

El peligro que había corrido le advertía que en un momento podía romperse el prisma de felicidad por el cual hasta entonces había visto la vida, hiriendo el destino fatal á alguna de las personas que amaba ó tal vez á ella misma.

Pensaba que cuanto en el mundo le era querido, podía desaparecer en un instante de su vista, y de tan tristes ideas no bastaban á separarla las cariñosas reflexiones de Conformidad.

Además, sentía Venturosa que en su corazón tomaba cuerpo un sentimiento desconocido hasta entonces, que se adunaba con el recuerdo del incendio y con la imagen del galán que la salvó.

Por su parte, Afable iba diariamente á visitarla y le inspiraba mayor interés la joven por el estado de exquisita sensibilidad en que se hallaba.

De día en día, las visitas de Afable fueron siendo más necesarias para Venturosa, y cuando pasaban algunos minutos de la hora acostumbrada para recibirlas, sentía una inquietud y un desasosiego que iban creciendo, hasta que llena de júbilo oía acercarse los pasos de su amigo.

Entonces era verdaderamente feliz porque se sentía amada, y porque correspondía á aquel dulce afecto con toda la ternura de su alma.

Muchas veces se entretenía haciendo castillos en el aire sobre su probable unión con Afable: después la duda venía á turbar aquellos sueños de felicidad y caía Venturosa en un profundo abatimiento.

¡Pobre criatura! fácilmente se notaba que su bella faz se iba marchitando; había palidecido sensiblemente y un tinte de melancolía se notaba en su mirada, tan serena y clara en otro tiempo.

Aquellos síntomas habían alarmado á la familia, y todos, á porfía, se esmeraban en proporcionar distracción á la interesante enferma rodeándola de cuantos cuidados podían.

Don Austero abandonaba con frecuencia su estudio, para acompañar á su hija.

Fabril, que amaba con predilección á la menor de sus hermanas, se hallaba preocupado por aquella rara enfermedad.

Yo participaba de las alarmas de la familia, tanto más cuanto que preveía con mayor exactitud los funestos resultados del mal.

Pero sobre todos, Conformidad estaba profundamente afectada. No se separaba de su hermana, á quien prodigaba los más tiernos cuidados, las más dulces caricias.

Venturosa se manifestaba resignada y casi contenta por su próximo tránsito á Mercurio, prueba que le faltaba para llegar al espléndido Sol.

Mas Conformidad, tan soñadora con la felicidad de ultratumba, oía discurrir á su hermana estremeciéndose, y procuraba apartar la imaginación de la enferma de tan tristes pensamientos.

Se entablaban entonces entre las dos diálogos interminables en los que Conformidad tenía grandes trabajos para sostener con sofismas lo contrario de lo que en tantas ocasiones había predicado con arrebatadora elocuencia.

Venturosa le hacía presente que el separarse de la vida era dar el último paso en el camino de la perfección, acercándose á la suprema dicha, cosa que debían aplaudir las personas que la amaban.

Conformidad, con el egoísmo consiguiente al cariño, quería persuadirla que era conveniente antes de emprender tan largo viaje, conocer todas las fases y detalles de la vida: que siendo joven y bella podía gozar muchos días de felicidad y de amor, pues siempre había tiempo de morir.

No obstante, la enfermita redargüía á su hermana con sus mismas anteriores enseñanzas sobre la conveniencia de acercarse cuanto antes á la mansión del eterno gozo, con lo que concluía Conformidad con no tener nada que replicar.

Afable continuaba visitando con frecuencia á Venturosa, á quien amaba con pasión, y asistía muchas veces á las discusiones de las dos hermanas en las que solía tomar parte. Al fin había sido correspondido por la interesante enferma y aceptado por la familia.

Solamente se esperaba el restablecimiento de Venturosa para que los amantes se ligaran con dulcísimo lazo.

Así marcharon las cosas por algún tiempo, si bien agravándose los males de la joven.

Una mañana oí desde mi habitación lamentos dolorosos: varias voces, entre las que sobresalía la de Conformidad, daban al aire tristes ayes, y al destino sentidas quejas de su desgracia.

Era el caso que Venturosa había dejado de existir.

Don Austero, Fabril, Conformidad, las criadas y yo rodeábamos el lecho virginal.

Las demostraciones de dolor de aquellas buenas gentes me conmovieron, y no era yo el que menos sentía la partida de aquel espíritu bondadoso.

Venturosa yacía recostada sobre las almohadas; tenía los ojos entreabiertos, y su linda boca parecía animada por una suave sonrisa: estaba su cuerpo cubierto con la ropa de la cama, su mano derecha descansaba sobre el corazón y la izquierda quedaba tendida á lo largo sobre el cobertor.

¡Basta ya de dolor! Exclamó Don Austero: mi hija se aproxima á la gloria sin fin y debemos celebrar su felicidad. No lleguen personas extrañas á sorprender nuestra pena y nos tachen de malos creyentes.

¡Que cada uno cumpla con su deber!

¡Conformidad! que Prolijidad te ayude á vestir el cuerpo de tu hermana; le pondrás sus mejores joyas.

¡Fabril! Tú te entenderás con el arreglo del funeral: no omitirás gasto alguno.

¡Economía! usted dispondrá el festín para los concurrentes, buscando para ello quien le ayude.

Después, cada cual se vestirá con su mejores galas, coronándose de flores, para recibir dignamente á nuestros amigos.

Algunas horas después, el cuerpo de Venturosa, vestido con un rico traje azul cielo, emblema de las regiones que debía atravesar su espíritu, descansaba en un lujoso lecho colocado en medio de la sala, rodeado de pebeteros que exhalaban deliciosos perfumes. En las paredes se habían colgado jaulas de aves canoras y guirnaldas de flores.

Multitud de luces iluminarían la estancia cuando llegara la noche.

Oculta en una pieza inmediata, una música dulcísima hacía oír sus armoniosos acordes.

En otro salón había dispuesta una gran mesa cubierta con toda clase de bebidas y refrescos, donde los visitantes iban á hacer libaciones y á entonar cánticos en honor del espíritu dichoso que se había desprendido de los toscos lazos de la materia.

Don Austero, Fabril, Conformidad y Afable, se hallaban con sus mejores vestidos sentados en la sala, recibiendo á los amigos que llegaban también lujosamente ataviados á felicitarlos por la partida de Venturosa.

Me causaba horror contemplar el bárbaro sufrimiento de aquellos amantes corazones que tenían que afectar alegría, cuando eran presa de fiero dolor, y estaban obligados á contemporizar con los que llegaban coronados de flores, con la sonrisa en los labios, á darles el parabién, cuando sus almas eran destrozadas con horribles penas.

Ni las creencias religiosas bastaban para consolar á aquellos espíritus atribulados; porque aunque creían firmemente que el de Venturosa se acercaba á la felicidad, cuando volverían á encontrarlo, cuando gozarían de nuevo á su lado, de sus atractivos, de su bello carácter, de sus variados y risueños pensamientos, de su ternura, de su cariño!

¡Terrible separación cuyo término no puede perverse!

Estas ideas torturaban á los miembros de aquella familia poco antes tan dichosa.

De vez en cuando, alguno de ellos desaparecía retirándose á lo más apartado de la habitación para desahogar libremente su dolor.

Conformidad, rodeada de sus amigas, hacía los honores de la casa; pero cuando ya no le era posible dominarse, se retiraba con alguna de las más íntimas para dar rienda suelta á su quebranto.

Después se componía el semblante, dándose color, para borrar las huellas del llanto, única vez que semejante despropósito se permite allí al bello sexo; y arreglado el traje y compuesto el tocado, volvía á la sala aparentando tranquilidad.

Coros de niñas vestidas color de azul cielo y coronadas de rosas blancas, cantaban himnos al rededor del cadáver, arrojaban flores y regaban aguas perfumadas.

Así pasó toda la noche; al amanecer el siguiente día, salió de la casa el cortejo, precedido de los músicos y acompañado de los amigos de la familia.

Cuando llegaron á un hermoso jardín, que tal parecía el cementerio, los concurrentes formaron círculo al rededor del ataúd y entonaron un canto de despedida que nada tenía de fúnebre.

Después de que el cuerpo fué depositado en un túmulo preparado al efecto y que se hubo cubierto con la losa, los concurrentes hicieron libaciones, bailaron al derredor de la tumba y se retiraron acompañados de la música que tocaba las piezas más alegres.

Llegado que hubieron á la casa mortuoria, hallaron dispues-

ta una gran mesa con exquisitos manjares en la misma sala donde había estado expuesto el cuerpo de Venturosa y la cual se había ventilado y fumigado convenientemente.

Terminado que fué el opíparo banquete, la concurrencia se retiró felicitando de nuevo á la familia.

Concluido el ceremonial se hizo correr la voz de que Don Austero Esplanada se marchaba al campo con sus hijos para celebrar mejor la felicidad de Venturosa.

La verdad era que se cerró la casa para todo el mundo, con el fin de entregarse al dolor con toda libertad.

Un mes duró el retraimiento de la familia, al fin del cual se fingió la vuelta del campo.

La muerte de Venturosa y la ausencia de Agitación, habían esparcido en la casa de Don Austero una gran tristeza.

Yo que sufría con las penas de mis huéspedes, y más con las de la tierna Conformidad, resolví abandonar el país y dirigirme á Colura para continuar mis investigaciones.

VI.

No sin pesadumbre abandoné la casa de Don Austero, donde en el seno de su excelente familia había pasado días de verdadero contento.

Dejé á la sentimental Conformidad, que desde la muerte de su hermana se había concentrado más en sí misma, absorta como siempre sobre la vida de ultratumba; pero deplorando la soledad en que vivía, se operaba en ella cierto cambio que favorecía ciertamente las aspiraciones de Asiduo.

Pudo, pues, el enamorado joven concebir lisonjeras esperanzas, sobre la unión más ó menos próxima con su amada.

Estando así las cosas, me arranqué haciéndome violencia de aquella querida casa: me remonté á la región de las nubes y tomé la dirección de Colura.

Poco cuidado puse en el país que recorría preocupado como iba por mis amigos de Denor, y sólo al llegar á la frontera, ya fijé la atención en la comarca que se deslizaba rápidamente bajo mis pies.

La frontera de Morania había sido poblada por destacamentos militares y por caravanas de comerciantes que formaban poblaciones.

Fuertes establecidos en puntos estratégicos, garantizaban al país de una invasión y protegían su comercio.

Me causaba horror contemplar el bárbaro sufrimiento de aquellos amantes corazones que tenían que afectar alegría, cuando eran presa de fiero dolor, y estaban obligados á contemporizar con los que llegaban coronados de flores, con la sonrisa en los labios, á darles el parabién, cuando sus almas eran destrozadas con horribles penas.

Ni las creencias religiosas bastaban para consolar á aquellos espíritus atribulados; porque aunque creían firmemente que el de Venturosa se acercaba á la felicidad, cuando volverían á encontrarlo, cuando gozarían de nuevo á su lado, de sus atractivos, de su bello carácter, de sus variados y risueños pensamientos, de su ternura, de su cariño!

¡Terrible separación cuyo término no puede perverse!

Estas ideas torturaban á los miembros de aquella familia poco antes tan dichosa.

De vez en cuando, alguno de ellos desaparecía retirándose á lo más apartado de la habitación para desahogar libremente su dolor.

Conformidad, rodeada de sus amigas, hacía los honores de la casa; pero cuando ya no le era posible dominarse, se retiraba con alguna de las más íntimas para dar rienda suelta á su quebranto.

Después se componía el semblante, dándose color, para borrar las huellas del llanto, única vez que semejante despropósito se permite allí al bello sexo; y arreglado el traje y compuesto el tocado, volvía á la sala aparentando tranquilidad.

Coros de niñas vestidas color de azul cielo y coronadas de rosas blancas, cantaban himnos al rededor del cadáver, arrojaban flores y regaban aguas perfumadas.

Así pasó toda la noche; al amanecer el siguiente día, salió de la casa el cortejo, precedido de los músicos y acompañado de los amigos de la familia.

Cuando llegaron á un hermoso jardín, que tal parecía el cementerio, los concurrentes formaron círculo al rededor del ataúd y entonaron un canto de despedida que nada tenía de fúnebre.

Después de que el cuerpo fué depositado en un túmulo preparado al efecto y que se hubo cubierto con la losa, los concurrentes hicieron libaciones, bailaron al derredor de la tumba y se retiraron acompañados de la música que tocaba las piezas más alegres.

Llegado que hubieron á la casa mortuoria, hallaron dispues-

ta una gran mesa con exquisitos manjares en la misma sala donde había estado expuesto el cuerpo de Venturosa y la cual se había ventilado y fumigado convenientemente.

Terminado que fué el opíparo banquete, la concurrencia se retiró felicitando de nuevo á la familia.

Concluido el ceremonial se hizo correr la voz de que Don Austero Esplanada se marchaba al campo con sus hijos para celebrar mejor la felicidad de Venturosa.

La verdad era que se cerró la casa para todo el mundo, con el fin de entregarse al dolor con toda libertad.

Un mes duró el retraimiento de la familia, al fin del cual se fingió la vuelta del campo.

La muerte de Venturosa y la ausencia de Agitación, habían esparcido en la casa de Don Austero una gran tristeza.

Yo que sufría con las penas de mis huéspedes, y más con las de la tierna Conformidad, resolví abandonar el país y dirigirme á Colura para continuar mis investigaciones.

VI.

No sin pesadumbre abandoné la casa de Don Austero, donde en el seno de su excelente familia había pasado días de verdadero contento.

Dejé á la sentimental Conformidad, que desde la muerte de su hermana se había concentrado más en sí misma, absorta como siempre sobre la vida de ultratumba; pero deplorando la soledad en que vivía, se operaba en ella cierto cambio que favorecía ciertamente las aspiraciones de Asiduo.

Pudo, pues, el enamorado joven concebir lisonjeras esperanzas, sobre la unión más ó menos próxima con su amada.

Estando así las cosas, me arranqué haciéndome violencia de aquella querida casa: me remonté á la región de las nubes y tomé la dirección de Colura.

Poco cuidado puse en el país que recorría preocupado como iba por mis amigos de Denor, y sólo al llegar á la frontera, ya fijé la atención en la comarca que se deslizaba rápidamente bajo mis pies.

La frontera de Morania había sido poblada por destacamentos militares y por caravanas de comerciantes que formaban poblaciones.

Fuertes establecidos en puntos estratégicos, garantizaban al país de una invasión y protegían su comercio.

zurrarse de lo lindo. A la gresca que armaban, salieron de bastidores los criados y demás gentes de teatro y aumentando la algarada formaron un zipizape de dos mil demonios.

Hasta entonces el público permanecía de simple espectador, limitándose, tan sólo, á aplaudir y á alentar á los que lidiaban según el partido á que cada uno pertenecía; pero desgraciadamente uno de los espectadores saltó á las tablas y tomó parte en la lucha.

Esta fué la señal de una conflagración general; y como si hubiese sido producido por un reguero de pólvora, se extendió el combate de un extremo al otro del teatro, armándose la mayor tremolina de que hago memoria.

Las señoras y los niños, desde el principio del incidente, se pusieron en salvo, quedando así los hombres dueños abso- l del campo.

Allí fué entonces el lucir de las cachiporras, que golpeaban por todas partes á garrotazo tendido, sin el menor descanso.

Entonces se organizó, si es que esta palabra puede aplicarse al mayor desorden, la zambra mas pintoresca, la más fecunda en incidentes graciosos y en furibundos trancazos que puede imaginarse.

La policía contemplaba aquel *San Quintín* con los brazos cruzados y la gravedad mas completa, sin afectarse al parecer de aquella tempestad de palos y de puñetazos, de gritos, de quejas y de clamores, aunque procurando resguardarse de algún golpe descaminado.

Ya estaba azorado al presenciar un acontecimiento del que no me podía dar cuenta, aunque distraído inconcientemente con el batúrrillo y algaraza de aquella barahunda.

Terminó la función, con la desaparición gradual de los combatientes, que contusos y agobiados por el cansancio, se fueron retirando, con excepción de algunos que yacían por el suelo imposibilitados de todo movimiento.

Luego que el local quedó completamente vacío, ocurrió la policía con provisión de camillas para levantar el campo y conducir los maltrechos al hospital.

Viéndome solo salí del teatro, paso á paso, meditando sobre todo lo que acababa de ver, y riendo sin poderlo remediar, cada vez que se presentaba á mi memoria algún episodio de la descomunal batalla que había presenciado.

Así pensativo, hube de recorrer algunas calles, cuando resolví buscar alojamiento.

Coincidió mi resolución con la llegada frente á una casa muy iluminada donde se oía ruido de muchas voces y también como de máquinas.

Me introduje á la casa sin más averiguación, y hallé que era una imprenta, donde se velaba trabajando en el tiro de un periódico que debía salir en la mañana.

El personal de la redacción, varios amigos de la casa y los oficiales de la imprenta, hablaban acaloradamente de lo acontecido aquella noche en el teatro.

De la conversación pude inferir que los cómicos de aquel país no querían sujetarse á ningún programa, por creer semejante práctica absurda y tiránica y matarse con ella las inspiraciones del génio.

En vano se les ponía el ejemplo de los actores de Denor: contestaban que aquellos obraban así porque desconfiaban de su talento; y también, porque el carácter de los de Morania se amoldaba con facilidad á las prácticas serviles que los libres colurianos nunca aceptarían.

Fiados, pues, en su gran talento, los actores improvisaban la representación sin ponerse previamente de acuerdo. Salía uno á las tablas recitando un monólogo, ó bien dos, un diálogo, y de lo que ellos hablaban tomaban los demás actores motivos para enredar la trama que había de formar el argumento, el que como se ha visto, la mayor parte de las veces era imposible desenredar.

Respecto de la venta de cachiporras, supe, que siempre que en los teatros ó en otras reuniones aparecían síntomas de pelea, se vendían á precios sumamente cómodos y á gusto del consumidor; cosa que no podía impedir la policía porque la ley quería dejar libres completamente á los ciudadanos para obrar á su placer.

En cuanto á la conducta de la policía que tanto me había llamado la atención hallé también la solución del problema.

El pueblo altivo de Colura, celoso como el que más de sus derechos, no menos que de su libertad, no podía consentir que la policía ni alguna otra fuerza, interviniese de modo alguno en sus querellas. El derecho de darse de trancazos y de mojicones, era una garantía como otra cualquiera que el pueblo quería conservar á toda costa.

La justicia podría imponer una pena á los aporreadores; pero ni ella ni autoridad alguna, tenía facultad de interrumpirles en su tarea.

En casos como el ocurrido, la policía era impotente para aprehender á los combatientes y no le quedaba otra ocupación que el levantar el campo.

Todos aquellos razonamientos que yo tenía por necesidades de á folio, los escuchaba azorado creyendo que soñaba, porque me parecía imposible que semejantes despropósitos pudieran admitirse por gente que tuviera sentido común.

Un joven bien apuesto que llegó llevando unos papeles, interrumpió la conversación pidiendo que escucharan la lectura de un artículo que acababa de escribir, para alcance del número del periódico que se tiraba.

El artículo trataba nada ménos que de los acontecimientos en el teatro. Después de una columna entera de declamaciones y de absurdos cargos al Gobierno, terminaba del modo siguiente:

“Ya lo hemos dicho otras veces y lo repetimos ahora; la policía, según se halla organizada entre nosotros, no es otra cosa sino una reunión de holgazanes que consumen los fondos del municipio; ó más bien que vacían los bolsillos de los desgraciados habitantes de Leridia.

“Esta noche ha dado una nueva prueba de su inutilidad.

“Con los brazos cruzados, con la más profunda indiferencia, ha contemplado impasible la descomunal batalla que tuvo lugar en el Teatro núm. 2, sin tomar parte alguna para terminar el escándalo; contentándose después con recoger las víctimas, sin omitir, por supuesto, el aprovecharse de los objetos valiosos que quedaron esparcidos en el campo de batalla.

“Ya se vé, con gobernantes tan ineptos y desmoralizados como los que por su audacia se han encaramado á los puestos públicos ¿podremos aspirar á tener buena policía?”

“Pero no haya cuidado, todo se remediará, el día, no lejano, en que el pueblo cansado de tantas iniquidades se alcé como un gigante, y haga con todos los tiranos un ejemplar escarmiento.”

¡Magnífico, magnífico!

¡Bravo, bravo! exclamaron palmoteando los circunstantes.

Que se componga inmediatamente: dijo el redactor en Jefe.

Cada vez crecía más mi asombro: acababa de saber por aquellos hombres que la policía no podía, según las leyes, entremeterse, en casos como el pasado en el teatro, en las querrelas de los ciudadanos; y ahora oía leer un terrible artículo contra el Gobierno y contra la policía, porque ésta había cumplido con su deber.

Empero, bien pronto mi admiración había de aumentar, aunque en seguida hallaría la clave de aquella aparente contradicción.

Apenas acababa el joven la lectura, se abrió una puerta lateral y apareció un hombre de más de media edad y se dirigió al corro pidiendo que lo escucharan.

Desdobló un papel que llevaba y con estentórea voz se puso á declamar:

“¡Heróico Pueblo de Leridia!

“¿Que no corre por tu sangre generosa, el fuego inextinguible de la indignación, al ver mancillados tus derechos, hoyadas tus libertades?

“¿Que no has visto á los esbirros, á los lacayos de los próceres que malamente se hallan en el poder, querer impedir á los ciudadanos el libre uso de sus acciones?”

“Anoche en el Teatro núm. 2, la policía intentó reprimir el justo descontento que produjo en el partido del sano criterio, la insolencia de un histrion, que una parte de los espectadores, agentes sin duda del Ministerio, quiso sostener.

“Por fortuna, la energía con que resistieron los indignados ciudadanos, obligó á los polizontes á entrar á su deber.

“Pero esto no es bastante para satisfacernos: es necesario, es indispensable, garantizarnos para el porvenir contra los ataques de las turbas famélicas, siempre dispuestas á obsequiar los caprichos de los déspotas.

“¡Pueblo de Leridia!

“Aprende á conocer á los aventureros que dirijen tus destinos y márcales el *hasta aquí!* con tu soberana voluntad.

“¡Abajo el Ministerio Oligarcea!

“¡Abajo la policía servil!

Aquel escrito fué igualmente aplaudido que el anterior; pero desgraciadamente no podía publicarse, porque la policía había obrado precisamente de un modo contrario al que se refería.

Mas como la aparición de este segundo artículo necesita explicación, diré que desde que llegaron á la redacción los primeros rumores de lo que pasaba en el Teatro número 2, con objeto de ganar tiempo se comisionaron á dos de los redactores para que escribiesen artículos *muy templados* en el supuesto de que la policía hubiese obrado en uno ó en otro sentido.

Como el periódico que allí se publicaba era de oposición, á todo trance tenía que atacar al Gobierno cualquiera que fuese su modo de obrar, ó los acontecimientos que ocurrieran.

Imposible me parecía que existiese tan insigne maldad, entre hombres que proclamaban á voz en cuello, que eran los representantes de la opinión pública y de los intereses del pueblo.

Pero no había más remedio que creer lo que se estaba mirando.

Aquella era una reunión de escritores puestos á sueldo por el editor del periódico, á condición de hacer una ciega y sistemática oposición al Gobierno, aunque quedaban en libertad de sacar el partido que pudieran en otros asuntos.

Circulaba aquel periódico dos veces al día, por mañana y tarde, con el título de

“El Atrabiliario.”

Aunque me hallaba escandalizado con lo que veía, comprendí que en ninguna otra parte hallarian mejores datos sobre las cosas del país, y decidí el alojarme en aquella casa.

Desde luego fui á buscar un sitio solitario para gozar del reposo cuando lo necesitara.

VII.

Al día siguiente por la mañana salí á recorrer la ciudad, que me pareció hermosa, muy bien trazada y nivelada; pero hube de hallar ciertos contrastes que me impresionaron desagradablemente.

Al contrario que en Denor, en Leridia llamaban la atención multitud de edificios de particulares, por su hermosura; mientras que los pertenecientes al Gobierno, sin tener nada de monumentales se hallaban en grande abandono.

Las calles se veían poco aseadas, mal pavimentadas, lo que hacía más raro el contraste con las lindas casas que contenían.

Se veían pasear luciendo hermosos trajes, muchas señoras y caballeros, en tanto que la generalidad del pueblo aparecía miserablemente vestido.

Como me había acostumbrado á las cosas de Morania, todo lo que me rodeaba lo veía notablemente raro.

Allá todo revelaba orden y bienestar, y lo que en Colura veía, me hacía creer que allí faltaba uno y otro.

Sin embargo, no quise llevarme de las primeras impresiones para formar opinión sobre aquel pueblo, como acostumbran hacer algunos viajeros, sino que me propuse observar con más calma para poder juzgar de las cosas con imparcialidad y con justicia.

Comencé como en Morania por la religión, que era la misma con algunas modificaciones.

Se cree en Colura que cuando los que habitan en el Planeta Venus emplean mal su vida, van después de la muerte á un planeta más oscuro y frío, más húmedo y lejano que Neptuno, de donde no salen jamás. Según tales creencias no les es permitida la rehabilitación á los que una vez cayeron.

Las instituciones políticas se basan en el sistema republicano, representativo popular, con diferencias muy notables respecto á Morania.

El Jefe del Estado es por elección popular y ejerce el poder por determinado periodo, con la particularidad, de que solamente el sexo hermoso puede aspirar á semejante puesto.

Esta fué una concesión hecha al bello sexo, cuya influencia política es allí poderosa, puesto que tiene los mismos derechos que los hombres, y también para evitar las aspiraciones de éstos, que traían al país en continuo trastorno.

Un ministerio formado con individuos del sexo feo, completa el poder ejecutivo.

Una cámara compuesta también de hombres, y un Alto Tribunal de Justicia, forman los poderes Legislativo y Judicial: las señoras se han reservado el Consejo de Estado.

La suprema Directora tiene una Guardia de Honor que sólo sirve dentro del Palacio, compuesta de cien señoritas escogidas entre las más guapas y notables de la ciudad. Visten un traje elegante y están armadas de partesanas con astas de ébano y moharras de oro.

Como se vé, todo es extraño en aquel país rarísimo. Yo caminaba de sorpresa en sorpresa, sin poder calcular fácilmente donde me detendría.

El pueblo de Colura, es de carácter vivo, tiene una imaginación ardiente y por lo mismo es muy impresionable.

Dotado de mucha comprensión y de fácil aptitud para hablar, busca un tanto de esta facultad que lo induce á sostener toda clase de cuestiones con brillante lenguaje, aunque muchas veces con sofismas y subterfugios.

Puede decirse que cada habitante es un orador; y como esta circunstancia facilita el acceso á los puestos públicos, de aquí el afán con que la mayor parte se dedica á la política.

Los hijos de aquel país, tienen además una aptitud asombrosa para todas las cosas.

Aunque la República sostiene universidades y liceos en los

Multitud de embarcaciones atracadas á los muelles del gran río que formaba el límite de la nación, ó navegando en distintas direcciones, ostentaban orgullosos la bandera de Morania.

Numerosos caminos ligaban entre sí los fuertes y las ciudades, proporcionando actividad y movimiento considerables, dando al país un aspecto de alegría y de bienestar que formaba terrible contraste con la tristeza y soledad que se notaba del lado de Colura.

En efecto; solamente á la orilla del río se levantaban algunas poblaciones de escasa importancia: internándose, el país se hallaba despoblado, sin fuertes, sin caravanas, sin campamentos.

Caminos descuidados conducían á pequeños cortijos, pobres aldeas y pueblos sin importancia.

Después de haber recorrido una buena extensión del país comencé á notar que aumentaba la población: ya se veía mayor número de pueblos, algunas ciudades bien construidas, y negociaciones de campo extensas aunque poco cultivadas.

Por fin, á una distancia considerable de la frontera, en la parte más poblada del país se hallaba fundada la ciudad de Lerdia, término próximo de mi viaje.

Durante éste poco ó nada hallé que llamara mi atención.

Repentinamente descubrí un gran agrupamiento de altas montañas, y poco después, en el fondo de un pintoresco y ameno valle, que aquellas formaban, contemplé con sorpresa la primera ciudad de la República de Colura.

La noche, cuyas sombras comenzaban á extenderse, no me permitió hacer un prolijo examen de la población aunque pude notar que ocupaba una extensión considerable.

Descendí en las afueras entrando por la puerta ó garita como un simple mortal: quise gozar así de las emociones que siempre experimenta el viajero al penetrar por primera vez á una ciudad populosa.

Pronto advertí que había bastante movimiento y muchos establecimientos elegantes que comenzaban á iluminar.

Mas la hora no era muy á propósito para la observación, que me propuse reservar para el día siguiente. No obstante, como no me corría prisa para buscar alojamiento, que nunca me había de faltar, á guisa de *flaneur* me puse á vagar sin dirección fija, distraído con el variado aspecto de los edificios.

En una hermosa calle me llamó la atención un magestuoso establecimiento profusamente iluminado. Como ví que á él entraba mucha gente, entré yo también y hallé que era un teatro donde aquella noche había representación.

El local era de construcción semejante del que se quemó en Denor y que tengo descrito; ya se hallaba rebosando de espectadores, y sin embargo el espectáculo no comenzaba.

El público se agitaba impaciente, sin que lograran aplacarlo las soñolientas piezas de música que tartamudeaba la orquesta.

Al fin, después de media hora de pleno fastidio se alzó el telón.

Describir el gran número de actores que representaban y el argumento de la pieza sería cosa impracticable. La escena se enmarañaba sin cesar tomando giros caprichosos é inesperados, unas veces cómicos, otras veces trágicos y las más ocasiones inverosímiles.

Aquello no tenía pies ni cabeza, ni podía presumirse á donde iría á parar.

El público tomaba también una parte activa en la representación y solía suceder que algún aficionado entusiasmándose, saltaba á las tablas improvisando un nuevo personaje que parecía caído de las nubes, y acababa por desbarajustar sin remedio la situación.

Aconteció que al concluir el primer acto, uno de los cómicos hizo ciertas alusiones á la política de actualidad que otro actor le contestó, y sabe Dios qué resultado habría tenido aquel incidente si nó hubiese caído el telón.

El público se había afectado tomando partido por uno ú otro de los actores y comenzaron á aparecer síntomas alarmantes de colisión entre los concurrentes. Un especulador que previó una próxima tormenta lanzó varios chicuelos al salón á vender cachiporras. El gran consumo que éstas tuvieron, me hizo imaginar, que semejantes instrumentos estaban destinados para hacer ruido en demostración del disgusto del público.

Con efecto, pronto se dejó sentir un batiboleo infernal que no terminó sino después de alzado el telón.

Contra lo que yo esperaba, la representación continuó sin tropiezo; y era porque aun no salían de bastidores los cómicos que se habían disgustado en el primer acto: cuando aparecieron, animados por los aplausos se encararon de nuevo y habiendo uno de ellos lanzado un epigrama al partido político á que su antagonista pertenecía, aquél le contestó con una injuria: de los insultos pasaron á los hechos, sacudiéndose una buena tarea de sendas bofetadas, que era una gloria.

No pudiendo permanecer indiferentes los demás actores, tomaron parte por uno ú otro de los campeones y empezaron á

que gasta gruesas sumas, lo hace más bien por lujo y por imitar á otras naciones, que porque necesite de tales establecimientos. Cuando por acaso se necesita un diplomático, un ingeniero, un diputado, un almirante, un estadista, ó un sabio cualquiera, bastará llamar al primero que pase por la calle, con el bien entendido que desempeñará la misión que se le encargue con el mayor desenfado.

Y esta sería, sin duda, la práctica del Gobierno, si no tuviese que plegarse á las influencias y recomendaciones de sus personales partidarios.

No obstante, tan deslumbradoras dotes, perjudican al pueblo en gran manera, porque le falta de peso y de profundidad lo que le sobra de brillantéz.

De esto proviene el que tomando las ilusiones por realidades, y lo ficticio por lo sólido, camina de error en error, y de utopía en utopía, perdiendo su vigor y consumiéndose lentamente en ensayos inútiles.

Las preocupaciones que lo agobian producen su malestar dando margen á las otras naciones para abusar grandemente de él.

Lleno de vanidad, prefiere que le llamen ilustrado, liberal, civilizado, magnánimo á que lo respeten grande, fuerte y rico.

Los extranjeros, que le conocen este lado débil, sacan adulándolo el mejor partido.

Como una de las preocupaciones del pueblo es la de hallarse más adelantado en ideas que los demás, lleva las cosas hasta la exageración.

Viendo la justa libertad que en Morania goza el bello sexo, y seducido por algunos escritores que proclaman la absoluta libertad de la mujer, lo tomó tan á lo serio, que declaró desde luego, que las mujeres tenían los mismos derechos civiles y políticos que los hombres.

Con semejante trascendental cambio, las costumbres comenzaron á modificarse: aparecieron nuevas exigencias sociales, y, en consecuencia, tuvo que reformarse la legislación.

El matrimonio se desacreditaba de día en día, y pronto fué cayendo en desuso.

Dedicadas las mujeres á todas aquellas ocupaciones ó industrias compatibles con su debilidad, se hallaron pronto en situación de poder subsistir por sí mismas y no quisieron perder su independencia.

Por otra parte, los hombres que no tenían derecho alguno para gobernar su casa, ni para contener los desmanes de las mujeres, huían del hogar lanzados por el caos que allí imperaba.

La ley, pues, tuvo que encargarse de proteger á la prole que quedó desamparada. El padre de un niño debía de asegurar á la criatura su mantención hasta que entrase á la edad de emanciparse, y tenía obligación también de darle la instrucción necesaria para que pudiese ganar la vida.

Esto se pactaba en los contratos temporales, que entre los dos sexos se formaban ante la autoridad.

Por supuesto que las señoras ricas, podían asegurar el dote de sus hijos eximiendo de esta obligación á los padres. De esto había numerosos ejemplos.

De consiguiente, los matrimonios indisolubles eran rarísimos. Solamente uno ú otro recalcitrante de aquellos que quedan siempre rezagados en las reformas sociales, quería conservar á todo trance la tradición y las buenas costumbres.

Puntualmente en los altos del local que ocupaba la imprenta del *Atribiliario*, vivía una familia que se había formado por medio de uno de los últimos matrimonios de que había noticia.

Con mil trabajos, el señor Don Rígido Machaca y su señora esposa Doña Cautá Pachorra, habían podido evitar hasta aquella época la disolución de su familia; mas para ello, habían tenido que transijir con las nuevas costumbres.

Tenían dos hijos, Tremendo é Inquieto, que no aparecían por la casa sino de tarde en tarde, y siempre con objeto de proveerse de lo que necesitaban.

Las hijas eran cuatro: Sentimental, Volable, Afectuosa é Hipocresía. Todas ellas eran guapas, aunque de tipos y caracteres diferentes como sus nombres lo indican.

Don Rígido había luchado heroicamente porque en su casa marchasen las cosas como se acostumbraba en los tiempos dichos de sus abuelos, y se había estrellado ante la energía con que las señoritas sus hijas habían defendido sus derechos.

Cansado de la obstinada lucha que tuvo que sostener, en la que no encontraba ni el apoyo moral de la señora Doña Cautá, hubo al fin que sucumbir cayendo aniquilado y sin fuerzas á los pies de sus hijas, que obtuvieron una espléndida victoria.

Aquel carácter de fierro acabó al fin por conformarse con que cada cual hiciera lo que le diera la gana, y se propuso él mismo dar el ejemplo.

Por la noche, aquella casa quedaba desierta. Don Rígido buscaba refugio en alguna de las sociedades ó academias científicas á que pertenecía; iba á oír las discusiones de la cámara, al teatro, ó á alguna lectura pública interesante.

Doña Cauta concurría con frecuencia á una de las casas de la vecindad á donde se jugaba, cosa á que la buena señora era muy aficionada.

Las muchachas volaban en distintas direcciones. Hipocresía tenía la pretensión de hacer creer que pasaba las noches en casa de unas santas señoras que se ocupaban en rezar ó en meditar y conferenciar sobre la Vida Eterna; si bien malas lenguas, que en ninguna parte faltan, se permitían decir que también concurrían á aquella reunión algunos devotos, de los que más censuraban las depravadas costumbres de la época.

Las otras chicas, con sus amistades, asistían á toda clase de diversiones; aunque el lugar de su predilección era un hermoso jardín que había en la gran plaza de Leridia que iluminado profusamente, lucía sus fuentes, sus estatuas y sus lindas flores.

En aquel paseo nocturno se reunía lo más selecto de la población.

Contenia aquella localidad elegantes *kioskos* y cenadores, donde se servían refrescos exquisitos, pasteles, dulces sabrosísimos y también cenas suculentas.

En grandes salones tocaban buenas orquestas acompañando á cantatrices y cantores de mérito: en otros se representaban ligeras piezas cómicas, y también había algunos destinados á bailes, á juegos permitidos, ó á sesiones de magnetismo ó de alta prestidigitación.

Agrupándose, pues, en aquel hermoso jardín, tantos elementos de placer, era naturalmente el lugar de cita de la alegre juventud.

Allí pasaban la mayor parte de la noche cuando el tiempo era bueno, las bellas leridianas, y muchas de ellas no se retiraban, hasta que la suave luz del crepúsculo comenzaba á anunciar la venida de la aurora.

En aquel lugar delicioso ocupaba yo mi tiempo con provecho observando las costumbres y gozando con multitud de aventuras picantes y risueñas, que podía fácilmente perseguir, y daba así tregua á los tristes recuerdos que me atormentaban, ya de la Tierra, ya del Valle de la Esperanza, donde me esperaba mi adorada Amparo.

Una de aquellas madrugadas, al retirarme á mi alojamiento, hallé la casa de Don Rígido sumergida en el mayor dolor. Doña Cauta y sus hijas lloraban á lágrima viva, mientras que Tremendo é Inquieto, llenos de furor, prorumpían en imprecaciones y amenazas.

Pronto me informé de la causa de aquel trastorno. Era el caso que en la noche anterior, al retirarse Don Rígido para su habitación fué asaltado por dos ladrones, que cuchillo en mano, le arremetieron audazmente con el buen ánimo de despojarlo de cuanto llevaba.

Pero Don Rígido, que según parece, no era hombre que se dejaba jugar las barbas, se defendió tan vigorosamente con su robusto bastón, y repartió tan furibundos garrotazos á diestra y siniestra, que logró contener el denuedo de los asaltantes.

Sin embargo, su fuerza comenzaba á gastarse y ya sus adversarios lo habían alcanzado varias veces con sus cuchillos aunque afortunadamente solo habían conseguido desgarrar la ropa.

Un momento más y Don Rígido sucumbía sin remedio, más hizo una casualidad que pasara una ronda y tomando cartas en la cuestión, llevóse á la cárcel á los contendientes á pesar de las protestas de Don Rígido.

El buen señor pasó el resto de aquella noche en compañía de los asaltantes y de otros criminales que se complacían en llenarlo de injurias y de befa, permitiéndose también algunas chanzas demasiado pesadas, que él no podía castigar por hallarse allí en absoluta minoría.

Este acontecimiento causaba la desesperación y el dolor de la familia de Don Rígido; pero algo calmada, resolvió que cada miembro de ella, fuera por su lado á buscar las influencias necesarias á fin de lograr la excarcelación del preso.

La relación del suceso me había llenado de curiosidad, por lo cual me propuse seguir todos los episodios que en el caso tuvieran lugar.

Aunque no sin trabajo, se hubo de conseguir que Don Rígido saliese en libertad bajo fianza, y un mes después se sentenció la causa.

El Juez resolvió, que:

Considerando;

Que Don Rígido Machaca no presentaba testigos del asalto de que acusaba á sus antagonistas;

Que si bien era cierto que su ropa se hallaba con varias cortadas hechas, al parecer con arma filosa, esto podía muy bien provenir de otras causas y no porque hubieran sido hechas por los que Don Rígido llamaba sus agresores; y aún también podía presumirse que él mismo las hubiese practicado con objeto de acriminar á sus contrarios;

Considerando, además:

Que Don Rígido no tenía en su individuo lesión alguna, mientras los acusados por él, podían mostrar las contusiones y cardenales producidos por los enormes trancazos que les propinó su acusador;

Que el bastón que Don Rígido usaba, debía considerarse como arma prohibida, por no ser necesario dentro de la ciudad usar de palos tan duros y tan pesados para apoyarse;

Que según los datos que arroja la causa, el que promovió la riña provocando á sus contrarios, fué Don Rígido, según las declaraciones contestes de sus contrincantes;

Que en consecuencia:

Don Rígido era culpable de las lesiones que sus acusados habían sufrido y de la calumnia que levantaba sobre ellos, acusándolos de asalto y conato de robo;

Por lo tanto:

Condenaba al referido Don Rígido á una fuerte multa en calidad de indemnización que habían de recibir los lastimados y como castigo del delito de haber atentado contra las personas sagradas de dos ciudadanos de la República.

Y por cuanto:

Que había calumniado á los mismos ciudadanos acusándolos de ladrones, sufriría Don Rígido seis meses de prisión, á menos que no se aviniese á pagar otra multa.

Don Rígido rabiaba; su familia rabiaba; rabiaban también sus amigos y conocidos; pero la sentencia se llevó á cabo con arreglo á la ley.

Yo estaba escandalizado del suceso, porque me parecía increíble que la protección que se debe dar á los ciudadanos allí resultara contraproducente, dejando inerte al hombre honrado y pacífico, y sirviendo de escudo al criminal á quien parecía que sólo aprovechaban las garantías.

Salieron los dos perillanes en libertad, contentísimos con la indemnización que recibieron y que gastaron en orgías; pero fué lo más doloroso del caso, que algunas noches después volvieron á atacar á su víctima, la que aleccionada por la experiencia, prefirió dejarse despojar de lo poquisimo que calculadamente llevaba, por salir así más barato el negocio y no exponerse á comparecer ante la justicia.

Uno de los más indignados amigos de D. Rígido, contó á propósito de lo ocurrido, una graciosa aventura que le había acontecido.

Fué el caso, que cierta noche se vió de improviso asaltado por

tres cacos, que lo dejaron ni más ni menos, que cuando ingresó al planeta que habitaba.

En vano imploró á gritos el socorro de la policía, que no apareció sino después de ocurrido el percance, siendo lo más divertido del asunto, cuando alarmado el pudor de la policía declaró escandalizada, que aquel caballero ofendía la moral pública en el triste estado en que se hallaba.

Ni las protestas que hacía de su inocencia, manifestando que había sido despojado de sus ropas, ni las magulladuras que exhibía á la luz de las linternas de sus aprehensores, fueron causa bastante para que aquellos empedernidos corazones se conmovieran.

A la cárcel fué á dar con su individuo el buen señor, de donde no logró salir sino á expensas del bolsillo que bonitamente exprimido, desembuchó una cantidad regular de monedas, en desagravio de la sociedad ultrajada.

Hechos semejantes á los relatados acontecían con frecuencia, por lo cual, la sociedad vivía en constante alarma sin contar un momento de reposo.

No era posible aventurarse á dar un paseo por los amenos sitios que rodean á Leridia, sin exponerse á un lance desagradable.

Con frecuencia se tenía noticia de robos y muertes ocurridas en los caminos y también dentro de la ciudad, y aun cuando fuesen aprehendidos los criminales no se conseguía remedio con eso; porque á poco tiempo se les veía pasear libres por las calles, y en el caso de que algunos fuesen castigados era con la filantropía y moderación que debe usar todo país civilizado con los degraçados que caen en el error.

Pero resultaba de semejante estado de cosas, que las familias que podían emigraban á otros países llevándose sus caudales; con lo que la nación se despoblaba y empobrecía diariamente.

Los extranjeros que llegaban á visitar la tierra, que eran pocos, y los que tenían allí negocios, procuraban terminar pronto y se ausentaban aun cuando tuviesen afecciones y simpatías por el país.

VIII

Otras de las causas que contribuían grandemente al malestar de la República era la xenomanía.

Aquel pueblo despreciaba toda obra hecha en Colura y solamente admiraba y usaba lo que venía de afuera.

Que Don Rígido no tenía en su individuo lesión alguna, mientras los acusados por él, podían mostrar las contusiones y cardenales producidos por los enormes trancazos que les propinó su acusador;

Que el bastón que Don Rígido usaba, debía considerarse como arma prohibida, por no ser necesario dentro de la ciudad usar de palos tan duros y tan pesados para apoyarse;

Que según los datos que arroja la causa, el que promovió la riña provocando á sus contrarios, fué Don Rígido, según las declaraciones contestes de sus contrincantes;

Que en consecuencia:

Don Rígido era culpable de las lesiones que sus acusados habían sufrido y de la calumnia que levantaba sobre ellos, acusándolos de asalto y conato de robo;

Por lo tanto:

Condenaba al referido Don Rígido á una fuerte multa en calidad de indemnización que habían de recibir los lastimados y como castigo del delito de haber atentado contra las personas sagradas de dos ciudadanos de la República.

Y por cuanto:

Que había calumniado á los mismos ciudadanos acusándolos de ladrones, sufriría Don Rígido seis meses de prisión, á menos que no se aviniese á pagar otra multa.

Don Rígido rabiaba; su familia rabiaba; rabiaban también sus amigos y conocidos; pero la sentencia se llevó á cabo con arreglo á la ley.

Yo estaba escandalizado del suceso, porque me parecía increíble que la protección que se debe dar á los ciudadanos allí resultara contraproducente, dejando inerte al hombre honrado y pacífico, y sirviendo de escudo al criminal á quien parecía que sólo aprovechaban las garantías.

Salieron los dos perillanes en libertad, contentísimos con la indemnización que recibieron y que gastaron en orgías; pero fué lo más doloroso del caso, que algunas noches después volvieron á atacar á su víctima, la que aleccionada por la experiencia, prefirió dejarse despojar de lo poquisimo que calculadamente llevaba, por salir así más barato el negocio y no exponerse á comparecer ante la justicia.

Uno de los más indignados amigos de D. Rígido, contó á propósito de lo ocurrido, una graciosa aventura que le había acontecido.

Fué el caso, que cierta noche se vió de improviso asaltado por

tres cacos, que lo dejaron ni más ni menos, que cuando ingresó al planeta que habitaba.

En vano imploró á gritos el socorro de la policía, que no apareció sino después de ocurrido el percance, siendo lo más divertido del asunto, cuando alarmado el pudor de la policía declaró escandalizada, que aquel caballero ofendía la moral pública en el triste estado en que se hallaba.

Ni las protestas que hacía de su inocencia, manifestando que había sido despojado de sus ropas, ni las magulladuras que exhibía á la luz de las linternas de sus aprehensores, fueron causa bastante para que aquellos empedernidos corazones se conmovieran.

A la cárcel fué á dar con su individuo el buen señor, de donde no logró salir sino á expensas del bolsillo que bonitamente exprimido, desembuchó una cantidad regular de monedas, en desagravio de la sociedad ultrajada.

Hechos semejantes á los relatados acontecían con frecuencia, por lo cual, la sociedad vivía en constante alarma sin contar un momento de reposo.

No era posible aventurarse á dar un paseo por los amenos sitios que rodean á Leridia, sin exponerse á un lance desagradable.

Con frecuencia se tenía noticia de robos y muertes ocurridas en los caminos y también dentro de la ciudad, y aun cuando fuesen aprehendidos los criminales no se conseguía remedio con eso; porque á poco tiempo se les veía pasear libres por las calles, y en el caso de que algunos fuesen castigados era con la filantropía y moderación que debe usar todo país civilizado con los degraçados que caen en el error.

Pero resultaba de semejante estado de cosas, que las familias que podían emigraban á otros países llevándose sus caudales; con lo que la nación se despoblaba y empobrecía diariamente.

Los extranjeros que llegaban á visitar la tierra, que eran pocos, y los que tenían allí negocios, procuraban terminar pronto y se ausentaban aun cuando tuviesen afecciones y simpatías por el país.

VIII

Otras de las causas que contribuían grandemente al malestar de la República era la xenomanía.

Aquel pueblo despreciaba toda obra hecha en Colura y solamente admiraba y usaba lo que venía de afuera.

Si por acaso algún artesano ó manufacturero, llegaba á fabricar algún artefacto con perfección y primor, se le desdeñaba y pagaba á vil precio, mientras que la obra extranjera aunque no fuese mejor en calidad ni en gusto, era preferida pagándose á mucho mayor precio.

Solía suceder que á varios productos del país se les tenía que poner *etiqueta* ó muestra extranjera para que pudieran ser vendidos, y había artesanos que enajenaban los productos de su industria en los establecimientos de los extranjeros, donde con tal carácter tenían buena demanda.

Hay que agregar á esto, que en el momento en que aparecía una industria nueva, el fisco la gravaba con tan fuertes contribuciones, que el desventurado que la había establecido tenía que cerrar sus talleres y perder el capital empleado.

Todo esto hacía que los hombres se dedicaran de preferencia á la política, único camino en el que con poco trabajo y mucha audacia se podía prosperar.

La situación, pues, de Colura era en extremo triste, y muchos hombres pensadores creían que si aquel pueblo no cambiaba de rumbo, pronto desaparecería del mapa como agrupación política independiente.

Una noche que me hallaba en el jardín de la plaza me pareció distinguir á lo lejos á mi simpática amiga Agitación; me lancé en su seguimiento y tuve el gusto de ver que no me había equivocado. Estaba como siempre fresca y risueña; no así el bueno de D. Pacífico que le hacía compañía y había enflaquecido notablemente.

Entraron los platónicos amantes en un cenador y pidieron de refrescar. Yo me instalé con ellos para averiguar por su conversación el estado á que habían llegado sus relaciones.

Agitación parecía muy contenta y satisfecha; pero D. Pacífico suspiraba con frecuencia, como si no se hallase conforme con la vida que llevaba.

Todo su anhelo era volver á Morania, y trataba de persuadir á Agitación para decidirla á emprender el viaje.

Le pintaba con colores brillantes, la pacífica vida que llevarían siendo esposos, en medio de una sociedad que los había visto nacer y los estimaba; rodeados también de sus familias y amigos. Le ponía el ejemplo de su hermana Conformidad que al fin había unido su suerte con Asiduo, según comunicaban sus últimas cartas, y la excitaba á entrar por fin en una vida de quietud y de paz.

Mas la traviesa joven contestaba con risas y chanzas á las pláticas formales de su novio, aplazando sin cesar el viaje que probablemente no tenía deseos de realizar.

Y era que la vida de movimiento y de libertad que había encontrado en las costumbres de Leridia, siendo el bello ideal que ella perseguía, la había cautivado completamente y no se sentía dispuesta por entonces á cambiar de domicilio.

Proponía á D. Pacífico verificar su enlace, aun cuando allí estaba casi en desuso el matrimonio, y establecerse en aquella ciudad tan llena de atractivos.

D. Pacífico escuchaba con horror semejante proposición, y como amaba tierna y sinceramente, á su prometida, no se podía conformar con ser su amante, única manera de conciliar su permanencia en aquel país, donde los maridos no tenían autoridad ni derecho de ninguna clase.

Después de un debate bastante animado, en que por una parte brillaba la chispa de una imaginación llena de viveza, la fluidez de un temperamento sanguíneo y el contento del bienestar, por la otra se notaba el cansancio de una lucha renovada siempre sin éxito favorable, las tristes ideas del que sufre casi sin esperanza, y el despecho de los celos abrumadores.

Agitación solía proponer á D. Pacífico que se volviese solo, ya que tanto extrañaba á Denor, porque ella se hallaba perfectamente en Leridia.

Pero el pobre hombre no tenía valor bastante, para separarse de aquella ilusión que había acariciado por tanto tiempo.

Ya muy avanzada la noche, los amantes, saliendo del jardín, tomaron el rumbo de su habitación.

Yo los seguí un rato gozando de la compañía de Agitación á quien tuve mucho gusto de volver á ver, y compadeciendo formalmente al bueno de D. Pacífico tan digno de mejor suerte.

Como que la conversación que tuvieron en el cenador me interesó, me propuse no perder de vista á tan singular pareja.

Tampoco olvidaba concurrir á la Redacción del *Atrabiliario*, donde pasaba ratos divertidos con las discusiones que allí tenían lugar, aunque también solía rabiarse con las inconsecuencias y bribonadas que presenciaba.

Aquel periódico defendía todas las causas por malas que fuesen con tal que de ello le resultara provecho: sin perjuicio, por supuesto, de atacarlas al día siguiente si así le convenía.

Sucedió que cierto D. Audaz de la Maula, se propuso dirigir una de las Secretarías de Estado, é hizo un convenio con *El*

Atrabiliario para que iniciara y sostuviera su candidatura; en el concepto, de que si lograba su objeto, recompensaría á la Redacción con una buena cantidad que aseguraba debidamente.

Era de ver cómo gemían las prensas del *Atrabiliario*, imprimiendo editoriales encomiásticos, acompañados con el retrato del Sr. de la Maula.

A ser creídos los señores redactores, el candidato que proponían, por sus virtudes nunca desmentidas, por su ciencia de todos conocida, y por su patriotismo siempre probado; debía levantar al país en poco tiempo de la postración en que se hallaba.

Como *El Atrabiliario* tenía mucha circulación y pertenecía al partido, aunque no al círculo que se hallaba en el poder, fué ayudado por todos los periodistas de su comunión, y á pocas semanas de abierta la campaña hubo de coronarse con el más brillante triunfo, conduciendo á D. Audaz al Ministerio.

Arregladas las cuentas y habiendo recibido su recompensa, "El *Atrabiliario*," que juzgaba concluido su compromiso, comenzó desde el siguiente día atacando furiosamente al nuevo Ministro con el mayor descaro.

No sólo se hablaba en la redacción del periódico de asuntos políticos, sino de las ocurrencias diarias de la capital; y también se dedicaban algunos ratos á la crónica escandalosa.

Por eso me instruí bien de lo que ocurría, sin necesidad de indagarlo en la calle.

Muchas anécdotas curiosas se referían; una de ellas me quedó fija por relacionarse con el modo de ser de aquella sociedad.

Cerca de la imprenta vivía una rica banquera, que con arreglo á la ley dotaba á los hijos que tenía de sus efímeros matrimonios; porque siempre había preferido maridos que escogía entre los más gallardos jóvenes de la clase media, aunque incapaces, por otra parte, de dotar á sus hijos.

Aquella señora hizo construir en su palacio, un elegante departamento á propósito para criar y educar á sus niños que ya eran numerosos.

Tenían los chicos toda clase de comodidades y cuidados, con muchos criados que los servían; y era directora y superintendente del establecimiento una respetable matrona.

La banquera, libre de los cuidados de la prole, podía dedicarse con tranquilidad á los negocios de su casa, destinando solamente algunos ratos del día y de la noche para visitar á sus hijos y proveer á sus necesidades ó sus deseos.

Casos semejantes había producido la ley que emancipaba

completamente á la mujer. Es verdad que no existía la poliandria, propiamente dicha, puesto que la mujer no vivía bajo el mismo techo con varios maridos; pero era cosa que se le parecía mucho, porque pocas veces se daba el caso de que una mujer tuviese varios hijos del mismo marido.

Respecto de la prole de la gente pobre no le alcanzaba el beneficio de la ley, pues que siendo los hombres insolventes no podían cumplir con los compromisos que contraían; de lo que resultaba que había gran número de chicuelos abandonados, que el gobierno no podía alimentar ni educar, sirviendo solamente de amenaza á la sociedad para un porvenir no remoto.

Aquellas gentes decían que todo marchaba á las mil maravillas, habiendo llegado la sociedad á la mayor altura de perfección; aunque yo por mi sé decir que todo me parecía estar en el mayor desbarajuste.

Con alguna frecuencia acompañaba á Agitación y á D. Pacífico en sus correrías. La primera parecía gozar de la mayor dicha si había de juzgarse por la animación y alegría de su semblante; mientras que el segundo, meditabundo y triste, parecía agobiado por la pena.

Es verdad que habiéndose adelgazado, no se fatigaba tanto al seguir á su amada, si bien siempre hallaba dificultades por la cortedad de sus piernas.

Un día la emprendieron al campo, á un hermoso bosque cercano á la ciudad donde abundaban pintorescas perspectivas.

Rocas caprichosamente colocadas figuraban ruinas de antiguos castillos, colosales obeliscos ó fantásticas estatuas.

Cascadas de fresco y trasparente líquido, bajaban saltando de peña en peña, formando después arroyuelos que fertilizaban el campo dándole constante verdor.

Lagos apacibles, inmóviles como grandes espejos, retrataban en sus cristales la vegetación de las orillas ó de los islotes cubiertos de espadañas.

Grutas misteriosas con colgaduras de brillantes estalactitas ofrecían fresco y romántico albergue á los pasadores que au-
yentaba el Sol.

Pabellones formados por vigorosas enredaderas afianzadas en las ramas de los árboles, remedaban salones campestres propios para los placeres del baile ó para los goces de la mesa.

En uno de estos improvisados comedores, sentados sobre la verde yerba, Agitación y Don Pacífico se entregaron con apetito á la grata ocupación de consumir un suculento almuerzo, que sus criados habían llevado.

Levantada la mesa, que consistía en una estera fina y un limpio mantel, los criados se retiraron.

Entonces Don Pacífico, recostado bajo de un árbol y en un sitio protegido por la sombra, manifestó formalmente su deseo de hacer allí la digestión solozándose al mismo tiempo con la contemplación de tan bellu lugar.

Agitación pareció en esta vez dispuesta á complacerle, y tomando una postura semejante á la de su compañero, junto á un tronco inmediato, comenzó á disertar muy discretamente sobre la vida deliciosa que se ha de pasar en el campo en la observación y estudio de la Naturaleza, el reposo del cuerpo y la dulce calma del espíritu, lejos del torbellino del mundo y de la eterna lucha con la sociedad.

Absorto la escuchaba Don Pacífico abriendo tamaños ojos, porque en su anhelo creía en la milagrosa trasformación de su amada, tanto que no se atrevía á interrumpirla temiendo que la caprichosa joven diese otro giro á sus ideas.

Agitación, que notó el efecto que producía su discurso, se propuso divertirse un rato á expensas de su novio y continuó haciendo descripciones entusiastas de la vida campestre: habló tanto y tan sin resuello, amontonando cuadros sobre cuadros tan parecidos y monótonos que acabó por hacer que Don Pacífico se durmiese profundamente.

Este resultado no dejó de contrariar á la locuaz oradora, mas no obstante dejó tranquilo al durmiente mientras inventaba alguna travesura, para vengarse de tan grave falta de atención.

No tardó mucho en hallar lo que deseaba. En la orilla de un lago inmediato había atracadas algunas piraguas en las que solían pasear los visitantes del bosque, y se le ocurrió dar un paseo sobre el líquido elemento.

¡Señor Don Pacífico! dijo con fuerte voz, acercándose al hombrecillo y dándole una gran palmada en el hombro: ya ha dormido usted demasiado, y por cierto que no hemos venido aquí para dormir.

Vamos, levántese usted para continuar nuestro paseo.

—¡Ay! que feliz era yo en este momento, dijo el novio suspirando, después de restregarse los ojos, y conocer su posición.

Soñaba que nos hallábamos en Denor: que había comprado una hermosa quinta en las cercanías de la ciudad donde nos hallábamos pasando el verano: veía lleno de júbilo, dos niños preciosos que jugaban á nuestro derredor y le decían á usted mamá; pero usted me ha despertado y mi dicha ha concluido tal vez para siempre. Y el pobre hombre lanzó un profundo suspiro.

No hay que desalentarse, amigo mío, dijo Agitación; yo le protesto que pronto realizaremos esos ensueños.

—¡Pero cuándo, amor mío, cuándo!

—Muy pronto; tal vez antes de lo que usted piensa.

—¿De veras, Agitación? dijo Don Pacífico, levantándose de un salto y besando fervorosamente las manos de su amada.

—Lo dicho, Señor Don Pacífico; pero ahora lo que interesa es concluir el día haciendo una excursión por el lago.

—Cuanto usted quiera, Agitación; estoy dispuesto á todo: y dando el brazo á su compañera echó á andar aquel hombre con un desembarazo y una gallardía nunca vista.

Yo no sé si la traviesa joven hablaba formalmente en aquella vez, ó si trataba de divertirse como otras ocasiones; pero es lo cierto que su fisonomía no revelaba entonces ningún signo de ironía.

Llegada á la orilla del lago la feliz pareja, entró en una pequeña embarcación donde apenas cabía.

Agitación tomó un remo y, como era voluminosa, á poco que se inclinaba, la barquilla oscilaba de un modo alarmante: ella de propósito hacia que produjera mayores vaivenes para divertirse con las gesticulaciones de Don Pacífico; éste nunca había estado tan contento: su rostro radiaba de felicidad y aun me pareció que la inquieta joven lo notaba con satisfacción.

En esto la barquilla llegaba hasta la mitad del lago, y aquellas soledades resonaban con las alegres risas de los dichosos amantes.

Cuando más contentos estaban, un enorme galápago sacó su deforme cabeza cerca de la barquilla.

La aparición inesperada del monstruo asustó á Agitación que soltó el remo, y como el animal se lanzase sobre la piragua, Don Pacífico quiso detenerlo con el suyo, que resbalando sobre la abovedada concha del horrible anfibio, este chocó con la embarcación y pasando por debajo de ella la volcó haciéndola zozobrar.

Lo que yo sentí al ver que se hundían los dos amantes fué terrible; tanto más, cuanto que allí no tenía posibilidad de salvarlos como cuando ocurrió la rotura del globo.

En vano fueron, pues, mis afanes y mis congojas. Los amantes aparecieron abrazados en la superficie por un momento y después se sumergieron para no salir más.

Aquel pérfido lago, donde poco antes se escuchaban las risas de contento de los dos jóvenes, permanecía en un silencio pavoroso.

Consumada la desgracia, me volví para la ciudad, triste y apenado, discurriendo sobre lo pasajero é inestable de las dichas humanas.

Iba afligido sin hacer caso de lo que me rodeaba, cuando antes de llegar á mi alojamiento una vocería y gran tumulto me hicieron salir de mi concentración.

Era el caso, que el pueblo amenazaba la tienda de un comerciante que acostumbraba adulterar los comestibles con sustancias nocivas; por cuya causa se habían producido algunas enfermedades.

La policía que entonces, cosa rara, había llegado oportunamente, distribuía golpes á diestra y siniestra para dispersar la multitud, sin acordarse de las garantías que otorgaba la ley á los libres ciudadanos de Colura, cuyas personas debían de ser poco ménos que sagradas.

Un tribuno muy popular se encaramó en un guarda-cantón y encarándose al oficial que mandaba la policía tomó con entusiasmo la defensa del pueblo por el atropello que acababa de sufrir.

El oficial contestó que aquel grupo de amotinados trataba de efectuar un ataque á la propiedad, y que él se hallaba en el deber de defender al agredido.

¿Y qué ¿no es ataque á la propiedad, preguntó el tribuno, que el comerciante robe al pueblo adulterando los efectos?

¿Y no es ataque grave contra la seguridad personal el enfermar á los ciudadanos con las adulteraciones, exponiéndolos tal vez á la muerte?

Eso no es de mi cuenta, contestó el oficial: vivimos en un país libre y todo ciudadano puede obrar como mejor le acomode. Este sagrado derecho está consignado en el Código, y no hay razon para coartar la libertad del comerciante.

No se obliga al pueblo á proveerse de determinada casa: si en una halla que se venden efectos de mala calidad, puede proveerse de otra.

Aquellas razones parecieron sin duda concluyentes á los que las oían, porque la multitud se dispersó silenciosa y conforme. No así yo, que me fui protestando en mis adentros contra semejantes doctrinas, porque si el derecho propio acaba en donde empieza el ageno, el comerciante no podía estar autorizado por ninguna ley para atacar la salud y la propiedad de los consumidores, y en caso de falta la autoridad debía de corregirlo.

Pero en Leridia se veían las cosas de tan rara manera, que era excusado que yo me rompiera la cabeza, en quererlas arreglar.

El fin trágico de mis amigos, y las cosas tan extrañas que veía, dispusieron mi ánimo de tal suerte, que resolví ausentarme de aquel país.

Sin pesar dejé á los moradores de la casa de Don Rígido y la imprenta del "Atrabiliario," y lanzándome á los aires fui á recorrer nuevos países.

IX.

Como había visitado las dos regiones principales del Planeta Venus, poca cosa encontré en las otras que lo forman, digno de atención.

Unicamente la merecía la pequeña isla de Tipusalda, colocada precisamente bajo el Ecuador, en donde habitan los hombres más porfiados y testarudos que se puede imaginar.

Desde tiempo inmemorial se ocupan en disputas sobre ciertas cuestiones, en las cuales ningunos de los bandos en que se hallan divididos quiere ceder.

Como el clima es cálido y la tierra produce generosamente todo lo necesario para el sustento, los caballeros que en la isla viven pueden holgadamente dedicarse á sus disputas, sin que la necesidad de trabajar pueda desviar de ellas su atención.

Pretenden los que forman uno de los grupos antagonistas, que en el universo solamente existe materia; la que trasformada en luz, calor y movimiento produce cuantos fenómenos están á la vista: hace que giren los planetas, que vegeten las plantas, que vivan, sientan y piensen los animales, y que sufran, gocen, amen y analicen los hombres.

Por lo tanto, la vida no es más que un accidente sin consecuencia, que termina sin dejar huella alguna, cuando la materia entra en descomposición.

Para ellos, los organismos más complicados, sábiamente calculados y dispuestos, fueron creados por un ente ciego é inconsciente á quien llaman Naturaleza y otras veces casualidad.

Sus contrarios los llaman blasfemos y argumentan poniendo de manifiesto las maravillas operadas en las plantas y en los animales, en los que parece que cada uno de sus componentes ha sido creado después de un detenido y minucioso examen y de una resolución tan sábia y acertada de que nunca hubiera sido capaz el cerebro del hombre más inteligente ni los cerebros de todos los hombres juntos.

Y de estas consideraciones deducen que si con la materia se pue-

den obrar semejantes prodigios, es forzoso, es preciso que exista una gran inteligencia que la dirija, una gran voluntad que la gobierne y un gran poder que ejecute los designios de esa voluntad; y que nada importa que á este conjunto de atributos le llamen los contrarios Naturaleza ó de otra manera, pues siempre resultará la existencia de un gran sér que rige el Universo.

Pero los otros no se dan por vencidos y no quieren convenir en que pueda existir algo que tenga voluntad, poder y sabiduría para gobernar los mundos.

A esto contestan sus antagonistas que admitiendo semejante teoría vendría á resultar que el máximo de inteligencia que habría en toda la creación residiría en el hombre; cosa que no podían aceptar, porque siendo tan limitada la capacidad de tal bipedo, obraría muy poco en favor de aquella naturaleza que ha creado tantos prodigios, que en materia de inteligencia no hubiera podido hacer cosa mejor.

Por otra parte, decían, si comparamos el mundo material con el intelectual y vemos que el planeta que nos sustenta, no es el único ni el mayor, ni el más luminoso del espacio sino que al lado de su pequeñez se dilata una extensión infinita, poblada también de un número infinito de soles y de orbes; de la misma manera la inteligencia debe también dilatarse infinitamente, de donde se deduce que el hombre no puede constituir el tipo perfecto de la inteligencia y que deben existir seres superiores á él.

Ahora bien; si existen seres más inteligentes que el hombre, ¿quién podrá asignar el límite donde se detiene el espíritu inteligente, siendo así, que tampoco puede asignársele á la materia?

Y si á la inteligencia no puede asignársele límite, tendríamos que convenir en que deberá existir una cadena, que de eslabón en eslabón, aumentará en progresión geométrica hasta que el último llegue á un máximo que no pueda ser superado.

Este último eslabón, según la opinión de aquellos sabios, sería la Inteligencia que rigiera y gobernara todas las cosas.

Sus contrincantes se reían á dos carrillos de aquellos argumentos y decían, muy satisfechos, que nunca habían visto los seres superiores de que les hablaban y que mientras no se los mostraran jamás creerían que podían existir.

Los del opuesto bando amostazados un tanto por las risas con que los otros acompañaban sus réplicas, los increpaban diciéndoles que eran unos fátuos en creerse los únicos seres pensadores de la creación.

En cuanto á mí me daban ganas de darles de coscorrones para enseñarles que podía existir algo que no podían ver.

De tan acaloradas discusiones resultaba que muchas veces los contendientes se iban á las manos, y se encendía en la isla una guerra civil desastrosa, que duraba hasta que el casancio restablecía la paz.

Fastidiado de aquellas disputas interminables y sin resultado provechoso, me lancé á los aires abandonando la famosa isla y me diriji á Denor.

Allí visité de despedida á la familia de Don Austero, adolorida por la pérdida de Agitación y de Venturosa; pero encontré á Conformidad resignada y feliz con su esposo.

Visité también la alquería que me dió albergue cuando descendí al mundo de Vénus, y diciendo adios á la feliz República de Moronia, salí de la atmósfera del planeta y me dirigi á la Tierra á donde llegué lleno de júbilo por ver á mis antiguos amigos y conocidos, y con la idea de trabajar para establecer las cosas buenas que aprendí en mi viaje.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

VUELTA A LA TIERRA

I

¡Oh, y cuánto habían cambiado las cosas en nuestra Patria, desde el día en que partí para el Planeta Venus!

Acontecimientos nunca vistos ni imaginados por ningún político, se habían realizado en pocos años en la tierra clásica de la inestabilidad.

Tres grandes potencias europeas se habían coaligado para traer la guerra a la débil República Mexicana. ¡Y cosa increíble! Aquellas orgullosas naciones, una después de otra, tuvieron que retirar sus ejércitos sin gloria.

Los conservadores, que tanto trabajaron porque se realizara aquella intervención, y tanto contribuyeron para llevarla a cabo, quedaron corridos y humillados; y muchos liberales prominentes de ideas más avanzadas, ofrecieron también sus servicios al imperio efímero que pretendió imponer la Francia, única potencia de las que firmaron la convención de Londres, que quiso correr por su cuenta la aventura.

Escenas semejantes a las que tuvieron lugar durante la guerra de Reforma, se repitieron en toda la extensión del país.

Los franceses, que se exasperaban con una resistencia que no podían dominar, quisieron obtener la pacificación por medio del terror, olvidando, sin duda, la historia del Pueblo Mexicano que jamás se ha dejado intimidar por semejante medio.

Comenzaron por fusilar a los prisioneros de guerra; ellos, cuyos prisioneros fueron tratados hasta con cariño por los mexicanos.

De las Cortes Marciales, establecidas con el pretexto de juzgar á los malhechores, hicieron un instrumento de muerte y exterminio para los que reputaban sus enemigos.

A pesar de tan terribles procedimientos, las armas francesas se mellaban en tan porfiada lucha, sin conseguir su objeto.

El génio francés se impacientaba al ver la inutilidad de sus esfuerzos y de su cólera.

Y desde el otro lado de los mares, el Poderoso Monarca que regia los destinos de la Francia, veía con pavor que la lucha se prolongaba indefinidamente; que sus ejércitos, sus recursos se consumían, y que no había esperanza de salir con honra de tan complicada situación.

Mientras así se hallaban las cosas en América, en Europa la política se complicaba, y gruesas nubes comenzaban á amontarse en el horizonte del segundo Imperio.

Para mayor pena, los Estados Unidos, que habían terminado su guerra colosal, invitaban cortesmente á Napoleón III, á que retirase sus tropas de México; advirtiéndole, con mil consideraciones de amistad, por supuesto, que si tal cosa no hacía, podría suceder muy bien que más tarde tuviera que guerrear con ellos.

La expectativa de una guerra tan distante con una nación tan poderosa, y la posibilidad de verse obligado á sostener, tal vez, otra guerra en Europa, no podía ser más terrible, y Napoleón III, temeroso de tan tremenda complicación, optó por obsequiar los deseos del Norte Americano.

En consecuencia, las tropas francesas comenzaron á ejecutar en retirada, una marcha de concentración sobre la Capital de la República, para poder desde allí descender á la Costa del Golfo para embarcarse en Veracruz, diciendo adiós para siempre á la bella tierra de Anáhuac.

Nada provechoso ni brillante había obtenido la nación francesa, con la invasión de México.

Antes de la guerra, los franceses vivían entre los mexicanos como en su propia casa; gozaban de amistad y distinción sobre todos los extranjeros, y su influencia era notable.

Si la Francia, en vez de traer á México dos guerras injustas y de vivir siempre amenazando con ultimatus y bloqueos, y con interminables reclamaciones, hubiera comprendido que podía sacar más ventajas con ayudar al desarrollo del comercio, de la industria y á la emigración de sus hijos á la tierra hospitalaria de los Moctezuma, ella gozaría actualmente de mayor influen-

cia de la que perdió, sacaría ventajas de la explotación del país y hubiera contribuido á su engrandecimiento.

Desgraciadamente, los políticos franceses, puesta la mira en detener los avances de los Estados Unidos, tuvieron la peregrina ocurrencia de procurar tan grande resultado debilitando y empobreciendo á México.

En fin, ellos pagaron caro su error, y ahora los soldados franceses regresan á su patria, sin llevar en las sienes los verdes laureles de la gloria.

Y mientras que ellos bajan silenciosos las elevadas cordilleras, para acercarse á la orilla del mar en busca de los bajeles que los han de conducir á su patria; yo seguiré escribiendo estos apuntes, que te dedico, caro amigo, en cuanto concierne al círculo que á ambos nos es conocido y cuyas primeras noticias debemos al travieso duende.

Como tendré que dedicarme asiduamente al trabajo, para ayudar á terminar la crisis por que pasa la Nación; y una vez terminada, al desarrollo de las ideas que adquirí en Venus, no extrañarás que termine estos apuntes con el epílogo de las historias que al principio dejo bosquejadas.

Voy, pues, á concluir con la relación de lo que á nuestros principales conocidos ó amigos les aconteció durante el tiempo que duró mi excursión interplanetaria.

II

Cuando el guapo Carlos Peñasquisa tuvo segura á su adorada Anita en la casa de D. Tito Cazorro, se ocupó en dar los pasos conducentes á fin de lograr el consentimiento de la familia Bullanga, para efectuar su enlace con la linda joven; pero todo fué en vano, y ya sin esperanza de conciliación, se resolvió á obrar con la entereza y energía que sin cesar le predicaba su amigo Fabián.

Como Anita era ya mayor de edad, el juez de lo civil no pudo inconveniente para efectuar el matrimonio, que después de llenar los requisitos de la ley, tuvo lugar en la iglesia.

La Sra. Doña Gertrudis Rocaviva de Peñasquisa, madre de nuestro amigo Carlos, recibió á su nueva hija con la bondad y el cariño que eran en ella geniales; y Anita, que encontró en la señora una madre llena de ternura, se manifestó como una hija amabilísima.

En las frecuentes ausencias de Carlos, que tenían lugar á con-

secuencia de la guerra civil, que ardía en aquella época, en un radio poco distante de la capital; las dos señoras que habían simpatizado y que poseían excelente corazón, se consolaban en sus amarguras y sobresaltos, producidos por los acontecimientos que tenían lugar.

Así pasó un año, y Carlos tuvo el vivo placer de verse reproducido en una preciosa niña que llevó a bautizar Fabián Corrales, y le puso por nombre "Consuelo", en memoria de la mujer que causó su primer amor.

Si las circunstancias por que el país atravesaba, no hubieran sido tan fatales; si la guerra con todos sus horrores no atormentara tan atribulada nación; la casa de Carlos fuera la mansión de la felicidad.

La paz más perfecta, el cariño más tierno y sincero, se albergaban bajo el techo que cubría aquel pequeño grupo de seres bondadosos, que con frecuencia iba a contemplar lleno de entusiasmo el escéptico Fabián. Mas las ausencias de Carlos, venían a llenar de zozobra y amargura el alma sensible de aquellas señoras, que con distinto, pero con inmenso amor, lo adoraban.

Llegó en esto la malhadada intervención, y con ella los primeros acontecimientos marciales.

Carlos tuvo la gloria de batirse el 5 de Mayo en Puebla y a la caída de aquella ciudad en el año siguiente, pudo evadirse e incorporarse al Ejército Nacional.

La toma de Puebla por los franceses y la derrota de la primera División del *Cuerpo de Ejército del Centro*, ocasionaron, con otras fatales circunstancias, la evacuación de la capital de la República.

Carlos, separándose de los seres más queridos de su alma, su madre, su esposa y su hija, marchó con el ejército.

La despedida dolorosa que tuvo lugar no es para describir. Las lágrimas corrieron a raudales; las demostraciones más patéticas abundaron; cuando llegó el terrible momento, Carlos, con un acto supremo de energía, huyó de los brazos que lo encadenaban, para acudir al llamamiento de la Patria.

Fabián, que presencié tan conmovedora escena, quedó encargado del cuidado de la familia, ofreciendo a su amigo velar con tierna solicitud por ella.

Desde aquel día, las noticias de Carlos se hicieron raras y contradictorias: unas veces se le suponía en lejanas tierras: otras se creía que se hallaba a las inmediaciones de la capital.

Muy de tarde en tarde se recibía algún papelito en el que él había escrito unos cuantos renglones para la familia.

Una vez se supo que a la cabeza de un destacamento había derrotado a una partida de zuavos.

Luego, pasó mucho tiempo sin que se oyese hablar de él.

Una noche, cuando menos se esperaba, se presentó Carlos de improviso en su casa.

Con mil precauciones, logrando burlar la vigilancia de los franceses, se había introducido disfrazado a la capital.

El gran deseo de ver a las prendas queridas de su corazón, le hizo exponerse a los mayores peligros.

Gusto, miedo, abrazos, reconvenciones, caricias, lágrimas, besos, súplicas para que se marchase, brazos que lo sujetaban para detenerlo; tal era la recepción de que Carlos fué objeto.

Las mil pasiones encontradas que se anidaban en aquellos espíritus gozosos a la vez y atribulados, producían aquellos efectos que bien se parecían a la locura.

Sin duda que inconscientemente se hubiera cometido alguna imprudencia por aquellas excelentes personas, que tal vez hubieran comprometido la existencia de Carlos; por fortuna llegó Fabián, y él, que poseía la única inteligencia serena en aquel barullo, pudo determinar lo conveniente para evitar una catástrofe.

Aunque no sin mucho trabajo, consiguió que Carlos se separase de su familia, con lo que tuvo lugar otra escena sentimental; y sacando al imprudente mancebo de la casa (aprovechando la oscuridad de la noche), lo condujo en su cupé a orillas del canal de la Viga y lo ocultó en la curtiduría de un amigo.

Allí permaneció el joven todo el día siguiente, hasta que a la caída de la tarde pudo embarcarse en una canoa trajinera, que logró pasarlo de la garita y conducirlo a Xochimilco.

Desde aquel pueblo marchó en la misma noche a incorporarse a una guerrilla que se hallaba cercana, y después pudo reunirse con la fuerza a que pertenecía.

Mientras tanto, en México se había divulgado la llegada de Carlos y la policía lo buscaba activamente.

Después de haber cateado la casa de Doña Gertrudis, cateó también la de Fabián, cuya amistad con el *Chinaco* era bien conocida, y la persona de Corrales tachada como desafecta al orden de cosas que imperaba.

La prudencia de Fabián salvó en aquella ocasión a la interesante familia de su amigo de la mayor tribulación; porque era

evidente que si Carlos hubiese sido aprehendido, la Corte Marcial lo hubiera sentenciado á muerte.

Después de estos acontecimientos, que por la ligereza de Carlos pudieron ser funestos, se pasó mucho tiempo sin que se supiese la suerte que el joven había corrido.

Un día supo Fabián con terror, que Carlos y otros oficiales cayeron prisioneros, después de sostener un reñido combate, en poder de los franceses, y que éstos les aplicaron la famosa ley de 3 de Octubre, que declaró bandidos á los defensores de la República, condenándolos á ser pasados por las armas.

El noble espíritu del escéptico se afectó dolorosamente al pensar en la penosa impresión que tan funesta noticia iba á causar en la familia de su amigo Carlos.

Todo su cuidado, todo su afán, era el evitar que tan sensible acontecimiento fuese conocido por las personas interesadas; aunque por muchos esfuerzos que hiciera un día ú otro llegarían á saberlo.

Aquel aciago día llegó. Fabián fué llamado á la casa que encontró hundida en el mayor dolor, y tan perfectamente enterada la familia de lo acaecido, que no era posible negarlo.

La señora de Peñasquisa se refugió en una cristiana resignación, mas á pocos días cayó en cama.

Anita, que no podía dominar su dolor, prodigaba no obstante, á su buena madre, los más tiernos cuidados.

La virtuosa señora no pudo resistir las consecuencias de la terrible emoción que había sufrido, y murió en los brazos de su querida hija.

Este nuevo golpe, colmó la medida del sufrimiento de la simpática é interesante Anita, y le hizo perder la razón.

No siendo posible el atenderla en su casa, por los frecuentes accesos de furor que sufría, fué preciso conducirla al Hospital del Divino Salvador.

Fabián se halló, pues, con su ahijada la pequeña Consuelo, completamente desamparada. Tomóla en brazos y se dirigió á la casa de D. Roque Bullanga.

Aquella familia, orgullosa y vana, se negó á recibir en su seno á la criatura, con el pretexto de que la madre había abandonado el hogar paterno fugándose con un hereje.

Nada fué bastante para hacer entrar en razón á aquella gente. Fabián, después de haber agotado todos los medios decorosos, salió consternado dirigiéndose de allí á dar los pasos necesarios para adoptar como hija á la desgraciada huerfanita.

Desde entonces Consuelo es el encanto del buen Fabián, por-

que su corazón se halla lleno de un acendrado cariño por la hija de sus amigos.

Con frecuencia lleva á la niña á ver á la madre, que la recibe en los momentos de lucidez con las más delicadas caricias y las expresiones más dulces; pero suele suceder que la desdichada señora se enfurece repentinamente, y Fabián, con los ojos rasados de lágrimas, se retira llevándose á Consuelo.

III.

La retirada del Ejército Francés produjo el mayor desaliento en las fuerzas imperialistas, las que perdiendo día por día terreno, eran empujadas sin cesar hacia el corazón de la República.

Desde los confines de Jalisco, replegándose primero á Colima, y luego á Michoacán, sosteniendo frecuentes combates, hostilizada sin descanso, y sin poder hacer pie en parte alguna, se retiraba una sección de tropa que conservaba aún el rumboso título de brigada.

Aquella fuerza la mandaba el general Carrasquedo, imperialista lleno de entusiasmo, que en aquellos criticos momentos había disminuido notablemente, pues nada menos se ocupaba en hallar un medio para reconciliarse con la República.

Será conveniente que sepas cómo el amigo Carrasquedo, de fiero republicano que era al terminar la guerra de Reforma, se convirtió en furibundo imperialista.

Al anunciarse la intervención, muchos creyeron que había sonado la última hora para la República; que la acción de Europa en nuestro país sería constante y decisiva, y que toda resistencia pecaría de temeraria é inútil.

Aun después de disuelta la coalición se confiaba mucho en la reputación que precedía al Ejército Francés, siempre victorioso, así como en el poder y la firmeza de S. M. Napoleon III.

De aquí dimanó que mucha gente, que toma la política como un medio para prosperar, abandonó sus antiguas creencias, se unió á las huestes invasoras, y entró á la capital, victoriosa á la sombra de extrañas banderas.

Uno de tantos fué Carrasquedo; si bien es menester hacerle la justicia de decir que fué de los primeros que se presentaron al enemigo en Orizaba.

Ocupado México, Carrasquedo quedó en *disponibilidad*, cosa que lo decepcionó grandemente; mas como las armas de la República corrían por entonces mala suerte, hubo el general de conformarse con la suya.

Sin embargo, formaba parte de cierto grupo de descontentos, de aquellos que se hallaban en el mismo caso, quienes criticaban ácervamente, tanto las disposiciones del nuevo Gobierno, como las operaciones del Ejército Francés, sus costumbres y la conducta no muy ordenada que muchas ocasiones observaba en campaña.

Clamaba con sus compañeros por la pronta organización de un Ejército Imperial Mexicano, cosa que contrariaba tanto Bazaine; y deseaba la retirada de los franceses, porque decía, que con el Ejército Nacional había de sobra para sostener el Imperio.

Cuando se conoció en las elevadas regiones de la política la voluntad irrevocable de Napoleón, de hacer retirar sus soldados de México, entonces pensó el gobierno seriamente en la organización del Ejército Imperial.

Con este motivo, se ocurrió á los generales, jefes y oficiales que se hallaban en *disponibilidad*, quienes fueron enviados en todas direcciones para levantar tropas y conducirlos al combate.

Entonces fué cuando Carrasquedo marchó á Jalisco y se hizo cargo de las fuerzas que á la sazón mandaba.

La tropa lo seguía con repugnancia, porque las escaseces que sufría, eran atribuidas á la avaricia del General, que mermaba en su provecho los recursos que los pueblos le proporcionaban para sus soldados.

También el carácter áspero, el genio irritable de Carrasquedo, y el poco tacto con que trataba á sus subordinados, con quienes, á veces, llegaba hasta la crueldad, eran motivos de gran disgusto.

A todas aquellas causas de descontento vino á aumentarse otra, y fué, que comenzó á divulgarse que el General estaba en *tratos* con el enemigo para *entregar la fuerza*.

Daba verosimilitud á tales rumores, que la tropa se hallaba campada en un cerro sin que el enemigo que se encontraba bien cerca la hostilizara: pero que si aumentaba en número diariamente amenazando cortar la línea de retirada.

Se decía, además, que el General salía del campo durante la noche y que tenía conferencias con personas sospechosas.

Todos aquellos diceres, tenían los ánimos en la mayor exaltación, no faltando mas que un acontecimiento cualquiera para producir una explosión.

Tal caso no tardó en presentarse.

Un destacamento de caballería que había sido enviado á practicar un reconocimiento, se pasó al enemigo, y no faltó alguno que dijera que al obrar así obedeció á instrucciones del General.

Esto colmó la medida. La tropa, cansada de sufrir; aburrida de una larga y penosa campaña; deseosa también de recobrar su libertad para volver á sus hogares, se dejó seducir por algunos ambiciosos que nunca faltan en semejantes circunstancias.

Una noche, al grito de *viva la libertad y muera el hambre*, la tropa se sublevó sacrificando en su furor á cuantos quisieron contenerla.

La mayor parte de la gente se dispersó, y solamente una corta porción, con algunos jefes y oficiales se pasó á los republicanos.

Al día siguiente, cuando éstos levantaron el campo, se halló entre los muertos al General Carrasquedo.

Tal fué el fin desgraciado del que por tanto tiempo traficó con los partidos y con la Nación en su provecho.

No será por desventura el último que siga semejante camino.

IV.

La mansión de Doña Natalia Lizárraga no había sufrido variación sensible con el nuevo orden de cosas establecido por los franceses.

Si antes era visitada por puros, moderados ó conservadores, según la época; luego acudían á ella los imperialistas: aunque bien mirado muchos de los concurrentes eran los mismos, porque con pocas excepciones, los tertulianos de Doña Natalia solían acomodarse fácilmente á los cambios políticos que tenían lugar.

Así era, que los rostros que se veían en los salones de la viuda poco variaban aun cuando cambiaran los gobiernos.

Es verdad, que con los últimos sucesos habían ingresado varios de los conservadores que se hallaban en el extranjero, y volvieron al país á la zaga del Ejército Francés, y también algunos militares y empleados que á él pertenecían.

Por lo que hace á la persona de Doña Natalia, no pudiendo ser insensible á los estragos del tiempo, había desmejorado notablemente en los años trascurridos; y aunque ella procuraba corregir con el adorno y por otros medios cuanto le era posible el deterioro sufrido, poco ó nada lograba conseguir.

Su moral se hallaba quebrantada; su humor se iba haciendo agrio, y sufría profundísima tristeza á consecuencia de su decadencia física.

A la hora del tocador se le oía exclamar entre hondos suspiros: ¿Es posible, Dios mío, que permitas al tiempo poner á la gente en caricatura?

¡Esto es horrible, Señor!

Mádanos enfermedades, trabajos, vicisitudes y penas, la muerte misma; pero retira de nosotros, Señor, la vejez.

Por desgracia, el tiempo no dejaba de operar sus destructores efectos; y cada día, cada hora, puede decirse, aceleraba la *caricaturización* de la pobre señora.

Empero, aun se sentía algo consolada, porque su salud era buena y, como observaba un buen régimen higiénico, contaba con poder conservarse así por bastante tiempo.

Entre los amigos íntimos de la Intendente se habían verificado notables cambios.

Fabían no había vuelto á visitarla, desde que la casa fué frecuentada por imperialistas y por franceses.

En compensación había ingresado á la tertulia y hecho grande amistad con Doña Natalia, el Reverendo Padre Villalpando, que hallándose exclaustro, no sabía cómo emplear mejor su tiempo, que dándolo á la sociedad.

Pero el Reverendo Padre era en las reuniones que tenían lugar en aquella casa, un elemento contrario.

Como el establecimiento del Imperio le había hecho concebir grandes esperanzas, respecto de la derogación de las Leyes de Reforma que habían dado los liberales, y que se relacionaban con el clero; una vez perdidas aquellas, el Padre Villalpando fué enemigo irreconciliable del Gobierno.

Aunque con menos elementos que cuando era dignidad en el convento de Nuestra Señora de la Merced, no cesaba el buen padre de conspirar: mantenía relaciones con algunos de los jefes republicanos, y criticaba acervamente los actos del gobierno, con los contertulianos que se hallaban disgustados por no haber alcanzado lo que se deseaba.

Por lo demás, era un sujeto muy agradable, de amena conversación, y entre las damas tenía gran partido.

Cuando se hallaba en familia, digamos así, rasgueaba con gracia la vihuela, y á veces se permitía cantar algunas coplas un tanto subidas de color.

No obstante, varias de las concurrentes á la casa de Doña Natalia, opinaban que el padrecito había perdido mucho al dejar los hábitos, y echaban de menos, principalmente, el rizado copepe que tanto le sentaba.

Villalpando conocía ésto, y lo deploraba amargamente.

A pesar de todo, las señoras lo acogieron muy bien; y varias de las tertulianas lo eligieron por director espiritual.

Estas eran compensaciones que el Reverendo tenía, de la clausura de su convento.

En las amistades de la intendenta, se contaba la Sra. de Codorniu. Pepita, su hija, se había casado al fin con el Sr. Silueta, operándose en la joven un cambio notable desde el momento en que se verificó su matrimonio.

Recordarás, que había pactado con su novio Perico Bardas ciertas reglas de conducta, para cuando efectuara su casamiento. Pues bien, Pepita no solamente dejó de cumplir con el pacto, sino que terminó desde luego las relaciones intencionalmente criminales que llevaba.

Contribuyó mucho á este resultado, el que Perico se había vi-ciado en la bebida, haciéndose en extremo repugnante para la que antes lo amaba.

Por otra parte, la recién casada parece que encontró en su marido cualidades apreciables que antes no había conocido.

En cuanto á su físico, Pepita Codorniu se había desarrollado y embellecido, de manera que pasaba por ser una de las mujeres más bellas de la capital.

Esta circunstancia y la irreprochable conducta que observa, hacen que sea estimada por todo el mundo.

El círculo de las más estimadas amigas de Doña Natalia, hubo de experimentar una gran pérdida.

Clara Bullanga, cuyos secretos conoce perfectamente la viuda, ya no concurría á sus salones, dejando en ellos un hueco difícil de llenar; porque la Sra. de Apaña, por su elegancia, por su belleza, por sus finos modales y por su amena y entretenida conversación, era sin disputa, una de las personas más interesantes de la reunión.

Cambios de fortuna repentinos obligaron á Clara á retirarse de la sociedad.

Conocido el estado que guardaban las cosas en el círculo de la Sra. Lizárraga, pasemos á recordar á otros de nuestros conocidos.

V.

Don Braulio Porras vivió al principio de la intervención con desconfianza, y temeroso de un fracaso, permaneció apartado de la política; después que se instaló el Imperio, cuando la resistencia de los republicanos se debilitó, y que la revolución de los Estados Unidos parecía favorecer á los confederados, creyó á puño cerrado en la consolidación del nuevo gobierno.

Contribuyó mucho para afirmarlo en su creencia, el aspecto imponente del Ejército Francés, la abundancia con que circulaba el oro, á consecuencia del empréstito negociado en Londres

y de los gastos que hacía la expedición, y también ayudaba el aparato y ostentación de la corte, cosa á que el antiguo empleado era muy aficionado.

Una vez convencido de que el Imperio sería indestructible, D. Braulio comenzó á hacerse sentir; puso en juego sus antiguas influencias, y no tardó mucho en verse nombrado Consejero Imperial.

Desde entonces fué el panegirista incansable del gobierno, y el mayor agente de propaganda que se podía imaginar.

Por supuesto que su afectación al hablar, al accionar y en el vestir, subieron de punto, haciéndose el hombre insoportable.

Aunque nacido en humilde cuna, D. Braulio cobró unos aires aristócratas que daban grima, y no era fácil cosa que pudieran dirigirle la palabra personas que no fuesen de su categoría.

Mas cuando trataba con personas de mayor jerarquía, se mostraba adulator hasta la bajeza, como acostumbra hacer las gentes de la taya de D. Braulio. Ya lo vimos adulando á Apaña en casa de Doña Natalia, y por ello podemos sacar en consecuencia lo que haría con los personajes del gobierno.

De este modo fué subiendo, de puesto en puesto, hasta alcanzar la elevada posición en que á la sazón se hallaba, porque desgraciadamente á los mortales subyuga tanto la educación, que por su medio acceden á todo cuanto se les pide, sin notar que el adulator los burla mintiéndoles, y con frecuencia los hace instrumentos de sus pasiones.

Así vivió Porras en los primeros tiempos del Imperio; pero como el hombre es perspicaz y observador, pronto comenzó á conocer los puntos débiles de la situación, llegando á persuadirse de que en un tiempo cercano, aquel edificio levantado con tantos esfuerzos y sacrificios, vendría á tierra arrastrando entre sus ruinas á todos aquellos que no se hiciesen á un lado oportunamente.

Como resultado de semejantes convicciones, el Consejero se propuso tomar con tiempo sus medidas para salvarse de la catástrofe que preveía.

Empezó por realizar poco á poco sus intereses, de suerte que su proceder no causase alarma; y los fondos que hacía efectivos los colocaba desde luego en el Banco de Inglaterra.

Terminada que hubo su operación, quedó el hombre completamente expedito, de manera que pudiese obrar según lo exigieran las circunstancias.

Mas por una aparente contradicción, muy explicable en caracteres como el del personaje cuyos actos refiero, sucedía que á pesar de la íntima convicción en que estaba de que el Imperio

no podía sostenerse, era el predicador más ardiente y apasionado del gobierno Imperial y su constante defensor, así como el detractor más encarnizado del partido republicano y de sus hombres.

Desgraciado de aquel que en su presencia pusiese en duda la consolidación de la monarquía, ó diese alguna noticia desfavorable para ella; D. Braulio, lleno de ira, caía sobre el infeliz con una avalancha de injurias, de denuestos é imprecaciones.

La posición elevada que ocupaba y la circunstancia de regir el orden de cosas que Porras defendía, eran motivos suficientes para que su contrincante abandonase el campo.

Estos fáciles triunfos llenaban de orgullo al consejero, que aunque convencido de lo contrario que defendía, alcanzaban, no obstante, á contentar su vanidad.

Partidario del terror para los enemigos del Imperio, predicaba que se usara la mayor energía con los perversos que alteraban el orden, sin que alcanzara á ninguno de ellos la imperial clemencia, por ser contraria á la felicidad del Estado.

En su concepto, la destrucción completa de los partidarios de la República, era la única esperanza de felicidad.

Con semejantes ideas, el bueno de Porras cooperó á la expedición del famoso decreto de 3 de Octubre.

Después, con la conciencia plena en la imposibilidad de que pudiera sostenerse el Imperio, fué uno de los que con más entusiasmo aconsejó á Maximiliano que conservase el poder á toda costa, y que continuase la guerra hasta destruir por completo á los republicanos; persuadiéndole de que el país abundaba en recursos y de que podía contar con el sacrificio y abnegación del partido conservador.

Aquella conducta seguida por el consejero Imperial, hacía que el público viese en él uno de los más firmes apoyos de aquel gobierno, y también uno de sus más fervientes é intransigentes partidarios.

VI.

¡En vano la criatura estudia asiduamente el modo de sustraerse á los caprichos del destino!

Sus trabajos de muchos años, sus más hábiles combinaciones, se ven destruidas cuando menos lo piensa, por acontecimientos que no se podrían prever.

Cuando Clara Bullanga, obsequiando los deseos de sus padres, accedió á dar su mano al opulento banquero D. Severo Apaña, la joven creyó que el sacrificio que hacía le aseguraba para siempre una posición brillante en el mundo.

y de los gastos que hacía la expedición, y también ayudaba el aparato y ostentación de la corte, cosa á que el antiguo empleado era muy aficionado.

Una vez convencido de que el Imperio sería indestructible, D. Braulio comenzó á hacerse sentir; puso en juego sus antiguas influencias, y no tardó mucho en verse nombrado Consejero Imperial.

Desde entonces fué el panegirista incansable del gobierno, y el mayor agente de propaganda que se podía imaginar.

Por supuesto que su afectación al hablar, al accionar y en el vestir, subieron de punto, haciéndose el hombre insoportable.

Aunque nacido en humilde cuna, D. Braulio cobró unos aires aristócratas que daban grima, y no era fácil cosa que pudieran dirigirle la palabra personas que no fuesen de su categoría.

Mas cuando trataba con personas de mayor jerarquía, se mostraba adulator hasta la bajeza, como acostumbra hacer las gentes de la taya de D. Braulio. Ya lo vimos adulando á Apaña en casa de Doña Natalia, y por ello podemos sacar en consecuencia lo que haría con los personajes del gobierno.

De este modo fué subiendo, de puesto en puesto, hasta alcanzar la elevada posición en que á la sazón se hallaba, porque desgraciadamente á los mortales subyuga tanto la educación, que por su medio acceden á todo cuanto se les pide, sin notar que el adulator los burla mintiéndoles, y con frecuencia los hace instrumentos de sus pasiones.

Así vivió Porras en los primeros tiempos del Imperio; pero como el hombre es perspicaz y observador, pronto comenzó á conocer los puntos débiles de la situación, llegando á persuadirse de que en un tiempo cercano, aquel edificio levantado con tantos esfuerzos y sacrificios, vendría á tierra arrastrando entre sus ruinas á todos aquellos que no se hiciesen á un lado oportunamente.

Como resultado de semejantes convicciones, el Consejero se propuso tomar con tiempo sus medidas para salvarse de la catástrofe que preveía.

Empezó por realizar poco á poco sus intereses, de suerte que su proceder no causase alarma; y los fondos que hacía efectivos los colocaba desde luego en el Banco de Inglaterra.

Terminada que hubo su operación, quedó el hombre completamente expedito, de manera que pudiese obrar según lo exigieran las circunstancias.

Mas por una aparente contradicción, muy explicable en caracteres como el del personaje cuyos actos refiero, sucedía que á pesar de la íntima convicción en que estaba de que el Imperio

no podía sostenerse, era el predicador más ardiente y apasionado del gobierno Imperial y su constante defensor, así como el detractor más encarnizado del partido republicano y de sus hombres.

Desgraciado de aquel que en su presencia pusiese en duda la consolidación de la monarquía, ó diese alguna noticia desfavorable para ella; D. Braulio, lleno de ira, caía sobre el infeliz con una avalancha de injurias, de denuestos é imprecaciones.

La posición elevada que ocupaba y la circunstancia de regir el orden de cosas que Porras defendía, eran motivos suficientes para que su contrincante abandonase el campo.

Estos fáciles triunfos llenaban de orgullo al consejero, que aunque convencido de lo contrario que defendía, alcanzaban, no obstante, á contentar su vanidad.

Partidario del terror para los enemigos del Imperio, predicaba que se usara la mayor energía con los perversos que alteraban el orden, sin que alcanzara á ninguno de ellos la imperial clemencia, por ser contraria á la felicidad del Estado.

En su concepto, la destrucción completa de los partidarios de la República, era la única esperanza de felicidad.

Con semejantes ideas, el bueno de Porras cooperó á la expedición del famoso decreto de 3 de Octubre.

Después, con la conciencia plena en la imposibilidad de que pudiera sostenerse el Imperio, fué uno de los que con más entusiasmo aconsejó á Maximiliano que conservase el poder á toda costa, y que continuase la guerra hasta destruir por completo á los republicanos; persuadiéndole de que el país abundaba en recursos y de que podía contar con el sacrificio y abnegación del partido conservador.

Aquella conducta seguida por el consejero Imperial, hacía que el público viese en él uno de los más firmes apoyos de aquel gobierno, y también uno de sus más fervientes é intransigentes partidarios.

VI.

¡En vano la criatura estudia asiduamente el modo de sustraerse á los caprichos del destino!

Sus trabajos de muchos años, sus más hábiles combinaciones, se ven destruidas cuando menos lo piensa, por acontecimientos que no se podrían prever.

Cuando Clara Bullanga, obsequiando los deseos de sus padres, accedió á dar su mano al opulento banquero D. Severo Apaña, la joven creyó que el sacrificio que hacía le aseguraba para siempre una posición brillante en el mundo.

En efecto, los negocios de Apaña marchaban admirablemente; sus sabios cálculos consolidaban de día en día su gran fortuna, y todo hacía creer que su casa llegaría á ser una de las más fuertes de la República.

Pero la audacia con que el hombre se arrojaba á las especulaciones más arriesgadas, al mismo tiempo que le proporcionaba las mayores ventajas, podía conducirle á su ruina.

Así sucedió, que en la época en que gobernó Miramón en la capital, entró de lleno en las combinaciones de la casa de Jecker, donde comprometió casi toda su fortuna.

Aunque el triunfo de los liberales á fines de 1860 redujo á cero los créditos procedentes de aquella especulación, había logrado Apaña sostener su casa.

Mas cuando establecido el Imperio, que era su esperanza, no se pensó en salvar el crédito de Jecker, la ruina de Apaña fué inevitable.

Reducida su fortuna á un pequeño capital, el banquero se vió obligado á disminuir sus gastos cuanto le fué posible, y comenzar de nuevo á trabajar para restablecer su posición.

Tomó una casa de humilde apariencia que amuebló con la mayor sencillez; suprimió los carruajes y todo gasto que no fuese esencialmente necesario, no pensando en otra cosa que en entregarse con ánimo y esfuerzo al trabajo.

La orgullosa Clara no pudo conformarse con semejante cambio.

Despechada por no poder presentar su casa con el lujo de antes, se retiró de todas sus amistades, siendo esta la causa de que no volviese á las tertulias de Doña Natalia.

El carácter de la Sra. de Apaña, antes jovial y naturalmente gracioso, se hizo taciturno y sombrío.

Como si la desgracia de su marido hubiese sido determinada por su voluntad, diariamente le echaba en cara la situación á que se veían reducidos, increpándole por la falta de tino y previsión con que se había conducido en el negocio de Jecker, cuando todo el mundo, según ella, veía claro como la luz del día la catástrofe que se preparaba.

D. Severo, al principio, quiso convencer á su esposa con razones, manifestándole las probabilidades de buen éxito que presentaba el negocio; pero Clara no quería entender nada, ni tampoco dejaba un momento sus recriminaciones, y aquel hombre que trabajaba con el mayor tesón en levantar su casa, acabó por disgustarse formalmente con su consorte.

Desde entonces, las disputas y los disgustos eran diarios, y Apaña perdía la paciencia.

Para hacer tolerable la triste vida que llevaba, se resolvió á sufrir á Clara sus impertinencias, evitando con ella toda discusión.

Tal conducta que hubiese satisfecho á la mujer más exigente, exaltó á aquella, que se propuso no dejar un instante de reposo á su marido.

Desde el momento en que éste llegaba á la casa y todo el tiempo que permanecía en el hogar, Clara desplegaba su furor armando camorra por cualquier cosa, hasta que aburrido el hombre se lanzaba á la calle.

La vida comenzó á ser insoportable para Don Severo: cuando después de luchar con el mundo para adquirir recursos para la familia; cuando cansado de las impertinencias de los hombres, que antes le llamaban su amigo, llegaba á su casa en busca de tranquilidad; allí lo esperaba la implacable Clara para no dejarle un momento de sosiego.

Llegó á tal grado la hostilidad de Clara á su marido, que no fueron bastante á contenerla las cándidas súplicas de su pequeña hija Enriqueta, lindísima y precoz niña de diez años, que era el encanto de D. Severo.

Desesperado el hombre de aquella cruel lucha, se encerraba en su gabinete echando la llave y dejaba á su mujer dueña absoluta de la casa.

De esta suerte, si Clara quería estar á sus anchas sin que Apaña la estorbase, no tenía mas que promover una cuestión con su marido, segura de que él buscaría refugio en su gabinete.

Por otra parte, la conducta de Clara comenzó á dar pábulo á la maledicencia; se hablaba de varios escándalos, entre otros, el que daba cierto capitán del Ejército Francés que la visitaba asiduamente, cuando Apaña no se hallaba en casa; pero que después la frecuentaba aun cuando D. Severo se hallase en ella.

Fuese que el banquero maliciase alguna cosa, ó que por casualidad saliese del gabinete, lo cierto es que una noche halló á su esposa en tiernos coloquios con el capitán.

Apaña, imperturbable, con la mayor calma, se dirigió al oficial y sin pronunciar una palabra le dió en medio del rostro un soberbio bofetón.

El agredido quiso hacer uso de la espada; pero D. Severo tomó diligentemente un revólver de un mueble inmediato, obligando á su rival á salir de la casa, no sin anunciar que enviaría sus testigos.

VII.

Tres días habían pasado desde que tuvieron lugar los acontecimientos descritos.

En la tarde del último día, dos grupos de ginetes, procedentes de distintas direcciones, penetraron en una de las barrancas en que abundan las lomas que comenzando en los linderos del Molino del Rey, van ascendiendo gradualmente hasta el pie de las montañas que cierran por el Occidente el Valle de México.

El primer grupo de ginetes había precedido al otro en algunos minutos; al llegar al pie de una cantera de *tepetate* abandonada, se detuvo, y echando pie á tierra, comenzaron los individuos que lo componían, con excepcion de dos soldados que quedaron al cuidado de los caballos, á subir por el repecho que á la cantera conducía.

Aquel grupo se componía de tres oficiales y cuatro soldados del Ejército Francés.

Cuando los que subían penetraron en la cantera, uno de los soldados encendió una linterna sorda y se puso á guiar á los oficiales. El otro soldado quedó de vigilante á la entrada.

Los que guiados por la luz seguían al soldado que la llevaba, llegaron á un rincón donde hallaron una fosa abierta, capaz de servir á un hombre de sepultura.

Sobre el montón que formaba la tierra que la excavación había producido, se veían dos palas y dos zapapicos.

Está bien, dijo uno de los oficiales, tiene buena profundidad. Doctor, añadió dirigiéndose á uno de los circunstantes, creo que ya puede V. preparar sus cosas.

El grupo volvió hacia la entrada de la cantera donde el Doctor colocó abierto en lugar conveniente, un estuche con instrumentos quirúrgicos, hilas, vendas y todo lo necesario para la pronta curación de una herida.

Apenas concluida esta operación, el soldado que estaba de vigilante anunció la llegada del segundo grupo de ginetes que avanzaba por la barranca.

Uno de los oficiales salió á recibir á los recién venidos mostrándoles la senda que conducía á la cantera.

Don Severo Apaña y Don Braulio Porras subieron con alguna dificultad, y una vez arriba, saludaron con cortesía aunque con seriedad á los que allí esperaban.

En la barranca quedó un mozo con los caballos y un soldado francés que iba á pie sirviendo de guía.

Porras se apartó á un lado y conferenció un momento con uno de los oficiales. Después, á una indicación de éste, el Doctor y el otro oficial le entregaron sus espadas.

Don Braulio y el oficial midieron las armas, hallándolas del mismo modelo y de igual longitud; pero por si hubiese en una de ellas alguna ventaja respecto del temple, del peso, ó por otra causa, las rifaron.

¡Aguila ó gorro! dijo D. Braulio lanzando al aire una onza de oro. Aguila: contestó el francés.

Es gorro: añadió Porras levántando la moneda. A mí me toca escojer.

Tomó entonces la espada que le pareció, entregándola á Don Severo.

No necesito decir que en aquel lóbrego sitio donde tenía lugar esta escena se iba á verificar un duelo entre Apaña y el seductor de Clara.

Los padrinos señalaron el terreno y lo rifaron; pero en esta ocasión perdió Don Braulio, tocándole elegir á su contrario.

Los rivales se quitaron la levita y el chaleco, mostrando que no llevaban mallas, ni cosa que pudiera amortiguar las estocadas.

Los padrinos los colocaron uno frente al otro á algunos pasos de distancia.

¡Listos! dijo el francés, y luego dió la voz:

¡En guardia!

Los contendientes tomaron la posición que se les ordenaba.

Porras mandó:

¡Adelante!

Los rivales avanzaron, poco á poco, cubriéndose hasta verificar la unión de armas.

Don Severo conocía la esgrima del florete, aunque hacía mucho tiempo que no la ejercitaba; esta circunstancia, y el peso de la espada á que no estaba acostumbrado, le quitaban gran parte de su agilidad.

Su rival, por el contrario, acostumbrado al uso de la espada y siendo más joven que el banquero, tenía sobre éste incuestionable ventaja.

Apenas había transcurrido un minuto de combate, cuando Apaña se sintió en extremo fatigado, por cuyo motivo Porras pidió cinco minutos de suspensión.

Después de fumar un cigarro comenzó de nuevo la lucha, acometiéndose los combatientes con furor.

En esta vez, Apaña comenzó á perder terreno: su adversario

cerraba sobre él sin cesar, y D. Severo tenía que vencer las dificultades que el terreno que estaba á su espalda le presentaba.

En tan mala situación, una mala pisada le hizo descubrirse, y en el acto fué alcanzado por el acero de su antagonista.

A tierra cayó Apaña desplomado, arrojando un torrente de sangre, sin lanzar un gemido, y después de unas ligeras convulsiones su cuerpo rígido quedó sin movimiento alguno.

El Doctor, que se acercó para reconocer la herida, dijo en alta voz: nada puedo yo hacer; la espada atravesó el corazón, y el señor Apaña está bien muerto.

Los soldados, que habían quedado á la entrada de la cantera y que contemplaban el duelo con los brazos cruzados, se adelantaron á una indicación del Doctor, levantaron el cadáver y lo condujeron á la sepultura que estaba abierta de antemano en la previsión de la muerte de alguno de los combatientes.

El doctor los precedía llevando la linterna.

Depositado el cuerpo del desdichado Apaña en el fondo de la fosa, los soldados se apresuraron á llenarla de tierra, nivelando el piso lo mejor que pudieron.

En seguida, penetrando en lo más profundo de la cantera, ocultaron en distintos lugares los zapapicos y las palas.

Concluida esta operación, regresaron incorporándose con la gente que los esperaba en la barraca.

Todos á caballo, y el soldado que llegó á pie cabalgando en el de D. Severo, emprendieron la marcha para la capital cuando el crepúsculo de la tarde iba á desaparecer.

Algunos días después se comenzó á notar la falta del banquero, y poco á poco se hizo pública su desaparición.

Los periódicos dijeron que parecía que había salido de incógnito de la ciudad, con el fin de incorporarse á los republicanos.

Acogida la noticia como verdadera no se volvió á hablar del asunto.

VIII.

Por no hacer demasiado largas estas memorias, no me he ocupado en ellas, como te anuncié, mas que del círculo que á ambos es conocido y de lo que con él se ha relacionado. Pero creo que lo escrito habrá sido bastante para probar mi aserción, de que en la tierra hay gente, y no poca, que puede competir ventajosamente con los diablos más encopetados y campanudos.

Ahora voy con mis compañeros á trabajar por la República. Cuando hayamos triunfado; cuando mis esfuerzos por aclima-

tar en este planeta las cosas buenas que aprendí en Venus, hayan tenido buen éxito, habrá concluido mi misión.

Entonces volaré á Júpiter, iré al Valle de la Esperanza, y seré feliz al lado de mi adorada Amparo.

“Allí, como siempre, recordaré con placer tu amistad; pero dudo mucho que pueda volver á comunicarme contigo.

Tu amigo siempre,

PASCUAL.”

Habían pasado cuatro meses desde que leí el contenido de la segunda comunicación de mi amigo Pascual.

Cualquiera que fuese la impresión que me causaron los acontecimientos militares y políticos que en tumulto se sucedían, así como las fatigas y atenciones de una vida llena de agitación, distrajeron de tal manera mi pensamiento, que casi hube de olvidar por aquellos días las curiosas revelaciones de mi amigo.

A la sazón, el Ejército Republicano asediaba la ciudad de Querétaro, donde se hallaba el Archiduque Maximiliano de Hapsburgo.

El 14 de Marzo de 1867 había tenido lugar una acción bastante reñida.

El General Corona, con su División, se había lanzado contra el fuerte punto de la Cruz, donde el enemigo pudo concentrar sus tropas. La situación de los asaltantes se hizo peligrosa, por cuya causa el General Escobedo ordenó otro ataque por el Norte, sobre las Lomas de San Gregorio, con objeto de obligar al enemigo á dividir sus fuerzas.

Las columnas atravesaron el llano que las separaba del punto de ataque bajo el fuego de la artillería del Cerro de las Campanas que las batía oblicuamente.

Llegadas á las lomas, las subieron gallardamente, estableciéndose en ellas y conservándolas hasta la conclusión del sitio.

En la tarde del día 14, el combate había cesado y la noche llegó profundamente oscura.

Mi caballo, que estaba cansado, caminaba lentamente, y yo había soltado las riendas un momento, para abrigarme con mi capote, de un vientecito del Norte que penetraba hasta los huesos.

Mi objeto era llegar al Parque General, para recabar una noticia de los consumos de municiones habidos en el día y un estado de las existencias que quedaban.

De repente, oí detrás de mí el trote de un caballo y el chasquido del sable de quien lo montaba.

Detuve mi bridón y volví la cara para ver al que llegaba.

Pronto se acercó un soldado, y presentándome un pliego me dijo:

¡Mi jefe, este oficio para usted!

Tomé la comunicación, y cuando me disponía á preguntar quién me la enviaba, el jinete, volviendo grupas, desapareció en la oscuridad con una carrera vertiginosa.

Puse en la bolsa el pliego, mi caballo al paso, y me fui pensando en aquella aparición fantástica, que como un sueño había desaparecido.

Al llegar al parque pedí una linterna para leer el misterioso papel.

¡Cuál sería mi sorpresa al recorrer las siguientes líneas!

“Hoy, 11 de Marzo de 1867, se ha embarcado en Veracruz el General Bazaine con los últimos soldados franceses que quedaban en tierra.

“Algunas familias mexicanas, cuyos jefes se habían comprometido con el Imperio, se embarcaron también apresuradamente.

“Entre aquellas familias se notaban las de algunos oficiales que se habían casado en México.

“Cuando no quedaba más que un bote atracado al muelle, saltó á él un capitán, tendió la mano á una señora hermosa, ya en la madurez, para ayudarla á embarcarse, y después á una linda niña que la acompañaba.

“En seguida entró al bote un caballero moreno, de aspecto grave, aunque no distinguido.

“Los remeros desatracaron el bote y comenzaron á bogar.

“Poco después, los viajeros tomaban el bordo del navio Bayard, de la marina militar francesa.

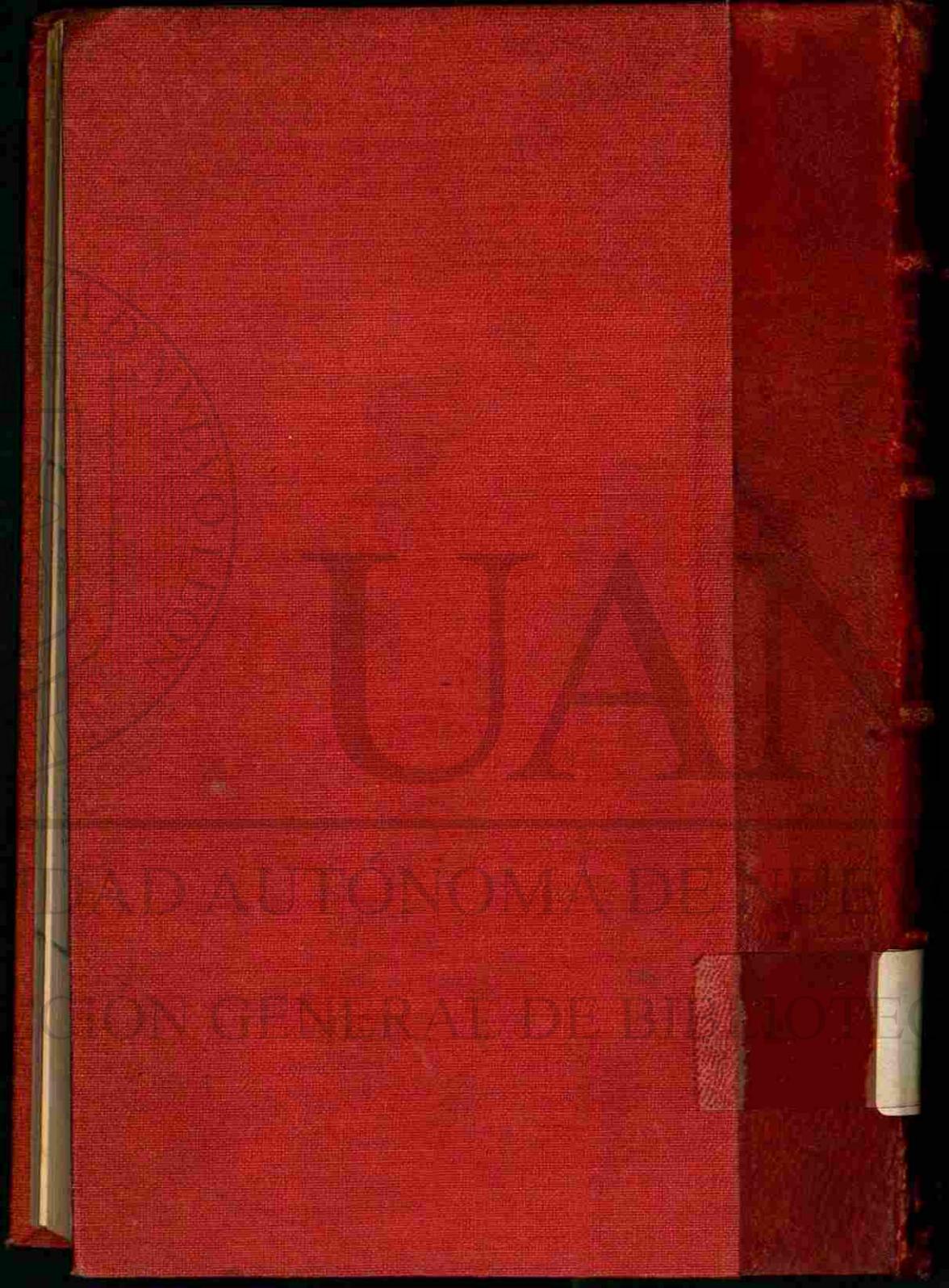
“Ya habrás comprendido que aquellos viajeros eran Clara Bullanga con su hija, el capitán que mató á Apaña en duelo, y el entusiasta imperialista D. Braulio Porras.

“Por última vez te dice adiós tu amigo

PASCUAL”.

México, 1874.

FIN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIENESTAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIENESTAR